
VERÓNICA
MENGUAL
LIGADA
a un
Granuja
HERMANOS TAVERHAM 2

© VERÓNICA MENGUAL
Ligada a un granuja
ASIN: B0DQVLZMPW
Sello: Independently published

Primera edición, junio de 2025.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza Piera.
Inscrito en Safe Creative: 2412180410124.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Ligada a un granuja

Una trampa del destino

Hermanos Taverham 2

Verónica Mengual

A mis queridas lectoras,
gracias por acompañarme en cada página,
por creer en los amores imposibles,
en las heroínas valientes
y en los corazones que se redimen.
Esta historia es para vosotras.

Con todo mi cariño,

os adoro mil.

Sinopsis

En medio de una concurrida fiesta de la alta sociedad, **lord Julian Taverham** tiene una cita clandestina en la biblioteca con una experimentada viuda a la que lleva cuatro largos meses tratando de seducir. Ansioso por el devenir de su *tête à tête* se presenta en el lugar acordado a la hora indicada, hasta ahí todo correcto. No obstante, la muchacha que le ruega con desesperación que la bese, no es ni de lejos la mujer con la que él pensaba reunirse.

Lady Anastasia Doger, la hija del duque de Grafton, no podía creerse su buena fortuna. ¡Estaba entre los poderosos brazos del pecaminoso hermano Taverham! Así que, allí, al amparo de las sombras, con el silencio como único testigo de un encuentro inesperado, decide ser valiente y reclamar lo que siempre quiso.

Él, como el pícaro que es, no puede negarse un momento de satisfacción, pues, ¿qué mal podría provocar un simple beso? El drama que se avecina es imprevisible. Uno no anda besándose con la hija de un duque sin que se desate una furiosa tormenta.

¿Qué sucederá entre **lord Julian** y **lady Anastasia**? Nada bueno si no logran salir del entuerto en el que se han metido.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

La añoranza del deseo

Capítulo 2

Las consecuencias de la locura

Capítulo 3

La amistad como salvación

Capítulo 4

El deber antes que el amor

Capítulo 5

Un pacto esencial

Capítulo 6

Una aceptación tácita

Capítulo 7

Unas noticias desconcertantes

Capítulo 8

Una ocasión pintada de rojo

Capítulo 9

Un amigo íntimo y paternal

Capítulo 10

Una actuación insólita

Capítulo 11

Un inicio necesario

Capítulo 12

Una cotidianeidad encantadora

Capítulo 13

Un baile… desconcertante

Capítulo 14

Una pareja escandalosa

Capítulo 15

Un pasado inolvidable

Capítulo 16

Un asunto complejo

Capítulo 17

Un grito de auxilio
Capítulo 18
La venganza, mejor fría
Epílogo
Donde empieza el futuro
Hablemos de la **trilogía**
«Casarse con un conde»
«Ligada a un granuja»
«Pactar con el diablo»
Aclaración sobre los Taverham
Todos los títulos por orden
Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

Margate, Inglaterra, 1808.

Julian Taverham era el segundo hijo de un conde autoritario, déspota, insensible, amargado y con unos ideales tan arcaicos como los que pudiesen tener los santos inquisidores españoles. Julian acababa de cumplir veintiséis años, por lo que estaba lejos de ser aquel niño inseguro al que su padre, casi, había convencido de ser un despojo de la humanidad, inútil y vergonzoso, y, sin embargo, todavía el viejo diablo era capaz de hacerlo temblar como una hoja.

Su padre, el conde de Ashbury, se había casado con una escocesa lozana que apareció en su puerta cargada con una buena dote. Y aunque los orígenes de ella eran cuestionables porque no

provenía de una familia inglesa, su belleza de fuego hizo que los pretendientes se quedasen con la boca abierta. Tanto la futura condesa como su otra hermana fueron moldeadas para ser grandes yeguas de cría. Y funcionó. El mismo conde se quedó embelesado con la dama y la quiso para sí de inmediato. De dicho matrimonio habían nacido tres hijos, tres hermanos Taverham que corrieron una suerte muy dispar los unos con respecto a los otros.

El hermano mayor, Sebastian, era el orgullo de su progenitor. Honorable, intachable, perfecto, un santo mártir que haría que los papistas buscasen su canonización. Luego estaba Julian, quien resultó ser un repuesto defectuoso para el título. Por último, llegó, para vergüenza del conde, Dorian. El pequeño de los Taverham fue declarado un bastardo por su padre, porque a *lady* Ashbury la forzó un amigo de su esposo y el conde no pudo superarlo jamás.

Los Taverham resultaron ser una familia de lo más peculiar y la relación que existía entre los hermanos era conflictiva. El viejo diablo se había ocupado de que los tres se odiasen. Fomentó la rivalidad entre Sebastian y Julian desde que este último tuvo uso de razón. El conde no quería que su preciado heredero fuese mancillado por las actitudes

más liberales de Julian, y por descontado que insistió en que Sebastian no tuviese ningún contacto con Dorian, dado que se le consideraba el pecado hecho carne, pues pese a que el pequeño de la familia hubiese sido concebido antes de que la madre de los tres fuese atacada por un villano, el conde consideró que ese niño sería toda la vida impuro. Sí. Eso era. El diablo era todo un inquisidor con unos ideales férreos e inmutables.

Cierto que la personalidad de Julian nunca fue cerrada, tal y como lo era la del propio conde y su hermano mayor. Fue un niño alegre, al que le gustaba escalar los árboles, correr por el campo y al que los libros y las obligaciones le aburrían en demasía, pero aun así no dejó de tratar de impresionar a su padre hasta que cumplió los diez años. Ahí fue cuando se dio cuenta de que sus esfuerzos continuos por aprender, por controlar sus inquietudes y temperamento, no iban a dar ningún resultado. ¿Cómo lo supo? Sencillamente, porque un día entró en el despacho de su padre para contarle los grandes elogios que le había hecho su tutor, y el conde le dijo que poco importaba, pues él nunca llegaría a ser nadie, dado que tenía los vicios de su madre —quien bendita fuese, solo se la podía culpar de amar a su familia. Le dijo sin amagos que mientras Sebastian existiera él solo sería un

segundogénito que lo avergonzaba por no tener la rectitud, aplomo, honestidad y fortaleza de su hermano mayor. Aquella tarde que permanecería siempre latente en la memoria de Julian, fue la última vez que lloró por no ser lo que se esperaba de él. Comprendió por fin que hiciese lo que hiciera nunca obtendría el reconocimiento de su padre, no mientras Sebastian existiera.

—¿Te has quedado mudo, chico? —La voz de su padre trajo al presente a Julian.

En esos momentos, Julian y lord Ashbury estaban sentados el uno frente al otro en el despacho de la finca campestre de Green Hill, el gran escritorio de madera pulida los separaba.

—No, milord, solo estaba valorando su exigencia —respondió con tranquilidad Julian.

—Es tu obligación hacer lo que te pido. Dios no querrá a un vago arrogante e inmoral como tú transmitiendo su palabra. Además, dejaste claro años atrás que el camino al clero no era lo tuyo.

—Lo que hice fue declinar amablemente su ofrecimiento para colocarme en una vicaría perdida de la mano de ese Dios al que acaba de invocar, en la frontera con Escocia. Me gusta Londres,

no vi la necesidad de mudarme, ni tampoco de abandonar mis formas libertinas para congraciarme con nuestro Creador. Teniendo en cuenta que acabaré en el infierno, como usted tan sabiamente siempre me advierte, no veo la necesidad de buscar la redención —apostilló Julian con naturalidad, quien trataba de contener la media sonrisa que se le comenzaba a formar en los labios.

—Cachorro insolente, estúpido…

—No olvide inútil y vergonzoso.

—Ese bastardo y tú os paseáis por Londres como si fueseis los hijos de un marqués o de un duque, haciendo que la buena sociedad os dé un estatus que no poseéis… Lord Julian y lord Dorian os hacéis llamar —masculló con la boca agria—. No tenéis ningún derecho a poneros más rango del que tenéis por nacimiento —sentenció con rabia el conde.

—¿Y cuándo he pedido yo permiso para hacer mi santa voluntad, milord?

El conde de Ashbury frunció los labios. Observaba a su hijo con esa mezcla de decepción crónica y resignación que solo los padres nobles dominaban.

Aunque ni Julian ni Dorian poseían un título nobiliario propio, la sociedad londinense, por costumbre o conveniencia, les había concedido el tratamiento de *lord*, porque así ellos lo habían querido, como si el porte arrogante bastara para justificarlo. Nadie se atrevía a corregirlos. Nadie osaba recordarle a un Taverham que, en términos estrictos, no tenían ese rango social.

—Ese título no te pertenece, chico.

—Y, sin embargo, en Londres no se atreven a llamarme de otro modo, porque yo así lo he establecido, al igual que Dorian —respondió Julian, con una sonrisa ladeada—. Quizá porque lo impongo.

—O porque te dan por perdido y no quieren discutir con un fracasado.

—Lo aceptaré igual, padre. Lord Julian Taverham suena infinitamente mejor que ese maldito hijo inútil del conde de Ashbury.

—Algún día, esa arrogancia te costará cara.

—Y ese día, padre… recordaré que fue usted quien me enseñó a caminar con la cabeza alta, incluso sin corona. No olvide que soy un inútil y una

decepción, pero todavía puedo imponerme sobre aquellos que consideran que el segundo hijo de un conde puede ponerse el título que le venga en gana. ¿Divertido, no?

—Jamás podría olvidar lo que eres, mocoso —le dijo con frialdad, con esa misma severidad que Sebastian compartía con el conde—. Una deshonra para esta familia, y no satisfecho con tratar de arrastrar por el barro tu reputación, te las arreglarás para que mi heredero vaya a salvarte antes de que te maten. Así que lo pondrás en peligro.

—¿Disculpe? —Ahí, el viejo demonio tuvo toda la atención de Julian.

El conde se dio cuenta de la sorpresa que figuraba en los rasgos de su hijo. Lo miró con mayor seriedad.

—¿Crees que las noticias no llegan al campo, chico? ¿De verdad pensabas que no me enteraría de tu última locura? Estás arruinado, Julian. No eres bueno ni pecando, has perdido una gran fortuna en las mesas de juego, lo cual tienes bien merecido. En realidad siempre lo has estado, arruinado digo, pero ahora le debes mucho dinero a un hombre peligroso que no dudará en rebanarte el pescuezo si no le pagas. Desde que naciste y te vi,

supe que harías todo lo posible por corromper a Sebastian.

—Sí, esa profecía la conozco bien. ¿Qué tiene que ver mi hermano con mis asuntos? ¿Está ideando una nueva forma para enfrentarnos? No pierda su precioso tiempo, es improbable que deteste más a su heredero de lo que ya lo hago. Usted hizo un buen trabajo desde el mismo día en el que nací, debo añadir.

—Le prohibiré a Sebastian que te preste dinero, y el bastardo de tu hermano pequeño ha dejado claro que Sebastian y tú no le interesáis, gracias a Dios. Así que si no quieres acabar tu corta e infructífera vida a manos de un asesino escandaloso, harás lo que te digo.

—Así que pretende que me aliste en el ejército.

—No serás un simple soldado. Estoy dispuesto a comprarte una comisión, aunque no lo merezcas —expuso con orgullo el conde—. Toda esa inmundicia de la que siempre has hecho gala podría venirte bien en la batalla. Ve y lucha. Nuestro reino pretende entrar con fuerza en la península ibérica para apoyar a España y Portugal contra las huestes

Napoleónicas. Tienes la oportunidad de hacer algo bueno por tu rey, por tu familia.

—Bien.

—¿Lo harás? —Le tocó al conde mostrar sorpresa por lo que su hijo acababa de decir.

—Soy un hombre, padre. Se empeña en presentarme como un cordero al que deberán sacrificar. Cierto que convertirme en vicario hubiese resultado menos… sanguinario que lo que propone ahora. De un modo u otro usted estará satisfecho de mí, siempre y cuando acabe muerto. La primera opción es dejar que el hombre al que le debo una fortuna considerable me mate y usted pueda al fin enterrarme en una tumba sin nombre lejos de su hogar, porque no sería digno de permanecer en sus dominios ni cuando mi cuerpo estuviese inerte y marchito. La segunda opción es la de que me sacrifique como un soldado. Usted esperará que muera en una de las calles españolas en pro de la causa de mi rey, pues sé que si cometo la imprudencia… indecencia más bien, de regresar con vida, usted se molestaría.

—¿Debo considerar que no harás lo que te pido? —preguntó impasible.

—No. Estoy satisfecho con la existencia que llevo y hace años que me juré que no movería un dedo por contentarlo. Si me hubiese pedido de rodillas que no me alistase en el ejército, mañana mismo tendría el baúl preparado para salir a combatir, milord. Y si vine hoy a verle, fue solo porque sentía curiosidad por saber lo que deseaba de su inútil, impresentable y maldito hijo. Ha elegido enviarme a la batalla, y estoy seguro de que usted rezaría cada noche para que los enemigos de nuestro rey me diesen mi merecido. Diría que siento decepcionarle una vez más, pero los dos sabemos que sería mentira y le ahorraré escucharme mentir.

El conde inspiró una larga bocanada de aire y Julian supo que la ira estaba a punto de salir a flote. No se preparó para lo peor. Estaba demasiado acostumbrado a que su padre lo despreciase con todas sus fuerzas.

—Rezo cada día para que a mi heredero no le pase nada. Antes te mataría que dejar mi título y fortuna en tus manos, Julian. Tu madre se volvería a morir si viese en lo que te has convertido. Cuando ese al que apodan Pirata te corte el cuello, descansarás por fin.

—Esta conversación ha llegado a su fin. No debemos exprimirla más. Usted tiene ganas de ir

a buscar las pistolas de duelo y yo siento la necesidad de asfixiarlo con mis propias manos por mencionar a mi madre. —Julian se puso en pie—. Seguiré siendo un dandi, portaré mis trajes entallados, con las chaquetas más cortas de lo que se estilaba años atrás, llevaré mi pelo al natural, sin esas engorrosas pelucas que tanto le gustaban a usted, y todos seguirán admirándome porque viviré durante largos años. Me importará bien poco ser criticado por evitar el servicio militar, porque seguiré respirando, disfrutando de mujeres a las que podré dar consuelo, apostando, riendo y haciendo que me maldiga hasta el día de su muerte. ¡Qué gran suerte la mía! —se burló, ya sin ocultar una brillante sonrisa. Si su maltrecho corazón pudiera cerrarse del todo y no seguir estremeciéndose después de tanto desprecio, a Julian le iría mucho mejor—. Y viviré, lo haré porque su bastardo, mi hermano Dorian, ha arreglado el problema que había con el Pirata. Su bastardo me ha salvado.

—Vete, Julian. Vete y no vuelvas. Dios te dará tu merecido. Serás juzgado en la tierra, y condenado al averno. Un buen hijo se rinde a los dictados de su padre. Tú, no eres hijo mío.

—¿Y qué alegará para repudiarme, padre? Ya es demasiado tarde para proclamarme un

bastardo como Dorian. No. No responda. Me marcharé y usted se cobijará en el constante recuerdo de que siempre tendrá a su bendito Sebastian para no defraudarlo.

Julian le hizo una breve inclinación con la cabeza y luego se encaminó hacia la salida del despacho. Antes de llegar para conversar con el conde, se había jurado que iría a enfrentarse a su padre para demostrarle que no tenía poder sobre él, que no le temía, y a pesar de ser un hombre fuerte, hecho y derecho, de enorgullecerse de cómo vivía, de lo que hacía, el viejo demonio todavía tenía poder sobre él. El corazón le dolía por las palabras que le había lanzado. ¡Qué tontería! A esas alturas ya no había nada que Ashbury pudiera decirle para herirlo, y, sin embargo…

No importaba. El pesar se le iría cuando regresase a casa de su primo Jasper, futuro conde de Camoys. En ese lugar se estaba llevando a cabo una fiesta campestre de lo más alegre. Con muchas damas infelizmente casadas a las que podía seducir, incluso coquetearía con las muchachas casaderas para que su orgullo femenino se inflase, pues a todas les agradaba que un granuja como él les dedicase su atención.

Y como el día anterior ya había tenido un encuentro delicado con Sebastian en casa de Jasper, y puesto que su padre no volvería a convocarlo jamás, al fin podría disfrutar de un largo periodo de tiempo sin molestias. Lo malo del asunto era que su contraparte, Jasper, pensaba casarse esa temporada, ¿con quién se relacionaría Julian cuando su primo lo dejase atrás en pro de la futura *lady* Camoys?

Bueno, algo se le ocurriría. Tal vez Dorian Taverham fuese un compañero aceptable… ¿o no?

***

A *lady* Anastasia Doger no le agradaban en exceso las fiestas campestres. Entre otras cosas, porque parecían ser la excusa perfecta que encontraba su padre, el duque de Grafton, para mostrarla como un bonito trofeo ante sus posibles pretendientes. En cambio, esa que había organizado el conde de Camoys, y en la que estaba implícita la idea de que era una cita social para encontrarle una novia a su heredero, cuyo nombre era Jasper, sí que le estaba resultando deliciosa.

Anastasia había llegado a casa de los anfitriones hacía cuatro días, enfurruñada y muy disgustada con su padre por haberla obligado a asistir. Toda esa molestia desapareció en cuanto él se presentó. ¿Era posible enamorarse de un hombre en unos pocos días? Si le hubiesen preguntado dicha cuestión a ella una semana antes, hubiese dicho que eso sería imposible. ¡Oh, sí! Ya no podía negarlo jamás porque le había ocurrido. Estaba enamorada, embelesada, fascinada, encaprichada… Todo eso y mucho más. No veía más allá de él. Su corazón latía con fuerza cada vez que la miraba. Y cuando la besó… ¡Cielos! Aquello fue el cielo en la tierra. Un primer beso que no saldría de su memoria mientras viviese.

Su enamorado le había enviado una nota para que se encontrasen en el jardín a una hora determinada. ¡Exacto! La hija del duque de Grafton estaba viviendo un romance secreto de lo más excitante y no cambiaría ni una sola de las cosas que le habían sucedido con él.

¡Lo amaba con todas sus fuerzas! Enamorada durante su primera temporada… ¡Ella!, que se había negado a sucumbir a las garras traicioneras de esa enfermedad llamada amor, sería

capaz de componer los sonetos más empalagosos y dulces nunca escritos.

La noche había caído sin ceremonia, como una cortina espesa sobre los jardines de la casa de campo de los condes de Camoys. Los faroles de aceite titilaban entre los setos, proyectando sombras doradas sobre las estatuas y el mármol de las esculturas griegas húmedas por el rocío.

Lady Anastasia Doger, ataviada con un vestido de muselina rosa pálido echaba en falta su capa de terciopelo azul marino, caminaba sola, con la única compañía de la anticipación. El aire olía a jazmín y una nueva aventura con su enamorado. Él le había pedido encontrarse allí. Había dicho que necesitaban hablar. Y ella, con el corazón palpitando como un ruiseñor enjaulado, había abandonado el concurrido baile sin escolta, sin pedirle permiso a nadie y a toda prisa.

Porque cuando se estaba enamorada, una mujer sabía que con el amor bastaba. Y Anastasia lo estaba desde las puntas de su cabello hasta los dedos de los pies.

Él llegó como siempre, con la arrogancia vestida de seda y los labios aún medio torcidos en

esa sonrisa que la hija del duque había aprendido a temer y desear a partes iguales.

—Anastasia —la llamó, con un suave susurro encantador.

Ella se volvió, como si su nombre en su voz fuera una súplica. El brillo en sus ojos no era de inocencia, sino de certeza y picardía.

—No veía el momento de volver a encontrarnos, Weston.

Él no respondió de inmediato. Se acercó con lentitud, las manos las llevaba dentro de los bolsillos del abrigo de lana negro, como si temiese tocarla. Era apuesto como el pecado, ojos azules, cabello dorado. Para Anastasia era un príncipe.

Por parte de Weston, la dama era un sueño. Lo había eclipsado en cuando cruzó por primera vez la puerta de la mansión de los anfitriones y la descubrió.

—No debí haberte mandado una nota.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó la dama, intentando que la voz no le temblase. Algo en

él era diferente esa noche. Las otras veces había buscado sus labios en cuanto la veía.

El señor Weston Mans, hijo de nadie importante y heredero de deudas, famoso por su lengua afilada y sus conquistas sin nombre, se detuvo a unos pasos de ella. La observó, pero no como antes. No como cuando le susurraba versos inventados en los pasillos de la casa principal, arriesgándose a que ojos curiosos los encontrasen y delatasen. No como cuando le prometía, con los dedos en su cintura, que huirían juntos si era necesario. Esa vez la examinaba como se contemplaba algo valioso que no se podía conservar.

Era necesario advertir que a Anastasia todo lo que se decía de él le traía sin cuidado, pues la reputación del caballero parecía ser cuestionable según quién hablase. Su corazón lo había elegido y no pudo hacer nada al respecto.

—No deberías estar aquí sola —dijo al fin.

—No estoy sola. Estoy contigo. ¿Qué ocurre, Weston? —preguntó en voz baja—. Dijiste que ibas a hablar con mi padre. Que ibas a… pedir su bendición. Ahora te muestras taciturno e inseguro…

Él bajó la vista. El farol más cercano tembló con el viento y la luz osciló en su rostro como si titubeara también.

—He cambiado de opinión.

—¿Disculpa?

—No tiene sentido continuar con esto, Anastasia. Eres la hija de un duque, yo no sé en qué diantres estaba pensando cuando… —dejó el resto de la frase en suspenso, pero el daño ya estaba comenzando a crecer en el interior de ella.

Anastasia no lo entendió al principio. La frase le sonó absurda. Ilógica. Como si él le hubiera dicho que el sol ya no saldría por el este, ¿o salía por el oeste? Lo que fuese. No lo comprendía.

—¿No tiene sentido? ¿Qué no lo tiene? ¿Haberme bajado la luna durante estos días? ¿Besarme como si el mundo se acabara? ¿Hablarme de París y de Venecia? ¿De un anillo de esmeraldas que perteneció a tu madre?

Él la miró en esos instantes con un deje de pena en los ojos claros.

—Fui un necio.

—¡No! —alzó la voz, con la garganta apretada. Trató de tranquilizarse porque el jazmín se desvanecía y el aroma de la noche comenzaba a percibirse como de despedida—. ¿Qué ha pasado? ¿Mi padre te ha amenazado? ¿Se ha negado?

—Esto no puede ser. Tú lo sabes. Eres hija de un duque, y yo… yo no soy nadie —dijo con voz firme.

—¡Lo único que sé es que te amo, Weston! —No se lo había dicho hasta el momento porque no quería haber sido la primera en pronunciar dichas palabras.

Silencio. El silencio se irguió poderoso entre ambos.

Él no se acercó. No intentó tocarla. No desvió la mirada, aunque no dijo lo que ella había esperado escuchar. Y eso fue lo que más dolió.

Anastasia sintió cómo la náusea del abandono se enroscaba en su estómago. Dolía. Dio un paso atrás. Luego otro. El bajo de su vestido se arrastró por la grava. Sus labios temblaban.

—¿Hay otra mujer? ¿Es esa viuda que no ha dejado de comerte con los ojos desde que

llegaste? —escupió con voz crispada. Los celos la arañaban por dentro. Los rumores sobre el hombre que amaba saltaban a su mente con meridiana claridad. Se comentaba que Weston era un oportunista, un vividor sin lealtades que buscaba dinero. Ella no se lo había creído—. Dicen que su difunto esposo le ha dejado toda su fortuna. ¿Será más fácil casarte con una mujer rica que no pertenezca a la nobleza? ¿He sido solo una distracción para ponerla celosa y que te valorase debidamente? —Las conjeturas que se estaba haciendo eran, cada cual, más despiadada y dolorosa que la anterior.

Él ni siquiera se molestó en negarlo. Y ella quería abofetearlo por ello, le gustaría gritarle, pedirle que la desmintiese.

—No eres para mí, Anastasia. Nunca lo has sido —se limitó a decirle.

—¡Eso no es lo que me decías anoche mismo, cuando estuvimos en el invernadero!—gritó —. ¡Cuando juraste que mi sonrisa era lo único puro en tu vida! ¿Me mentiste? —Anastasia se estaba dando cuenta de que se había convertido en todo lo que nunca había querido ser: una joven ingenua de dieciocho años, recién salida del cascarón, que había caído en las garras de un libertino inmisericorde.

No podía creérselo. ¡Él había sido muy convincente en todas sus muestras de afecto y declaraciones! Se sentía estúpida. El dolor punzaba con fuerza en su roto corazón.

—No soy lo bastante valiente —respondió el señor Mans, y fue lo más honesto que dijo esa noche, aunque ella no llegaría a enterarse jamás—. Ni contigo. Ni conmigo. Algún día comprenderás que decirnos adiós es lo mejor que podemos hacer ambos.

Y entonces lo supo. Lo vio claro al fin: no la amaba. Nunca la amaría. Ella no había logrado atraerlo lo suficiente para que abandonase su vida pícara, porque, oh, sí, varias de sus amigas —incluida la señorita Temperance Miller, quien reconocía a un villano libertino a gran distancia—, le habían advertido sobre lo que opinaba de su enamorado la buena sociedad.

Un cazafortunas sin alma… aunque Anastasia había visto mucho más de él y hubiese jurado que tenía sentimientos. ¿De verdad era un hombre sin corazón? ¿Ruin y perverso?

La hija del duque dio un par de pasos hasta colocarse frente a él. Levantó el brazo para

tratar de acariciarle la mejilla con la mano enguatada. Él retrocedió de inmediato.

Anastasia abrió la boca, pero no dijo nada. Solo lo miró, clavando en él la herida de su decepción como una daga invisible.

Weston, el canalla. Weston, el que recitaba poesía mientras bailaban. Weston, el que la dejó rota sin alzar la voz. Weston, el que le dio esperanzas para luego arrebatárselas sin compasión.

¡Estúpida niña!, se dijo a sí misma.

—Supongo que está todo dicho ya —concluyó ella con voz ronca, y se volvió para marcharse, porque no sabía cuánto más podría mantener la compostura sin derrumbarse por completo. Peor aún, no confiaba en seguir de pie, temía acabar arrodillada y suplicándole unas migajas de su amor.

—Anastasia… —la llamó, y a ella le pareció detectar un deje de… ¿agonía?, ¿una súplica? No, imposible. Lo habría imaginado como la tonta enamorada en la que se había convertido.

Ella se detuvo solo un segundo. No se giró para mirarlo. No podía hacerlo.

—Jamás vuelvas a pronunciar mi nombre —murmuró con severidad.

Entonces se fue. Dejó a Weston atrás, aunque en verdad fue él quien la dejó a ella, sin compasión, sin remordimientos, sin… nada.

Las lágrimas no cayeron hasta que cruzó el arco de glicinas y se perdió en la oscuridad de la noche. Necesitaba unos momentos antes de regresar al gran salón de baile. Y aun entonces, caminó erguida, porque incluso rota, *lady* Anastasia Doger no se desmoronaría ante quien la había traicionado de la manera más cruel posible. Era la hija de un duque y mostraría entereza hasta el fin de sus días.

Aquella noche murió una joven inocente y nació una mujer que se juró no volver a confiar en ningún hombre. Si la voluntad del destino era que acabase muriendo sola, que así fuese.

Una vez le habían roto el corazón. No habría una segunda.

Jamás.

Capítulo 1

La añoranza del deseo

Londres, Inglaterra, 1816.

Las lámparas de araña brillaban como constelaciones atrapadas bajo el techo. La música fluía por el salón principal con el vigor de una orquesta pagada en exceso, y las damas, enjoyadas como relicarios, danzaban envueltas en perfumes de rosa, almizcle y ambición.

Esa era la tónica predominante en las fiestas de la alta sociedad. *Lady* Anastasia Doger sabía mucho sobre ello. Sonreía, pero no escuchaba. Un barón hablaba sin cesar a su derecha; un vizconde esperaba su turno a la izquierda. Y ella… ella tenía la mente en otra parte. En alguien más.

En alguien en quien no debería estar pensando porque, además de que no le convenía, él no sabía ni que ella existía. Ese era Julian Taverham, de quien se decía que llevó a su padre a la tumba debido a los disgustos que le dio. Julian, el hermano del actual conde de Ashbury, el esposo de su mejor amiga Temperance. Eran muy curiosos esos hermanos Taverham, porque a ese dúo se le unía un tercero, de nombre Dorian, un diablo tan tentador que cada vez que se lo cruzaba, él trataba de impresionarla. El matrimonio de su mejor amiga con Sebastian le había reportado conexiones extrañas. Dorian era una de ellas. Ah, pero la hija del duque no era ninguna tonta —al menos no lo era tanto como cuando fue una jovencita incauta— pues era muy consciente de que a lord Dorian Taverham solo le importaba su título como hija de un Grafton.

No obstante, ella tenía una debilidad. Los pícaros serían su ruina y lord Julian era a todas luces un libertino encantador. El granuja imposible. Una clase de persona que ella detestaba con todo su ser, pero que la atraía en igual medida.

Y, por desgracia para su sentido común, seguía siendo el hombre más peligrosamente apuesto que había pisado un salón de baile en Londres en años.

Tenía el cabello negro como la medianoche, los ojos, igual de oscuros, eran de esos que no miraban sino que devoraban. Su piel blanca, casi de porcelana, hacía resaltar aún más el contraste de sus facciones marcadas y luego estaba la curva maliciosa de sus labios, que parecía una promesa y una amenaza al mismo tiempo.

Julian no caminaba, se deslizaba como un rey cargado de elegancia. Todo en él gritaba escándalo, sus trajes perfectamente cortados, el gesto despreocupado, la sonrisa torcida que una dama sensata debía evitar como si fuera un veneno… y que, sin embargo, Anastasia deseaba saborear como si fuese ambrosía.

Sí.

Era un granuja, un Taverham, un problema con patas, pero aun así, el corazón se le desbocaba cada vez que él entraba en una habitación.

Lo vio. Figuraba en el otro extremo del salón de baile, aunque acababa de desaparecer tras una puerta lateral con la desenvoltura de quien estaba acostumbrado a los secretos y a planear una cita clandestina.

Anastasia sabía a dónde iba.

Había escuchado a la viuda Gainsborough, una mujer de curvas exageradas y carcajada mal disimulada, aceptar, con una sonrisa cargada de maldad, una cita con Julian. En la biblioteca. A medianoche. Así que ella, cansada del aburrimiento, y por una vez después de tantos años, decidió que no sería la hija obediente del duque, ni la dama rechazada de otrora. Sería solo una mujer que deseaba un beso. ¿Y quién mejor que un granuja como lord Julian para concedérselo?

La dama dejó atrás a su séquito de pretendientes sin darles una explicación. Cruzó el pasillo con gran agilidad. Su vestido de seda color amatista, flotaba como la niebla. Entró en la biblioteca sin encender un candelabro. Las cortinas estaban corridas y la luz de luna se filtraba apenas. Era el lugar indicado, con la atmósfera adecuada para cometer una temeridad. Rebosante de oscuridad.

Esperó y él llegó después, porque ella había cogido el camino más corto hasta el lugar. Lo tuvo de inmediato en frente.

—¿Señora Gainsborough? —susurró la voz grave de Julian, tan cerca que su aliento le rozó la mejilla.

—No —respondió la dama con voz temblorosa, disfrazada, más dulce y juvenil de lo habitual—. Pero me iré si me lo pides —le pareció oportuno tratarlo con informalidad.

Él se rio muy bajo. Intrigado. Estaba tan habituado a que lo persiguieran que no dio mayor importancia al hecho de no estar con esa mujer a la que llevaba meses tratando de conquistar.

—¿Quién eres? —Él respondió también sin el trato formal que debería ofrecerle a una dama, desconocida o no, porque ella le había dado la posibilidad previamente.

—Alguien que desea un beso. Uno solo. Soy una muchacha que busca un poco de aventura, a un hombre que sepa cómo se debe besar a una mujer. —No estaba bien darle a entender que era una joven insegura, porque ya había cumplido los veintiséis y todo el mundo la consideraba una solterona con alguna tara, pero… ¡No importaba!

Julian se detuvo. En la penumbra, su silueta era imponente. Alto, relajado, seguro. Su reputación lo precedía, pero había algo en su presencia que iba más allá, pues era tentador hasta decir basta.

—¿Un beso solo? ¿Uhm? —preguntó con galanteo, al tiempo que comenzaba a abrazarla.

Anastasia no se lo podía creer. ¡Estaba entre los poderosos brazos de uno de los pecaminosos hermanos Taverham! Así que, allí, al amparo de las sombras, con el silencio como único testigo de un encuentro inesperado, decidió ser valiente y reclamar lo que se le antojaba, pues solo quería un recuerdo de lo que era sentirse mujer, adorada y querida. Y aunque era muy consciente que únicamente sería un espejismo, no iba a negarse el capricho.

—Aunque no deseo un beso cualquiera.

—¿Ah, no? —La sorpresa en su voz fue evidente.

—No, si no es especial, entonces no lo quiero.

—¿Eso pides? ¿Con tanta calma? ¿Un beso especial?

—Sí. Porque si voy a hacer algo tan inapropiado como dejar que me beses, más vale que ese beso valga la pena.

La seguridad con la que la joven dama hablaba lo tenía fascinado.

—¿Y si no estoy a la altura?

—Tu reputación te precede, creo que puedes darme lo que te pido.

—¿Mi reputación? ¿Dónde ha podido una muchacha como tú escuchar algo sobre mí?

—Las mujeres no son discretas cuando…

—¿Cuándo qué? —la azuzó con interés.

—¿Vas a besarme o no?

—Considero que no lo haré. Créeme, cuando las mujeres hablan de que soy bueno besando, no se refieren a besar en el lugar en el que tú estás pensando. —Ella se alegró de que él no pudiese ver más que su sombra, porque aunque no entendió del todo a lo que se refería, supuso que sería algo muy inapropiado y estaba muy colorada. Hubo un silencio incómodo—. ¿Estás pensando en si deberías pedirme esa clase de beso o quieres marcharte ya corriendo con las lágrimas en los ojos porque he herido tu delicada sensibilidad, pequeña?

Al fin ella entendió que se estaba burlando, tal vez quería ahuyentarla.

—¿Sabes cómo besarme en los labios o no? —preguntó, sabiendo que se estaba mostrando demasiado exigente.

Él se rio con ligereza.

—Claro que sé, pero aunque soy un truhan del que, por lo visto, se rumorea mucho, no sé si soy un *besador* infalible. ¿Y si te beso y no te gusta?

—Entonces no te lo perdonaré jamás.

—¿Ni aunque prometa mejorar con la práctica? —bromeó—. Tal vez necesite varios intentos para demostrarte mis dotes.

—Solo quiero un beso. Uno solo —se reafirmó Anastasia. Más de uno podría ser peligroso y ella aprendía de sus errores.

—Tendré que esforzarme, entonces. ¿Puedo preguntar qué esperas exactamente de ese único beso?

—Muchas cosas, pero en especial sentirme amada. —Él no había previsto esa respuesta.

—¿Quieres que mienta con los labios?

—Sí —dijo sin dudar.

—Y cuando termine… ¿qué harás?

—Me iré.

—¿Me utilizarás entonces para tus… caprichos?

—No. Atesoraré el recuerdo para siempre.

—Eso me parece una carga peligrosa para un simple beso.

—No será un simple beso. No contigo.

—¿Y si me niego?

—No lo harás.

—¿Tan segura estás? Mi fama de pícaro debe ser…

—Estoy convencida de que no puedes resistirte a una tentación bien formulada. No eres un hombre que esté hecho para una sola mujer, así que no te atrevas a mostrarte ofendido.

Julian se volvió a reír con ligereza. ¡Menuda pícara resultaba ser también ella!

—¿Te han dicho alguna vez que eres una tentación disfrazada de desafío?

—Tú eres un granuja de labios famosos.

—No debería enorgullecerme de eso, pero lo hago.

—Y yo no debería estar rogándote por un beso —se quejó ella, ya cansada de tanta cháchara insustancial.

—No estás rogando. Estás ordenando sin dulzura, debo añadir. Cambia de táctica a ver si yo acabo animándome a concederte tu petición.

—¿Es una burla?

—Un reto que tendrás que llevar a cabo si quieres salirte con la tuya.

Ella suspiró.

—Entonces, cállate ya. Y bésame.

—Uhm… No. Prueba con otra cosa.

—¿Bésame, por favor? —Probó a ver si…

—No. Eso sí ha sido un ruego, aunque muy incierto. No me ha gustado en absoluto. Sigue a ver si das con la fórmula adecuada que me convenza.

—No estás siendo de ayuda.

—¡Tú tienes la culpa! —se quejó él—. No me cuesta besar a ninguna mujer…

—Ya… solo a mí. ¿Es porque no te gusto?

—¿Gustarme? Pero si no te veo. No. No es por eso. Es simplemente porque sé que tienes las expectativas muy altas y eso me aterra.

—¿Te aterra darle un beso a una desconocida? —Ella se rio entonces. Él carraspeó lleno de irritación—. ¿No era una broma?

—A ver, concentrémonos un momento, muchacha. ¿En qué tipo de beso estás pensando? ¿Uno comedido y breve, digno de una dama que acaba de debutar en Almack's? ¿O prefieres uno de esos besos escandalosos que hacen que las plantas se marchiten debido al calor y las doncellas se desmayen? —El tono de él era burlón, pero a ella no le importaba. Seguro que se había enfadado porque se había reído de él. ¡Vaya!, el libertino tenía sentimientos después de todo.

—Voy a hablarte con cruda sinceridad, luego decidirás si me mandas al cuerno o si me das lo que espero de ti.

—Podrías convencerme así…, veamos si lo consigues —tanteó él. La sinceridad era algo que no veía a menudo.

—No quiero un beso cualquiera, Julian —repitió, y se atrevió a llamarlo por su nombre de pila —. Quiero uno que me quite el aliento, que me haga olvidar quién soy y dónde estamos. Un beso que me maree, que me revuelva el alma y me haga sentir que, aunque sea solo por un instante, soy la única mujer en tu mundo. Bésame como si jamás fueras a besar a nadie más. Como si este fuera tu primer… y último beso.

Julian la miró aunque no la veía en verdad. Deseó que hubiese luz a fin de poder memorizar cada expresión de ella, cada gesto, porque las palabras nunca las podría olvidar. Fue como si su declaración hubiera abierto una grieta en algún lugar que llevaba años sellado. La sonrisa que había estado presente en sus labios durante buena parte de la conversación se desdibujó, no por indiferencia, sino porque no encontraba forma de burlarse de una declaración tan hermosa. Alzó una mano con lentitud, le rozó la mejilla a esa joven dama con la yema de los dedos, y luego le sostuvo el rostro con ambas manos con suma delicadeza, como si temiera que se deshiciera.

—No sé si lograré darte algo tan perfecto como lo que pides —murmuró—, pero juro que esta noche no recordaré a nadie más que a ti. Solo estarás tú. Solo este momento. Solo nosotros dos.

Julian no se movió al principio. Ella se temió lo peor, ¿habría cambiado de idea? ¿Sus palabras fueron demasiado… shakesperianas?

Lo que Anastasia no sabía era que él quería estar al tanto de todo lo que sentía y lo rodeaba para no olvidarlo jamás, porque era la primera vez que una mujer le decía algo así, la

primera vez que alguien le hacía sentir que valía más que para un revolcón.

Cuando por fin se inclinó hacia la joven, lo hizo sin prisas. La mano que tenía en su mejilla se deslizó suavemente hasta su nuca, sus dedos se enredaron apenas en unos mechones sueltos que olían a jazmín. La otra mano reposó con reverencia en su cintura, como si no se atreviera a atraerla del todo, como si respetara el espacio sagrado que existía justo antes de que dos cuerpos se unieran.

Sus labios rozaron los de ella como un murmullo. Un roce etéreo, apenas una promesa, un susurro de lo que vendría. Y luego, como si el mundo se hubiese quedado sin aliento, la besó de verdad.

No fue un beso rápido. Ni impaciente. Fue un beso que parecía estar dándose entre dos personas que se conocían de otra vida. Uno que no buscaba poseer, sino comprender y demostrar. Sus bocas se encontraron con una dulzura tan honda que dolía, se probaban con un ritmo pausado que hablaba de cuidado, de entrega, de todo lo que Julian nunca se había permitido sentir y estaba sintiendo.

Anastasia respondió sin pensar. Sus manos se aferraron a la solapa de su chaqueta, como si necesitara anclarse a él para no caer, para no

disolverse. Porque todo en ella se estaba derritiendo, licuando, transformando. El corazón le latía con fuerza, pero no por miedo. Era la certeza de que ya no sería la misma después de eso, pues al fin se dio cuenta de que aquel tonto que la dejó sin mirar atrás nunca la había besado de verdad, jamás la amó.

Julian la estaba besando como si fuera la única mujer sobre la faz de la tierra. Como si su boca guardara todos los secretos de la humanidad. Como si quisiera que esa desconocida lo sanase, lo redimiese y lo hiciese vivir… solo durante ese instante.

No hubo gemidos, ni sonidos de excitación, solo ternura, una comunión de almas. Comprensión. Aceptación.

Cuando al fin se separaron, apenas unos milímetros, Julian apoyó su frente contra la de ella y cerró los ojos. Respiraba con gran dificultad, como si acabara de cruzar un océano a nado.

—Si alguna vez olvidas este beso —murmuró con voz baja y ronca—, que sea porque has encontrado a alguien mejor que yo, un hombre que puede darte lo que mereces. —¿Quién iba a pensar a los treinta y tres años un simple beso lo dejaría tan satisfecho?

Ella sonrió. No dijo nada. No podía. Aún no había regresado del lugar al que él la había transportado con un solo beso.

Tan ensimismados estaban el uno con el otro, que no se dieron cuenta de que la puerta de la estancia se había abierto. Tampoco se percataron de que la luz estaba entrando en cascada.

A continuación hubo una exclamación ahogada. Luego otra. Pasos. Más murmullos.

Y entonces… la ruina. ¡El escándalo acababa de servirse en bandeja de plata!

***

Anastasia aún tenía los labios húmedos. Julian, el aliento entrecortado. El silencio ya no los envolvía como una manta tibia.

—¡Qué espectáculo tan espléndido! —bramó una voz aguda, cargada de furia glacial.

La señora Gainsborough se vislumbraba a la perfección en el umbral, iba rodeada por un séquito de damas curiosas y caballeros demasiado

encantados con el aroma de un posible escándalo. Su silueta se apreciaba llena de curvas, dibujadas por un vestido de satén rojo sangre, los ojos le centelleaban con una mezcla venenosa de celos y júbilo. Su abanico colgaba cerrado de su muñeca, aunque el lenguaje de su cuerpo decía que bien podría usarlo para abofetear a alguien. A ella, supuso Anastasia.

—Espero no interrumpir —añadió, avanzando unos pasos—. Oh, pero claro que interrumpo una cita indecorosa —le dijo con mordacidad a Julian, aunque su mirada se clavaba como un cuchillo sobre Anastasia—. No me esperaba que prefirieses… carne más insulsa. Ni más noble. Al menos era lo que me decías cuando tratabas de que cayese en tus redes, querido.

Julian se giró con un movimiento lento, pesado. El sabor del beso aún le palpitaba en los labios, pero el tono de aquella voz, el veneno destilado en cada sílaba, le hizo despertar como de un trance.

—No te sientan bien los celos, querida —murmuró, sin abandonar su característico tono burlón. —Supongo que si hubieses aprovechado antes las muchas oportunidades que te ofrecí, no estaríamos en esta situación.

—¿Insinúas que buscabas a otra mientras yo me decidía? —espetó la viuda, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos—. ¡Qué gran mentiroso puedes llegar a ser! Si buscabas celarme con discreción, me temo que no lo has hecho bien. ¡Delante de tantos testigos! No sabía que entre tus muchos talentos estaba también el de arruinar a las solteronas.

—Ah. Veo que no solo hablan los celos, mi querida señora Gainsborough. Se siente desdeñada. Le repito que tuvo que haber actuado más rápido cuando la invité a mi cama. —Julian se había batido en duelo con el auténtico diablo, ese era su difunto padre, así que una viuda despechada no era rival para él.

—¡Suficiente! —intervino una voz masculina, serena y cortante. Excesivamente fría también. El conde de Ashbury, Sebastian Taverham, acababa de aparecer en escena. A su lado iba Temperance Hamilton, su esposa. Ambos cruzaron la puerta. La apostura del conde era tan principesca, tan cargada de respeto que su presencia impuso un silencio inmediato entre los espectadores.

Fue Temperance quien tomó en sus manos la situación después de que su león le diese el

testigo. Se plantó delante de la viuda Gainsborough con elegancia.

—No sé quién es usted, señora —dijo con calma sin levantar la voz—, pero le ruego que se abstenga de lanzar juicios ofensivos bien al caballero, que es mi hermano por matrimonio, o a la dama, que es mi mejor amiga. Esta sala no es un tribunal y, por descontado, usted no sería juez en caso de transformación.

La viuda parpadeó, sorprendida de que alguien la enfrentara sin alzar el tono. Estaba al corriente de que tenía delante a una condesa cuyo marido era callado, pero letal si la ocasión lo merecía. Conocía la reputación de lord y *lady* Ashbury.

—¿Y usted acaso sabe lo que ha sucedido aquí, *milady*? —espetó la viuda.

Las dos mujeres seguían intercambiando palabras, pero Julian apenas escuchaba. Había girado lentamente la cabeza hacia la mujer cuyo rostro ya no estaba entre las sombras. Algo en sus facciones comenzaba a revelarse. Las líneas. El perfil. Los ojos.

Julian la miró como si la viera por primera vez. Y quizá así fuese. La luna jugaba a delinearla a su antojo, esculpiendo su figura alta y

erguida en plata líquida. No era una belleza evidente, no poseía los rasgos etéreos de las heroínas de novela ni la dulzura encantadora de las debutantes. Pero había en ella algo infinitamente más peligroso: seguridad. Era una mujer, no la niña que le hizo creer que era.

Se apreciaba alta, se veía fiera, una estampa que indicaba que no se achicaba ante nadie. Tenía el cabello oscuro como el vino tinto, espeso y ligeramente ondulado, recogido a medias con unas horquillas que ya empezaban a aflojarse. Y luego estaban sus ojos, esos malditos ojos color avellana, brillantes como hojas otoñales, con un fuego que no se veía a simple vista, pero que se sentía como una quemadura lenta si uno se atrevía a mirarlos demasiado.

No era una hermosura al uso, no. No tenía la perfección delicada que hacía que los pretendientes se embelesasen, pero tenía carácter en los pómulos, inteligencia en la boca, desafío en ese cuello alto y una forma de mirar que podía despojar a un hombre de sus defensas más hábilmente que cualquier escote.

Julian, que había conocido a mujeres que se deshacían en halagos y cortesías, no supo cómo manejar aquella combinación tan inesperada de

dignidad y deseo que veía en la mujer a la que había tenido en sus brazos.

No era una flor de invernadero. Era una tormenta a punto de desatarse. Oh, sí. Él la veía bien y era consciente de que la dama estaba controlándose. Julian mismo había estado en sus zapatos cuando se enfrentaba a su difunto padre.

Y la había besado.

Sin saber quién era.

Sin entender el motivo por el que sabía que ese beso no se le borraría nunca de la consciencia.

Julian se quedó inmóvil. El aire se le heló en los pulmones. No fue inmediato. No del todo, porque cuando la escuchó hablar, con esa voz firme, serena, pero con una vibración apenas perceptible, como el temblor de una cuerda tensada hasta el límite…

¡Infierno!

Y entonces todo encajó. El vestido amatista. Su piel clara. Sus ojos preciosos. Esos ojos que siempre habían sido su rasgo más distintivo:

grandes, color avellana, con una profundidad que podía desarmar a un ejército. O a un libertino.

Julian sintió cómo algo en su interior se quebraba. No a causa de la culpa, ni siquiera por la vergüenza instantánea que se alojó en su pecho. Fue puro terror. Su padre sonreiría con arrogancia si pudiese verlo en semejante tesitura. Estaba seguro de ello.

—No… —susurró. Retrocedió un paso. Después otro. Como si el suelo bajo sus pies estuviese a punto de abrirse en una grieta profunda —. No puede ser… —murmuró de nuevo, con la voz ronca, como si se hubiese tragado cientos de cristales.

La miró sin creerse que fuera real. Como si estuviera viendo un espectro. Su cuerpo entero pareció entrar en un estado de alarma.

Lady Anastasia Doger.

La hija del duque de Grafton. ¡De un maldito duque!

La dama más intocable del salón. La mujer a la que su hermano Dorian había estado tratando de embaucar con la precisión de un cazador

que acechaba una pieza digna, pues su hermano pequeño quería conquistar a la hija de un maldito duque. El objetivo de Dorian desde la muerte del padre de los hermanos Taverham había sido hacerlo regresar del infierno para volver a enviarlo allí de nuevo, y la mejor manera que se le ocurrió fue buscar la atención de una dama como *lady* Anastasia Doger, dado que ella podría devolverle un estatus que el anterior conde le quitó, pues declaró a los cuatro vientos que Dorian era un bastardo.

Y él… él había hecho algo más que besarla.

La había abrazado como si fuese un tesoro que no quería que nadie le arrebatase. La había hecho suspirar sobre su boca.

Y lo peor de todo: ella se lo había pedido. Le rogó que la besase. Había rogado por ello con una sinceridad que aún le quemaba en el alma.

—Dios mío… —susurró, al tiempo que se pasaba una mano temblorosa por la mandíbula.

El libertino, el encantador Julian Taverham, estaba paralizado. No por miedo a la sociedad —no todavía—, sino por una mezcla

desconcertante de emociones que no sabía cómo clasificar.

Asombro.

Deseo.

Rabia.

Confusión.

Y además de todo ello estaba esa maldita punzada en el pecho… que no sabía si era culpa o algo mucho más peligroso.

—¿Tú? —preguntó, sin que el nombre le saliera—. Tú no eras…

Ni la viuda. Ni la muchacha, quiso decir en alto.

Todo había sido una farsa. Un plan.

Y, sin embargo…

Sin embargo, no podía decir que se arrepentía de ese primer y único beso que le había llegado al corazón. Eso lo horrorizó más que nada.

Ella no le respondió. Solo lo miraba, con la dignidad intacta y un rubor feroz que no delataba vergüenza, sino furia contenida.

Fue entonces cuando el actual conde de Ashbury dio un paso adelante. El tono de Sebastian fue el de un general harto de soldados díscolos cuando dijo:

—Se acabó. Esta situación ha ido demasiado lejos. Todos fuera. Ahora.

—¿Cómo se atreve…? —empezó la señora Gainsborough, pero Sebastian la silenció con la mirada.

—Le sugiero que abandone la sala antes de que tenga que hacerlo escoltada. Llévese al público que trajo consigo, *madame*.

El conde no tuvo que repetir la tácita orden.

El grupo se deshizo con murmullos apagados y alguna que otra risa nerviosa. Temperance avanzó y se detuvo junto a Anastasia. No le dijo nada. Solo deslizó su mano sobre la de su amiga y la apretó una vez. Firme. Cálida. Solidaria.

Y entonces, como una marejada que retrocedía, todos salieron.

La biblioteca volvió a quedarse en silencio, solo con la pareja implicada en el escándalo y los condes de Ashbury en su interior.

Capítulo 2

Las consecuencias de la locura

La puerta se cerró con un eco seco que pareció sacudir el aire. La biblioteca, tan silenciosa como al principio del interludio, tenía en esos momentos un peso distinto. La incomodidad flotaba como una nube espesa entre los cuatro, colgando del techo, de los estantes, de cada palabra todavía no dicha.

Julian permanecía de pie, inmóvil, como una estatua mal tallada. Tenía el rostro lívido, los labios aún entreabiertos y los ojos clavados en el suelo. No asimilaba lo que acababa de ocurrirle.

Temperance, siempre tan dueña de sí misma, fue la primera en hablar.

—Bien —dijo en voz baja la condesa—. ¿Alguien tiene algo razonable que decir antes de que todo Londres lo haga por nosotros?

Sebastian, junto a ella, cruzó los brazos. Su mirada iba de Julian a Anastasia con una severidad contenida, como un juez que aún no había emitido sentencia pero ya intuía el veredicto.

Anastasia se alisó la falda con gesto meticuloso. El temblor apenas perceptible de sus manos solo se le notaría si se la conociese muy bien. Levantó la cabeza con esa mezcla tan suya de orgullo y valentía, como si enfrentarse a tres pares de ojos inquisidores no fuese algo más alarmante que un cambio brusco del clima.

—No ha ocurrido nada que no haya sucedido antes en una fiesta —afirmó la hija de Grafton, con una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Solo ha sido un beso. En la penumbra. Nada más dramático o irreparable que eso.

—¿Nada dramático o irreparable dices? —repitió Sebastian con una ceja alzada—. Anastasia, has sido descubierta en brazos de un Taverham. Uno, además, que no está casado y cuya reputación hace palidecer a los personajes más depravados de Byron. —Lord Ashbury tenía la suficiente confianza con la

mejor amiga de su esposa para tratarla sin formalidad. Ella misma se lo exigió cuando comenzó a cortejar a Temperance. Era cierto que la hija del duque de Grafton siempre le había parecido… impulsiva, pero creía que sería más inteligente que lo que, por lo visto, había supuesto y no era.

—Gracias, mi amor. Qué reconfortante analogía —intervino Temperance con fina ironía.

Sebastian le dirigió una mirada de advertencia, pero no replicó ante las palabras de su condesa.

Anastasia inspiró profundamente.

—Sí, un Taverham. Uno cuya reputación es conocida, lo que hace que cualquier mujer en su compañía parezca culpable por asociación —respondió ella—. Pero, lo apuntaré de nuevo: no ha sucedido nada irreparable. Solo ha sido un beso —quiso decir que fue memorable, aunque no se atrevió —, en una biblioteca, a la luz de la luna. Por favor, todas las hurracas que han salido de aquí cotorreando han soñado con vivir semejante emoción y están celosas porque yo lo he conseguido.

Julian ni se movió. Ni alzó la cabeza. Seguía como un hombre que había despertado en

mitad de una batalla sin saber si iba armado o desnudo. Era consciente de que su hermano lo examinaba con atención, de que debería intervenir, pero no podía, pues no estaba seguro de nada. ¿No sería todo lo que estaba sucediendo ante sus ojos un sueño extraño?

Por su parte, Temperance observó a su mejor amiga en silencio un momento. Cuando habló, lo hizo sin reproche, pero con la claridad de quien no iba a suavizar los bordes de la verdad.

—Anastasia, lo sabes tan bien como yo. En muchas fiestas como esta se roban besos, hay quien los entrega libremente, no obstante, lo que te ha sucedido no es solo un beso. Lo sabes. No se puede ocultar la vergüenza cuando ha habido espectadores. No con la señora Gainsborough liderando la procesión del escándalo. No, siendo tú quien eres… y él quien es —apuntó en alusión a Julian. Temperance tuvo algunas rencillas con Julian en el pasado, aunque eso quedó atrás y lo consideraba su propio hermano.

Anastasia sostuvo la mirada de su amiga.

—No soy ninguna joven debutante. Y por descontado que él no es un criminal. Soy una mujer que pidió un beso. Nada más.

—Lo pediste —repitió Sebastian, más para sí mismo que para el resto.

Temperance lo miró de reojo, luego volvió a centrarse en Anastasia.

—La pregunta es: ¿estás dispuesta a cargar con las consecuencias? Porque esta noche no se quedará en un simple susurro. Esa mujer estaba muy irritada y volcará toda su ira sobre ti. Lo has visto tú misma.

Anastasia se mantuvo erguida.

—¿Consecuencias como qué? ¿Ser obligada a casarme con un hombre que no me desea tan solo porque le robé un beso? ¿Ser retirada de la vida social como si fuera una paria? ¿Verme comprometida por un error que nadie más habría considerado tal si yo no fuera hija de un duque?

—Exacto —dijo Sebastian, esta vez sin dureza, pero con una gravedad que helaba la sangre —. Eres la hija de Grafton. Y has sido vista entre las sombras, con la boca aún tibia, en los brazos de un hombre al que muchos no dudarían en calificar como a un libertino peligroso. Eso, Anastasia, no desaparece con discursos firmes ni con silencios dignos. Tu padre exigirá satisfacción.

Por un instante, la tensión fue total.

El único sonido era el de la respiración agitada de Julian, apenas audible, y el crujido de la madera bajo su bota cuando, sin mirar a nadie, dio un par de pasos hacia la ventana. Necesitaba poner distancia con lo que lo rodeaba. Estaba en esa biblioteca, pero sin estar realmente.

—Mi padre ha aceptado que no tengo planes para desposarme. No hará nada más que darme un sermón y enviarme fuera durante un tiempo, hasta que haya un escándalo mejor al que atender. La paz en Europa me ofrece la posibilidad de planificar un viaje, cierto que la explosión de ese volcán en las Indias Orientales está haciendo que las temperaturas se desplomen todavía más… aunque no es nada grave que haga más frío de lo normal. Siempre quise conocer Italia, allí igual haya más sol. Me vendrá bien ir. Tu prima Ofelia me acompañará y así su padre no podrá increparla. —Llegados a este punto se hacía necesario comentar que *lady* Ofelia Mabry era una gran amiga de Anastasia, prima lejana de la condesa, y que su padre, el conde de Mabry cuya fortuna menguaba cada día, quería utilizarla como moneda de cambio.

—¿No te das cuenta de que las cosas no son tan fáciles, Anastasia? El título de tu padre no

podrá protegerte tal y como sospechas que hará. Mañana te despertarás y todo Mayfair estará al tanto de tu desliz. A Julian lo destrozarán, sí, pero es un hombre y se olvidarán de su pequeño pecado con relativa facilidad. En cambio, la mancha que tú arrastrarás…

—¡Temperance! —gritó la hija del duque, para que su amiga dejase de hablar. A continuación suspiró. Hubo un momento de silencio. Lo que más le desconcertaba a ella era que lord Julian seguía sin hablar. Ni siquiera alzó la vista para prestarle un segundo de atención. Era indudable que estaba sola ante el gran problema al que quería restar importancia. Anastasia lo miró una última vez, él seguía en su mundo. No iba a echarse a llorar. Así que continuó su exposición—: Os agradezco vuestra preocupación. Pero estoy bien. No he sido forzada. No estoy rota. No preciso protección ni desagravio. Solo necesito que nadie me mire como si estuviera acabada, al menos confío en que mis amigos no lo hagan.

Y sin esperar réplica, caminó hacia la puerta.

Nadie la detuvo.

Temperance bajó la vista.

Sebastian suspiró.

Julian siguió sin moverse.

El eco de los pasos de Anastasia sobre el suelo de mármol fue lo único que quedó cuando la biblioteca volvió a estar en silencio. Y esa vez, la calma no tenía nada de reconfortante.

La puerta se cerró, y el ruido suave del picaporte fue el último sonido. No era un silencio amable. Era espeso, antiguo, de esos que se acumulaban con los años y las cosas nunca dichas.

Julian no se volvió. Permanecía junto a la ventana, con los brazos colgando a los costados y los nudillos ligeramente blancos.

Sebastian dio unos pasos hacia él, pero se detuvo a medio camino. Lo observó unos segundos, en los que su expresión osciló entre la ira y la decepción. Luego, habló:

—¿Vas a mirar por la ventana durante toda la noche o vas a tener la valentía de enfrentarme, Julian?

Su hermano mediano no respondió enseguida. Cuando lo hizo, fue con esa calma

peligrosa que no escondía la tensión, sino que la contenía:

—Si pretendes sermonearme, ya llegas tarde. Tu padre lo intentó hasta que exhaló su último aliento. Su perfecto, honrado y frío heredero no triunfará allá donde el viejo diablo no tuvo éxito.

Sebastian mantuvo su apostura de indiferencia. No dijo nada durante unos segundos. El silencio lo llenaba todo como una niebla pesada, pero no era lo mismo que traía la calma. Era la antesala de una tormenta y no quería tener más público del debidamente necesario.

El conde, finalmente, giró la cabeza hacia su esposa.

—¿Temperance? —dijo con un tono bajo, pero férreo.

—¿Sí? —respondió ella con otra pregunta cargada de suavidad, al intuir lo que iba a pedirle su marido.

—Necesito hablar a solas con mi hermano.

—No creo que… —comenzó a objetar la condesa, sabiendo que la relación entre los hermanos no era buena y que dejarlos a solas podría ser catastrófico.

—¿Temperance? —la volvió a frenar con el uso interrogativo de su nombre.

—¿Vas a mandarme callar, Sebastian?

—No, voy a pedirte, por favor, que hagas lo que te pido.

Ella lo miró durante unos segundos. Suspiró. No podía oponerse, no después de que su marido se mostrase tan considerado. Allí donde Julian era el seductor, Sebastian era el honorable, mientras que Dorian era… Temperance no sabía qué lugar darle al pequeño de los Taverham por el momento… ¡Peligroso! Sí. Eso era, porque un hombre que regentase un club en Saint Giles, como hacía Dorian, tenía que serlo.

—No hagas ni digas nada de lo que luego nos tengamos que arrepentir todos, ¿de acuerdo?

—Eso haré —le prometió. La condesa se acercó a Sebastian, le dio un beso en la mejilla y

luego se marchó del lugar.

—Te estás ablandando, hermano. A tu padre no le gustaría verte de ese modo. Ya sabes que para él sería un sacrilegio que una buena mujer consiguiese guiar tu vida.

—No hablemos del pasado, Julian. No tiene remedio ya. Mejor sería concentrarse en el presente.

—¿Y qué propones, Ash? —Era habitual que Julian acortase el título de su hermano para darle una mayor familiaridad, solo que en esos momentos la tensión era tan fuerte que no podría haber cordialidad entre ambos. Los dos lo sabían. Nada bueno podría salir de esa discusión, más porque Julian estaba seguro de que su hermano iba a presionarlo más que regañarlo por su travesura. ¡De acuerdo, no era ninguna travesura!, lo sucedido en esa maldita biblioteca era un conflicto importante.

—Estoy aquí para decirte que, por una vez en tu vida, vas a hacer lo correcto.

—Qué fácil te resulta decirlo desde tu pedestal —murmuró Julian, volviéndose por fin hacia él—. El perfecto conde de Ashbury, el heredero

intachable, el esposo ideal para una mujer que no merece.

—Cállate.

Julian esbozó una sonrisa torcida.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta oír la verdad?

—Me molesta tu cinismo. Me molesta tu manera de arrastrar nuestro apellido por el fango cada vez que algo no sale como quieres. Me molesta tu egoísmo. Y esta vez, me molesta especialmente que hayas comprometido a una mujer como Anastasia Doger sin pensar más allá de tu entrepierna. ¡Por amor de Dios! —explotó el conde—. Es la mejor amiga de mi condesa, la hija de un duque… ¿En qué demonios estabas pensando?

Julian apretó los dientes. Años atrás, antes de que Sebastian se casase con su esposa, lo había acusado de ser un bloque de hielo, porque nada parecía importarle, estaba claro que su esposa lo había despertado del letargo, porque era muy inusual que Sebastian perdiese los nervios incluso en privado.

—No fue premeditado.

—¿Y eso la salvará de la deshonra? ¿La redimirá ante los ojos de los demás?

—Ella sabía lo que hacía —apuntó Julian, con un hilo de voz—. Me lo pidió y yo no me negué a darle lo que demandó. Quería un beso. Soy culpable únicamente de satisfacer los caprichos de una solterona que buscaba un poco de emoción en su vida.

—¿Y tú no supiste decirle que no?

—¿Habrías podido tú, si hubiese sido Temperance?

El conde abrió los ojos con sorpresa.

—¿Me estás diciendo que a pesar de considerarla una solterona insulsa, estás enamorado de ella?

—No seas ridículo, Ash. —Julian no se refería al amor, sino a que Anastasia le había hecho una petición tan magnífica que no hubiese podido negarse jamás. Eso no iba a decírselo a su hermano mayor.

—¿Entonces a qué ha venido tu pregunta?

—Ya lo sabes, Ash.

—No, no lo sé, porque de otro modo no te habría preguntado acerca de ello.

—Nunca les niego nada.

—¿A quiénes?

—A las mujeres que me buscan.

Sebastian no respondió. Lo fulminó con la mirada.

—Anastasia no es como el resto. Lo que has hecho no tiene excusa.

—Tampoco tiene solución.

—Sí la tiene —replicó el conde—. Pero implica madurez, responsabilidad… y eso siempre te ha costado.

Julian se echó a reír. Una risa seca, sin alegría.

—¿Sabes cuál es tu problema, Sebastian? Que sigues viéndome como el hombre que quiso quitarte lo único que deseaba en esta vida.

Los ojos de Sebastian se enturbiaron.

—No te atrevas a traer a Temperance a esta conversación.

—¿Por qué no? La hemos citado ambos ya antes. ¿Te incomoda recordar que quise casarme con ella? ¿Que, por un momento, creí que me miraba como a algo más que a un libertino inútil?

—No la amabas. Y lo sabes, porque tú mismo lo acabas de decir, no puedes negarte a lo que te piden todas, no hay ninguna por la que puedas sentir verdadero afecto. ¿Esa era la vida que querías ofrecerle a mi condesa? ¿O solo querías tenerla porque querías sentirte por encima de mí, como si con ella pudieras demostrarle a nuestro padre que valías tanto como yo?

—Y tú no querías demostrarle nada a nadie, ¿verdad? —soltó Julian—. Tú solo eres el modelo perfecto, el heredero perfecto, el esposo perfecto. Debe ser agotador, Sebastian… toda esa perfección…

—¡Cállate! —exclamó una vez más Sebastian, avanzando un paso—. No tienes ni idea de lo que fue mi vida hasta que mi condesa llegó para iluminármela.

Julian alzó las cejas.

—¿Y tú la mía sí, hermano? ¿O lo que lo fue la de Dorian?

—Siempre estás empeñado en recordar el pasado. ¿Tengo yo la culpa de que padre no nos quisiera a ninguno de los tres?

—¿De los tres?

—De los tres, sí —se reafirmó.

—Te idolatraba, Ash. No puedes negarlo sin convertirte en un mentiroso consumado, y siempre te vanaglorias de no mentir jamás.

—¿Es lo mismo idolatrar que amar? No. Si alguna vez tienes la buena fortuna de encontrar a una mujer que te muestre la diferencia, lo entenderás al fin. Solo lo siento por Anastasia. No sé si está preparada para el reto que va a tener que asumir.

Silencio. Julian tragó saliva.

—¿Qué esperas? ¿Que le pida matrimonio? —preguntó con un tono de voz que parecía… ¿desesperado?

—Espero que le preguntes qué quiere. Y que, si no puedes casarte con ella, al menos tengas la decencia de asumir lo que has provocado.

Julian bajó la vista. Por primera vez durante la noche, su postura perdió firmeza. Una mujer como *lady* Anastasia Doger no se conformaría con menos que con exprimirle todo el jugo a la vida. Estaba tan seco por dentro que ya solo encontraba redención en el placer.

—No puedo hacer eso y tú lo sabes. No le pediré matrimonio. Ella podría decirme que sí, aceptarme, y sería la ruina de ambos, pero sería la dama la que más sufriría, no creo que quieras que padezca semejante destino, Ash. Tu salvaste a Temperance de mí, tiene que haber algún otro que salve a la hija de Grafton.

—Eso no lo decides tú. Tu obligación ante lo que ha sucedido es preguntar —respondió Sebastian—. Pero si no lo haces, demostrarás que sigues siendo el inútil que nuestro padre decía que eras, el que huía cuando las cosas se complicaban. Y créeme, Julian, no vas a encontrar una ocasión mejor para demostrarnos a todos, incluido a ti mismo, que eres un hombre mucho mejor que el resto.

***

El club El Paraíso nunca dormía. Incluso cuando la noche era densa y húmeda como aquella, las risas, las apuestas, los gemidos y el sonido de las copas colisionando seguían como una música constante bajo las lámparas de cristal. En el piso superior, donde solo unos pocos tenían permiso para subir, reinaba otra clase de silencio. Uno más cómplice. Más caro. Más peligroso.

Lord Julian Taverham estaba recostado en un diván de terciopelo burdeos, con la camisa desabrochada, el chaleco estaba tirado sobre una silla y una copa medio vacía colgaba de su mano. Una botella de brandy sin etiqueta descansaba sobre la mesa, y el licor ya había hecho mella en sus reflejos.

La puerta de sus habitaciones privadas se abrió sin ceremonias.

—¿Otra vez escondido en mi madriguera, hermano? —La voz de Dorian llegó antes que su figura, suave y arrastrada, como si todo en él estuviese a medio camino entre el tedio y la amenaza —. Si no supiera que te he dado una llave, pensaría que has aprendido a forzar cerraduras. Había una

partida importante esta noche, un apostador como tú podría haber hecho una fortuna. Empezó nada más regresaste de una de esas elegantes fiestas a las que tanto te empeñas en maldecir pero a las que acudes con gran alegría. ¿Qué te ha hecho no presentarte a la cita, Julian?

El aludido no se movió. Apuró el resto de su copa y luego dijo:

—Necesitaba beber en paz. No estoy de humor para ganar y tampoco me habría hecho gracia que me desplumasen como a un gallo.

Dorian cerró la puerta con el pie, se quitó los guantes con parsimonia y los dejó sobre la repisa. Su abrigo largo y negro parecía parte de su silueta, y el bastón que llevaba en la mano era más un accesorio que una necesidad. El dueño del club acababa de regresar de un encuentro menos sofisticado, aunque más excitante, que al que había acudido su hermano. Una dama había solicitado que la entretuviese y ese Taverham no estaba acostumbrado a defraudarlas tampoco.

—¿Y qué ha pasado ahora? ¿Te ha vuelto a ganar al ajedrez un viejo dragón que pretendía encasquetarte a traición a su hija, o has descubierto que no todas las viudas se desnudan con un guiño?

—Se sirvió una copa y se dejó caer en el sillón frente a su hermano—. Y si te dijese que parece que hayas tenido una de tus viejas peleas con tu padre, ¿eh?

Julian soltó una risa breve, amarga.

—Ojalá fuera eso, porque lo que ha ocurrido, es todavía peor.

Dorian bebió sin prisa. Luego, ladeó un poco la cabeza.

—¿Qué has hecho?

Julian tragó saliva. Dorian lo miró por primera vez desde que había entrado. Sus ojos estaban vidriosos, no solo por el alcohol. ¿Lastima? ¿Arrepentimiento? ¿Pena? No sabía lo que escondía ese hermano Taverham.

—He besado a una mujer. En una biblioteca. Durante una fiesta.

—Vaya novedad —replicó Dorian, dejando la copa sobre el mármol—. ¿Y cuál es el problema? ¿Que no estaba dispuesta o que estaba prometida?

—Era la mujer equivocada y me han pescado haciéndolo.

—¿Y qué te importan a ti las consecuencias de tus actos, Julian?

—Era *lady* Anastasia Doger.

El silencio que siguió fue instantáneo.

Dorian no parpadeó. Solo le cambió el gesto. Como si algo se hubiese helado en su interior.

—¿Qué has dicho?

—Era ella —repitió Julian—. La confundí con otra mujer. Fue en la penumbra. Me pidió un beso. Se hizo pasar por una joven que quería un poco de emoción. Y yo…

—Y tú te dejaste llevar, claro —interrumpió Dorian, al tiempo que alzaba una ceja—. No preguntaste, no esperaste, solo abriste los brazos como siempre, ¿Eh?

—Yo no tenía motivos para pensar que pudiese ser ella, tampoco la reconocí. Estaba oscuro. Al principio pensé que era la señora Gainsborough.

Tenía una cita conmigo, pero de algún modo la hija de Grafton se las arregló para llegar a mí antes.

—¿Y la besaste?

—Sí, ya te lo he dicho.

—¿En la boca?

—Sí, en la boca y… —se calló. Iba a decir que la besó en el alma. Sería cosa de la embriaguez, porque él no solía soltar ese tipo de ridiculeces.

—¿Seguro que solo fue en la boca? —insistió.

—¡Maldita sea, sí!

—No te enfades. Tus habilidades con los besos húmedos son legendarias y no es en la boca donde…

—¡Ya lo sé! —lo cortó.

Dorian lo fulminó con la mirada.

—Tienes problemas serios

—¿Y crees que no lo sé?

—El viejo diablo debe estar regocijándose en el infierno al verte metido en este embrollo. —Dorian se quedó un momento pensativo y luego añadió—: Supongo que le hará menos gracia saber que es la hija de un duque.

—Te lo juro, Dorian. No sabía quién era ella. No lo supe hasta que nos descubrieron. La dama jugó conmigo haciéndose pasar por una muchacha que solo deseaba un beso mío. De haber sabido que era la mejor amiga de Temperance…

—¿Y qué esperabas? ¿Que te abrazara y te gritase su nombre? ¡Es la hija de un maldito duque! —Su voz no era estridente, pero cortaba como un cuchillo bien afilado—. Y además, no solo es la mejor amiga de la esposa de tu hermano, yo también le tengo un gran aprecio.

Julian se quedó callado unos segundos.

—Vamos, Dorian. Tú esperabas conquistarla solo porque era la hija de un duque. No pienso creerme que cultivas la amistad con las mujeres.

—Durante este último año he tratado con ella con cierta asiduidad.

—¿Sí? —replicó Julian con sorna—. ¿A qué eventos de la clase alta has asistido?, porque no hemos coincidido en ninguno.

—En realidad, a Ana le gusta venir al club —desveló Dorian.

—¿Disculpa? —Esa respuesta no se la esperaba y tampoco que se refiriese a la dama con tanta familiaridad. Cierto que el año pasado la había visto una vez en El Paraíso, pero… ¿De verdad, esa locura llamada Anastasia se escapaba de casa para ir a un antro de juego y vicio?

—No la he tocado, tampoco tentado, nunca le prometí nada que no pudiera cumplir, pero es la única mujer con la que puedo hablar sin fingir que soy otra persona. La hija de Grafton me agrada. Es… refrescante. —Le gustaba demasiado, y eso que cuando la conoció pensó que tanto la actual *lady* Ashbury como Anastasia y esa otra preciosidad llamada *lady* Ofelia, tenían alguna tara importante. ¡Era lógico que lo pensase! La primera se casó con un hombre que parecía no sentir nada, la segunda estaba loca y la tercera… Mejor no hablar de lo que le provocaba la tercera de esas peculiares damas. Ofelia era demasiado hermosa y elegante para cualquier hombre y Dorian sabía que estaba muy lejos de su alcance. Ni siquiera el hecho de que Ofelia caminara

con dificultad —cojeaba a menudo— bastaría para restarle mérito. El problema era su altivez, siempre lo miraba como si Dorian fuese un bicho a punto de manchar la suela de sus bonitos escarpines.

—¿Acabas de decir lo que termino de escuchar, Dorian? —Julian no lo había oído elogiar nunca a nadie.

—Sí, porque mañana no recordarás nada de esta conversación. Acabarás demasiado ebrio para hacerlo. Dime lo que piensas hacer. Esa no es una mujer como las que estás habituado a tratar.

—No quería corromperla, mucho menos comprometerla. No sé en qué estaba pensando cuando acepté darle un estúpido beso.

—Nunca lo sabes. Ese es tu problema —replicó Dorian, terminando la copa de un trago—. Pero esta vez no es una viuda aburrida como esa a la que pretendías arrinconar. ¿Cómo se llamaba? Bueno, como se llame. La mujer a la que has besado no es una actriz con deudas. Es *lady* Anastasia Doger, y tú la has puesto en la cuerda floja sin tener la decencia de mirar el abismo, supongo.

—¿Qué hay de lo que has dicho hace un momento sobre que no me preocupaban mis actos?

—Eso ha sido antes de saber quién era la dama en cuestión —rebatió con sinceridad.

—¿Qué se supone que debo hacer?

Dorian se levantó. Caminó hacia la chimenea, luego volvió sobre sus pasos y se quedó en pie mientras miraba desde la altura a su hermano.

—¿Esperas que yo te ofrezca guía?

—Sebastian ya me ha dado un buen sermón. Tú eres menos indicado que él para dar consejo. Solo ha sido una pregunta que no esperaba respuesta.

—¿Has decidido algo entonces?

—No.

—Bien.

Y así, sin más, caminó un par de pasos, abrió la puerta sin esperar nada más de la conversación y se marchó de allí, dejando a Julian solo, rodeado de terciopelo, humo y la certeza de que esta vez… la había fastidiado de verdad.

Dorian no solía enfadarse por nada. Había aprendido a reírse de la vida mucho antes de que esta intentara doblegarle, y a aceptar las injusticias también. Pero al enterarse de lo sucedido con Anastasia, algo en su interior —algo que creía haber enterrado— se tensó como un resorte. A Dorian solo le había importado su maltrecha madre, y él mismo. Odiaba a Sebastian por lo que representaba y era, trató de odiar a Julian porque… porque… porque sí y punto, pero no lo logró del todo con este último.

Anastasia Doger llegó a su vida, y lo que empezó siendo pura coquetería para ver si podía encandilar a la hija de un duque, acabó con una inesperada amistad formándose entre ambos. Ella no era como las demás. No era frágil, ni ingenua, ni tenía la cabeza hueca, aunque sí que era temeraria e impredecible. Y, precisamente por eso, le dolía más lo que le había pasado. Porque sabía que había bajado la guardia, tal vez por una noche, tal vez por un instante, y Julian… Julian, con su torpeza habitual disfrazada de encanto, había convertido su osadía en un escándalo.

La imagen de Anastasia le vino a la mente con una claridad que le molestó: su voz risueña cuando se burlaba de los hombres aburridos,

la forma en que inclinaba la cabeza cuando fingía no escuchar un cumplido. Era distinta. Vivaz. Incómoda para muchos, pero nunca para él. Dorian no la quería como a las otras. La quería libre. La quería intacta. Y, por culpa de su propio hermano, Anastasia Doger se convertiría en un rumor más para las lengua afiladas de la ciudad. Y eso… eso no iba a perdonárselo fácilmente ni a ella ni a Julian.

Capítulo 3

La amistad como salvación

Aquella fatídica noche, Anastasia no había llorado. No durante la fiesta, ni durante el trayecto de regreso o al entrar en casa o tras cruzar el pasillo hasta su habitación. Se había quitado los guantes con delicadeza. Se desabrochó la capa, dejó caer el broche sobre la mesilla, se sentó frente al tocador… y no lloró.

Pero la herida estaba ahí. No sangraba. Ardía. Como una quemadura mal curada.

Su padre, el duque de Grafton, no había asistido a la velada. Llevaba dos días encerrado en la mansión, acatarrado y de mal humor, vigilado por dos médicos, tres criados y con un ego lo bastante grande como para llenar el ala oeste de la casa. Así

que fue Temperance quien insistió en acompañarla a la fiesta. Sebastian, como siempre, había asumido el papel de guardián. Y pese a todo… nadie pudo salvarla porque ella quiso pecar.

Salvó su dignidad, sí. Eso lo conservaba. Pero su orgullo femenino estaba astillado.

Lo que más le dolía no era haber sido descubierta. Ni los susurros, ni las miradas escandalizadas, ni la viuda Gainsborough, tan exuberante como cruel. Lo que más daño le hacía era recordar el silencio de Julian.

Ni una palabra.

Ni consuelo.

Ni la exigencia de una explicación.

Ni una disculpa.

Ni un gesto.

Nada después de ese beso. Después de ese momento que ella creyó único.

¿Fue una tonta por imaginar siquiera que él podría mirarla de otra forma? Tal vez. De todos

modos, lo que no era, era ingenua. Sabía lo que suponía enamorarse de un libertino y no volvería a cometer el mismo error por segunda vez.

Julian era fuego. Era devastador. Era la promesa de un hermoso desastre. Y vivir con él sería una vida llena de esperas constantes: aguardar a que volviera cuando saliese, rezar para que no mintiera, suplicar para que no se cansara de ella. ¿Cansarse? Ni siquiera sabía quién era en verdad.

Casarse con él sería, sencillamente, un infierno. Un infierno de inseguridades, sonrisas ladeadas y labios expertos, pero vacíos.

Y aun así… Aun así, una parte de ella lo había esperado. Una palabra. Una mirada. Una forma de decir «yo también he sentido algo por ti».

Pero Julian Taverham no sentía. Y ella no estaba dispuesta a pasar el resto de su vida rogando que alguien la eligiera por encima del resto, que le declarase la guerra al mundo si ella se lo pidiese.

¿Cómo podía un hombre besar así? Debería estar en el infierno por ser el rey de los embusteros, porque ese beso fue magistral, una prueba de que la había amado durante unos instantes efímeros. ¿Amado? Se enfadó consigo

misma por ese pensamiento tan ridículo. Ella no necesitaba a nadie que la protegiese, su padre lo hacía impecablemente, pero… ¿serviría el amor de Grafton para protegerla de la misma ira que despertaría en su progenitor cuando se enterase del lío en el que ella solita se había metido?

La mansión del duque de Grafton dormía como un león saciado. Su padre era ajeno a su situación, al igual que los sirvientes. Al día siguiente todo cambiaría. Se había mantenido estoica frente a Temperance, no obstante, no era tan ingenua como para no comprender las implicaciones de lo acontecido esa noche.

Mientras una mujer comenzaba a hacerse cargo de la situación, un hombre, que de caballero tenía bien poco, allanaba una morada como si fuese un ladrón de guante blanco. Las lámparas estaban apagadas, el pasillo se extendía silencioso como un río de sombra, aunque Dorian Taverham no necesitaba luz para moverse con soltura. Se había criado entre las grietas del mundo, y había aprendido a caminar sin hacer ruido ni dejar rastro. Era un soldado de la noche que supo pronto valerse por sí mismo.

Subió los escalones de mármol con sigilo, con la chaqueta echada sobre un hombro, el

bastón en la otra mano por pura costumbre. El mayordomo no lo había visto entrar. Tampoco lo vería salir.

No llamó a la puerta. La empujó con el mismo descaro que solía aplicar a la vida. No del todo, solo lo justo para asomarse. Confiaba en que la dama no le preguntase cómo sabía cuál era su habitación, porque no le contaría que la había espiado desde el principio, cuando pensó en ella como un simple títere para sus planes. Los abandonó en cuanto la conoció porque ella no merecía más que su respeto y amistad. Dentro, todo estaba en penumbra, iluminado apenas por la luz azulada de la luna que entraba por las cortinas entreabiertas.

Tal y como Dorian supuso, *lady* Anastasia Doger no dormía. Estaba sentada en la butaca junto a la ventana, en camisón, con una bata de raso que se deslizaba por sus hombros como una segunda piel. Sostenía una copa de vino entre los dedos y parecía absorta en el jardín, aunque su cuerpo estaba tenso. Como si esperase algo. O a alguien.

—Vaya —dijo él desde la puerta, en voz baja—. Estás más tranquila de lo que me figuraba. Pensaba encontrarte llorando contra la almohada, rodeada de pañuelos y tragedia.

Ella se giró con una lentitud estudiada, sin inmutarse.

—¿Y tú eres el caballero misterioso que viene a consolarme a medianoche? ¿Debo sentirme halagada o alarmada?

Dorian entró, cerró la puerta tras de sí y apoyó el bastón contra la pared.

—Ambas. Aunque la parte misteriosa se esfumó en cuanto me reconociste y eso de ser un caballero… Digamos que no lo soy y jamás lo seré, ¿eh?

Ella sonrió.

—¿Cómo has entrado?

—Tengo mis recursos. Este no es mi primer crimen en una casa noble, tampoco será el último te lo garantizo.

Se acercó despacio, sin pisar fuerte, como si el suelo pudiera delatarlo. Anastasia lo observaba, con esa curiosidad felina que la caracterizaba.

—¿Qué haces aquí, Dorian?

—¿Tienes que preguntar? —la desafió.

—¿Vienes a reprenderme como todos los demás? —preguntó ella, cruzando las piernas con languidez—. Si es así, te advierto que estoy un poco harta de sermones. Tu hermano Sebastian, con una sola mirada hizo más que lo que hará mi padre mañana cuando me convoque.

—Sí, me imagino a Sebastian haciendo eso. Aunque… ¿reprenderte yo? No. Si hubiera sentido la necesidad de impartir sabiduría en algún momento, me habría convertido en una institutriz —replicó él, sentándose en el alféizar de la ventana frente a ella—. Vengo a decirte que… si lo que querías era un poco de pasión envuelta en sombras y un beso memorable, podrías habérmelo pedido a mí, te lo habría concedido con muchísima mayor discreción. Además, te hubieses quedado más contenta conmigo que con Julian.

Ella soltó una carcajada suave, aguda, que rompió la tensión.

—¿Estás celoso, Dorian?

—No lo sé —respondió él con absoluta honestidad—. Quizá un poco, pero más que celoso, diría… molesto. Porque te metiste en la boca del lobo

con los ojos bien abiertos, dado que tengo entendido que fuiste la instigadora de toda la acción. Y porque no me diste la oportunidad de protegerte como debía. Yo habría aceptado ese juego, Ana. Y no habría dejado que nadie nos pillara —insistió.

Ella dejó la copa sobre la mesa baja, luego se levantó. Caminó hacia él con paso firme. Su bata se movía como el agua. Se detuvo frente a él. No lo tocó.

—Confío en que no le digas a nadie que he asaltado la bodega de mi padre porque no podía dormir.

—Jamás —prometió él solemne. Dorian se dio cuenta entonces de que la influencia de Sebastian estaba haciendo mella en su carácter. La maldita honradez y el estúpido sentido del honor de su hermano mayor parecían una enfermedad contagiosa, porque ahí estaba él, un bastardo forjado en Saint Giles interesándose por la hija de un duque —. ¿Qué te impulsó a relacionarte con Julian? Creo que no te he visto hablar con él más que un par de veces, ni tan siquiera eso. En cambio, a mí siempre me has tenido a mano, desde que te vi en Hyde Park… ¿No éramos amigos? Insististe mucho en que lo fuésemos. ¿Qué ha pasado? ¿No te servía yo para besarte?

Ella se conmovió. Dorian era mucho más de lo que aparentaba. Decían que estaba más dolido que Julian, porque su vida fue mucho peor que la de sus dos hermanos, Anastasia no lo tenía tan claro. Julian… lo que le transmitió en aquel beso… Fue extraño del todo. No debió haber tonteado con el fuego porque la había abrasado por completo.

—No te necesitaba para eso, Dorian. No me hacía falta un protector. Solo quería sentirme viva. Por una noche. Por un instante. Y lo logré. Besarte a ti hubiese complicado las cosas entre ambos y lo sabes.

—Así que soy bueno para una charla, pero no para que busques un beso mío.

—Ten cuidado, amigo mío, porque voy a comenzar a pensar que estás en verdad celoso —le advirtió.

—No. Preocupado en exceso porque ahora estás pagando un precio demasiado alto —dijo él, sin adornos.

Ella suspiró. Por primera vez, bajó la mirada.

—No pensé que me dolería tanto el silencio de tu hermano cuando aquella víbora con la que había planeado una cita entró con la única intención de acabar conmigo. Ella sabía bien que Julian no se ofrecería a reparar mi honor. Además, estoy segura de que también intuyó que desbaraté sus planes.

Dorian enarcó una ceja.

—¿Cómo que desbarataste…, qué?

—Sabía que iban a tener una cita porque la viuda no era discreta, así que le envié una nota para retrasar su llegada. Lo hice de parte de Julian. No conté con que la mujer no fuese tan estúpida como imaginé que sería.

—Odio a mis dos hermanos por igual, no es ningún secreto.

—Si los odiases no habrías ayudado a Sebastian cuando Temperance quiso que acabase el año pasado en la Torre de Londres. Tampoco mantendrías a tu hermano Julian cerca para que no apueste más de lo indebido.

—Te equivocas. Los odio como no puedes imaginarte, sin embargo, eso no quita que

me incomode que alguien pueda darles su merecido, pues dicha potestad solo la tengo yo. Es cuestión de territorio, sí eso es.

—Está bien. ¿Me odias a mí?

—¿A ti? Has hecho difícil que pueda hacerlo, Ana. —Era el único que le acortaba el nombre.

—La pregunta nace porque siempre te jactas de ser egoísta y como sé que te preocupas en exceso por tus hermanos, a quienes proclamas que tanto odias…

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Estás preocupado por mi… situación, por decirlo con suavidad. Y como no admitirás que me amas, aunque no lo hagas de una manera romántica, me conformaré con que digas que me odias.

Dorian soltó una carcajada baja. No quería que nadie los sorprendiese en la habitación de ella. Ese daño sí sería irreversible.

—Eres tan peculiar y extraña, Ana. Julian te destrozará.

—¿Crees que no lo sé?

—¿Y merecerá la pena caer de un lugar tan alto por un beso?

—A ti puedo decírtelo. Desde el principio simpaticé contigo en exceso. Creo que me resultó refrescante que me dijeses con honestidad que solo te agradaba porque era la hija de un duque y que por eso pretendías enamorarme.

—No te mentí. ¿Qué es lo que vas a confesarme? ¿Qué no fue solo un beso? ¿Llegó Julian más lejos contigo?

—No, no. No se lo habría permitido.

—Oh, Ana, eres tan ingenua… Si él hubiese querido arruinarte, habría encontrado la forma de que suplicases para que te hiciese caer.

Ella sabía que su amigo se equivocaba, pero no pensaba explicarle los motivos de su certeza.

—Iba a decirte que tu hermano me dio un beso memorable.

—¿Qué pasa? ¿Nunca te habían besado? —Dorian no creía en el poder de los besos. Solo en la

sucia lujuria.

—Oh, sí. No soy ni de lejos la solterona ingenua que aparento ser.

—¿Ah, no?

—No. Lo que sucede es que estoy enfadada.

—Sabía que ese granuja que afirma ser mi hermano no servía ni para darte un beso. No fue memorable, ¿eh? Confiésalo, resultó un desastre y ahora te lamentas porque has perdido tu reputación por nada.

—Oh, no, no, Dorian. El beso fue tan increíble que casi me puse a llorar. Y te aseguro que hubo uno del que me creí enamorada que me besó y no llegó a estremecerme así.

—¿Entonces qué te molesta?

—Pues eso, que un hombre pueda haberme hecho sentir así con tanta facilidad, y que ese caballero sea, precisamente, lord Julian Taverham.

—¿Un *caballero* mi hermano, Ana?

—Ya me has entendido. Ahora dime que me odias, dame un beso en la mejilla, sigue mintiéndome y dime que todo saldrá bien y vete antes de que seas tú quien acabe comprometido conmigo.

—Cierto, había olvidado mi misión al venir esta noche aquí.

—¿Una misión?

—Sí. Cásate conmigo. No por amor, ni tan siquiera por el escándalo. Hazlo por venganza. Por orgullo. Por ti. Además, siempre te consideré valiente así que si una noche, bajo nuestro lecho, se abriesen las puertas del infierno y viésemos a mi padre resurgir de las entrañas del averno, no tendrías miedo.

—¿Por qué habría de regresar tu padre? Si tantas ganas tenías de verlo, pudiste haber ido a visitarlo mientras vivía.

—No, una vez más te confundes, mi pequeña Ana. No quería verlo mientras vivía, pero ahora que sé dónde no está descansando su alma impenitente, sueño cada noche con hacer algo memorable para que él quiera regresar al mundo de los vivos y arrebatarme lo que lograré.

—Ya… De ahí tu obsesión con casarte con la hija de un duque.

—Soy mejor opción que Julian.

—Ahí te equivocas, amigo mío.

—¿No soy mejor que Julian? —inquirió con asombro. De los tres, el único que se había salvado de la presión del maldito viejo diablo fue él, así que se consideraba el más afortunado de los Taverham.

—Tu hermano nunca fue una opción para mí. Además, ¿dónde escuché eso de que un hermano Taverham era peor o mejor que el otro…? ¡Ya lo recuerdo! Es justo lo que me contó Temperance que le dijo Julian cuando Sebastian decidió que sería su esposa.

—¿Y quieres que te recuerde cómo acabó aquello?

—Ese matrimonio no acabó; empezó un poco torcido, pero se enderezó con rapidez. Helena, tu sobrina, es la prueba de que Temperance eligió sabiamente. Además, Melani —era la sobrina de Temperance, hija de la difunta hermana de la condesa— es la prueba de mis palabras. Adora a

Sebastian y esa niña habla poco y le presta nula atención a todo el mundo, pero a tu hermano mayor lo ama con locura y nunca lo pierde de vista.

—Así que sabiamente —usó la misma fórmula que ella—, elegirás a Julian por encima de mí.

—¿Me escuchas cuando te hablo, amigo mío? Julian no es una opción. Si lo hubieses visto esta noche cuando se dio cuenta de que yo no era una jovencita rogándole por un beso… Por un momento pensé que se lanzaría por la ventana por la que no dejó de mirar mientras mi mejor amiga me sermoneaba.

—Ay, Anastasia, eres peculiar, extraña y sumamente ingenua.

—¿Qué quieres decir?

—Varias cosas, pero te diré la que más te interesa en este momento.

—Ahí llega un nuevo sermón… —musitó ella.

—No lo es. Es un hecho que se consumará mañana. Julian pedirá tu mano.

—No lo hará.

—Sí que lo hará porque Sebastian no permitirá que una mujer inocente pague por las malas decisiones de Julian, más cuando la afectada es la mejor amiga de la mujer por la que moriría sin pestañear.

—Entonces me negaré a casarme con él.

—Eres peculiar, extraña, inocente —enumeró de nuevo— y además testaruda, serás una esposa horrible.

—No pienso casarme.

—Cuando lo rechaces y Julian te acorrale porque, ten por seguro que Sebastian hallará el modo de hacerle ver que si no logra casarse contigo no se lo perdonará jamás y él te perseguirá sin tregua, ven a buscarme. Yo ocuparé su lugar. Jamás podrías ser feliz con un tipo como el hermano de Sebastian.

—¿Por qué siempre hablas como si ellos no fuesen tus hermanos?

—Porque los odio, ya te lo he explicado antes. Bien. Júrame que vendrás a verme cuando la

soga que Julian te ponga en el cuello comience a apretarte.

Anastasia lo observó. No había broma en su mirada. Ni ironía. Ella se asombró porque estaba convencido de lo que acababa de apuntar. Luego, suavemente, dijo:

—Si tú y yo nos casásemos, Dorian Taverham, sería la ruina del mundo.

—Quizá —dijo él—. Pero al menos reinaríamos entre las ruinas desde el trono situado en El Paraíso, ¿eh? Piénsalo con detenimiento. —Se acercó a Ana, le dio un beso en la mejilla y, a continuación, se la quedó mirando de un modo que a ella le erizó la piel—. ¡Al diablo! —exclamó, para luego besarla.

Fue un beso medido, delicado, largo. No hubo urgencia. Solo curiosidad y arrogancia por parte de él. Los labios masculinos se movieron con respeto y lentitud, besar a una amiga era más complicado de lo que previó. Por su parte, Anastasia se dejó llevar, sin miedo, sin fingir deseo donde no lo había, pero con la ternura de quien comprendía que trataban de protegerla y convencerla.

Cuando se separaron, se miraron a los ojos.

—Sé lo que pretendías.

—Y no me has impedido proceder. ¿Debo albergar esperanza?

—No ha sido como el de Julian.

Dorian asintió. No se ofendió.

—¿Estás enamorada de él?

—En absoluto. Jamás amaría a otro libertino y nunca me casaré con uno.

—¿A otro libertino? Antes mencionaste algo parecido y lo dejé correr.

—Vete, Dorian. Ya he dicho más de lo que debería.

—¿Quién fue el canalla que te rompió el corazón? Y en caso de que me confirmes que fue un granuja, explícame al menos por qué buscaste a Julian, cuando él es más peligroso que todos los inmorales de Londres juntos.

—Es tarde, he tenido una noche complicada y ha habido demasiados interrogatorios también. Mañana Grafton será implacable, te lo ruego, no hablemos más hoy, Dorian.

Él la miró con dureza durante un momento. Ella sabía que no estaba contento. Ni con la situación ni con la negativa a la petición que le acababa de hacer.

—Me iré, porque pienso ser un esposo permisivo y será mejor que aprenda cuanto antes.

—Dorian…

—No te odio, Ana. Y para un hombre que está enfadado con el mundo, lo que te acabo de decir equivale al más elaborado y hermoso epíteto de amor. Una vez te escuché decir que Temperance al principio aceptó a Ashbury porque era una mujer práctica. Tú harás lo mismo y te convertirás en mi esposa.

No esperó respuesta o réplica. Dorian se marchó de allí, sabiendo que entre ambos no podría haber pasión… Al menos no al principio.

A ese Taverham no le importaba, porque si Ashbury había sido capaz de hacer feliz a una

buena mujer como Temperance, y el conde era un témpano de hielo, había esperanza para el más bastardo de los hermanos. Y ese título lo ostentaba Dorian lleno de orgullo.

***

Al día siguiente, el reloj de sobremesa marcaba las once pasadas cuando Julian Taverham fue anunciado. No vestía su habitual abrigo granate provocador ni llevaba el nudo de la corbata más suelto de lo que dictaba la etiqueta. No. Aquella mañana había optado por la sobriedad. Su traje era gris oscuro, la camisa de batista blanca, inmaculada, el cabello lo llevaba peinado con más esmero de lo que recordaba en años… Hasta su bastón de paseo había quedado relegado en la entrada de esa casa.

Sabía a quién iba a enfrentarse. Y sobre todo, era consciente de con quién iba a entablar una seria conversación.

El duque de Grafton estaba de pie junto a una vitrina, dándole la espalda, observando con

detenimiento una pareja de pistolas montadas sobre terciopelo negro. Antiguas, relucientes… mortales.

Julian carraspeó. ¡Menudo recibimiento! Si había esperado que el duque no estuviese al tanto de nada… ¡Mierda de caballo!

—Su Gracia —saludó, con voz firme.

Grafton no se giró de inmediato.

—Dicen que esta pistola —señaló una con la varilla de limpieza en la mano— mató al conde de Rowley por un asunto de faldas. Veinte pasos, a primera sangre. Aunque creo que fue la esposa del conde la que lo acabó rematando por la vergüenza.

Sin mirarlo, se dio media vuelta y ocupó su lugar al frente del escritorio. Una vez sentado apuró su taza de café, cogió el periódico y se permitió un breve suspiro. Llevaba puesto un batín oscuro, impecablemente cerrado hasta el cuello porque no le había dado la gana vestirse con decoro esa mañana. A su alrededor, libros y una caja de rapé abierta.

Julian se sentó en la silla aunque no lo habían invitado a hacerlo. Se tuvo que recordar que no había ido a desafiar, sino a honrar.

—Su Gracia —lo llamó de nuevo, porque sabía que el duque estaba interpretando un papel y a él le tocaba desenvolverse en el otro: el de pretendiente abnegado.

Grafton alzó los ojos entonces y lo observó con una calma que rozaba el tedio. Con los dedos manchados de tinta, dobló el periódico con lentitud y lo dejó sobre el escritorio.

—¿Té, muchacho?

—No, gracias.

—¿Café? ¿Un poco de veneno para equilibrar el cuerpo?

Julian no sonrió. No era el momento.

—Estoy aquí, como imagina, por su hija.

—Ah, ¿por mi hija? —repitió Grafton, como si no la conociera—. ¿La que aparece mencionada, sin nombre pero con el escándalo suficiente, en la tercera página del *Morning Chronicle*?

—La misma. —¿Qué más podía hacer si no reconocer su pecado?

—Vaya. —El duque se levantó, fue hasta la vitrina, la abrió y deslizó una mano sobre la culata de una de las pistolas—. Echo de menos algunas cosas de mi juventud. Otras no. Hubo una época en la que creía que yo descubrí el libertinaje y lo convertí en tendencia. ¿Sabe usted cuál es el problema de haber sido un libertino durante los años más brillantes de Londres, señor Taverham?

Interesante. El duque no se había referido a él como lord Julian, tal y como hacía el resto de la buena sociedad. No era buena señal. Julian decidió no amilanarse. Se irguió, solo un poco.

—¿Que todo el mundo espera que no escape de sus garras? —preguntó con honestidad.

—Exacto. —Grafton sonrió con malicia—. Pero yo me reformé. Por amor, no por la presión social. Porque su madre… —guardó silencio un instante—. Porque mi duquesa me hizo desear ser mejor. ¿Usted ha amado alguna vez?

Julian se quedó quieto.

—No. No conté con el amor ni de mi padre ni de mi madre, y las mujeres… digamos que ellas no me buscan para que les recite poemas.

—¿Y mi hija le buscó para…?

Julian tragó saliva. ¡Joder!, como diría Dorian en sus momentos más soeces. Acababa de meter la pata hasta el fondo.

—No sé lo que es el amor.

—Una respuesta elegante —dijo el duque, volviendo a su asiento—. Aunque insuficiente.

—Estoy aquí para pedir, con humildad, la mano de *lady* Anastasia, Su Gracia.

—No la arruinó entonces porque estuviese enamorado como todos esos petimetres que la acosan cada noche, ¿o, sí?

—No me perdonaría verla hundirse en el fango por mi causa.

—¿Y cree que eso basta para que le entregue lo único que me queda de mi amada esposa, muchacho?

—No. Pero creo que es un comienzo y seamos sinceros, aunque eso pueda hacer que acabe apuntándome con la pistola: su hija y yo no tenemos otra opción más que la de casarnos.

Grafton entrecerró los ojos.

—¿Sabe qué dicen de usted? Que su vida se resume en mujeres, juego, licor caro y… que huye cuando las cosas se le tuercen.

—Estoy aquí hoy, ¿no?

—Todo el mundo daba por hecho que usted pretendía casarse con la esposa de su hermano Sebastian, porque estaba sin un penique.

—No fue así. No pierdo nunca cuando juego, siempre he sabido cuándo retirarme, es lo poco que me enseñó mi padre, a no luchar si no voy a ganar. Tampoco estoy falto de fortuna si es lo que me está preguntando.

—Yo quería a Sebastian para que se casase con mi hija.

—Él eligió a la mujer con la que yo pretendía casarme. Tal vez si Ash se hubiese fijado en su hija, ambos estaríamos mejor, Su Gracia. O ya puestos, todos los implicados en semejante acción. O pudiese ser todo lo contrario.

—Supongo que es algo que jamás podremos averiguar. Luego… luego me llegaron

rumores sobre que su hermano… El bastardo que no lo es… Nunca consigo acordarme de su nom…

—Lord Dorian —lo interrumpió con la rigidez que habría empleado Sebastian.

—Querrá decir el señor Dorian Taverham…

—No, he dicho lord Dorian —se reafirmó Julian, sabiendo que se estaba echando un farol porque ambos títulos de cortesía que su hermano y él se habían puesto eran pura fachada.

El duque y el hermano de Ash se midieron las miradas. Un duelo sin pistolas en las manos. Grafton fue el primero en volver a hablar:

—No se acalore tanto, muchacho. Me dijeron que el infame señor Dorian Taverham había puesto los ojos en mi chica y recé cada noche para que se atreviese a venir a buscarme.

Julian sonrió de lado. Ese duque tenía agallas, no iba a dar su brazo a torcer sobre el modo de referirse a Dorian. Ya vería si cuando se casase con su hija también se empecinaba en que ella fuese la señora Taverham. Ese hermano no se centró en la punzada que sintió con la confesión de Grafton sobre

que habría querido que Dorian pidiese su mano. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

—Me temo que de los tres, se tendrá que conformar conmigo, dado que su hija me ha elegido a mí —evitó decir que para que le diese un beso glorioso— para… para… —¡Infierno sangriento! No tenía escapatoria. Decidió cerrar el pico.

—¿Para qué, muchacho? ¿Para qué lo ha elegido mi Anastasia, señor Taverham? —El enfado del duque era patente—. ¿Dónde encaja mi pequeña en ese cuadro que presentan hoy los periódicos?

—No encaja. Por eso quiero romper el cuadro.

Grafton lo estudió un largo segundo. Luego, dejó la pistola en su lugar y regresó a su asiento. Se recostó sobre el respaldo con aire pensativo.

—Bien. Acepto su petición de mano.

Julian parpadeó. No había esperado que fuese tan fácil…

—¿Me acepta?

—Parece asombrado. ¿No ha venido hoy a buscarme para pedirme la mano de mi única y amada hija? Creí que eso fue lo que dijo cuando entró en mis dominios.

—Sí, por supuesto. Es solo que…

—Entonces, ¿qué es lo que le sorprende? ¿Esperaba que le negase su mano y por eso se presentó, para poder cumplir con su honor y luego marcharse con toda la libertad intacta? Vamos, muchacho, le acabo de decir que estaba dispuesto a entregársela a Dorian Taverham…

—¿Así que cualquiera hubiese servido para desposarla, Su Gracia?

—No. Cualquiera no… Verá, usted no lo comprende aún, pero ha cometido una imprudencia.

—¿A qué se refiere?

—Mi Anastasia es… No, creo que no voy a arruinarle la sorpresa, solo tiene que comprender que me hago mayor y que mi hija es más terca que una mula. No podré descansar hasta que sepa que alguien cuidará de ella como es debido cuando yo no esté.

Julian se quedó con la boca abierta.

—¿Y confía tanto en mí como para que pueda cuidarla tal y como se merece?

—No sea ridículo, muchacho. Es de su hermano Sebastian de quien me fío para que usted haga lo que debe a partir de ahora, aunque en honor a la verdad, Ashbury tal vez no llegue a intervenir nunca si la molesta porque ella es…

—¿Ella es… qué? ¿Se refiere a su hija, Su Gracia?

—Hablemos de las condiciones. —El duque no iba a desvelarle que su hija era una arpía cuando se lo proponía. Y ni que él, que era un respetado y temido duque, lograba hacerla claudicar cuando tomaba una decisión. En verdad Grafton se compadecía del muchacho que tenía enfrente. Había esperanza. Ese no era como el otro… con el que su hija pensaba casarse… ¿Cómo se llamaba? ¿Weston Mans? Bueno, un imbécil que no merecía la pena recordar.

—Condiciones —repitió como si fuese un besugo.

—Sí, para que se case con ella.

—Ah, cierto. Le escucho.

—Uno: la boda se celebrará con absoluta discreción. Ni bailes ni celebraciones públicas y a la mayor brevedad posible. Mejor esta tarde que mañana. Es necesaria una licencia especial.

—¿Teme que me escape?

—No, no temo que lo haga usted. —Su hija por otro lado…

—¿Cómo dice?

—Dos: si mi hija sufre por su causa, le retiraré mi bendición… y algo más. —Su mirada se desvió hacia la vitrina de las pistolas, como si hablara de un viejo amigo con una deuda pendiente.

—Entendido, pero retomemos eso de la licencia especial…

—No se preocupe por dicha cuestión, Ashbury ya está haciendo las gestiones para conseguirla.

—¿Ha ido a hablar con mi hermano antes que conmigo, Su Gracia? —Estaba indignado.

—No. Su hermano tuvo el buen juicio de localizarme esta mañana para evitar que yo fuese a buscarlo a usted para pegarle un tiro en la parte de su anatomía que más le disgustaría perder. Me dio su palabra de que todo saldría bien y yo le creí. Luego se ofreció para comenzar con las gestiones oportunas porque mi hija es una dama que no merece escarnio público, ¿no cree?

—Desde luego, mi hermano siempre tan atento… y perfecto.

—Todo lo contrario que usted, según tengo entendido.

—¿Por casualidad ha hablado últimamente con mi padre?

—Su padre murió. ¿Tiene problemas de memoria, muchacho?

—No los tengo, por eso me ha hecho creer lo contrario, que él sigue vivo, porque lo que acaba de decir es algo que al difunto Ashbury le agradaba repetir en demasía.

—Tres: no volverá a tocar una ficha de juego, ni en White’s, ni en ese club donde se ha

instalado con su hermano pequeño, ni en ningún tugurio del este de Londres.

Julian alzó la barbilla.

—Eso es más difícil. Me gano la vida con el juego.

—¿Prefiere que su última apuesta sea perder la vida ante mí? Mi palabra es la ley, y mi hija no se casará con un jugador.

Julian apretó los dientes. ¡Qué ironía! Escapar de las fauces del viejo diablo para acabar a merced de otro tirano. Su maldito padre estaría riéndose bien a gusto.

—Por lo menos es la hija de un duque… —murmuró para sí mismo.

—¿Qué ha dicho?

—Lo dejaré. No juego por vicio, jamás fue eso, apostaba porque se me daba bien. Hice una gran fortuna con facilidad y es hora de que me retire de esa vida.

—Muy bien. Cuatro —añadió el duque, cruzando las manos—: si en algún momento ella

desea abandonarle, la dejará ir sin escándalos ni represalias.

Julian dudó. Aquello le dolió más que los anteriores puntos del acuerdo. ¿No se había casado y el padre de ella ya lo daba por perdido? ¡Qué alentador!

—No estaba en mis planes casarme, pero si lo hago no pretendo desentenderme de mi esposa.

—Yo me reformé. No estoy seguro de que usted pueda hacerlo y como es mi última opción para que ella se case y me dé un nieto…

—¿Soy un semental ahora? —inquirió con gran enfado.

—¿No la arruinó en una biblioteca entre las sombras?

—Eso no fue así.

—¿Ah, no? ¿Quiere darme su versión de los hechos, muchacho? Mis pistolas y yo estamos listos para escucharle con atención.

—Si me abandona por un buen motivo la dejaré ir. ¿Le vale con eso?

—Sí, porque si mi Anastasia decide marcharse no podrá hacer nada para impedírselo.

—Y yo que creía que no echaría de menos las conversaciones con el viejo diablo… —murmuró de modo ininteligible.

—¿Qué farfulla?

—¿A qué hora quiere que venga para celebrar la ceremonia?

—Sebastian dijo que traería a un ministro de Dios sobre las seis de la tarde.

—Llegaré a esa hora.

—No.

—¿Cómo ha dicho?

—Tiene que venir a las seis y cinco. No venga antes.

—¿Por qué?

—Porque si quiere casarse con mi hija hará lo que yo le diga. —No podía decirle que iban a tenderle una trampa a Anastasia y que la dama no podía verlo antes de lo previsto o todo se iría al traste. Ashbury y Grafton se habían confabulado con gran precisión.

—¿Qué?

El duque se puso en pie. Julian no, a pesar de que sabía que lo estaba despidiendo.

—Tiene mi bendición, muchacho, no abuse de su buena suerte.

—No. Usted no está seguro de que su hija me acepte y no forzaré la mano de una mujer que no venga a mí de buena gana.

—Vaya, es usted más inteligente de lo que consideré. Felicidades, señor Taverham.

—Quiero estar seguro de que su hija comprende lo que va a hacer.

—¿Y no pensó en eso ayer cuando lo pescaron haciendo cosas indebidas con ella, muchacho?

—No puedo cambiar el pasado, pero haré lo correcto ahora. Llame a su hija, dígale lo que ha decidido, que yo he pedido su mano y si me acepta esta tarde me pondré los grilletes.

El duque, desde su altura, lo miró con atención. Al ver que el joven tenía más agallas de las que también imaginó, decidió hacer lo que le pedía.

Tal vez, Anastasia no se lo comiese y luego escupiera sus restos, el que se hacía llamar lord Julian Taverham parecía ser más de lo que aparentaba, y Grafton no sabía si eso era algo bueno o malo, porque su hija era…

¡Dios!

Ese muchacho que lo observaba como si hubiese ganado al mismísimo Napoleón, no sabía quién iba a ser su esposa y llegaría el día en que preferiría haberse enfrentado a un francés que se creía el emperador del mundo. El duque sonrió ante esa idea y luego le dijo:

—Acomódese al final del despacho, no haga ruido y podrá escuchar cómo mi hija lo acepta. ¿Entendido? —propuso el padre de la dama.

—Me parece bien.

Capítulo 4

El deber antes que el amor

La puerta se abrió tras un discreto golpe de nudillos.

—Su Gracia, se trata de *lady* Anastasia —anunció el mayordomo.

Anastasia Doger entró con paso firme. Iba ataviada con un vestido sencillo de muselina azul con ribetes blancos y el cabello lo llevaba recogido en una trenza baja que le daba un aire más juvenil de lo que pretendía. Su expresión era una mezcla de resignación y desafío.

—¿Has mandado llamarme tan temprano para discutir el artículo? —preguntó, cerrando la puerta tras de sí—. Te advierto que no tengo

paciencia para sermones matinales. Ya me sermoneé yo sola al leer la crónica matinal. Tres veces la leí, para asegurarme de que no habían inventado un romance con algún cochero.

Grafton no respondió enseguida. La observó mientras ella se acercaba al escritorio, y se detuvo a una distancia prudente, como si intuyera que esa conversación no se resolvería con rapidez. El duque se incorporó levemente en su silla, juntó las manos sobre la superficie de cuero verde y carraspeó.

—No estás aquí para ser reprendida, hija. Estás aquí porque han pedido tu mano.

El silencio que siguió fue tan nítido que hasta el reloj pareció detenerse.

Anastasia parpadeó. Dos veces.

—¿Perdón?

—He dicho que esta mañana un caballero ha venido a pedirme formalmente tu mano en matrimonio. Ha sido… convincente.

Ella ladeó la cabeza, divertida.

—¿Y vas a hacerme adivinar cuál de todos los posibles candidatos ha sido el primero en lanzarse a la carrera para salvar mi honor? ¿Has vuelto a doblar mi dote, padre?

Grafton no respondió de inmediato. Ella cruzó los brazos.

—¿Serás obediente y te casarás?

—Podría ser el vizconde Marbury. Ayer, mientras bailábamos, me habló del sentido de la moral como si esperase que le pusiera una cofia de viuda para la boda, y eso fue antes de convertirme en la comidilla de la sociedad. Tus contactos y mi dote deben resultarle…

—No es Marbury —la interrumpió.

—¿El barón Whittingham? Me mandó claveles. Claveles rojos, padre. Eso debería ser ilegal.
—Cabría señalar que enviar ese tipo y color de flores a una dama sin estar comprometido con ella, podía ser visto como una falta de decoro o una insinuación demasiado directa. Algunos lo habrían considerado una forma de decir: «Te deseo, más que te respeto», así que puestos a hablar en el idioma de las flores, mejor hubiesen sido las rosas rojas para hacerlo.

—Tampoco es él.

—¿Lord Osbourne, entonces? Aunque ese parece siempre más interesado en mis joyas que en mí.

—No.

Anastasia se acercó un paso más, con los ojos entrecerrados.

—Me han llegado varias cartas esta mañana. Mary, mi doncella, me las entregó durante el desayuno. Tres de ellas eran notas con versos espantosos. Shakespeare mismo habría llorado tras leerlos. Uno decía: «El rubor de tus mejillas es mi perdición». Me atraganté con la tostada. ¿El señor Sherman? ¿Patrick Kinsland? ¿Lord Chardy?

Grafton sonrió con sutileza.

—Tampoco. Ninguno de ellos.

—¿Quién, entonces? —preguntó finalmente—. ¿Vas a seguir jugando a los enigmas?

—No es un conde, por si esa era tu próxima suposición —dijo él, con sequedad.

—¿Un marqués?

—Menos.

Anastasia frunció el ceño.

—¿Un caballero sin título?

—En absoluto.

—¿Un clérigo?

—¡Por el amor de Dios! —estalló Grafton, exasperado—. No, no es un clérigo. Y no vamos a seguir con este desfile de disparates. Alguien que se ha presentado esta mañana, ha dado la cara y ha hecho lo que considerara que era correcto.

Ella lo miró, más seria en esos momentos. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Lo correcto?

Grafton suspiró. Se levantó del sillón y caminó hasta la vitrina. Esta vez no miró las pistolas.

—Creo que, a estas alturas, nadie va a poder darte la oportunidad que te mereces. De todas formas, has dejado claro muchas veces que no

quieres conformarte con una vida simple. Tú no quieres eso. Pero sí creo que necesitas a alguien que no se doblegue ante ti y que, al mismo tiempo, no trate de domarte. Dios sabe que un hombre necesitará toda la paciencia de la que sea capaz de armarse para poder llevarte de las riendas. Yo mismo todavía no sé cómo soy capaz de hacerlo sin romper tu espíritu —reconoció con sinceridad.

—¿Y ese alguien ha venido a pedirme en matrimonio sin siquiera hablar conmigo y asegurarse de que yo lo aceptaré?

—Así es. Y yo le he dado mi bendición. Está hecho, ¿lo comprendes?

Anastasia se giró hacia la ventana. La luz de la mañana le dio de lleno en el rostro. Era un rayo de sol vislumbrándose entre el cielo gris. Tal vez fuese una señal. Luego volvió a mirar a su padre.

—Entonces dile a lord Dorian Taverham que aceptaré ser su esposa.

El duque parpadeó. Parpadeó de verdad. Y por una vez en mucho tiempo, Grafton no supo qué decir. Así que se limitó por la cuestión más fácil:

—¿Qué?

—Has dicho que mi futuro esposo no se doblegará ante mí, que no intentará dominarme. La deducción ha sido fácil a partir de ahí. Dorian me conoce bien. Me respeta y yo a él. Hemos compartido tardes enteras discutiendo de política aunque a ninguno de los dos nos importan tales asuntos, hablamos acerca de la locura del mundo, de lo que se espera de las mujeres. Además, me ofreció matrimonio anoche mismo cuando se coló en mi habitación. —Lo dijo sin ninguna vergüenza porque como ya estaba hecho, su padre no podría reprenderla—. Has dicho que no quiero una vida simple y tienes razón. Conozco su casa, su club, y me encantará residir allí si decide seguir viviendo en ese lugar. Será un matrimonio interesante. Así que lo acepto, aunque tendré que confesarle que no creía que se atrevería a dar el paso. Estoy… asombrada con él —expuso con orgullo.

Y entonces el duque soltó un bufido.

—No sabría por dónde comenzar a regañarte por toda la sarta de indecencias que has compartido conmigo…

—No puedes enfadarte. Has dicho que el matrimonio es un hecho, y no quise ocultarte nada más —se defendió ella porque su padre estaba rojo como una manzana.

—No es Dorian, hija mía. Y ahora, si no te importa, voy a buscar un vaso de brandy, porque lo necesito aunque no sea una hora oportuna para beber hasta perder el sentido.

Anastasia se quedó quieta, con el ceño fruncido, mientras su padre se alejaba murmurando. No se giró aún. No vio el rincón del despacho donde un hombre oculto entre las sombras se alzaba más peligroso que un león al que le acababan de despojar de su orgullo.

***

La puerta se cerró con un chasquido seco.

El duque de Grafton había desaparecido del despacho como un general que abandonaba el campo de batalla tras lanzar a sus tropas sin advertencia.

—*Milady* —se presentó al fin Julian, dejando a Anastasia con la boca entreabierta—. Aunque supongo que después de lo que sucedió

entre ambos en la biblioteca, sería conveniente hablar sin los velos de la excesiva formalidad…

Julian. Corrección, era lord Julian Taverham, impecablemente vestido, con una actitud del todo formal.

Anastasia no pestañeó. Ni retrocedió. Pero la herida se abrió al instante, como si su sola presencia bastase para desgarrarla de nuevo. Lo vio salir del rincón más oscuro del despacho con esa forma suya de moverse: pícara, peligrosa. Seguro que no era consciente de la devastación que dejaba tras de sí cuando una mujer lo miraba con atención. Y supo, en lo más profundo de su ser, que había perdido una batalla contra un libertino. Otra más.

Porque no era Dorian, tal y como supuso. No era el amigo leal, el tentador de corazón transparente, el apodado por la sociedad como el bastardo del difunto Ashbury, el que le ofrecía un refugio lejos del drama.

No. Era él. El hombre del que no se enamoraría jamás. El hombre que había dejado su alma hecha jirones con un beso y su orgullo hecho trizas con aquel insoportable silencio que precedió.

Y aun así, su cuerpo lo reconoció antes que su razón. El pecho se le tensó. La respiración se le volvió pesada, medida. Cada fibra de su ser se alertó, como si el aire hubiese cambiado de densidad. No era deseo. Era… vértigo.

Por un instante, lo odió por lo que iba a arrebatarle. Su libertad.

O eso quiso convencerse, pues lo que sintió cuando lo vio fue demasiado brutal como para llamarlo indiferencia.

Lo odió por estar ahí. Por aparecer en el momento en que su mundo aún se tambaleaba. Por haber escuchado todo lo que había dicho. Por haberse quedado en silencio mientras ella ofrecía su mano a otro y alardeaba de sus pretendientes.

Y lo odió porque no quería desearlo.

Por su parte, Julian Taverham… Él ni siquiera parecía herido. Solo estaba allí, frente a ella. Entero. Indiferente. Examinándola de esa forma que la desnudaba por dentro sin pedirle permiso. La miraba como si la conociera mejor de lo que quería admitir. Y quizá lo hacía. Lo cual no era nada especial, porque las observaba a todas con igual descaro.

Y esa era la parte más imperdonable.

Julian y Anastasia estaban a solas. La tensión entre ellos era como un animal herido aunque invisible, que rugía en cada rincón del despacho.

Ella fue la primera en moverse. Dio un paso hacia el escritorio, sin mirarlo y le dijo:

—Después de todo le has pedido mi mano a Grafton.

Julian no contestó. Se limitó a permanecer de pie, a un lado de la ventana, los brazos los tenía cruzados sobre el pecho y la mandíbula se le apreciaba tensa, como una cuerda de violín.

—¿Decepcionada? —replicó él por fin, sin disimular la aspereza de su voz.

—Sorprendida, más bien. Te ha costado. Pensé que desaparecerías de Londres, ¿un viaje a los Estados Unidos de América hasta que mi padre dejase de buscarte?

—Y yo pensé —comenzó a decir él, avanzando un paso— que una mujer con un mínimo

de pudor no se ofrecería en matrimonio a mi hermano después de besarme a mí la noche anterior.

Anastasia lo miró entonces. Sus ojos color avellana no se estremecieron, disimuló su dolor ante tal acusación de infamia.

—No me ofrecí en matrimonio. Dije que lo aceptaba. Es distinto. Con Dorian al menos puedo hablar sin que su silencio me hiera el orgullo.

Julian entendió que le estaba recordando el modo en el que actuó la noche anterior. No pensaba ofrecerle ninguna explicación al respecto.

—¿Y crees que un matrimonio se construye con charlas amables? ¿Consideras que bastan los buenos modales y la cortesía para no sentirte sola por las noches? Mi hermano pequeño es muchas cosas, pero te aseguro que ni es amable ni te dará lo que deseas.

—No tengo intención de enamorarme de nuevo, Julian. Así que sí: la cortesía me bastaba.

—¡Vaya! —exclamó él, soltando una carcajada sin humor—. La mujer que me pidió un beso como si fuera la única cosa que le quedaba por soñar, que me pidió que hiciese lo posible por hacerla

sentir amada, ahora pretende conformarse con cortesía. —No fue una pregunta.

—Sí, te lo pedí de ese modo. Y me arrepiento. —La voz de Anastasia tembló por primera vez durante la conversación—. Porque fue un beso inolvidable, y tú lo ensuciaste con tu cobardía, con tu silencio.

—¿Qué esperabas que hiciera cuando nos sorprendieron? ¿Correr detrás de ti por la biblioteca como un lacayo? ¿Proponerte matrimonio de rodillas entre los vítores de los curiosos?

—Esperaba… —tragó saliva—. Esperaba ayuda. Valentía.

Julian la miró. Y dolía. Dolía verla así, tan entera y a la vez tan rota.

—No sabes lo que dices.

—Oh, sí que lo sé. Lo supe desde que vi tu cara al descubrir mi identidad. Ni siquiera tuviste la decencia de fingir que te importaba mi desgracia. Parecías un hombre al que acababan de condenar a muerte.

—¿Y qué querías? —alzó la voz, con la furia cargada de impotencia—. ¿Qué fingiera alegría? ¿Orgullo? ¿Qué me aplaudiera por haber comprometido a la hija de un duque en una biblioteca oscura?

—Había pensado que lo que te apenaría sería descubrir que era la mejor amiga de la mujer que tu hermano acabó robándote, pero no que me dejases sola frente a todo el mundo —susurró ella, aunque no bajó la mirada.

Él le ofreció una sonrisa ladeada.

—Si hubiese querido casarme con Temperance —la llamaba siempre por su nombre de pila, al igual que Dorian y lo hacían porque ella misma se lo pidió a ambos y porque así fastidiaban a Sebastian—, si la hubiese deseado con todas mis fuerzas, nada ni nadie me habría impedido tenerla. Ese soy yo, y harías bien en no subestimarme, *milady*.

—¿Y qué quieren decir esas palabras?

—Me tendiste una trampa porque me querías. Enhorabuena, me tienes.

—Solo buscaba un beso. Creía que eso quedó muy claro anoche.

—Bueno, supongo que ganaste el premio completo sin saber por lo que estabas apostando.

—Eres un hombre muy arrogante, ¿lo sabías?

—Y tú, una mujer caprichosa. Valiente, sí, puede ser, o seguramente solo estés loca, aunque no hay duda de que eres caprichosa. Quise complacerte, darte el maldito beso que me pedías, aunque no te habría concedido el deseo de haber sabido que me lo ibas a clavar en la garganta al día siguiente o de que tendría que entregarte mi vida a cambio.

—Pudiste seguir hoy como anoche, fingiendo que no había pasado nada, dejar que me devorase la prensa y la sociedad mientras continuabas con tu vida. Eso sí, ocultándote de la vista de mi padre. ¿Te das cuenta, Julian? ¡Ni siquiera has tenido el valor de enfrentarte a mí primero, hablaste antes con Grafton.

—Porque no quería verte —confesó él, con los dientes apretados—. Porque no puedo mirarte sin recordarlo.

Ella se ofendió, creyó que le estaba echando en cara todo lo que iba a perder por besarla, pero él estaba pensando en lo que supuso ese beso. No le confesaría que incluso ebrio no pudo olvidar la sensación de… de… de sentirse amado, aceptado y deseado por una desconocida. Por ella. Por Anastasia. Nunca le dio la suficiente importancia a un sencillo beso… Al menos a los que se daban en la boca, y estaba pagando caro su error. ¿Quién iba a imaginar que esa solterona insulsa le tocaría de lleno el alma, el cuerpo y lo cubriría de emoción, que lo haría soñar con más besos como ese?

Y, ¿por qué diablos tenía ella tantos pretendientes tras sus pasos? No estaba celoso, no… solo era … ¡No eran celos y punto! Bueno, tal vez solo de su hermano. ¡No, tampoco le importaba que Dorian hubiese estado en su habitación la noche anterior! Maldito bastardo, lo mataría por ello.

—Entonces no me mires —lo desafió la dama.

—¡No puedo no mirarte, maldita sea! —El grito quedó suspendido en el aire.

Anastasia dio un paso atrás. Julian respiraba con dificultad. Sus manos temblaban. Los

dos estaban atrapados en algo que ninguno sabía cómo romper.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, muy bajo.

—Ahora te casarás conmigo —dijo él con la voz ronca—. Porque tu padre lo espera. Porque el mundo lo exige. Porque lo correcto es eso.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú quieres que nos casemos?

Silencio.

Entonces, con más frialdad que nunca, Julian dijo:

—No. No quiero casarme contigo. —«Pero no quiero que lo hagas con nadie más, menos que te cases con Dorian o con uno de todos esos petimetres que has nombrado antes», lo pensó y casi se le escapó la frase. Fue un milagro haber podido contenerla.

Anastasia cerró los ojos un segundo. Luego, le sostuvo la mirada.

—Pues estamos igual. Porque yo tampoco quiero casarme contigo, Julian Taverham. —«Pero tampoco sé cómo lograré olvidar ese beso sublime que me diste», pensó con enfado.

De nuevo el silencio se instauró entre los dos.

El despacho parecía haberse cerrado sobre ellos como un cofre demasiado pequeño para tanto orgullo. Las frases de ambos flotaban en el aire como un susurro con filo, dispuesto a cortarlos sin compasión.

Julian dio otro paso hacia ella. Ya no había furia en su mirada. Había hielo. Había acero. Más parecían los ojos de Sebastian que los de ese hermano Taverham que tenía delante, pensó Anastasia.

—No me quieres a tu lado recitando mis votos pero sí dándote placer.

—Fue un beso. Uno que ya he olvidado —advirtió despreocupadamente.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Mentirosa. Dorian no es tan bueno como yo besando.

—¿Cómo sabes que me besó?

Julian no supo contenerse, inspiró una larga bocanada de aire, apretó los dientes y los puños.

—¿Así que mi hermano te ha besado?

Avanzó hasta quedarse pegado a Anastasia. Ella no se movió.

—Lo hizo —dijo, con el mentón en alto.

—¿Ayer?

—No diré nada más.

—Ya veo que sí… Y tu disgusto debió ser muy grande, porque ese beso que tanto recuerdas, con el que has estado soñando toda la noche no fue el de mi hermano, fue el mío… —se inclinó apenas, lo justo para que su aliento le rozara la mejilla y luego

le dijo—: El que te hizo sentir viva fui yo. Pero ¿quieres saber qué ocurrió luego? —Ella tragó saliva. No respondió—. A la mañana siguiente, mientras tú seguías sosteniendo ese recuerdo como si fuera la única razón para vivir, el escándalo ya estaba en boca de todo Londres y solo yo, el hombre que deseas que te vuelva a besar, puede salvarte. El artículo ha salido publicado y es imprescindible salvar la situación. Las viudas lo comentarán entre risas, en especial esa a quien te las apañaste para engañar a fin de apartarme de su lado y ocupar su lugar en la biblioteca. Las madres lo murmurarán como una advertencia a sus hijas. Los hombres hablarán de ti como si fueras una conquista más para mí.

Ella desvió la mirada.

—No necesito que me recuerdes lo que ocurrirá. Lo sé muy bien, el que no parecía comprenderlo anoche eras tú.

—No, Anastasia. No lo sabes. Porque mientras tú te negabas a llorar, yo me jugaba la poca dignidad que me quedaba para pedirle tu mano a un hombre que tiene más respeto por su colección de armas que por cualquiera de mis logros.

—¿Y esperas una medalla por eso?

—No. Solo quiero que sepas que no lo hice por ti.

Anastasia frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que te casarás conmigo aunque no quieres hacerlo, y que lo harás solo por ti mismo?

—Mis razones son mías. —«Lo hago porque no soporto la idea de que nadie más te toque. Ni te nombre. Ni pruebe la ambrosía que son tus labios». Jamás se lo confesaría, porque no sabía de dónde estaba saliendo esa sarta de tonterías que se agolpaban en su mente sin que pudiese detenerlas.

—Y, sin embargo… —dijo ella, cruzando los brazos—, hoy te ofreces en matrimonio cuando anoche me dejaste muy claro que estaba sola.

—Anoche no sabía qué hacer contigo —respondió él, alzando la voz ligeramente.

Anastasia dio un paso atrás. Se abrazó a sí misma.

—¿Ese es el lugar que me espera a tu lado? ¿Seré un mueble al que le darás uso? ¿Tendré que aprender a convivir con el hecho de que te

dediques a coleccionar otros… muebles para divertirte?

—Soy tu única esperanza. Harías bien en no molestarme más de la cuenta, Anastasia. Sin mí estás perdida.

—He recibido cinco cartas esta mañana. Cinco, Julian. Cinco hombres dispuestos a rescatarme de la ignominia con flores y versos. ¿Sabes lo que tienen en común?

—¿Qué?

—Lo mismo que tú. Ellos pueden salvarme también. Y estoy convencida de que no llaman la atención de tantas mujeres como tú.

—¿Estás celosa?

—No, preocupada porque no me convertiré en el hazmerreír de Londres mientras mi esposo, uno que ha declarado que no quiere casarse conmigo, se acuesta con otras mujeres mientras que yo tendré que simular que no estoy al corriente de sus actos.

—¿Estás exigiendo fidelidad? ¿Tú, que acabas de confesar que besaste ayer mismo a mi

hermano cuando todavía tendrías hinchados los labios por mi beso?

—Yo no lo besé.

—Está bien, aceptaste su beso entonces… ¿o acaso le diste un bofetón por aprovecharse de ti?

—¿Te lo di a ti?

—Me rogaste que te besase, no merecía ninguna reprimenda.

—Me casaré con otro. No puedo ser tu mujer y me agradecerás que te libere de la carga más pronto que tarde.

Julian sin darle tiempo a reaccionar, la cogió por la cintura. Su mano la sujetó con fuerza, como si su cuerpo pudiera disiparse si no la retenía. Con la otra le rodeó la nuca, y antes de que ella fuese capaz de pronunciar una palabra más, la besó.

No fue un beso dulce. No fue tierno. Fue un reclamo. Una descarga. Fue furia hecha contacto. Los labios de él ardían. No buscaban conquistarla, sino poseerla. No pedían permiso, pues se lo habían ganado.

Anastasia jadeó contra su boca, pero no se apartó. Le respondió. Con hambre. Con rabia. Con miedo.

Porque ese beso no era un acuerdo social. Era todo lo que no podían decirse. Era el orgullo hecho deseo. La desesperación de dos personas que no sabían cómo amarse, pero sí cómo arruinarse.

Julian rompió el beso con violencia, aunque sus labios seguían rozando los de ella, pues no se separó del todo. Su aliento la envolvía. Las manos femeninas temblaban.

—Dime —susurró con voz ronca—. ¿Alguno de esos caballeros que te escriben sonetos puede hacerte sentir esto? —Ella no respondió—. ¿El vizconde Marbury? ¿Ese que huele a lavanda y se pone nervioso cuando le hablan de política? ¿O ese otro con sus claveles rojos?

Anastasia lo miró. Los ojos color avellana centelleaban. No había respuesta posible. Solo mediaba entre ambos la verdad. Y ya estaba dicha.

—No. Ninguno puede —admitió—. Y tú tampoco deberías poder.

—Ah, pero yo sí que te hago temblar. Me deseas.

Él la besó de nuevo. Esta vez más despacio. Más minuciosamente, como si acabara de encontrar en ella el único refugio posible después de años de guerra. Y cuando se separaron, ambos sabían que acababan de comenzar otra batalla, pues no podían dejar de perderse el uno en el otro.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella con desesperación.

Julian alzó la mano y señaló la puerta.

—Sal por ahí ahora mismo, y te garantizo que alguno de tu colección de pretendientes lo hará. Se casará contigo, te escribirá sonetos, te llevará a París, te dirá que no le importa el pasado, ese en el que yo te he arruinado, pero todo será mentira.

—¿Y lo tuyo no?

—Lo mío… —se interrumpió, y cuando habló de nuevo, lo hizo con dureza—: Lo mío será real, aunque no será dulce, ni será fácil. Me tendrás, Anastasia, con todas mis ruinas, que no son pocas, con mis carencias emocionales, que son todavía más, y mi triste historia. Seré el hombre que el mundo te

lanzará a la cara cada vez que sonrías. Y no lo olvidarás nunca porque me deseas y lo sabes.

Ella lo miró largo rato. Su pecho subía y bajaba con rapidez. La tensión era insoportable. Y, sin embargo, aún no se rompía.

—¿Y si te rechazo?

—Tu padre te enviará lejos. White's se llenará de apuestas sobre tu próxima caída. Las puertas se cerrarán. Las miradas te seguirán. Y aunque tú intentes alzarte sobre todo eso, yo sabré que fui el primero que te falló.

—No necesito que me salves.

—No he venido a salvarte. —La voz de Julian se quebró apenas—. He venido a dar la cara. Y tú… tú puedes hacer lo que quieras con esto. Puedes convertir nuestro matrimonio en una prisión o en una alianza. Pero no te irás de aquí sin tomar una decisión.

Anastasia bajó la cabeza. Cerró los ojos. Reflexionó un instante.

Luego, alzó la vista con el rostro sereno.

—Está bien. Acepto ser tu esposa.

Él no sonrió.

—¿Por qué lo harás? Dilo —le ordenó.

—Porque es la única manera.

—No, quiero oír la verdad.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. Dilo, reconócelo o el que se marchará ahora mismo seré yo.

Ella se lamió los labios porque los sentía secos. Hinchados y secos.

—Me casaré contigo porque… quiero tus besos —afirmó con honestidad y sin sentir vergüenza.

—¿Me deseas, Anastasia?

—Sí.

Julian asintió. Dio un paso atrás. No se acercó. No intentó tocarla de nuevo porque no se fiaba de sí mismo.

—A las seis —murmuró—. Seis en punto, para ser exactos. Esa será la hora en la que recitaremos nuestros votos esta tarde.

Ella afirmó con la cabeza. Julian salió del despacho sin mirar atrás.

La dama se quedó de pie en el centro de la estancia. Sola. Temblorosa. Ansiosa y muerta de miedo.

Porque, al final, si no lo hacían bien, perderían los dos. Y ella sufriría muchísimo más que él.

¿Quién podría ganarle la partida a un granuja consumado que era conocido por su gran habilidad con el juego?

Anastasia no era rival para Julian…

Capítulo 5

Un pacto esencial

Estaba hecho. La había convencido. Julian Taverham se sentía como un hombre que caminaba hacia su destino sin estar del todo seguro de haber comprendido la naturaleza del paso que iba a dar.

No era cobardía lo que lo paralizaba, ni tampoco el cansancio —aunque esa mañana no había podido desayunar y el estómago se le retorcía con un hambre extraña, una mezcla de ansiedad y resignación. Era otra cosa. Un peso nuevo, incómodo, que no sabía cómo llevar: la certeza de que estaba a punto de hacer algo irreversible… sin estar seguro de si sería capaz de aceptar.

Iba a casarse.

¡Iba a casarse!

Y aunque repitiese mentalmente la frase como si fuera un conjuro, aún no conseguía que sonase verosímil. Él, Julian, el hijo de un maldito difunto conde, el hermano errante, el hombre que había vivido entre apuestas, mujeres y medias verdades, estaba a punto de comprometerse ante Dios, con una mujer que se convertiría en su esposa, que dependería de él por completo. Le sería entregada para protegerla. ¿Qué sabía él de cuidar a alguien cuando no lo había hecho ni consigo mismo?

No se trataba del acto en sí, ni de la ceremonia, ni siquiera del hecho de recitar sus votos. Era lo que vendría después lo que le erizaba la piel.

El matrimonio. La convivencia. La carga silenciosa del día a día. La mirada constante de una mujer que no toleraba la mediocridad, que le exigiría más de lo que él mismo creía tener para dar, porque, oh, sí, *lady* Anastasia Doger era exigente. Lo descubrió la primera vez que le echó una simple mirada años atrás, de ahí que no la hubiese vuelto a mirar jamás. Una fémina así no estaba hecha para un tipo como él. Ella había sido criada como una dama, la hija de un par del reino que tenía derecho a mirar a un hombre por encima del hombro. A él, desde

pequeño le habían dicho que no servía para nada… ¡Vaya combinación iban a hacer ambos!

No la amaba. Sí la deseaba, por supuesto. ¿Quién no querría seducir a Anastasia Doger? Pero también había deseado a muchas otras, y en la mayoría de los casos, la intensidad se desvanecía al segundo trago de licor o después de un par de noches. Con ella… ¿sería así también?

Seguramente, aunque…

Con ella, el deseo era distinto. Más físico, sí, pero también más incómodo. Como si cada vez que la mirase, el cuerpo le respondiera con hambre, pero el alma retrocediera, advirtiéndole que eso no iba a ser un juego. Temía que esa mujer pudiese leerlo incluso cuando él permaneciera callado, porque su prometida era inteligente. El duque había criado a una dama fuera de lo común, a alguien que no lo perdonaría si le ofrecía mentiras envueltas en caricias, y él estaba demasiado acostumbrado a protegerse, a atacar cuando la inseguridad lo amenazaba.

Y luego estaba la noche.

Esa noche.

Nunca le había temido a un lecho compartido. Al contrario, los había buscado con entusiasmo. Pero esa noche, su noche de bodas, Julian no tenía la menor idea de cómo actuaría.

No se trataría simplemente de desvestir a una mujer. Sería despojar a su esposa de su virtud. Y no a cualquier mujer, sería a la suya, a la que le pertenecería. No sería una viuda aburrida ni una experta cortesana.

Lady Anastasia Doger. Ella sería suya. Anastasia. Con su lengua afilada, su orgullo intacto y ese temple imposible de doblegar. Oh, sí, sí. Julian era muy consciente de que el temperamento de ella era elevado y no estaba seguro de poder dominarla. ¿Pretendía dominarla? No era eso del todo, quería que ella fuese una buena esposa y para los cánones de la sociedad eso se traducía en ser una mujer dócil, callada y complaciente. ¿Anastasia dócil, callada y complaciente? Lo dudaba mucho, el mismo duque le había dado un par de indicaciones que…

¿Cómo sería hacerle el amor a una solterona sin ninguna experiencia? ¿Se echaría a llorar cuando lo viese desnudo? Sí. Ella era fuerte, pero tal vez su sensibilidad fuese más floja.

¿Y si lo rechazaba? ¿Y si lo miraba con asco? ¿Y si él mismo no era capaz de proceder porque el miedo, ese miedo pegajoso e infantil, se le adhiriese al pecho en forma de culpa?

Era consciente de que no estaba hecho para ese papel. No tenía madera para ser esposo. Ni para cuidar de alguien. Nunca había sido responsable de nadie. Ni siquiera de sí mismo. Ahí estaba de nuevo ese pensamiento de antes, de que nunca se había preocupado por nadie. ¡Dios!

Y, sin embargo, allí estaba. Ajustándose los puños de la camisa por tercera vez, con el corazón golpeándole las costillas como si buscara escapar, y con la conciencia más lúcida que nunca. Todo ello sin olvidar que tenía unas ganas tremendas de partirle la nariz a Dorian por haber tocado lo que le iba a pertenecer a él.

¡No!, que no eran celos. Era solo… No importaba.

¡Iba a casarse!

Y no sabía si era lo correcto, ni si estaba listo, ni si sobrevivirían a lo que acontecería después.

Pero sí sabía algo con certeza absoluta, y eso era que si había una sola mujer en el mundo por la que valiese la pena perder su libertad… era esa.

Anastasia no era, ni de lejos, el tipo de mujer en el que Julian se solía fijar. No poseía la belleza espectacular que dejaba mudos a los caballeros, ni conocía ninguna artimaña para embaucar a un hombre. No. Anastasia tenía otro tipo de presencia. Una que no golpeaba, sino que se infiltraba despacio en la lujuria de un hombre para despertarla luego. Era alta, de figura elegante y movimientos firmes. Su cabello, oscuro como el vino añejo, recogía la luz con sutileza, y los ojos… esos ojos color avellana eran lo más insolente que Julian había visto jamás. No porque miraran con deseo, sino porque miraban para comprender, para juzgar, para advertir que no creía en los encantos superficiales ni en las palabras vacías.

Estaba seguro de que no lo adularía. No le reiría las gracias tampoco. No se desharía en nervios frente a él. Y esa indiferencia que sabía que le mostraría, le resultaba tan irritante como irresistible. Había en ella una mezcla desconcertante de inteligencia afilada y vulnerabilidad mal escondida, como si no terminara de decidir si estaba dispuesta a dejarse cuidar o si prefería reinar sola sobre su propio

caos. No era la más hermosa de las mujeres, pero era la más imposible. Julian siempre había tenido debilidad por lo que no podía poseer del todo. En su voz había filo, en sus silencios desafío, y en sus besos —¡maldita sea!— en sus besos había un eco de algo que nunca había sentido antes: de pertenencia. Como si, al besarla, una parte de él dejase de estar perdida.

Y eso era, precisamente, otra de las cosas que le asustaba de su inminente esposa. Ella se convertiría en *lady* Julian, según el título que Julian se había autoimpuesto. Por descontado que podría utilizar el de *lady* Anastasia porque era el que le correspondía por nacimiento como hija de un duque, pero él se aseguraría de que optase por la primera opción.

Ella iba a ser suya. Él estaba decidido a poseerla por completo, empezando por ese nuevo título, terminando por su cuerpo… ¿Podría conquistar también su alma?

Mientras un novio se preparaba, la novia hacía lo propio.

El reloj de porcelana marcaba las cinco y cuarto cuando Anastasia Doger comenzó a sentirse nerviosa. Nerviosa de verdad.

La doncella había salido hacía unos minutos, dejando tras de sí una nube leve de lavanda, y el murmullo lejano de los criados preparando el ala este para la boda llegaba como si proviniera de otro mundo. La luz de la tarde se colaba por los visillos y acariciaba su vestido extendido sobre la cama. Era un vestido sencillo, de seda marfil, sin bordados ni encajes innecesarios. Perteneció a su madre y no hubo que hacerle ningún retoque significativo.

No quería parecer una novia romántica. Ni una mártir. Ni una víctima. Solo quería parecer dueña de sí misma y ese vestido serviría para sus planes.

Caminó descalza hasta el espejo, como si cada paso por la alfombra fuera un acto de aceptación. Se miró. Con atención. No como una dama juzgaba su atuendo, sino como una mujer que observaba a otra que estaba a punto de cruzar una frontera.

Iba a casarse con Julian Taverham.

No lo amaba. Lo tenía claro. No confiaba en él. Eso, incluso lo tenía más claro que lo anterior.

Y, sin embargo…

Había algo que la arrastraba hacia él, una especie de anzuelo invisible, una fuerza que no era deseo, ni siquiera atracción, sino algo más turbio.

Como si solo él fuera capaz de verla completa —con sus errores, sus silencios, su ira, su hambre de algo más— y no apartar la mirada. Lo acababa de demostrar en el despacho de su padre.

Se sentó frente al tocador, entrelazó las manos y se obligó a respirar con lentitud.

Las mujeres soñaban con bodas, con promesas, con guirnaldas. Ella, en cambio, pensaba en cómo mantener la cabeza en alto cuando lo tuviese enfrente, en cómo no temblar al pronunciar sus votos. Iba a casarse con un hombre al que no podría controlar, uno con el que si no blindaba su corazón, la heriría de muerte. Con Julian, que le devolvería los golpes con palabras y besos. Había hablado poco con él, pero lo conocía muy bien. Siempre se había fijado en ese Taverham. Jamás le prometería amor.

¿Y eso sería tan malo? La última vez que cegó su mente y abrió su corazón, Weston, por poco, la mata de pena y decepción. Tal vez no fuese mala idea llegar a un entendimiento con su esposo. ¿No fue Temperance la que firmó un acuerdo con

Sebastian antes de la boda? Anastasia tuvo una idea. Podría explicarle a su inminente marido lo que esperaba de su unión. El primer punto versaría sobre que no quería amor.

Era un buen plan. Un matrimonio lleno de conveniencia, respeto y discreción. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si esa boda era solo la antesala de un infierno elegante? ¿Y si, pese a todo, no era capaz de dejar de desearlo… y eso la arrastraba cada vez más lejos de sí misma?

Anastasia cerró los ojos. Estaba a punto de renunciar a su libertad, pero no se quejaría, no gritaría ni lloraría. Hacer esas cosas sería una pérdida de tiempo. En vez de eso, cogió papel y pluma y comenzó a hacer una lista.

Si tenía que encadenarse a alguien, al menos lo haría con un hombre con el que estableciese las bases de su matrimonio.

***

Cinco minutos antes de la ceremonia, se avecinaba una… una situación que podría resultar complicada.

Ninguno de los poquísimos invitados que asistirían al enlace había llegado todavía.

Anastasia se encontraba en esos momentos en una salita de su casa esperando al novio con gran nerviosismo.

Le había dado instrucciones al lacayo para que en cuanto lord Julian llegase lo llevase al salón este sin demora.

Cuando él fue conducido hasta ella, ambos se enfrentaron el uno al otro. Se observaron durante un largo minuto que más pareció una eternidad. Ella lo encontró apuesto, él, hermosa, pero no se intercambiaron cumplidos.

—Milord, sea bienvenido. —A la dama le pareció mejor volver al trato formal, a fin de cuentas, su matrimonio iba a seguir esa línea si él aceptaba sus condiciones.

—¿Milord? ¿Debo usar la etiqueta a partir de ahora, Anastasia?

—Se lo agradecería mucho si lo hiciese.

—¿En privado también?

—En especial en privado —respondió ella con suavidad.

Julian hizo un movimiento seco con la cabeza para dar su consentimiento.

—¿En qué puedo ayudarla, *milady*? —inquirió resignado.

Anastasia Doger se levantó de su sillón y cruzó la estancia con el paso firme de quien había decidido no vacilar. Llevaba ya puesto su vestido marfil. sin ningún adorno ostentoso. El cabello lo tenía recogido en un moño bajo, sin velo ni flores. Era solo ella, una dama vestida para entregarse a un futuro que no había pedido.

Julian la siguió con precaución. No había esperado verla antes de la ceremonia. La dama se quedó junto a la ventana, en silencio, repasando mentalmente lo que no sabía cómo enfrentar. Él se colocó detrás, y cuando ella se giró, Julian se dio cuenta de que le estaba extendiendo la mano, sostenía un pliego cuidadosamente doblado, lacrado con el sello del ducado.

Julian arqueó una ceja.

—¿Me trae una carta de su padre? ¿O es un nuevo poema de alguno de sus pretendientes para que trate de emularlo?

Ella no sonrió. No se inmutó.

—Son mis condiciones.

—¿Condiciones?

—Lo que espero de este matrimonio.

—El abogado de su padre me visitó hace un par de horas, los documentos están firmados.

—Estas son mis propias exigencias.

—¿Exigencias?

—Demandas, si prefiere que me muestre más diplomática.

—Usted, ¿diplomática? Lo dudo mucho.

El silencio fue inmediato.

Julian le quitó la misiva o lo que fuese aquello con delicadeza, sin romper el sello aún. No bajó la mirada al papel. La mantuvo en ella.

—¿Es esto algún tipo de advertencia? ¿Una amenaza, quizá? —tanteó.

—Una precaución —respondió sin titubear—. He estado pensando mucho en lo que voy a hacer al casarme.

—¿Solo va a casarse usted? —ironizó.

—En lo que vamos a hacer al casarnos —se rectificó de inmediato—. No soy tan tonta como para esperar amor. Quiero respeto, porque me tomo muy en serio mi dignidad.

Él giró la carta entre los dedos. El lacre parecía burlarse de él, como si contuviera una trampa que ya era tarde para evitar.

—¿Desea que la lea ahora?

—No me casaré hasta que lo haga.

—¿Es una nueva amenaza, *milady*?

—Una petición humilde.

—Si me costaba creer que fuese diplomática, todavía más me cuesta considerarla humilde.

Ella no dijo nada más.

Julian rompió el sello. Desdobló el papel.

No quiero afecto ni expresiones románticas. No deseo amor, y no aspiro a que lo finja. No le pediré lo que no puede dar.

Rechazo el papel de esposa complaciente. No me someteré a reglas sociales que me exijan silencio, docilidad o resignación. No dejaré de tener opinión, ni dejaré de ejercerla.

La intimidad física quedará aplazada. No compartiré el lecho con usted hasta que, de mutuo acuerdo, decidamos tener hijos. No habrá imposiciones ni obligaciones por parte de ninguno.

Exijo respeto. No toleraré infidelidades públicas ni humillaciones privadas. Si decide vivir como solía, al menos tenga la decencia de que no se sepa. Le devolveré la misma discreción.

Dormiremos en habitaciones separadas como marca la sociedad. Es una cuestión de independencia. No es negociable por el momento.

Los deberes sociales se cumplirán con dignidad. Nos comportaremos como un matrimonio respetable ante la sociedad. No le haré pasar vergüenza. Espero lo mismo por su parte.

La libertad personal no será condicionada. No permitiré que se me impida pensar, leer, hablar o actuar como lo he hecho hasta ahora. No soy una posesión ni nunca lo seré.

Este acuerdo será revisado si alguna de las partes lo solicita. Si con el tiempo las circunstancias cambian, podremos renegociar. Hasta entonces, estas son mis condiciones.

Lady *Anastasia Doger. Residencia del duque de Grafton. Londres, 1816.*

Julian había leído todos y cada uno de los puntos. Su ceja había ido subiendo apenas con cada renglón, hasta que su expresión se tornó llena de asombro. Cuando terminó, levantó otra vez la vista.

—Así que no habrá un lecho compartido.

—No —dijo ella con voz serena—. No esta noche. Ni mañana. Ni hasta que lo decidamos. De mutuo acuerdo.

—¡Qué considerada!

—Gracias.

—No era un cumplido, *milady*. Era fina ironía.

—Lo sé, pero se lo agradezco de todos modos. Y no, fina no ha sido.

Julian asintió muy despacio. Dobló el papel con sumo cuidado y lo dejó sobre la pequeña mesa cercana, como si estuviera devolviendo una declaración de guerra con guante blanco.

—Debo admitir que… no esperaba esto.

Su voz no era dura. Era contenida. Como una brasa envuelta en terciopelo.

—¿Le parece una ofensa?

—Me parece un insulto magistralmente formulado, puesto que cuando una mujer se casa, se despoja de todo lo que usted me exige.

—Por eso lo puse por escrito y deseo que lo firme.

—Ningún tribunal le daría validez a esas pretensiones.

—Pero usted lo hará.

—Está muy segura de que claudicaré, *milady*.

—¿Acaso pretende que nos enamoremos y desfallezcamos llenos de amor, que nos alimentemos el uno del otro sin más sustento?

—Está siendo ridícula, *milady*.

—Práctica —lo rectificó.

Hizo una pausa. Sus labios se torcieron apenas en una sonrisa sin humor.

—Está bien. Si he de ser justo, me parece sensato lo que propone. Eso sin olvidar que es

la clase de plan que tramaría alguien que no quiere morir devorada por mi torpeza en el lecho.

—Yo no creo que…

—No siga hablando, *milady*. Ya le he dicho que aplaudo su iniciativa y me parece perfecta para ambos. Usted conservará su libertad y yo la mía.

Ella entrecerró los ojos. Había esperado burla, condescendencia, un ataque de orgullo. Pero no eso.

—¿Entonces no lo discutirá?

—No.

—Gracias por su amable comprensión.

—Un placer, *milady*.

Anastasia ya se había vuelto hacia la puerta, como si con eso diese por concluida la conversación. Antes de que saliera, su voz la detuvo:

—¿Tiene una pluma, *milady*?

Ella se giró lentamente, confundida.

—¿Una pluma?

Él asintió.

—Sí. Deseo añadir algo a su lista. Un asunto que ha olvidado y que es esencial.

Los ojos de Anastasia se entrecerraron, esa vez con suspicacia, pero no preguntó. Fue hasta el secreter situado junto a la ventana, lo abrió, y extrajo una pluma antigua con cuerpo de plata. Se la tendió con gesto sereno.

Julian la aceptó sin mirarla, caminó hasta la mesa y, sin prisas, escribió en el documento.

Anastasia no se acercó. Permaneció donde estaba, observándolo con la misma distancia con la que se miraba a un pintor que retocaba la última pincelada de un cuadro.

El silencio era total. Solo se oía el leve rasguido de la pluma sobre el papel.

Julian firmó. Luego dejó la pluma a un lado, plegó la hoja, pero no la guardó.

La deslizó lentamente sobre la mesa.

—El añadido está al final —dijo simplemente, sin levantar la mirada.

Anastasia avanzó con cautela. Alzó el documento. Lo desplegó. Sus ojos recorrieron el texto con rapidez hasta que, en la parte inferior, una nueva línea, escrita con su letra elegante y firme, destacaba en la página.

No rogaré por los besos de mi esposo jamás, porque él no los concederá.

Ella sintió que algo se le comprimía en el pecho. No fue ira. No fue pena. Fue una punzada sorda de certeza. Como si aquellas palabras hubiesen puesto por escrito algo que ella aún no se había permitido aceptar.

Ahí supo que él no estaba enfadado. Lo había herido y no había nada más peligroso que un animal salvaje con una herida abierta en canal.

Julian no la miraba. Seguía de pie, con las manos cruzadas a la espalda, observando un punto inexistente de la pared como si no esperase réplica.

Anastasia, sin embargo, cogió la pluma y lo firmó con suma dignidad. A continuación dobló el

papel con la misma precisión que él había mostrado minutos antes.

—Gracias por la observación, milord. Ahora… ¿nos casamos?

—Por supuesto, *milady*. Tengo un compromiso que atender que había aplazado, pero si somos puntuales, creo que podría llegar en cuanto la ceremonia termine.

—¿Cómo ha dicho?

Él no le respondió, salió de allí en busca del lugar donde iban a recitar sus votos.

Capítulo 6

Una aceptación tácita

El aire olía a jazmín. El ala este estaba en silencio. Las velas encendidas parpadeaban suavemente, como si también ellas dudasen de lo que estaban a punto de presenciar. No había música. No había coro. Solo el sonido amortiguado de los pasos en la alfombra, el leve crujido de la madera y la respiración contenida de los pocos testigos presentes.

Julian Taverham iba vestido de negro, su chaleco claro lo llevaba cerrado con una exactitud casi militar. No sonreía. No fingía serenidad. Solo estaba erguido, con las manos cruzadas a la espalda, como un hombre que había decidido cumplir con su deber.

A su derecha, Sebastian Taverham, conde de Ashbury, se mantenía en pie con la sobriedad de un hombre que había aprendido a no mostrar emociones en público. A su lado, Temperance, con un vestido azul marino y un gesto calmado, observaba a su amiga con una mezcla de ternura y preocupación.

El duque de Grafton, imperturbable como un mármol tallado, estaba sentado en la primera fila, con las piernas cruzadas, un bastón apoyado en el antebrazo y la mirada fija en Julian como si evaluara cada centímetro de su postura.

Y Dorian no estaba.

No se había presentado. No porque no pudiera, sino porque Julian no lo había invitado. No podría soportar verlo allí, presenciando la entrega de la mujer que ambos, de un modo u otro, habían perdido. Sebastian se había puesto como un basilisco cuando le preguntó por la ausencia de Dorian y él le dijo que no lo quería en la ceremonia. Pero como no había tiempo, Ash tuvo que aceptar su decisión.

El silencio se hizo muy pesado.

Anastasia entró sola en la sala. Él ya la había visto antes, pero verla ahí, sabiendo que iba a

ser su esposa… No, sabiendo que iba a casarse con ella sin casarse realmente… ¡Cielos! Ella lo tenía que complicar todo. ¡No pudo callarse y aceptarlo como esposo! ¡Ni una oportunidad le había dado!

Llevaba el vestido marfil que había sido de su madre, según le explicó Temperance a Julian. El cabello seguía recogido, sin adornos. No había ningún ramo entre sus manos y ningún temblor en su paso.

Julian dejó de mirarla. No había nada peor que desear a una mujer que le acababa de dejar claro que no se entregaría a él.

Anastasia sí lo miró con atención. En ese instante, algo se revolvió en su interior. No era arrepentimiento por casarse con él —eso lo había asumido horas atrás—. Era culpa, por haberle puesto barreras a su matrimonio antes siquiera de dejar que su marido intentara saltarlas.

El ministro de Dios carraspeó. Era un hombre mayor, con gafas gruesas y una voz suave, casi académica. Los miró a ambos con respeto, pero sin afecto.

—Nos encontramos aquí, ante Dios y los testigos presentes, para unir en matrimonio…

Julian seguía sin mirarla. Anastasia ladeó ligeramente la vista, y fue entonces cuando se dio cuenta de que le dolía su silencio más que cualquier frase cortante, más que cualquier burla. La indiferencia de Julian era cruel y se la había ganado.

El hombre de Dios declaró lo que debía. Pronunció las palabras con tono solemne, y cuando llegó la hora de llevar a cabo el gesto final, ese que incluía un beso… Julian se acercó a su mejilla y, sin apoyar los labios, simuló darle un beso, aunque no lo hizo en verdad. Tampoco le cogió la mano, ni le ofreció una sonrisa. Eso sí, la miró por fin. En sus ojos no había desprecio… ¿decepción?

Anastasia había pedido un matrimonio sin amor, así que debería estar contenta. Julian estaba cumpliendo con su parte, aunque la dama estaba rompiéndose y no entendía el motivo.

El duque se levantó. Caminó hacia la pareja y le sonrió a su hija con amor y ella le devolvió el gesto. Julian se sintió mal. ¿El motivo? No lo entendía, pero seguro que no estaba celoso por ver que al padre de su esposa sí se le permitía demostrar su amor y a él se lo habían prohibido. Bueno. Había crecido sin conocer el amor, así que no iba a echarlo de menos.

Sebastian le dio una palmada seca en el hombro a su hermano.

Temperance se acercó a Anastasia. Le rozó la mano. Le sonrió.

—¿Has sabido algo de Ofelia? —le preguntó, porque Anastasia había esperado ver a la prima de Temperance en su boda, a fin de cuentas, era la mejor amiga de ella también.

—Sebastian está tratando de arreglar la situación. Su padre la convocó en su casa y hace semanas que la mantiene allí dentro.

—¿Qué explicación da el maldito para retenerla?

—Que está indispuesta.

—¿Y qué vamos a hacer para ver si está bien, Temperance?

—Te acabas de casar, preocúpate de no cometer los mismos errores que yo, solo busca la felicidad. Sebastian manejará al padre de Ofelia.

Anastasia le sonrió a su amiga. No se atrevía a decirle que había cometido un gran error al

elaborar lo que le pareció una simple lista. Se quedaron hablando un momento más.

El oficiante de la ceremonia ya se había retirado discretamente y la luz del atardecer se colaba entre las cortinas altas, bañando de oro la escena sin festejo. Nadie hablaba demasiado. Los criados no sabían si servir algo o quedarse al margen.

El duque de Grafton llevaba una copa de jerez y se la bebió con parsimonia. Sebastian, quien no se había quitado los guantes, intercambiaba una mirada seria con su hermano, como si quisiera asegurarse de que no iba a hacer alguna locura inmediata.

Fue entonces cuando Julian habló:

—Es hora de marcharnos

El silencio que siguió fue denso. Anastasia alzó ligeramente la cabeza, sorprendida. No había discutido con él dónde pasarían la noche, pero al parecer, ya lo había decidido todo.

Sebastian fue el primero en reaccionar:

—¿Ahora? Pero… se ha preparado un pequeño refrigerio en el salón contiguo. Al menos

podríais…

—No. —La voz de Julian fue firme, sin brusquedad, pero con autoridad—. Es suficiente por hoy. Mi esposa estará cansada y es tarde.

Nadie osó decir una palabra.

Temperance miró a su esposo como esperando que insistiera, pero fue el duque quien intervino.

—Es natural que quiera llevarse a su flamante esposa cuanto antes. —Bebió otro sorbo de su copa y luego prosiguió—: ¿O acaso no hiciste tú lo mismo con la tuya, Ashbury? Si no recuerdo mal, ni siquiera disfrutaste del almuerzo nupcial antes de arrastrar a *lady* Ashbury fuera de esta casa como si temieras que cambiase de opinión.

Sebastian no respondió porque fue así, aunque no del todo, porque se la llevó a toda prisa no porque pensase que se arrepentiría, sino porque estaba loco de deseo por Temperance. Lo malo era que la lujuria, desde que se casó con ella, no había menguado, más bien se incrementaba más cada día.

Julian se volvió hacia Anastasia.

—Confío, *lady* Julian —usó su nuevo título—, en que esté lista en cinco minutos. Iré a preparar el carruaje. —Y con eso, salió sin esperar respuesta.

Todos se quedaron callados.

Anastasia no dijo nada. Solo asintió levemente y bajó la vista, aunque en su interior, algo se había agitado. No sabía si era nerviosismo, desconcierto o simplemente el peso de lo que acababan de sellar con votos fríos y miradas esquivas.

—¡Otro novio ansioso! —brindó en tono jocoso el duque, quien había bebido más de la cuenta.

Anastasia suspiró.

—Padre, ¿qué va a ser de ti sin mí?

—¿Sin ti, mi niña? ¡Al fin seré libre! Vamos, vamos, sal tras los pasos de tu esposo. Soy un viejo que ha bebido demasiado, así que puedo permitirme recordar el momento más feliz de mi vida… Me casé con mi duquesa, la mujer a la que amaba y que me amaba, la que te dio la vida, y

estaba tan ansioso que no pudimos llegar a casa y en el carruaje mismo…

—¡Padre! —lo regañó.

—Ve con él. Haré que envíen tus baúles a… —Se quedó pensativo—. Espero que no te aloje en ese malvado club de su hermano.

—No se preocupe, Grafton —tomó la palabra Sebastian—. Hice las averiguaciones pertinentes. Julian compró una casa en Mayfair hace años y aunque no le ha dado uso, estoy seguro de que es allí donde se dirigirá con su hija.

—En fin… Veo que hay esperanza para él. —Luego se giró para mirar a su hija—: ¿Todavía estás aquí? Vamos, vamos, tu marido te aguarda impaciente. En nueve meses espero estar acunando a un precioso bebé. No me importará si no es un niño, aunque lo preferiría.

—¡Padre! —soltó mortificada. No solo por lo impropio de la conversación, sino porque la lista le impediría darle al duque lo que, por lo visto, más deseaba.

—Sí, hija mía. Tienes razón. Podría llegar antes de nueve meses, pero la sociedad no te

juzgará, lo de la biblioteca pasó ayer mismo. Nadie espera que salgas de cuentas con la precisión de un matemático.

—Por amor de Dios… —se quejó para luego salir huyendo de allí dentro.

¡Qué desastre!

Y cuando pensaba que las cosas no podían ponerse peor, porque el corto viaje en carruaje pareció un funeral, llegaron a la puerta de su nuevo hogar y Julian la hizo bajar, para a continuación marcharse a toda prisa.

En efecto, sí. Él la había avisado de que tenía un compromiso al que pensaba asistir después de la boda y ella acababa de comprobar que no le había dicho ninguna mentira.

Aquello no era un desastre.

¡Era una catástrofe de proporciones bíblicas!

***

Anastasia había descendido sola del carruaje. Su esposo la dejó ahí sin remordimientos, seguro.

La casa de Julian Taverham en Mayfair tenía el aspecto de una propiedad olvidada a medias: bien mantenida, elegante en sus proporciones, pero carente de alma. Las ventanas estaban limpias, las lámparas brillaban con eficiencia, pero no había ni una flor, ni una alfombra gastada, ni una muestra de que alguien la hubiese habitado más de un día seguido.

La puerta principal se abrió con prontitud. Un mayordomo desconocido le hizo una reverencia medida. Detrás, un par de criadas intercambiaron una mirada apenas disimulada de sorpresa.

—*Lady* Julian —dijo el mayordomo, usando su nuevo título como si aún no estuviese seguro de que debiera hacerlo—. Sus habitaciones están preparadas. ¿Desea descansar antes de cenar?

—Mi esposo ha tenido que ir a atender un asunto de suma urgencia —sintió la necesidad de explicar.

—Por supuesto.

—Descansaré un momento, gracias.

Ella asintió con la cabeza.

Entró en la casa y subió los escalones con paso lento, sintiendo el crujido suave de la moqueta bajo sus pies. La casa era hermosa, sí. Y fría. Fría como el modo en que Julian le había retirado la mirada tras firmar el pacto.

Él no estaba allí mostrándole su nuevo hogar.

Se había marchado con la excusa de un compromiso. Lo sabía. Se lo había dicho antes, pero saberlo no lo hacía menos humillante.

Las habitaciones asignadas estaban impecables. Un tocador sin ocupar. Una cama grande, con sábanas aún tensas. Un guardarropa vacío, esperando ser llenado.

Anastasia se detuvo frente al espejo. Se miró con dureza. Aún llevaba el vestido marfil. No tenía fuerzas para quitárselo.

—No estoy casada —murmuró—. No con él y no del todo.

Mientras, Saint Giles rugía bajo las luces del crepúsculo. El club El Paraíso, propiedad de Dorian Taverham, resplandecía entre las sombras como un farol tentador en medio de la niebla. Música, risas, dados golpeando el tapete… El olor a tabaco, a perfume caro y licor fuerte flotaba como una bandera invisible.

Julian entró por la puerta trasera, con el abrigo aún puesto. No se detuvo a hablar con nadie. Cruzó la galería, saludó con un leve gesto a la croupier de la sala de juego y fue directamente a sus antiguos aposentos privados. Nadie lo siguió. Nadie lo esperaba.

Había dejado a su esposa en su casa de Mayfair sin una sola palabra. Se marchó para respirar. Para no romper nada. Para no romperse él mismo.

Entró en la habitación, cerró la puerta, y se dejó caer sobre el sillón como un hombre que acababa de sobrevivir a un naufragio, pero sin esperanza. No se sirvió una copa. No encendió un cigarro. Solo se quedó allí. Inmóvil. Pensando en ella.

En su lista.

En su voz firme.

En sus ojos al borde del remordimiento.

No rogaré por los besos de mi esposo jamás, porque él no los concederá.

Dios santo. ¿Qué clase de hombre habría escrito algo así? Uno furioso.

¿Y por qué, entonces, le dolía tanto haberle dado la razón?

Se llevó una mano al rostro. Cerró los ojos.

Estaba casado. Y no podía tocarla. Corrección. Su mujer no quería que le hiciese el amor. Y más allá de que se lo hubiese prohibido, Julian Taverham temía hacerlo y no saber cómo detenerse. Si la besaba de verdad, ya no podría fingir que no le importaba.

***

Había transcurrido una semana. Siete días exactos desde que Anastasia Doger —en esos momentos *lady* Julian— se convirtiese en la esposa de un hombre que no volvió a cruzar el umbral de su casa.

No la había visitado. No había enviado una nota. No había hecho el mínimo esfuerzo por mantener la apariencia de un matrimonio decente. Y, si con esa humillación no bastase, todo Londres lo sabía.

El *Morning Chronicle* había sido especialmente generoso en detalles aquella mañana. En la sección de sociedad, entre la crónica de un baile en Cavendish Square y el escándalo de un vizconde sorprendido en el jardín equivocado, había un párrafo entero dedicado a lord Julian Taverham.

«…quien, según fuentes fidedignas, continúa celebrando su enlace matrimonial desde su residencia habitual en un conocido club de Saint Giles. Sus noches, lejos de la mujer que ahora lleva su cuestionable título y apellido, están siendo compartidas con damas de reputación dudosa y risa fácil, más propias del teatro que de los salones de Mayfair. Al parecer, el caballero optó por festejar la noche de bodas por su cuenta, muy bien acompañado por un trío de pelirrojas…»

Anastasia arrugó el papel con las manos, pero no lo soltó. Se quedó mirándolo. Lenta, largamente, como si pudiera fulminar la tinta con solo desearlo lo suficiente. Aunque fuese capaz de obrar semejante milagro, es no desharía el comportamiento bochornoso de su marido.

Estaba sola. Debería estar contenta. ¿No quiso siempre eso? No la amaba ni ella a él, así que no podían hacerse daño. Bueno, sí, Anastasia tenía su orgullo femenino vapuleado. Solo ahí le dolía.

Llevaba una semana recluida en aquella casa de techos altos, servida por criados que apenas la conocían, sin poder dejarse ver en ningún evento público, pues sin su marido, sin su brazo, sin su presentación oficial ella no era una esposa. Era la comidilla de la alta sociedad. Una mujer abandonada, apenas casada y ya ignorada.

El acuerdo decía que él la respetaría, que no la expondría. Julian había roto la única cláusula que Anastasia no podía soportar que se rompiera: la del decoro.

No toleraré infidelidades públicas ni humillaciones privadas. Si decide vivir como solía, al menos tenga la decencia de que no se sepa. Le devolveré la misma discreción.

¡Hipócrita! ¡Cobarde! ¡Maldito libertino!

Anastasia se levantó de un salto, tiró el periódico a un lado y caminó por la habitación como una fiera enjaulada. Sus pasos eran suaves, sí, porque seguía siendo una dama, aunque su sangre hervía.

¿Fiestas en el club de Dorian? ¿Acompañantes poco sofisticadas y muy complacientes? ¿Una esposa abandonada como si fuese un mueble incómodo?

Ella era la hija de un duque, la mejor amiga de la condesa de Ashbury. No iba a permitir que la trataran como si solo fuese una nota de escándalo en la sección de sociedad.

Si Julian pensaba seguir escapando, escondido tras el cristal de sus copas y los bordes de las mesas de juego, iba a descubrir que una mujer ofendida era mucho más peligrosa que cualquier deuda pendiente.

—Está bien, milord —susurró con rabia —. Si no tiene intención de honrar su acuerdo… entonces lo enmendaremos. Ambos nos convertiremos en un escándalo andante, y yo no lo seré solo con palabras, lo seré con hechos también.

Justo cuando había tomado la determinación de convertirse en la sensación más notoria de la temporada, le llegó una nota. Reconocería la caligrafía de Ofelia incluso dormida. Las letras algo torcidas, la tinta virando al gris por la prisa, y ese tono seco disfrazado de urgencia:

He conseguido escaparme. Si puedes, encuéntrame en el lugar que tú y yo sabemos. No se lo digas a nadie.

Ese lugar era la entrada trasera del parque de Kensington, junto a la verja de hierro forjado donde se escondían de pequeñas para escuchar a los músicos de la feria.

Anastasia se recogió la falda, se calzó sin ayuda y bajó las escaleras con un paso que solo podía describirse como firme y desesperado. No pidió permiso. No explicó nada. Solo dio una orden:

—Preparad mis baúles. Partiré hoy mismo a la casa de campo de mi padre.

El mayordomo apenas pudo inclinarse. Las criadas cuchicheaban a sus espaldas mientras empaquetaban los vestidos que aún no había estrenado para presentarse en los salones de baile como *lady* Julian.

Anastasia se marchaba. Se iba para proteger a Ofelia, aprovecharía para lamerse las heridas y regresaría más fuerte que nunca.

Capítulo 7

Unas noticias desconcertantes

Aquella mañana en la finca campestre del duque de Grafton, un lugar donde nadie las buscaría, ambas estaban en el pabellón del jardín, rodeadas de silencio. El cielo se había puesto opaco, mostrando esa amenaza de tormenta que no terminaba de llegar.

Ofelia estaba envuelta en una manta, descalza, con las mejillas sonrojadas y el alma temblando por dentro.

Anastasia le ofreció una taza de té. Habían llegado la noche anterior, y no tuvieron opción de intercambiar palabras porque ninguna quería desnudar su alma hasta encontrarse en un refugio seguro.

—¿Estás bien, Ofelia? —se interesó Anastasia, al tiempo que se sentaba a su lado.

La interpelada bajó la vista.

—No podía más. Mi padre… me estaba asfixiando. Quería que aceptase una proposición de matrimonio de un hombre que me dobla la edad. Ha vuelto a jugar y ha perdido una fortuna. No debí ir a verlo. No pensé que sería tan infame de hacerme creer que estaba enfermo para luego…

—¿Encerrarte en tu habitación y forzarte a casarte con ese caballero que muy posiblemente le dará una fortuna por tu mano?

—Siempre he pensado que mi cojera era una maldición, porque me impedía bailar, ser cortejada y disfrutar. Por lo visto, no todo el mundo piensa igual

—Tu belleza la eclipsa. —No era mentira, Ofelia era la dama más bonita que Anastasia había visto. Una belleza clásica inglesa a pesar de que sus antepasadas eran españolas.

—Eso estoy comprendiendo. Digamos que no son pocos los llamados caballeros, que no lo

son en absoluto, que quieren *comprarme* —arrastró la última palabra.

—Lo siento mucho, amiga mía.

—No hablemos más de mis problemas. Explícame cómo es que te has casado, Anastasia —La taza que tenía en esos instantes *lady* Julian tembló ligeramente—. Oh, te confieso que cuando mi padre me puso al corriente creí que me estaba mintiendo, es su especialidad, ya lo sabes. Así que cuando te envié la nota a casa de Julian Taverham, no estaba segura de que todo aquello fuese verdad, pero tuve que ponerlo aprueba. Afortunadamente no me costó demasiado convencer a una joven doncella del servicio de Mabry, la muchacha se apiadó de mí y averiguó dónde residías. Menos mal que mi llamada de auxilio te llegó a tiempo.

Las lágrimas llegaron a los ojos de quien era a todas luces una esposa abandonada. Trató de contenerlas, pero algunas comenzaron a descender por su mejilla derecha en primer lugar.

—He cometido el mayor error de mi vida, Ofelia.

—¡Oh, cielos, amiga mía! Dime qué sucede —le ordenó muy preocupada. Nunca había

visto de ese modo a la hija de Grafton. Ciertamente Ofelia no creía que su amiga supiese llorar…

Anastasia bajó la mirada. Le costaba ordenar las palabras. Le iba a doler más contarlo en voz alta que recordarlo en silencio.

—Me he casado con un hombre que no me ama, al que le dejé claro que no esperaría amor… y, sin embargo, me duele su ausencia más de lo que jamás imaginé.

Ofelia enmudeció. Sus ojos, grandes y cristalinos, no la juzgaban. Solo había en ellos comprensión.

—Lo siento. —Tampoco sabía qué más decir.

Anastasia asintió lentamente.

—Te lo contaré. Hubo un escándalo en la biblioteca. Le supliqué que me besara porque necesitaba recordar lo que era cuando un hombre…

—Nunca has olvidado a Weston Mans, ¿verdad? —se interesó con suavidad.

A Temperance, a Ofelia y a Anastasia las había unido un pasado lamentable, por eso eran tan buenas amigas y eran tan leales entre ellas. Formaron tiempo atrás un vínculo inquebrantable. Las tres mujeres conocían lo peor de las otras.

—Nunca he logrado olvidar ese dolor. A él sí que lo dejé atrás hace tiempo.

—¿Y el hermano de Ash es bueno besando?

Anastasia se rio y asintió.

—Es magnífico —reconoció llena de honestidad.

—¿Y también sabe hacer lo *otro*?

Ella suspiró.

—No me ha tocado, Ofelia.

—¿Qué?

—Julian… él… —suspiró—. Nos casamos, me dejó en su casa y no lo he vuelto a ver.

—¿No lo has vuelto a ver desde la boda? —inquirió con los ojos como platos.

—Le ofrecí un acuerdo. Un matrimonio sin amor, sin intimidad por el momento y sin promesas banales.

—¿Por qué diantres hiciste algo así?

—Porque no quería sufrir.

—Oh, Anastasia, pero es que ya estás sufriendo…

—Lo sé. Ya lo sé.

—Y él aceptó tus reglas, supongo.

—Sí. Me casé con un hombre que siente que soy una carga, una equivocación de la que no sabe cómo librarse sin deshonrarse más. No volvió a casa, ya te lo he dicho. No ha dado señales de vida desde la ceremonia. Solo ocupa espacio en los periódicos, siempre entre copas y carcajadas… junto con otras mujeres.

Hubo un silencio denso. Ofelia apretó los labios. Luego, con voz baja, preguntó:

—¿Te has enamorado de él?

Anastasia cerró los ojos. Y no respondió.

No era amor, no aún. Se trataba de algo más confuso. Más doloroso.

—No sé lo que siento —dijo al fin—. Solo sé que, cuando pienso en él y me lo imagino en la cama con otras mujeres, me arde el pecho. Y cuando me acuesto sola, me convenzo de que hice lo correcto. Y luego despierto y me odio por haber sido tan orgullosa.

Ofelia le acarició el dorso de la mano.

—No eres orgullosa, amiga mía. Eres valiente. No conozco a ninguna otra mujer más valiente que tú. ¿Le has dicho acaso que…?

—No —negó *lady* Julian de inmediato, intuyendo que su amiga se refería a si le había contado su secreto a su marido.

—¿Qué quieres hacer al respecto? ¿Preferirías que nos refugiásemos aquí un tiempo?

—Sabes que nunca he sido una mujer que se quedarse sentada, con los brazos cruzados.

—Por eso te pregunto qué paso darás.

—Había pensado en encargar varios vestidos rojos y pasearme por los salones de baile como si me importase bien poco lo que se dijese de mí.

—¡Qué buena idea! Entonces, ¿qué diantres estamos haciendo aquí tan lejos de Londres, Anastasia?

—Pensé que querrías estar lejos de los tentáculos de tu padre y que…

—Nada de eso. A partir de ahora seré tu dama de compañía. Si estoy a tu lado, sé que él no tratará de hacer nada indebido. Mabry teme a tu padre más que al esposo de Temperance. Regresaremos mañana si quieres y visitaremos las tiendas de las mejores modistas de la ciudad. ¡La venganza será tuya, amiga mía! —exclamó contenta Ofelia.

El cielo seguía viéndose amenazante. La tormenta aún no se había desatado, pero estaba al caer…

Su marido no sabía todavía lo que había provocado…. pronto lo averiguaría.

***

Julian Taverham se sentía como un hombre que había sido expulsado de sí mismo. No había lugar, ni copa, ni carcajada en ese club que lo contentara de verdad. En los salones cargados de humo, entre las voces exageradas y los perfumes sin sofisticación alguna, buscaba una evasión que, lejos de aliviarlo, lo desgastaba como el mar a una roca en tierra firme.

Llevaba una semana exactamente entregado al juego, al licor, al roce ajeno… como si eso bastara para mitigar el zarpazo que lo había dejado sin aliento desde el instante en que ella pronunció aquellas malditas condiciones. Se decía a sí mismo que no le importaba, que ella lo había querido así. Que no deseaba amor, ni estar en su cama, ni las promesas que pudieron haber nacido de su unión, pues él no estaba hecho para ofrecerlas. ¿Qué podía hacer, entonces, sino concederle lo pactado?

Ah, pero en la soledad de la madrugada, cuando hasta los libertinos se quedaban sin pretextos, la verdad se filtraba como una grieta en el

techo: Anastasia le hacía daño en lo más profundo de su corazón.

Le dolía no verla, no oírla, no saber si acaso pensaba en él. Le carcomía el alma que lo hubiese apartado antes de que él tuviera la posibilidad ni siquiera de enamorarla, de ser algo más que un hombre maltratado por la vida misma. Lo que más le desgarraba era el recuerdo de aquel beso que no podía olvidar. No por el escándalo, ni por el juego, sino porque en ese beso sintió algo que no había sentido nunca, y en vez de aferrarse a ello, lo dejó escapar como un cobarde que aceptaba la derrota antes de presentar batalla.

La lista había sido una humillación refinada. Una de esas heridas que no sanaban. ¿Cómo demonios iba a ser un marido, si su mujer lo trataba como a un intruso al que había que mantener a raya con cláusulas?

Y, sin embargo…

No la odiaba.

Ni siquiera estaba seguro de que la despreciara por haberle negado la entrada en su vida.

Lo que sentía era peor. Era ese vacío feroz que se parecía mucho al principio del amor, solo que nadie se atrevería a llamarlo por su nombre, y él todavía menos. Por eso reía más fuerte de lo debido. Por eso alzaba la copa cuando no tenía sed. Por eso flirteaba con mujeres que lo deseaban.

Esas acciones le dejaban con poco tiempo, así no podría admitir que la extrañaba, no tanto a ella, más a la promesa de lo que podría ser su matrimonio. ¿Por qué no había ido a su casa desde la boda? Para protegerse. Si regresaba, si la enfrentaba, entonces tendría que reconocer que lo que sentía no era simple orgullo herido. Podría enamorarse de ella con suma facilidad, porque lo tenía todo para que así fuese.

No quería aceptar que estaba empezando a necesitarla. Julian Taverham no estaba preparado para ser vulnerable, pues una vez juró que nunca lo sería. Su padre no logró destruirlo, pero Anastasia podría tener ese poder si él bajase la guardia.

Aún no lo haría. No iría a su casa.

Se fijó en su entorno. El salón principal del club El Paraíso era una cueva de terciopelo y pecados. Las lámparas colgaban bajas, envolviendo el

ambiente en una penumbra cálida, como si la luz misma tuviese pudor de presenciar lo que ocurría entre sus cortinas pesadas. El murmullo de las fichas de juego, el tintinear de las copas y los susurros demasiado cercanos creaban un compás adictivo. El mundo de ese Taverham siempre había tenido su propia sinfonía. Llena de infamia, vergüenza y deshonor. Julian Taverham estaba en el centro de la orquesta.

Sentado con soltura sobre un diván carmesí, el chaleco entreabierto, la copa de brandy reposando con indolencia en una mano, y la otra peligrosamente cerca del muslo de una viuda risueña, sonreía como si no existiese un mañana digno de tomarse en serio.

—¿Sabes lo que dicen de ti en White's, milord? —ronroneó la viuda, jugueteando con el nudo de su corbata—. Que no es solo por ti.

—¿A qué te refieres?

—A tu apresurada y escandalosa boda, a la vida que vives ahora.

—Ah. ¿Y qué se rumorea? —preguntó con esa sonrisa pícara que podía hacer que una fémina se desmayase.

—Que te has casado con una mujer que ha jurado no dejarte tocar el lecho conyugal ni con un solo dedo, y que por eso buscas consuelo en otra parte.

Julian se rio. Una carcajada suave, medida, perfecta para dejar claro que no le afectaba.

—¿Y desde cuándo White's se ha vuelto una academia de moral anglicana? Pensé que allí solo se discutía acerca de apuestas y pelucas mal peinadas.

La viuda y el resto del grupo de mujeres que lo acompañaba se rio con él. Como siempre hacían ellas. Seguía siendo el alma de cada rincón. El libertino encantador. El descarado con modales. El pecado envuelto en seda.

Otra mujer —más joven, con bucles tan dorados como impostados— se acercó con un abanico a medio cerrar.

—¿Y es verdad? —preguntó con descaro y un brillo malicioso en los ojos—. Eso de que te has acostado cada día con una mujer diferente, Julian.

—¿Qué clase de pícaro sería si lo negara, muchacha? —Hizo sonreír a la viuda,

quien le dio un leve golpecito con el abanico en el torso a él.

Julian se inclinó, muy cerca del escote que le presentaban con entusiasmo.

—Queridas mías —dijo con una sonrisa peligrosa—, un verdadero caballero no habla sobre sus… conquistas. Aunque os aseguro que el matrimonio no me ha cambiado nada. Lo estáis viendo con vuestros propios ojos. Sigo siendo exactamente el mismo hombre… impredecible y profundamente indiscreto. ¡Por mi esposa y por mi vida! —brindó con fuerza.

Hubo más risas. Más vino. Más miradas.

Todo era un juego para ese granuja.

Y él conocía las reglas y el modo de hacer trampas.

Por fuera, era todo gracia y desenvoltura. Por dentro, cada palabra se le oxidaba un poco más en la garganta. Por mucho que lo intentase, no podía ignorar que, esa noche, en algún lugar de Mayfair, había una mujer, suya por derecho, durmiendo sola.

Una esposa que no había movido ni un solo músculo para localizarlo o llevarlo de regreso a casa. Una mujer que lo rechazó antes de tenerlo. Y eso, por algún motivo inexplicable, le fastidiaba más que perder una apuesta en su mesa favorita.

—Otra copa. Brindaremos de nuevo por mi formidable matrimonio, uno que todos los caballeros de la alta sociedad desearían, donde la mujer se queda en casa y el esposo sigue disfrutando sin interferencias —ordenó con una sonrisa perfecta.

Volvió a reír, aunque por dentro la herida sangraba con fuerza. En verdad, las risas iban a desaparecer de un plumazo, dado que Dorian Taverham, un hombre que no estaba al tanto de las cuestiones que la alta sociedad fisgoneaba en los periódicos, acababa de escucharlo alto y claro.

¿Julian estaba casado? Al pequeño de los Taverham le recorrió una especie de rayo, desde la cabeza a los pies.

—Hermano… —La voz de Dorian irrumpió como una hoja afilada, cortando el aire cargado de risas vacías. El grupo de mujeres se dispersó en cuestión de segundos, pues el dueño del club se veía más peligroso que nunca. Julian, aún con la copa en la mano, giró el rostro con lentitud, sin

perder la pose, pero el brillo de su mirada cambió al instante.

—Dorian —dijo con falsa cordialidad—. ¿También vienes a celebrar mi flamante matrimonio?

Su hermano pequeño no sonrió. No se acercó con ligereza. Recorrió el resto de la distancia que los separaba como si cada paso fuese una sentencia. Se detuvo frente al sillón y lo miró desde arriba, con una furia que no necesitaba gritarse para ser sentida.

—¿Estás casado? —inquirió con voz baja, pero tensa como una cuerda a punto de romperse.

—¿Casado? Bueno… no lo sé con exactitud. Creo que sí que hubo un vicario, o tal vez fue un obispo… No lo recuerdo del todo.

—¿Desde hace cuánto?

—Pues… ¿a qué día estamos hoy? Ah, sí. Hoy hace una semana. ¡Qué gran celebración!

—¿Una semana, dices? ¿Y no tuviste la decencia de compartirlo conmigo?

Julian dejó la copa con elegancia sobre la mesa. Se incorporó despacio.

—No creí que fuera información relevante para ti. Pensé que no te interesaban las cosas de la alta sociedad, hermano.

—No me interesan, es cierto. Pero me importa Ana. Y tú te has casado con ella como si fuese una formalidad más que añadir a tu colección de errores. Y luego la has abandonado. Como un cobarde. Porque aseguras que te has casado, pero sigues viviendo aquí, ¿me equivoco*, milord*? —Arrastró el título.

—¡Cuidado, Dorian! —rugió Julian, adelantándose un paso.

—¿Cuidado? ¿Me estás amenazando? —El hermano pequeño se rio sin humor—. No puedes ni sostenerte a ti mismo sin una copa en la mano y… ¿vienes a ponerme límites? Te has casado con una mujer a la que no sabrás ni cómo amar, porque estás roto, probablemente más de lo que yo lo estoy… ¿No pensaste en ello antes de condenarla al fracaso?

El golpe fue seco y llegó sin aviso.

Julian le lanzó un puñetazo con rabia ciega, directo al rostro de su hermano. Dorian cayó hacia atrás, chocando con una silla, pero no se quedó en el suelo. Se levantó de inmediato, se limpió con el dorso de la mano la sangre del labio y se abalanzó sobre él con la furia de quien llevaba años acumulando afrentas.

El primer puñetazo de Dorian le dio en la mandíbula. El segundo, en el estómago.

—¡Estuviste en su habitación! —gritó Julian, sujetándolo del cuello de la camisa, jadeando, furioso—. ¡La besaste! ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no imagino perfectamente cómo fue aquello? ¿Ella ataviada con una sencilla bata, tu mirada examinándola con atención y tu voz de serpiente envenenándola? ¡La besaste, maldito bastardo!

—¡Sí, la besé! —espetó Dorian, devolviéndole el empujón—. ¡Porque quería salvarla de ti! ¡Y yo, a diferencia de ti, no la usaría para alimentar mi ego de macho herido y luego la humillaría frente a todos! Ella no merece eso, tú no la mereces.

—¡Es mi esposa! ¡Mía! —gritó Julian. Solo le faltó golpearse el pecho como lo haría un gran simio territorial.

—¡Y la tratas peor que a una amante desechada!

Se enzarzaron de nuevo. Dos Taverham en pleno centro del club. La sala entera seguía enmudecida desde el primer golpe. El público no se atrevía a intervenir. Era un duelo de familia. Un ajuste de cuentas que olía a infancia arruinada, a padre cruel, a celos viejos y secretos nunca confesados. Aunque nadie lo sabría jamás, solo ellos dos.

Julian terminó empujándolo contra una columna. Ambos jadeaban. La rabia era un vapor que subía por las paredes.

—¿Estás enamorado de ella, Dorian? —escupió Julian.

—¿Y qué te importará a ti?

—Es mía. ¿Cómo quieres que te lo diga?

—¡Ella cuenta con algo más importante que mi amor, hermano! —gritó Dorian

—¿Y qué es eso? ¡Dímelo! —le exigió.

Aunque Dorian era más grande y tenía más fuerza que Julian, no quería demostrarle que

podía ganarlo. Necesitaba que él comenzase a recapacitar.

—¡La respeto! Ella cuenta con mi respeto. Y eso es más de lo que tú le has dado.

El silencio fue absoluto.

Julian bajó la mano que aún tenía alzada. Dio un paso atrás. Respiró hondo.

—¿Qué quieres que haga si ella no me…? —se silenció a tiempo, para no decir que su esposa no lo querría jamás.

Dorian se arregló el cuello de la camisa, se pasó una mano por el rostro magullado y murmuró:

—Quiero que te pudras en el infierno por lo que has hecho. Sal de mi club antes de que te eche yo mismo. Cuando regrese espero no encontrarte aquí —le escupió, para luego darse media vuelta e irse sin más.

Julian no lo siguió.

Porque por primera vez en muchos años, no tenía nada más que decir. Se marchó aquella

noche a casa. Cuando llegó y descubrió que su esposa lo había abandonado… No se sorprendió. Era lo que todo el mundo solía hacer.

Capítulo 8

Una ocasión pintada de rojo

Anastasia estaba contenta, porque Julian no era un villano por completo. La dote de ella había sido puesta en un fideicomiso que podía usar a su antojo, así que era independiente en cierta manera. Alquiló otra casa en Mayfair porque no estaría en un lugar que detestaba y en el que se sentía enferma. Había ido de compras con Ofelia y ya lo tenían todo bien dispuesto para comenzar con su plan.

—¿De verdad vas a salir con ese vestido? —preguntó Ofelia desde el borde del diván, mientras observaba a Anastasia girar frente al espejo con media sonrisa.

—Por supuesto. ¿Acaso no parece una declaración de guerra?

El vestido era rojo. Pero no un rojo tímido o recatado. No. Era rojo como el pecado, como el escándalo, como la clase de rumor que ardería durante semanas en las bocas de las matronas aburridas.

—No solo parece una declaración. Es un manifiesto. Estoy segura de que el bordado de la falda dice: «no me subestiméis, malditos» en algún dialecto oculto —ironizó Ofelia, aunque no pudo evitar sonreír.

Anastasia se ajustó el broche de su cinturón con lentitud. La luz del ocaso se reflejaba en su piel, y su expresión era serena, pero peligrosa.

—No voy a esconderme más. Si quieren cuchichear, que lo hagan con material de calidad.

Ofelia, sentada, con su vestido gris lavanda, se arreglaba los guantes con esmero.

—Me asombra lo rápido que te has rehecho.

—¿Rápido? —Anastasia se giró hacia ella —. He llorado sola en mi cama, me he mordido la lengua para no enviarle mil cartas impregnadas con cianuro, y he repasado cada una de sus hazañas en

el periódico como si fuesen un puñal distinto. ¿Eso te parece rápido?

Ofelia bajó la vista. Asintió. Sabía que detrás del fuego de su amiga, había cenizas todavía calientes.

—No me gusta cómo te ha estado tratando —murmuró—. ¿Y si no es más que un hombre herido que necesita a una mujer que no lo asuste? Tú misma has escuchado a Temperance hablar de los hermanos de su marido. Lord Julian es…

—¿Dices que lo asusto? ¡Sería maravilloso! —exclamó Anastasia, al tiempo que elevaba la barbilla—. Eso significaría que no soy como las demás, que me ve, que no puede manejarme con su media sonrisa y su cinismo habitual.

—¿Y tú a él lo ves? —preguntó Ofelia, mirándola de reojo.

—Lo suficiente —contestó Anastasia tras una pausa—. Lo suficiente como para saber que está furioso porque le planteé un acuerdo que él no discutió, que se limitó a firmar después de incluir aquella cláusula sobre los besos.

—Dirás sobre no darte besos. ¿De verdad le rogaste que te besase como si fueses una mujer a la que amaba…? —preguntó porque seguía sin creerse esa parte todavía.

—¡Sí! No hagas que lamente haberte hecho la confidencia, Ofelia.

—¿Y por qué no lo besas tú para ver si…?

—¿Yo? ¿Besarlo? Seguro que no necesita que haga nada semejante. ¿No has visto los periódicos?

—Sí que los he leído, me los has enseñado todos, amiga mía.

—Entonces ya sabes que tiene una larga fila de mujeres a las que puede besar.

—Ay, Anastasia… Te veo y me recuerdas a una diosa de la venganza que dará su primer golpe en los jardines de Vauxhall.

—Exactamente. —Anastasia sonrió—. Que sepa lo que ha dejado atrás. Que lo escuche de boca de otros. Que lo sienta en la mirada de los

hombres que esta noche sí sabrán aplaudir lo que tienen delante y lo comentarán.

—Tu padre debió advertirle de lo que le sucedería si decidía hacerte enfadar. Creo que siento compasión por lord Julian…—Ofelia se levantó. Se acercó a ella tratando de cojear lo menos posible. Le cogió la mano—. Eres valiente. A tu manera retorcida y brillante… eres valiente.

—Y tú eres leal, como una hermana que nunca tuve.

—Entonces vamos —dijo Ofelia, con su voz suave, pero decidida—. Vayamos a deslumbrar. A sembrar rumores. A recordarles a todos que las mujeres caídas también saben volar.

—¿Quieres ser una mujer caída?

—Estoy pensándolo seriamente, porque de ese modo, mi padre dejará de atosigarme con el matrimonio. Supongo que Temperance y tú tendréis que acostumbraros a mi presencia mientras viva.

—Por amor de Dios, Ofelia. No seas tan dramática. No es propio de los españoles.

—¿Qué sabes tú de los españoles?

—Nada, pero…

—Anda, amiga mía, deja de parlotear y comencemos a protagonizar un verdadero escándalo. ¿Crees que Julian lo verá publicado en la prensa mañana?

—Tal vez no mañana, ni pasado, pero le llegarán noticias sobre su infame esposa por un lado o por otro.

Juntas, salieron del dormitorio. No como un par de amigas amargadas, ni como damas retiradas de la vida social. Salieron como dos mujeres a punto de pintar Londres de rojo.

***

Aquella noche, los jardines de Vauxhall eran un tapiz de luces y murmullos. Los faroles de gas colgaban entre los árboles como astros, bañando los senderos de grava en un resplandor dorado y tembloroso. Las glorietas estaban llenas de damas enjoyadas y caballeros de mirada laxa, mientras la música flotaba desde los quioscos como una

invitación impúdica. El aroma de jazmines recién abiertos se mezclaba con el de cera caliente, vino derramado y un aire cargado de voces bajas. Todo el que era alguien en Londres estaba en esa fiesta tan popular, expectante y vestido para el escándalo. Y en medio de ese escenario palpitante, Anastasia Taverham, *lady* Julian, no era una invitada, iba a convertirse en la atracción principal.

Cuando bajó del carruaje, el mundo se detuvo. Ese traje de seda roja, ceñido al talle, con una capa corta del mismo tono que apenas le rozaba los codos iba a ser su carta de presentación. El escote era moderado, pero el color hablaba por sí solo. Rojo como el fuego. Rojo como la audacia. Rojo como el escándalo. El escándalo que ella misma había encendido al presentarse allí sin su esposo.

A su lado, Ofelia caminaba con elegancia impecable pese a su cojera, envuelta en un vestido gris perla con bordados en hilo de plata. Menos llamativa, sí, pero no menos hermosa. Era la sombra discreta de una reina que no precisaba corona.

Las miradas comenzaron a llover. Los abanicos se abrían como alas de murciélago. Los rumores, alimentados durante semanas por su esposo, serían más suculentos esa noche.

—¿Es ella? —comentó alguien.

—La esposa de Lord Julian Taverham…

—¡Miradla! Más altiva que nunca… Pero, claro, qué podíamos esperar, es ahora una Taverham, y salvo el hermano mayor, el resto son unos… —El resto de las palabras se perdieron.

Anastasia no bajó la vista ni una sola vez. Caminaba como si las maledicencias no la rozasen, como si el mundo fuera un salón en el que se entraba con el mentón alto y la espalda recta.

Pronto los primeros caballeros se le acercaron. Primero, un joven vizconde al que Ofelia identificó como el hijo de una viuda con muchas aspiraciones y poca fortuna.

—*Lady* Julian —dijo con una reverencia pulida—. Su esposo debe ser muy confiado para dejarla sola en un sitio tan… tentador. No puedo sino felicitarlo por su generosidad con el resto de los mortales.

—Mi esposo ha aprendido a confiar en mi sentido común —respondió ella con una sonrisa cortante.

El vizconde se rio con disimulo. Luego añadió en voz más baja:

—Si alguna vez le falta compañía… y quiere disfrutar del placer de un hombre que sabrá apreciarla, estaré encantado de sacrificarme por su felicidad.

Anastasia no respondió. Solo lo miró de arriba abajo, como si lo midiera para un entierro. Luego dijo:

—Mi marido es un sinvergüenza, como supongo que sabrá ya usted, pero es un buen tirador. ¿Se fía de mi palabra o quiere averiguarlo?

El vizconde se retiró entre risas nerviosas. Otro caballero, esta vez más maduro, se aproximó con una copa en la mano y una sonrisa bien ensayada.

—*Milady*, el rojo le sienta como a Venus el amanecer. ¿No le abruma ser tan deseada y, sin embargo, parecer tan inaccesible? Todos los caballeros de la fiesta tratarán de probar suerte.

—¿Inaccesible? No lo creo. Simplemente… selectiva.

—¿Me está dando esperanzas, *lady* Julian? Pues una mujer selectiva suele necesitar alternativas a los maridos ausentes.

Ofelia, que hasta ese momento había estado callada, intervino con su voz suave:

—Una dama como mi amiga no necesita alternativas. Solo espacio suficiente para brillar.

El hombre se inclinó y luego se retiró. Otros seguían acercándose a ella. Algunos más atrevidos, otros más poéticos, aunque todos, absolutamente todos, sentían la fuerza de una mujer que no había sido derrotada.

Anastasia Taverham no era una viuda desesperada. Ni una esposa resignada. Era una llama viva. Una dama que no necesitaba el permiso de nadie para vivir. Y el mundo, que esperaba verla marchita, no podía dejar de observarla floreciendo entre los faroles.

Cuando la música cambió y comenzó un vals, Ofelia la cogió del brazo y susurró:

—¿Te das cuenta de que todos están conteniendo la respiración desde que llegaste?

—Que tengan cuidado de no asfixiarse. Esta noche aún no ha terminado —respondió Anastasia.

Y sonrió.

Con esa sonrisa suya que era como un puñal y parecía ser una promesa. Lo malo fue que la sonrisa se le borró de un plumazo cuando identificó a uno de los asistentes a la fiesta.

¡Maldición!

Era primordial lograr un poco de soledad. El bullicio central se desvanecía a medida que se alejaba unos pasos del camino principal. Necesitaba estar sola durante unos instantes. Anastasia dejó a su prima conversando con un amable caballero que conocía bien y que no supondría ningún problema para su mejor amiga. Se escabulló hacia los jardines más retirados, donde los faroles escaseaban y el aroma del jazmín se mezclaba con la humedad de la hierba. Caminaba despacio. No escapaba. No huía. Solo precisaba un respiro lejos de las miradas y los halagos envenenados.

Y entonces, una voz.

Su voz.

—Anastasia.

El nombre cayó como un copo helado sobre su espalda. Se giró con lentitud, el corazón se le detuvo durante un segundo que pareció eterno.

—¿Disculpe?

—¿Vas a jugar esa baza?

—¿Nos conocemos?

—Ya veo que sí. No soy ningún desconocido, preciosa.

Él estaba allí. Apenas cambiado. Un poco más delgado, tal vez. Más serio. Pero los ojos, esos ojos que una vez le prometieron la luna, las estrellas y el universo, eran los mismos.

—¿Qué quiere de mí, señor Mans? —abandonó la teatralidad porque él no la dejaría marchar con facilidad y cuando antes le dijese lo que pretendía, mejor para ambos.

—Divertirme un poco.

—No creí que una fiesta civilizada fuese de su agrado. Creo recordar cuánto las aborrecía.

—Sigue siendo así, aunque Vauxhall no es siempre civilizado. No debería estar aquí. Al parecer, los acuerdos tienen fecha de caducidad. Verte aquí ha sido una sorpresa que es más que bien recibida. Me has ahorrado tener que seguir buscándote.

Anastasia se irguió, con la cabeza alta. No iba a fingir. Tampoco se echaría a temblar.

—¿Viene a recordarme lo que fue? —Ella no abandonaría la formalidad en su trato.

—Vengo a explicártelo. Nunca creí que tuviera derecho, pero esta noche… verte así… Tenía que hablar contigo. —Ella no dijo nada. Weston bajó un poco la voz y siguió explicándole que—: Fue tu padre. Me ofreció una suma considerable para que te dejara. Dijo que jamás permitiría que su hija se casase con un libertino. Y tenía razón. Yo no podía darte la vida que merecías. No tenía nada. Nada que ofrecerte… salvo amor.

—¿Amor? —Anastasia se rio con ligereza —. Usted no sabe lo que es eso.

—Me enamoré de ti. Dejarte atrás fue lo más difícil que hice.

—El dinero que dice que le ofreció mi padre debió darle consuelo —replicó mordaz.

—Lo acepté porque creí que era lo mejor para ti. Me equivoqué en muchas cosas, Anastasia, pero no en eso. Yo no era rival para un duque. Él te habría arrancado de mi lado de todas formas y pensé que sería mejor si me iba con los bolsillos llenos. Al menos así pude salir con algo… y evitarte una guerra en tu propio hogar. ¿Me hubieses elegido a mí en vez de a tu padre?

Ella respiró hondo. No le temblaba la voz, pero sí las entrañas.

—Veo que no llegó a conocerme lo suficiente. Yo no soy una mujer de elecciones, yo actúo, señor Mans. Hubiese hecho que mi padre le aceptase.

Weston esbozó una sonrisa amarga.

—Puede que tengas razón porque te apartó de un libertino, pero te ha permitido casarte con otro que es todavía peor que yo. ¿Fue así como Taverham lo logró? ¿Te convenció primero a ti y luego tú al duque?

—¿Le interesa mucho mi matrimonio? —replicó con fingida sorpresa.

—Lo supe por los periódicos. Julian Taverham. El más incorregible de los hermanos Taverham. Tu padre debe haber perdido el juicio y por eso lo has debido convencer para que te dejase salirte con la tuya.

—¿Qué pretende? ¿Por qué me ha buscado esta noche después de llevar tantos años fingiendo que estaba muerta?

Silencio.

—Estuve fuera y tú… y yo… Te has casado y tu padre me ha retirado los fondos, ya te lo he dicho. Aunque esa no es toda la verdad. Estoy defraudado contigo, preciosa. Tu esposo es peor que yo —murmuró Weston, casi con tristeza—. Al menos yo me aparté porque no quería romperte. Él no ha abandonado sus maneras.

—¿Habría dejado el libertinaje por mí? ¿Es eso lo que está diciendo, señor Mans?

—Sí —dijo sin dudar.

—Uhm… en cambio, el dinero de mi padre… A eso no quiso renunciar. No sea hipócrita. Ha venido a vanagloriarse, porque cree que soy una mujer desgraciada…

—¿Lo eres, Anastasia?

Ella le sonrió.

—¿Me ve llorando y amargada? Yo, si fuese usted, le enviaría una nota a mi padre, y le daría las gracias por haberme apartado a mí de su camino. Soy una mujer casada con… muchas oportunidades. ¿Hubiese podido vivir sabiendo lo que sabe ahora de mí?

Weston la pegó contra su pecho.

—Todo el mundo sabe el motivo por el que estás aquí esta noche. Buscas un amante… Elígeme a mí. Por los viejos tiempos. Sé cómo darte placer, sé cómo…

—No —lo cortó—. Lo que sé bien es que sabes cómo causar dolor. —Había cambiado a la informalidad sin darse cuenta de que lo hacía—. Ahora suéltame antes de que…

—Antes de que te clave un cuchillo por la espalda —sonó una voz desde atrás del caballero.

Weston sintió una punzada en el omóplato derecho.

—Lo siento, Anastasia, no he podido retenerlo. —La que acababa de hablar era Ofelia, y sí. El que estaba a su lado no era Julian, era otro todavía más peligroso que su díscolo esposo.

Dorian Taverham acababa de aparecer en escena.

—Quita la mano que tienes sobre ella y métetela en el bolsillo antes de que te la arranque —le ordenó el recién llegado.

Vestía como siempre, con elegancia indolente y esa arrogancia que parecía parte natural de su peligro. En la otra mano sostenía el brazo de *lady* Ofelia Mabry, que lo observaba todo con los ojos muy abiertos y la expresión entre escandalizada y fascinada.

—Veo que no te faltan protectores, querida Anastasia —replicó Weston, esforzándose por mantener la compostura

—O la sueltas ya o mueres. —El metal atravesó la tela y Weston supo que el desconocido le había hecho sangre.

—Está bien. —El viejo amor de Anastasia la dejó libre y trató de apartarse de Dorian.

—Puedes marcharte, Weston —dijo con frialdad—. No necesitas la amenaza de un Taverham para saber que no tienes cabida en mi vida. Lo sabes desde hace años. —La dama buscó los ojos del fiero hombre que seguía estando tras la espalda de su antiguo pretendiente y se dispuso a usar su nombre en tono de pregunta—: ¿Dorian?

—¿Sí, hermana? —preguntó con furia contenida. Ella no se sorprendió de que la llamase de ese modo, era su pariente por matrimonio.

—Deja que se marche.

Dorian lo soltó ante su orden. Weston retrocedió un paso. Luego otro. Le lanzó una última mirada al dueño de El Paraíso y dijo:

—Un hermano la mete en el hoyo y el otro trata de sacarla… un poco irónico —masculló. Luego Weston se esfumó entre los setos, sin gloria ni

despedida, como el viejo fantasma del pasado que era.

Ofelia suspiró. No se creía lo que acababa de suceder.

—¿Ese era…? —comenzó a cuestionar la belleza rubia.

—Ese era Weston Mans —dijo Anastasia sin ocultar la amargura—. El mismo que mi padre consideraba indigno, y, sin embargo, fue más digno que mi esposo… que ni siquiera se ha molestado en buscarme. ¿Te manda él, Dorian?

—Ana… —susurró ese hermano Taverham, mientras soltaba de su firme agarre a Ofelia con cuidado—. ¿Por qué tienes esa facilidad para atraer las catástrofes, eh?

Ella le dedicó media sonrisa.

—¿Has venido a regañarme?

—He venido a encontrarte y a pedirte explicaciones. —Se volvió completamente hacia ella —. Te he estado buscando por todo Londres, pero antes te regañaré como la institutriz que te dije una

vez que no era, sí, por haber dejado a este cordero —señaló a Ofelia con un dedo— entre lobos.

—¡No soy un cordero! —manifestó la aludida con enfado.

—¿Cómo has dicho, Dorian? ¿Me buscabas? —La hija del duque pasó por alto la otra parte.

—Tengo espías. ¿Qué esperabas? —replicó él, encogiéndose de hombros con su naturalidad habitual, y sin hacerle caso a Ofelia tampoco—. Desde el momento en que tu marido me hizo saber que te habías convertido en su esposa, supe que algo no andaba bien. Así que moví algunos hilos…

—¿Algunos? —inquirió incrédula *lady* Julian.

—Una docena de hombres leales que trabajan para mí, entre ellos un cochero que se hace pasar por borracho en las puertas de la mansión del duque de Grafton o un ama de llaves muy indiscreta que me informó de que habías abandonado la casa de tu esposo. Después de un susurro aquí y otro allá, al final logré averiguar dónde estarías esta noche.

—Eres incorregible —le dijo ella, pero con gratitud en la voz.

—Y tú eres una dama con demasiadas agallas para encerrarte a sufrir sola, ¿eh? —Dorian se acercó un poco más para examinarla con atención—. ¿Te hizo daño? ¿Ese imbécil te ha causado algún mal?

—¿Hablas del que se acaba de ir o del que no sabe cómo atender a su esposa?

—Del que se ha ido… ¿ese es el que una vez te rompió el corazón? —Había notado mucha familiaridad entre ambos, además de que escuchó más delo que debería.

—Sí —le confesó la hija del duque.

—¿Y mi hermano? ¿Te lo ha roto Julian, Ana?

—Cuando una mujer se casa con un hombre, lo que menos espera es que él la abandone tras la ceremonia. ¿Responde eso a tu pregunta, Dorian?

—Sí. —Más claro no se podía decir. Julian le había hecho daño y a ella le gustaba más su hermano de lo que estaba dispuesta a admitir:

¿Cómo no se dio cuenta antes?—. Entonces será él quien sufra ahora. Te juro que tu esposo va a arrepentirse de cada segundo que ha pasado lejos de ti, de cada momento en el que no ha tratado de luchar por conquistarte y hacerte feliz, por las noches que se mantuvo fuera de tu lecho.

Las palabras la conmovieron, pero no sería tan ilusa de albergar esperanzas.

—¿Harás que lo apuñalen en un callejón? —usó la burla como escudo.

—No. Pretendo ser más cruel, y me ofende que todavía no me conozcas.

—¿Cruel?

—Voy a ayudarte a que sea imposible que te ignore.

Y sin decir más, le ofreció el brazo con una teatralidad digna de un actor.

—Volveremos al baile, *lady* Julian. Es tu noche. No dejes que los fantasmas del pasado ni los errores del presente te la roben.

Anastasia apoyó la mano sobre su brazo con suavidad. Le parecía bien lo que su hermano por matrimonio le estaba proponiendo.

Dorian miró de soslayo a Ofelia.

—¿Vienes o vas a quedarte entre las sombras, cordero? —Nunca la trataba con formalidad, así que la aludida no se sorprendió por el modo en el que le hablaba. Desde que Sebastian irrumpió en la vida de su prima, Ofelia había tenido que soportar las impertinencias de ese loco llamado Dorian Taverham.

—Es usted un…

—Un bastardo. Yo lo sé, tú lo sabes… El mundo entero es consciente de ello. Ahora sé una buena chica y agarra mi brazo. Mientras yo bailo con Anastasia, tú te quedarás en el lugar en el que te deje, sin moverte ni hablar con nadie.

—¿Alguien le ha nombrado mi padre, lord Dorian?

—Necesitas protección. Ya te he dicho que eres un cordero y si no llego a aparecer, ese imbécil con el que estabas hablando te habría hincado el diente.

—Lord Donalson es un caballero —la defendió Anastasia, porque había dejado a su amiga con un conde en el que se podía confiar.

—No. Tu inconsciente amiga estaba flirteando con un hombre peligroso, un sinvergüenza que en mi club es muy conocido.

—¿Y qué le importará a usted con quién me relacione, milord? —inquirió Ofelia con molestia.

—Agárrate de mi brazo antes de que te cargue sobre el hombro.

—¡Es usted un…!

—Bastardo, sí. No hace falta que me lo recuerdes a cada instante.

Ofelia no replicó. Se colocó a su lado después de resoplar como una yegua, y le agarró el brazo que él le ofrecía.

Anastasia se tragó una sonrisa. Si su amiga supiera el poder que tenía sobre ese infame soldado de la noche, Dorian estaría perdido para siempre.

Capítulo 9

Un amigo íntimo y paternal

Durante siete días, Londres se rindió ante un espectáculo que nadie vio venir. *Lady* Julian, la esposa del libertino más célebre del último lustro dejó de estar ausente, no solo no se escondió, sino que irrumpió en la vida nocturna con una elegancia feroz y el fuego de una mujer herida que había decidido no romperse, sino brillar. Y lo hizo en el único lugar donde una dama de su estirpe jamás habría osado poner un pie: El Paraíso, el club de Dorian Taverham.

Fue el propio Dorian quien ideó la jugada. Desde que la encontrara en Vauxhall, resplandeciente en tonos carmesí y rodeada de molestos hombres casados y jóvenes ansiosos por probar su capacidad para complacerla en la cama,

supo lo que ella pretendía: vengarse. Ana tenía el orgullo herido, sí, aunque intuía que también contaba con la necesidad de redimirse del papel de esposa abandonada que todos le atribuían. Así que el pequeño de los Taverham no podía permitir que lo hiciera sin la debida supervisión y protección.

Su solución fue tan elegante como peligrosa: ofrecerle el escenario de El Paraíso para mostrarse al mundo. Anastasia Taverham aceptó la propuesta sin una sola duda.

Desde entonces, cada noche, en el salón principal del club ella cantaba. Con una voz segura, grave, cargada de intención. No interpretaba baladas dulces ni melodías pudorosas, sino canciones con filo, piezas con mensaje, y ofrecía miradas que dejaban a los hombres con la copa en el aire y los instintos bajos ardiendo. Lo hacía con la cabeza alta, el cabello recogido con precisión y los labios pintados del mismo rojo que el primer vestido que se hizo confeccionar.

Los rumores no tardaron en correr: «Lady *Julian canta en un club como si no le importara su reputación». «Ha perdido la razón». «¡O ha encontrado una nueva!».*

A su lado, siempre estaba Ofelia. Más discreta, pero no por ello menos presente. Sentada al piano, vestida con tonos suaves que contrastaban con los de su amiga, acompañaba cada actuación con delicadeza profesional, sin desentonar ni una sola nota. Ambas eran una imagen hipnótica, la dama caída y la flor maltratada.

Las apuestas en White's sobre cuánto tiempo pasaría antes de que Julian Taverham la reclamara empezaron a duplicar el precio del brandy.

Pero Julian no lo sabía, pues estaba demasiado ocupado tratando de encontrarla. Solo que no buscaba en el lugar adecuado, porque mientras ella descendió a los bajos fondos, él comenzó a visitar las veladas sociales para ver si escuchaba algún susurro acerca de ella.

Durante una semana, había recorrido las casas de amigos, interrogado a criados, sobornado a lacayos, y participado en aburridas fiestas en las que no se hacía otra cosa más que susurrar sobre él a sus espaldas.

Nada. No consiguió ni una mísera indicación.

Anastasia había desaparecido de Mayfair, era como si la tierra se la hubiese tragado.

Nadie quería hablar. O peor, nadie sabía nada. Eso le decían. Julian Taverham, que había pasado los primeros días de la búsqueda fingiendo indiferencia, comenzó a perder la cabeza. La rabia no era solo porque no estaba. Era porque no le había dicho una palabra sobre a dónde iría. Porque ni siquiera le dejó una nota. Porque… había huido de él.

Los pecados de *lady* Julian solo hacían que incrementarse. Primero le impidió convertirse en su esposo y luego lo abandonó. ¡Maldita fuese esa mujer que lo tenía al borde del precipicio!

¿Dónde demonios estaba su mujer?

Y sobre todo…

¿Por qué diablos se sentía tan vacío sin ella cuando ni tan siquiera habían convivido todavía? Eso último lo desconcertaba, pues antes no había necesitado a nadie para estar tranquilo y feliz, y menos a una mujer.

¡Lucifer de los malditos infiernos!

Solo le quedaba una cosa por hacer. Y buscar ayuda en ese lugar le provocaba retortijones en el estómago y urticaria.

Así pues, esa mañana se levantó y tomó la decisión de ir en busca de ayuda. El mayordomo del duque de Grafton no se inmutó cuando Julian Taverham cruzó la puerta principal con aire resuelto y notables ojeras. Apenas asintió con gravedad, como si ya supiera que tarde o temprano, ese caballero terminaría allí.

—Su Gracia lo espera en el despacho —dijo el criado, sin preguntar nada más.

Julian tragó saliva. Se sentía más enfermo que en los últimos días. Por dentro, en el estómago se le había hecho un nudo tan intrincado como el del pañuelo de la corbata. Caminó por el pasillo tapizado, cruzó la galería de retratos con ojos juzgones y se detuvo ante la puerta de roble. Respiró hondo. Luego llamó y cuando le dieron permiso para acceder, entró.

Grafton estaba de pie junto a una mesa auxiliar, sirviéndose una copa de jerez. Volvía a ir en batín, como si el día apenas hubiese empezado… o como si, simplemente, se negara a vestirse como el duque importante que era.

—Vaya, vaya… —dijo sin girarse del todo —. El esposo fugitivo. ¿Has venido a devolverme a mi hija o a confesar que la has perdido en una apuesta, muchacho? —Como el duque no era ningún estúpido y sabía que iban a mantener una conversación muy seria, dejó a un lado las formalidades.

—Su Gracia —saludó Julian con una inclinación precisa.

—Siéntate, aunque deberías hacerlo en el suelo —añadió Grafton, para luego señalar la silla frente al escritorio—. Esa silla tiene más dignidad que muchos hombres que han pasado por aquí. Me disgustaría verla rebajada, pero no seré descortés, puedes usarla.

Julian obedeció sin decir nada. Era evidente que el padre de su desaparecida esposa estaba muy disgustado con él. Grafton le sirvió una copa también y se la entregó sin entusiasmo.

—Jerez. A esta hora del día, solo beben jerez los hombres derrotados o los que se han enamorado sin remedio. ¿Cuál eres tú?

—No le haré perder el tiempo ni jugaré a las adivinanzas. Así que le responderé con honestidad: lo sabré cuando encuentre a mi esposa.

Grafton se rio. No a carcajadas, pero lo suficiente como para que Julian sintiera que acababa de caer en una trampa.

—Ah, muchacho… En cuanto te vi supe que no tardarías demasiado en correr tras las faldas de mi Anastasia. Eres de los derrotados, tal vez también seas de los enamorados aunque ni tú mismo lo sepas todavía. No importa. Por fin has venido a ver al viejo Grafton. ¿Creías que te salvarías de mí para siempre? Deberías preguntar el motivo por el que no me he inmiscuido antes en… vuestros asuntos conyugales. Anastasia es mi tesoro más preciado, te lo advertí una vez.

—Se lo preguntaré entonces. ¿Por qué se ha quedado a un lado cuando no hay duda de que está al corriente de lo que ha acontecido entre su tesoro y yo?

El duque lo observó con más atención. Se sentó en su silla con la agilidad de un hombre que no había dejado del todo atrás sus días de juventud disipada.

—Porque la conozco bien.

—¿Qué significa eso exactamente?

El duque se rio una vez más.

—Si preguntas eso, no has estado prestando la suficiente atención durante… ¿Cuánto ha sido? ¿Dos semanas?

—¿Considera que lo que hay entre *lady* Julian y yo es un juego?

—No, pero si lo fuese, apostaría por la dama. Mi hija va ganándote sin casi esfuerzo.

—¿Disculpe?

—Vamos, vamos, muchacho. Soy un viejo duque, pero todavía puedo leer las columnas de sociedad.

—¿Qué…?

—Olvídate de tonterías —lo frenó—. Te haré una sola pregunta y quiero la verdad.

—Por supuesto. ¿Qué quiere saber?

—Recuerda que conozco muy bien a mi hija, así que dime: ¿le has sido infiel a Anastasia o todo ha resultado ser una fachada de indiferencia porque ella te ha herido de algún modo?

Julian se retorció en la silla. Le agradaría mucho estar manteniendo una discusión con el viejo diablo, porque Grafton lo incomodaba muchísimo más de lo que su padre podía llegar a hacer.

—No pienso responder a esa pregunta.

—¿Porque temes mostrarte débil ante mí? —lo azuzó—. ¿O porque confesar que la has traicionado a ella y a tus votos matrimoniales te condenaría?

—No me he metido con otra mujer en la cama desde que me casé —acabó confesando con el mentón en alto.

—Los periódicos sostienen que no tuviste noche de bodas, cuentan que dejaste a mi Anastasia en la puerta de tu casa y huiste a ese club infame del que tan orgulloso está Dorian Taverham. ¿Has consumado al menos tu matrimonio, muchacho? Te lo pregunto porque un padre preocupado por el bienestar de su tesoro podría estar pensando en solicitar una…

—¡No! ¡No habrá ninguna anulación! —El grito y la furia de Julian, quien se puso de pie e hizo que su silla volcase con violencia, los sorprendió a ambos.

El duque lo miró a los ojos. El muchacho le devolvía la mirada, como si esperase que lo contradijese. Tal vez había esperanza, porque esa pareja había armado un lío todavía más escandaloso que el que se produjo cuando los pescaron en la biblioteca.

—Vuelve a sentarte, muchacho. Has venido a buscar mi ayuda y te la concederé. Voy a mostrarme tan benévolo contigo que olvidaré el desafío que me has lanzado. Tú y yo vamos a hablar como si fuésemos un par de amigos que han compartido corredurías salvajes durante años. Voy a escuchar todo lo que tengas que decir, me dirás lo que ha pasado entre tú y tu esposa, de quien trataré de no recordar que es mi más preciado tesoro, y te ofreceré mi sabio consejo. Háblame con la verdad en la mano si quieres que esto te resulte efectivo —le recomendó.

—¿Por qué haría Su Gracia algo así?

—Ya te lo he dicho, conozco muy bien a mi hija, en un cuento de hadas ella no sería una dulce princesa, sería la más fiera y vengativa de las arpías. Su madre era como ella y por eso la amé hasta que Dios me la arrebató. Tú eres como yo, me veo reflejado en ti. Tal vez anduve los mismos pasos que tú en mi juventud, incluso yo fuese todavía más

granuja de lo que tú te crees —insistió—, pero estuve así porque no encontré lo que necesitaba hasta que mi duquesa apareció. ¿Qué esperas de tu matrimonio, Julian? —Usó su nombre porque quería que entendiese que iban a ser amigos.

—No sé lo que sucederá, pero quiero intentarlo —le advirtió con honestidad.

—¿Vas a luchar para que tu matrimonio funcione?

—Sí.

—Bien. Entonces hablemos como un par de amigos que se preocupan en verdad el uno por el otro. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—¿No habrá represalias, Su Gracia? ¿Aceptará lo que le cuente y no me retará a duelo? —quiso averiguar.

—Me has dicho que no la has traicionado. Así que puedes estar tranquilo, yo también tengo que explicarte una cosa sobre mi hija y exigiré la misma paciencia que yo te mostraré. ¿Tenemos un trato, Julian?

—Sí, Su Gracia.

—Grafton. Llámame por mi título.

—Muy bien, Grafton. ¿Qué pretende hacerme confesar entonces?

—Resúmeme la complicación.

—Mi mayor problema ahora mismo es que mi esposa ha desaparecido. Supongo que ambos tenemos la culpa de encontrarnos en la tesitura en la que estamos. Antes de casarnos, me dio una lista en la que me indicaba varias cosas, como por ejemplo que no quería que nos enamorásemos, también me echó de su cama antes de que pudiese entrar y a continuación se esfumó como si no existiera. La he buscado por todo Londres.

—Y después de esa larga e inquietante confesión, ¿has decidido venir a pedir mi ayuda tan tarde, amigo mío?

—Usted parecía… observar desde la distancia, pues imaginaba que estaría al corriente de nuestra situación, y me aterraba confesar todo lo que le acabo de decir, así que preferí tratar de arreglarlo por mi cuenta, aunque es evidente que no lo he conseguido.

—Tu esposa es una mujer fuerte y brava, Julian. —El duque alzó su copa con lentitud—. Por eso me quedé al margen. Sé que es capaz de comerse vivo a un hombre si él le toca el orgullo. Si ella no gritó, no lloró, no pidió ayuda… entonces no corría peligro, estaba planificando una ejecución, la tuya. ¿Te mostró su furia en algún momento?

—No. No la he vuelto a ver desde el día de nuestra boda.

—Lamento que los periódicos no hayan contado ni una sola mentira.

—Lo siento.

—Busquemos una solución. ¿Qué sientes por ella además de querer estrangularla con tus propias manos por tenerte corriendo tras sus faldas? —repitió la misma fórmula que usó cuando él entró en su despacho.

—Quiero que esté a mi lado. Me siento como si hubiese perdido algo, aunque sé que nunca la he poseído.

—Bien, hablemos de ese punto. De la falta de consumación.

—¿Disculpe?

—Mi hija no es una belleza evidente como la otra muchacha, me refiero a la hija de Mabry, Ofelia. Sin embargo, es bonita.

—Lo es, y mucho —convino Julian. Cada noche había soñado con hacerle el amor. Eso no lo diría en voz alta.

—Yo sabía que su apariencia, junto con su dote y su estatus, haría que muchos caballeros indeseados se centrasen en ella.

—Sé que ha tenido muchos pretendientes, y creo que ha sido porque llama la atención con facilidad. Su inteligencia es… su mejor arma, supongo.

—Hubo un tiempo en que Anastasia no usó la cabeza, la cegó el corazón.

—¿A qué se refiere?

—Durante su primera temporada me topé con un… un caballero al que no aprobé de inmediato.

Julian abrió los ojos con sorpresa.

—¿Y a mí me aprobó?

—Te permití casarte con ella, ¿no?

—Pero… ¿qué méritos he logrado yo para que me obsequie con tal privilegio, Grafton?

—Te lo he dicho antes, me recuerdas a mí.

—¿Porque soy un pecador lujurioso?

—No, no solo porque *fueses* —arrastró la palabra— un pecador lujurioso antes de casarte con mi hija. ¿Crees que has sido el único que ha tenido que sufrir la ira de un padre, Julian? El anterior Ashbury era una monja irlandesa de buen corazón en comparación con mi predecesor.

—Oh. —No sabía qué más decir.

—Admiré a Sebastian porque él se propuso la meta de demostrarle a su padre que podía ser tan perfecto como se esperaba. En cambio, tú y yo somos más parecidos de lo que crees, porque yo, al igual que tú hiciste, no me molesté en tratar de impresionarlo.

—¿Desafió al anterior duque?

—Desde luego que sí. Murió maldiciéndome porque no pudo despojarme de mi título. Fue cuando él partió hacia el infierno cuando decidí seguir mi propia estela, y no permitir que todo ese odio que siempre sentí hacia el hombre que me engendró me hiciese perder el rumbo. Ahí es donde entró mi duquesa. No hay nada mejor que la amorosa pero firme guía de una mujer para ser feliz.

—¿Tuvo muchos problemas para conquistarla?

—Más de los que crees que tienes tú —zanjó, porque no iba a explicarle nada más. Y por la mirada que le dio el duque, Julian supo que no debía curiosear.

—¿Qué sucedió con ese pretendiente que usted no aprobó para su hija?

—Le di una fortuna a cambio de que se esfumase.

—No es nada nuevo. Un padre tiene que proteger a sus hijas de los cazafortunas sin corazón.

—Muy cierto. Veamos si eres tan comprensivo cuando te explique lo que ocurrió en realidad.

—Le escucho —lo invitó a confiar en él.

—Te cortaré el cuello si algo de esto sale de aquí, Julian.

—Está al tanto de todas mis vergüenzas, no solo las que tienen que ver con mi esposa, usted conocía a mi padre, y creo recordar que fue testigo en más de una ocasión de las preciosas palabras y declaraciones que me dedicaba casi con asiduidad. Yo no traicionaría jamás la confianza de un buen amigo, y usted y yo, decidimos antes que somos eso: amigos. ¿Me equivoco?

—Está bien. Yo vi a ese hombre, lo miré a los ojos y comprendí que había maldad en él. No me preguntes, cómo, pero lo supe de inmediato. Había algo en él que no… No era para Anastasia. Así que le di una más que aceptable cantidad de dinero y establecí con esa sucia sabandija una asignación que le retiré justo cuando mi hija se casó. Lo hice con el fin de hacerlo desaparecer, le prometí que recibiría su recompensa si nunca se acercaba a ella de nuevo. Te asombrarías de lo rápido que aceptó, no titubeó, ahí me di cuenta de que hice lo correcto.

—Insisto en que no hay nada malo en ello.

—Le hice mi propuesta justo después de que él me dijese que Anastasia era suya.

El duque miraba a los ojos con atención a Julian. Ese hermano Taverham estaba dándole vueltas a las palabras del padre de su mujer. El corazón se le encogió. Se le atascó el aire en los pulmones cuando lo comprendió.

—Quiero su nombre.

—¿Para qué?

—Usted sabe que lo que ese bastardo merecía no era dinero para desaparecer. Debió haber usado esas preciosas pistolas que me restregó por la cara cuando vine a pedirle la mano de ella.

—¿Arriesgarías tu pellejo para retar a duelo a un hombre que ofendió a tu esposa cuando ni tan siquiera sabías que ella existía?

—Siempre he sabido quién era ella.

—Cierto, estuviste un tiempo loco por la mejor amiga de Anastasia.

—No es así del todo. Me agradaba *lady* Ashbury, pero no tanto como para retar a Sebastian a

duelo y conseguirla. En cuanto a su hija, no piense que estuve enamorado de Anastasia en algún momento, pero si no me planteé que pudiese ser una buena opción, fue porque la conocí y comprendí que una mujer así no me miraría ni dos veces. Y por eso no pensé en ella más de la cuenta. Ahora dígame quien se enfrentará a mí a veinte pasos antes de que salga el sol.

—Olvídate de él. Si te he contado esta historia es para que comprendas los motivos por los que supongo que mi hija no te ha permitido la entrada a su lecho. Dios sabe que quise repudiarla, incluso pensé en encerrarla en un convento irlandés, pero ¿qué habríamos ganado ambos con eso? Ella hubiese sido infeliz si yo le hubiese dicho que ese impresentable la traicionó y yo… Yo me hubiese muerto de pena sin ella. Te la di porque confiaba en que fueses como yo, o incluso mejor. Además, quiero sostener a un nieto entre los brazos, por eso me costó poco entregártela en matrimonio. Le juré a mi duquesa en su lecho de muerte, cuando Anastasia apenas tenía catorce años, que siempre, ocurriese lo que ocurriese, yo la protegería. Cumpliré esa promesa hasta que Dios me llame y pueda reunirme con mi esposa en la otra vida. Antes de partir, necesito saber que tú vas a cuidar de ella como si

fuese yo mismo, ¿comprendes lo que espero de ti, hijo mío?

Julian cerró los ojos para que el hombre que le acababa de abrir su corazón no viese que se le habían empañado debido a la emoción y el sentimiento del relato. No había imaginado que los padre leales existieran ¿Cuándo había sentido un granuja como él ganas de echarse a llorar? Además, acababa de dejar claro que lo consideraba un hijo. ¡Dios!

Desplegó los párpados y miró con suma atención al duque.

—Le juro hoy aquí, ante Dios que está en todas partes aunque yo lleve años sin creerlo, que cuidaré a su hija anteponiéndola incluso por encima de mi propio bienestar.

—¿La amarás? —lo presionó.

—Si ella me lo permite, lo haré.

—Bien, bien. Es un gran principio. Ahora dime si estás enfadado conmigo porque no te entregué a una novia pura, ni compartí el secreto de Anastasia contigo antes.

Julian levantó los hombros, un claro gesto de indiferencia.

—Soy muchas cosas, demasiadas malas, pero no pienso ser un hipócrita. Me he acostado con tantas mujeres que soy incapaz de llevar la cuenta. Considero que su hija es inteligente, se lo mencioné durante esta conversación, así que quiero pensar que ese desliz lo hizo por amor o porque ese maldito bastardo la engañó. En ambos casos la exonero de toda culpa. Dígame de una vez quién es ese hombre.

—No pienso hacerlo.

—¿Como ha dicho? —Julian apretó los puños. El duque se dio cuenta de su enfado y sonrió de lado.

—Tienes cosas más importantes que hacer. Debes recuperar a tu esposa y encargar a mi heredero.

—¿Qué?

El duque suspiró.

—No acepté a ese bastardo, como tú bien lo has llamado, porque cuando mi duquesa falleció, yo tomé la decisión de seguir viviendo solo,

protegiendo a mi hija. Ese fue el segundo juramento que le hice al único y verdadero amor de mi vida. Así pues, con esa decisión tomada, y sabiendo que no me quedaban más miembros masculinos que pudiesen heredar mi título y propiedades… Bueno, ninguno que valga la pena mencionar, me puse en contacto con el padre del Regente. Todavía no estaba tan loco, solo un poco, y me aproveché de su desventaja para que se estableciese una especie de dispensa especial. Mi hija no podrá heredar nada, pero se le permite ser la madre del próximo duque de Grafton y mi nieto sí que lo tendrá todo.

—¡Dios santo! —exclamó Julian al comprender lo que le acababa de decir—. ¿Está seguro de que no me la entregó porque temía que ella no acabase casándose y yo era su última oportunidad?

—¡No me insultes, muchacho! —ladró el duque—. Te permití tenerla porque también ella misma te eligió. Yo no la obligué a encerrarse contigo en una oscura biblioteca.

—Eso no es del todo así…

—Detalles, detalles… Julian. Dime que no tienes inconveniente en que tu hijo te supere en rango cuando yo me haya ido. Estás viendo que doy

por supuesto que me darás un nieto. —Julian soltó una gran y fresca carcajada—. ¿Qué te resulta tan gracioso?

—Mi padre saldrá del infierno, Grafton, en cuanto se entere de que tengo el deber de engendrar a un futuro duque. Dorian se morirá de envidia nada más lo sepa y mi perfecto hermano mayor tendrá que inclinarse ante mi hijo… ¡No puedo ser más feliz!

—Maravilloso entonces, ahora solo te queda hacer que mi hija te acepte.

La sonrisa y el buen humor de Julian decayó tan deprisa como un meteorito que cruzaba el cielo.

—¿Alguna sugerencia, Grafton?

—¿Quieres que te haga yo todo el trabajo, Julian? —se burló de él.

—¿Un consejo pequeñito?

El duque refunfuñó por lo bajo durante unos momentos.

—Está bien —claudicó—. Si fuese otra mujer, si pudiese olvidar por un momento que estamos hablando de mi pequeña… entonces te diría que la solución más rápida sería seducirla.

—¡Eso ya lo sé yo! —exclamó irritado—. Pero ¿cómo la seduzco si no sé dónde está? —Julian se pasó una mano por el rostro. Estaba agotado.

El duque se quedó mirándolo. Y entonces sonrió. Una sonrisa torcida, casi compasiva.

—¿Tan ocupado has estado buscando a tu esposa que no has tenido un momento para echarle una ojeada a las columnas sociales, amigo mío?

Julian se puso lívido.

—¿Qué se dice?

—Como no comiences a ser más inteligente que *lady* Julian, me temo que de verdad se tragará tus huesos y luego los regurgitará.

—¿No va a explicármelo?

—Te diré que tu hermano pequeño, ese que tiene casi dos veces tu tamaño, la ha estado

custodiando por ti. Ve a casa y hazte con los periódicos de la semana. Si ella ha tomado ese camino es porque está furiosa contigo, y eso es algo bueno, pues denota que le importas tanto como para tomarse la molestia de darte tu merecido. En cuanto la veas, hazle comprender que no le fuiste infiel, eso te allanará el camino en un pestañeo. Hazme caso y trágate el orgullo tú primero. Yo lo hice y valió la pena —le aconsejó.

—De acuerdo. Tomaré en consideración sus sugerencias y trataré de aplicarlas en la medida de lo posible.

—Y, Julian…

—¿Sí?

—Espero que no tengamos que volver a ser amigos íntimos nunca más, ¿me has comprendido?

Él se puso de pie, inclinó la cabeza y luego dejó la copa intacta sobre la mesa.

—Gracias, Grafton.

El duque lo miró con un destello de respeto muy evidente. Julian se sintió… pletórico,

aceptado y… respetado. Sí, eso era, porque después de haberse dado por vencido con el difunto Ashbury, nunca había esperado encontrar a un hombre que le había dejado claro que podía contar con él, que se comportaría como un padre si lo necesitaba. De hecho, se había referido a él al decir: «hijo mío».

—No me des las gracias, Julian. Solo gánatela o mejor dicho, gánale el juego a mi hija. Quiero ver crecer a mi nieto antes de marcharme de este mundo, ¿estamos, hijo?

—No podré jamás llamarle padre. Tuve uno al que odié con todas mis fuerzas. Usted no se merece que haga tal asociación, pero debe saber que será mucho más para mí de lo que Ashbury fue.

Grafton afirmó con la cabeza.

—Te deseo suerte.

Capítulo 10

Una actuación insólita

La fachada del club El Paraíso no parecía distinta a otras tantas veces. Las luces mortecinas proyectaban un resplandor dorado sobre los adoquines húmedos, y el bullicio del interior llegaba amortiguado a la calle como el latido contenido de un corazón que nunca dormía. Julian Taverham se detuvo frente a la entrada con el ceño fruncido y el estómago tenso.

No había leído los periódicos. No quiso. No necesitaba hacerlo. La mirada del duque de Grafton fue más reveladora que cualquier columna social. Así que allí estaba, dispuesto a entrar… y a enfrentarse al hermano que aún sentiría el golpe de su puñetazo en la mandíbula.

Se ajustó los guantes, se alzó el cuello del abrigo y subió los escalones con paso decidido.

El portón se abrió a medias antes de que pudiera tocarlo. Un hombre enorme, de brazos como jamones y cuello inexistente, le cortó el paso. Era uno de los custodios de El Paraíso, como los llamaban en broma los miembros del club. Aunque nada en él tenía de celestial.

—Lo siento, milord —dijo el hombre, sin apartarse—. Lord Dorian ha dado órdenes de que no se le permita la entrada.

Julian sonrió. Una sonrisa tensa. Educada. Letal.

—¿Y eso cuándo fue, exactamente? ¿Antes o después de que le rompiera la nariz?

—Después, lord Julian —respondió el otro, sin inmutarse—. Bastante después.

Julian suspiró, se pasó una mano por la nuca y luego se la metió en el bolsillo interior del abrigo. Sacó una pequeña bolsa de terciopelo. El tintineo metálico fue inequívoco.

—Te contaré un secreto. Sebastian, el conde de Ashbury, mi hermano mayor, dice que cuando se le cierran las puertas en este maldito infierno, siempre se le abren con un buen tintineo. ¿Sabes a qué me refiero? —El gorila se quedó en silencio. Julian hizo oscilar la bolsa con dos dedos, como si fuese una invitación a la salvación—. Esta noche no vengo a causar estragos. No vengo a ver el espectáculo. No vengo a recordar que este club me pertenece tanto como a mi encantador hermano porque yo también contribuí en gran medida a hacerlo famoso. Solo quiero… hablar. ¿Con quién? Ya lo sabes. Así que decide: o tomas esto y desapareces durante un minuto para que pueda entrar o comenzamos a pelearnos porque no pienso marcharme. Me conoces, Samuel —así se llamaba el tipo— y sabes que mi hermano y yo nos odiamos a muerte, pero también debes ser consciente de que solo los Taverham tenemos el derecho a hacernos daño.

El hombre, por primera vez, dudó. Sus ojos parpadearon con rapidez.

—Pero es que sé que en cuanto vea a la dama que hay dentro se armará un buen lío. —El hombre estaba seguro de eso. La mujer que ese hermano Taverham había ido a buscar era tan

explosiva como la misma pólvora. Y la amiga de ella no se quedaba atrás. Incluso coja y todo, lord Dorian les había prohibido a sus empleados mirarla más de la cuenta, y los amenazó con despellejarlos si osaban ponerle un solo dedo encima.

Julian apretó los dientes hasta el punto de que alguno se le acabaría aflojando. Había ido allí para pedirle explicaciones a Dorian y acababa de enterarse de dónde estaba escondida su esposa.

¡Grandioso! Inspiró una larga bocanada de aire fresco para ver si lograba tranquilizarse.

—¿Acaso Dorian se pasea por el club con mi esposa colgada de su brazo?

—No. Todo lo contrario, mantiene a los buitres a raya.

—¿Mi hermano la besa o la toca inapropiadamente?

—Jamás haría algo así. Nos ha explicado que debemos considerar a la dama como si fuese su propia hermana, de su propia sangre, no como a usted, quien ya no es ni bienvenido. Lord Dorian usó esas mismas palabras —se excusó al ver la ira reflejada en los ojos de ese hermano Taverham.

Julian volvió a suspirar. Sí. Eso era algo que diría, sin remordimiento alguno, su hermano menor.

—Uhm… ¿Entonces qué te preocupa? No puedo contrariar a Dorian por proteger lo que me pertenece, y coincidirás conmigo en que una esposa no debe estar lejos de su marido, independientemente de los pecados que él arrastre. ¿Me equivoco? —En la sociedad en la que les había tocado vivir, esa era una máxima inquebrantable que Julian iba aprovechar.

El tipo resopló, bajó la mirada… y finalmente alargó la mano. La bolsa desapareció en su bolsillo como si no hubiese existido jamás.

—Si alguien me pregunta, no lo vi, ni lo dejé entrar.

—Como debe ser.

La puerta se abrió. El interior del club lo recibió con calor, humo y un murmullo de voces que se mezclaban con acordes de piano. Julian cruzó el umbral como un hombre que acababa de colarse en la boca del lobo… sabiendo perfectamente que la fiera a la que debía enfrentarse no era su hermano, sino la mujer que había decidido vivir sin él y que

acabaría rogando por su amor, por su toque, por su respeto, por su compañía… Y todas esas cosas iban a suceder aunque ella no lo supiera… todavía.

***

El Paraíso ardía esa noche con una energía febril. Los cortinajes parecían más rojos, las copas más llenas y las miradas más afiladas. Anastasia Taverham, conocida por todos allí como *lady* Julian, se encontraba en el centro del escenario, de pie junto al piano donde Ofelia dejaba caer sus dedos con una precisión que helaba y envolvía. La melodía que ambas ofrecían no era una canción inocente. Era un arma, un espectáculo, un escándalo. Y ellas lo sabían. Lo disfrutaban.

Vestía un corsé bordado en carmesí profundo, una falda de gasa que parecía flotar con cada pequeño movimiento y llevaba una rosa sin espinas prendida justo en el escote. El cabello, recogido en una trenza coronada de perlas. Los ojos, delineados con intención.

Cantaba con la voz baja y sugerente. Las notas acariciaban y luego desgarraban los oídos del público. Ofelia la seguía con una lealtad inquebrantable, sin levantar la mirada de las teclas. Los hombres se agolpaban con disimulo; algunos reían, otros murmuraban, todos sabían que estaban contemplando algo prohibido. A una esposa molesta. A una dama noble convertida en espectáculo, pero ninguno se atrevía a acercarse más de lo que Dorian Taverham habría considerado permisible.

Y entonces, sucedió.

Anastasia giró la cabeza mientras prolongaba un susurro sostenido, cuando lo vio.

Allí estaba, entre la bruma de humo y luces tenues, de pie cerca de la escalera principal, con la espalda apoyada contra la pared y los brazos cruzados sobre el pecho.

Julian Taverham.

Su marido.

Él no dijo nada. No hizo ni un gesto más que levantar una ceja. Con lentitud. Con arrogancia. Con una ironía contenida tan poderosa como una blasfemia susurrada en misa.

Anastasia sintió cómo algo le estallaba dentro. Como si la música se rompiese contra sus costillas. Abrió la boca para continuar el verso… pero no salió más que un sonido seco, rasposo.

Un graznido.

Un maldito graznido.

La sala entera enmudeció.

Ofelia detuvo la música de inmediato. Algunos asistentes se removieron incómodos. Otros, simplemente observaron, saboreando el instante como buitres que anticipaban la caída de una reina, pues la entrada de Julian no pasó desapercibida para nadie.

Anastasia bajó el brazo. La canción no terminó. No había forma de recomponer lo que acababa de suceder. Su garganta era un nudo, su corazón, un tambor de guerra. La mirada de Julian no se apartó de ella. Estaba inmóvil. Indescifrable. Era el dueño de la situación y no tuvo ni la necesidad de abrir la boca.

Y ella… ella no tenía escapatoria. Acababa de perder el control del escenario. Había cantado durante siete jornadas seguidas como una

diosa… pero esa noche, con solo una mirada, su esposo le había quitado el aliento.

Y eso lo detestaba más que a nada.

Anastasia bajó lentamente del pequeño estrado, sin decir una sola palabra, con el mentón en alto pero con los nudillos blancos de tanto apretar el abanico que sostenía entre las manos.

Julian, mientras tanto, no se movió. Solo esperó. Como si supiera que, al fin, ella acudiría a él. O, tal vez, ella supiera que estaba dispuesto a ir a buscarla, si se atrevía a no hacerlo.

—¡Basta! —tronó la voz de Dorian Taverham desde el fondo de la sala, con la firmeza de quien sabía que solo él podía detener el espectáculo sin que la ciudad entera lo linchase.

El murmullo nervioso del público se detuvo al instante.

El dueño del club avanzó entre las mesas con su bastón en una mano y un temple de hielo en la mirada. Llevaba la chaqueta abierta y el gesto más serio que Anastasia le había visto componer jamás. Se detuvo frente al estrado, miró a Julian sin pestañear, luego a su amiga, y habló con el tono de

un juez que había oído suficientes tonterías por una noche:

—Esto no es un escenario para matrimonios mal avenidos. Este club no va a ser la continuación de vuestro drama. —Luego giró levemente el rostro hacia Ofelia—. Tú te quedas conmigo, cordero. No pienso dejar que te arrastre la marea de estos dos lunáticos.

Ofelia, todavía atónita, se levantó de la banqueta del piano sin decir una palabra y caminó hacia él. Dorian la recibió con un brazo protector y un leve susurro que nadie oyó. Luego, miró de nuevo a Julian.

—Te ha costado dar con ella, ¿eh? Me siento vencedor. ¡Llévatela ahora! No me importa a dónde, pero no hagas ni digas nada aquí de lo que puedas arrepentirte. Dios sabe que podría acabar matándote y luego tendría que enfrentarme a tu hermano mayor, quien trataría de retarme a duelo porque sería lo honorable. No quiero cargar con la muerte de dos bastardos como vosotros.

Julian no necesitó más. Con esa retahíla tan desagradable, su hermano le había dado permiso para proceder como estimase oportuno. Caminó hacia Anastasia con paso lento, firme. Ella quiso retroceder,

pero no lo hizo. Su orgullo no se lo permitía. Tampoco su dignidad. Pero su cuerpo traicionaba su compostura: los hombros tensos, el cuello rígido, los labios apretados como si se estuviese tragando una maldición.

—¿Vas a venir por las buenas conmigo, o será por las malas?

—¿A dónde?

—A donde se supone que debes estar —replicó, antes de girarse y comenzar a caminar.

Anastasia miró a Dorian. Él afirmó con la cabeza, Ofelia hizo lo mismo que ese hermano Taverham. Ella lo siguió. Había demasiadas miradas y si se quedaba, perdería algo más que el control, porque sabía que Julian se la cargaría al hombro como tantas veces había amenazado con hacer Dorian con Ofelia cuando ella no aceptaba una de sus órdenes. Además, ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando contra su esposo.

Subieron por la escalera lateral. Ninguno habló. El silencio entre ellos era un muro, y cada peldaño que dejaban atrás era un latido más de ese corazón tenso y ofendido que ambos compartían sin saberlo.

Al llegar a la galería superior, Julian abrió la puerta de sus aposentos privados sin mirar atrás.

Anastasia entró.

Él cerró la puerta detrás de ella y se oyó un leve clic. No era un encierro. Pero sonó como si fuese uno.

La habitación estaba silenciosa, cargada de un aroma a… ¿lilas? Una lámpara velada ardía en una esquina. El escritorio desordenado estaba lleno de cosas que él no reconocía. Los cojines caídos sobre una chaise longue tenían estampas florales. Ese lugar en el que se encontraba en esos instantes no era el reino de un hombre que llevaba demasiado tiempo sin encontrar la paz, se había convertido en el refugio de una esposa despechada.

—¿Cuánto hace que estás viviendo aquí?

—Desde que Dorian me encontró y me obligó a aceptar su protección. Una semana.

Julian se volvió hacia ella y se quedó de pie, mirándola con los ojos más oscuros que ella recordaba haber visto jamás.

Anastasia alzó el mentón.

—Si piensas gritarme, hazlo. Pero date prisa. No he estoy aquí para jugar a los reproches.

—¿Y para qué has venido tras mis pasos entonces? —preguntó él, con una dureza apenas disimulada—. ¿A graznarme otra canción o a demostrarle a todo Londres que sabes escupirme con arte?

—No creo que tuviese otra opción y preferí salir de allí por mi propio pie. ¿Niegas que me hubieses alzado en brazos para obligarme a cumplir tu voluntad?

—No. Te hubiera colocado sobre mi hombro y luego te habrías ganado un buen azote en el trasero, esposa.

—Ah… Esposa… ¿Eso es lo que debo considerarme?

—A los ojos de Dios, incluso de la ley, eres mía.

—¿Lo soy? —preguntó con una ceja alzada.

Julian dio un paso hacia ella. Luego otro.

—Claro que lo eres. Viniste a buscarme, burlaste a la viuda con la que yo había hecho planes y me tendiste una trampa en medio de una fiesta concurrida. Y al fin he comprendido el motivo por el que hiciste todas esas cosas.

—¿Ah, sí?

—Tú querías ser mía. Siempre te lo he dicho, te considero una mujer inteligente. Debiste calcular las probabilidades que había de que te pescasen haciendo algo indebido conmigo, no eran pocas y asumiste el riesgo. Dime… ¿rogaste a Dios para que las cosas terminasen así, contigo ligada a un granuja como yo?

Julian cerró la distancia que los separaba como si marchara hacia una batalla en la que no se había ofrecido voluntario para participar, pero que en esos momentos se veía obligado a ganar.

Anastasia no retrocedió. Tenía la espalda recta, los labios firmes, pero sus ojos… Sus ojos seguro que hablaban de noches en vela y de un orgullo desgarrado que ya no podía sostenerse solo.

Levantó la mano para abofetearlo. Él le agarró la muñeca y la detuvo.

—Ni se te ocurra volver a hacerlo —dijo Julian con la voz tensa.

—¿Hacer qué? ¿Defenderme? ¿Darte tu merecido? ¿Cantar? ¿Respirar? ¿Vivir?

—Desaparecer. Exhibirte. Convertirte en un espectáculo.

—¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Quedarme en casa esperando a que mi esposo recordara que se había casado conmigo? Tú desapareciste primero.

—Yo no… —Julian la soltó y alzó las manos, frustrado. Se dio media vuelta y se alejó de su mujer—. ¡Maldición, Anastasia! ¡No tienes idea de lo que han sido estas dos semanas para mí! —Iba a hacerle caso al duque. Sería mejor hablarle con honestidad, lo que ocurría era que no sabía cómo proceder.

—¿No la tengo? —espetó ella, dando un paso hacia él—. ¿Y tú tienes idea de lo que ha sido para mí leer en cada periódico que mi marido celebró su noche de bodas en compañía de todas las mujeres menos la que afirma que es suya?

—Eso no es verdad —gruñó él—. ¡No estuve con ninguna mujer!

—¡Claro que sí! —gritó ella, igual que él —. Los periódicos solo cuentan mentiras, ¿no? Me has dicho que soy inteligente, entonces no me insultes, Julian.

Él la miró con atención.

—Escúchame bien. Sebastian se cree un santo perfecto y asegura que nunca miente. Bien, no soy ningún ser etéreo y celestial, pero, al igual que él yo tampoco miento. Si te digo que no he buscado la compañía de ninguna mujer para llevármela a la cama desde que me casé contigo, no dudarás de mi palabra, porque de otro modo, me sentaré, te colocaré sobre mi regazo y te azotaré el trasero hasta que entres en razón. ¿He sido claro?

Ella controló el calor que le provocó la imagen que él acababa de evocar. No era momento de pensar en esas cosas indecentes.

—No te creo.

—No te miento —insistió.

—Entonces debiste darte cuenta de qué parecerían tus acciones porque los periódicos no pueden haberlo inventado todo.

—Afirmaron más de lo que sucedió. Recuerda que también publicaron en su momento que nos encontraron desnudos y retozando sobre una mesa en aquella biblioteca. —Fue así como se escribió en los folletines más sensacionalistas.

—Pero estuvimos en esa biblioteca, así que algo de verdad hubo. Lo sabías, tuviste que darte cuenta de lo que escribirían sobre ti y no enmendaste tu comportamiento. Quien debería colocarte sobre su regazo y azotarte hasta que comprendieses tu maldad sería yo.

Julian negó con la cabeza. Grafton tenía razón. Su mujer, de dulce princesa tenía él lo que de príncipe azul. La imagen que ella despertó en él no le disgustó por completo, aunque prefería tenerla a ella con las posaderas en alto, desnudas mientras él… No era momento de tener esos pensamientos, menos en medio de una discusión que se intuía crucial para el futuro de ambos.

—Tú tampoco hiciste nada por venir a buscarme. ¿Cómo iba a saber yo que mi esposa se sentía agraviada con mi comportamiento?

—¡Porque ese no era mi papel, Julian! ¡Yo no fui quien huyó tras la boda!

El silencio que siguió fue como una bofetada. Él cerró los ojos. Ella apretó los puños. Ambos respiraban agitadamente, como si hubiesen corrido una carrera con los pies clavados en el mismo sitio.

—Cuando finalmente regresé a casa no estabas allí. Me dejaste solo también —murmuró él—. Ni una indicación al mayordomo. Ni una nota. Solo tu ausencia. Y luego… ese espectáculo de ahí abajo… ¿Sabes lo que he sentido cuando te he visto sobre el escenario esta noche, con todos esos hombres mirándote como si fueras un trofeo?

—¿Rabia? —se aventuró a conjeturar. Eso fue lo que ella sentía cuando leía los periódicos que hablaban sobre él, sobre el matrimonio de ambos.

—Dolor. —Ella parpadeó. Se le había escapado el aire por la boca. Dolor. No esperaba ese reconocimiento—. Me heriste, Anastasia —continuó Julian, en un tono más bajo que el que había usado con anterioridad, como si confesara algo vergonzoso —. Me sentí invisible. Despreciado. Como si no valiera la pena darme una oportunidad.

—¿Y qué crees que sentí yo cuando no volviste a casa, cuando me hiciste bajar del carruaje después de recitar nuestros votos y te marchaste para abandonarme sin ninguna explicación?

—Tenía miedo. —Las palabras salieron sin filtros—. Miedo de no saber ser un esposo. De fallarte. De tocarte y que me rechazases. De que me miraras con esos ojos avellana, tan llenos de juicio, y no vieras nada digno en mí. Llevo toda la vida creyendo que no valgo nada, solo sé jugar a las cartas y dar placer a las mujeres. Unas mujeres que únicamente querían pasar un par de horas conmigo. Me casé contigo y tú no ibas a solicitarme nada que otra me hubiera pedido antes, serías más exigente conmigo y yo lo sabía. Cuando le pedí a tu padre tu mano, intuía la clase de mujer que serías, me propuse hacerlo bien contigo, y nada más tomar la decisión… tú me condenaste, así que no deberías sorprenderte de que actuase como lo hice.

—Yo no te juzgué.

—¡Me diste una lista! ¡Una maldita lista que decía que no querías amor, ni estar en mi cama, ni promesas! —Julian la miró como si aún doliera—. ¿Qué se suponía que debía hacer, estar en casa como si no me hubieses dado una bofetada más dolorosa

de la que has tratado de darme hace unos pocos minutos?

—Pudiste probarme que podía confiar en ti —susurró ella—. Tratar de darme una lección que me hiciese comprender que me había equivocado contigo. Tú decidiste huir y humillarme, Julian. Soy hija de mi padre y de mi madre. Nunca me he quedado al margen cuando he visto una injusticia.

Las palabras flotaron en el aire, como un lamento contenido durante demasiado tiempo.

—No debiste presionarme. Tuviste que haber tratado de conocerme primero, antes de exigirme nada, de prohibirme ser tu esposo —refutó él.

—Todos creen que soy fuerte —dijo Anastasia—, que no necesito nada. Me asustaba sentir demasiado, y tienes razón, no me fiaba de ti. Pensé que si te ponía límites, que si acordaba esos puntos contigo, no sufriría.

—Empeoraste las cosas.

—Los dos lo hicimos —le concedió la dama.

Él levantó una mano, tenía la intención de tocarla y Anastasia no se apartó. Le acarició primero la mejilla con los nudillos, luego descendió hasta el mentón y al final le rozó los labios con la yema de sus dedos. Entonces extendió la palma sobre la mejilla y ella se recostó contra su mano.

—No sé cómo ser el hombre que necesitas —apuntó sin desembarazarse de la sinceridad.

—Y yo no sé cómo ser la esposa que necesitas.

—Tal vez no sepamos nada. Quizá eso es lo único que tenemos en común. Pero si de verdad no quieres compartir la cama, si todavía no estás preparada… entonces no lo haremos. Aunque me parta por dentro no insistiré. Llevo dos semanas pensando en ti sin descanso. Eres mi esposa y Dios sabe cuánto te deseo, pero esperaré.

Anastasia lo miró con intensidad. Luego negó con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer conmigo ahora? —preguntó con un hilo de voz.

—Lo que me dejes, lo que tú quieras que haga —susurró contra los labios femeninos después de haberla besado tímidamente.

—Quiero que vayamos a casa. Quiero que estés allí conmigo. Que lo intentemos. No te prometo amor. No todavía. Pero sí puedo prometer que te daré una oportunidad.

—¿Y qué sucede con la lista?

—Anoté allí que los puntos podían ser revisados, no era ninguna sentencia en firme. —Él se tensó. Ella se percató y estaba segura de que creía que iba a haber una nueva negociación, se apresuró a tranquilizarlo—: La quemé en cuanto comprendí que te había herido, Julian.

Ese hermano Taverham asintió, lentamente.

—Una tregua. Eso es lo que hemos firmado ahora mismo, Anastasia. ¿Te parece bien?

La dama sonrió apenas. Una sonrisa triste, pero sincera. Luego lord Julian acercó su frente a la de su mujer. No la besó. Solo permanecieron así, respirando el mismo aire por primera vez en semanas.

—Un comienzo —aseguró *lady* Julian.

Ella cerró los ojos. No era amor aún. Pero era algo. Y tal vez, solo tal vez… eso sería más que suficiente para empezar.

Capítulo 11

Un inicio necesario

Julian se había llevado a su mujer a casa, lugar en el que pensaban iniciar su nueva vida, formar una familia. Dorian insistió en ocuparse de Ofelia él mismo y nadie se lo discutió.

La puerta de la habitación se cerró tras ellos con un clic suave, pero en el silencio que reinaba entre ambos, sonó como el mazo de una sentencia. La estancia estaba casi en la penumbra, iluminada por la débil luz de la lámpara de aceite junto al lecho. Un leve aroma a maderas oscuras, brandy y algo más indefinible —quizá lavanda vieja— flotaba en el aire. Era un espacio masculino, sobrio, no hostil, pero tampoco cálido. Anastasia supo al instante que Julian apenas había habitado ese lugar. No tenía alma.

Julian no dijo nada al principio. Caminó hasta la ventana y retiró apenas una cortina. El cielo de Londres estaba cubierto de nubes. No había luna. Volvió a mirarla por encima del hombro.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó con voz baja, tensa.

—No. Ni sabía cómo era tu habitación. —Anastasia cruzó los brazos. No por desafío, sino porque sentía un cosquilleo de nervios que no sabía cómo gestionar.

—Yo no he dormido aquí nunca. —Él se volvió del todo, caminó hacia la chimenea, la encendió y la observó un instante a la luz que comenzaba a temblar—. Esta casa era solo… una propiedad. Una fachada.

—Y ahora será nuestro hogar —dijo ella, casi como una pregunta.

—Lo será.

Anastasia sintió el golpe en el pecho. No por las palabras en sí, sino por la honestidad con la que habían sido dichas. Julian tenía esa forma cruda y directa de decir la verdad que no siempre era agradable, pero que en ese momento sonó como un

puente entre lo que fueron y lo que aún podrían llegar a ser.

Él dio un paso hacia ella. Luego otro. Se detuvo a un metro de distancia.

—No voy a tocarte si no lo deseas.

—Quiero un esposo —susurró ella, alzando la barbilla.

—Entonces prométeme algo antes —dijo él, acercándose un poco más—. Esta vez… no me niegues después.

Ella no respondió de inmediato. El corazón le latía con fuerza, como si su cuerpo estuviera reconociendo lo que su mente aún dudaba. Él alzó una mano, no para tocarla, sino para acariciar el aire entre ambos. Como si su sola presencia ya le quemase los dedos.

Anastasia cerró los ojos por un instante, tragó saliva, y al abrirlos, murmuró:

—No te negaré nunca.

Entonces, él se acercó del todo, muy lentamente, y le rozó el rostro con la yema de los

dedos. Fue un roce apenas perceptible, pero ella se estremeció. Luego, con un gesto lleno de cuidado, enmarcó su rostro entre las manos, la observó unos segundos —como si quisiera memorizar cada detalle de su expresión— y la besó. Con devoción, con posesión, un beso que era perfecto porque era él quien se lo estaba dando.

Podría amar a ese hombre sin contención. Ahí fue cuando comprendió que él había tenido razón. Ella le tendió una trampa porque deseaba acabar ligada a Julian. Había estado pendiente del hermano de Ashbury desde hacía más de un año, cuando él se fijó en Temperance, y hasta ese instante no fue consciente del verdadero motivo: su esposo le gustó demasiado desde el principio.

Dejó de besarlo y lo abrazó con más fuerza, como si temiese que él se esfumase, que la abandonase.

Ese gesto con el que ella lo reclamó… fue donde todo comenzó a cambiar. El deseo se deslizó por la piel masculina como un río al que no podía ponerle diques. Julian la abrazó también contra sí con una firmeza cargada de necesidad, como si hubiese pasado una vida entera ansiando aquel cuerpo y solo en esos instantes pudiera tocarlo sin temor a romperlo. Su boca buscó la de ella de nuevo,

sin urgencia esa vez, pero con una determinación que hizo temblar los cimientos de sus convicciones. Anastasia no opuso resistencia. Al contrario, se entregó al beso del mismo modo que cuando alguien se lanzaba desde una gran altura sabiendo que el único destino posible era perecer o tener fe para sobrevivir.

Sus brazos se cerraron alrededor del cuello de su marido y los dedos se enredaban en su cabello con la devoción de quien ya no pensaba, solo sentía. Un suspiro se le escapó a él sin permiso y supo que estaba perdiéndose en ella. Y, por primera vez, no le importó desvanecerse del todo.

Nada existía más allá de Anastasia. Ni el pasado, ni los errores, ni siquiera las esperanzas rotas que ambos llevaban a cuestas como cadenas invisibles. Solo estaba ella. Su boca cálida y el cuerpo femenino moldeándose al suyo.

El gemido que se le escapó a ella cuando él la besó en el cuello fue una plegaria sin palabras. Julian la sintió vibrar contra su torso y deseó poseerla sin reservas, pero no desde la urgencia, sino desde la veneración. Porque eso era lo que sentía: una mezcla peligrosa de adoración y hambre, de promesa y necesidad.

Ella lo apretaba con fuerza, sin vergüenza, y cuando sus pechos se alzaron contra su torso por segunda vez, Julian perdió la poca sensatez que le quedaba. Mordió suavemente la curva de su garganta y luego besó cada palmo expuesto como si ese trozo de piel fuese un mapa secreto que debía memorizar. Anastasia jadeó. Hundió las manos en su cabello y lo atrajo todavía más hacia sí misma. Porque, por primera vez desde hacía tantos años, quería que la tocaran así. Con deseo. Con ansia. Con reverencia.

Cuando sus labios bajaron hasta su escote, cuando su boca rozó la piel tersa junto al borde del corpiño, ella contuvo el aliento. Su corazón golpeaba con tanta fuerza que creyó que Julian podría oírlo. Él deslizó los dedos con lentitud, acariciando el contorno de su pecho hasta llegar al pezón, que se endureció bajo la presión de su palma. Anastasia soltó un gemido que no pudo contener, y se aferró a él como si fuera lo único firme en un mundo que de pronto se deshacía bajo sus pies.

—Dime que me deseas —susurró él, con la voz ronca y la frente apoyada contra la suya.

Ella tardó un instante en responder. El deseo le nublaba la razón, pero sus palabras brotaron claras:

—No estoy preparada para promesas eternas… pero esta noche, sí te necesito y te deseo con toda mi alma. Aquí. Ahora. Solo a ti.

Julian la miró con intensidad y la besó de nuevo. Más despacio. Más profundamente. Y cuando volvió a hablar, su promesa se clavó como un ancla en el pecho de Anastasia:

—Te juro que haré de ti la mujer más deseada, más admirada y respetada de todo Londres. Y no porque seas mi esposa… sino porque eres tú. Anastasia Taverham. Y mereces que el mundo entero se incline ante ti.

Ella sonrió, su corazón rebosaba lleno de emoción.

—Entonces prométeme otra cosa —susurró.

—Lo que quieras.

—No volverás a esconderte en el club. Ni tras otras mujeres. Ni tras tu propio miedo.

Él asintió, con una ternura que pocos habrían creído capaz de existir en un hombre como Julian Taverham.

—Y tú… no volverás a cantar para castigarme.

—No —dijo ella, buscando de nuevo su boca para besarlo. Luego se separó un poco y le aseguró—: A partir de ahora… solo cantaré para ti.

Y entonces la noche comenzó de nuevo. Los besos se hicieron más lentos, más hondos. El deseo se convirtió en lenguaje, en tregua, en redención.

Aquella no era solo su primera noche juntos. Significaba el inicio de algo que ninguno de los dos se atrevía aún a nombrar, pero que, sin duda, ya había comenzado a latir.

Con la respiración agitada, Julian volvió a atrapar sus labios con hambre contenida y la empujó suavemente contra la pared. Su cuerpo se fundió con el de ella en una fusión salvaje y palpitante. Anastasia jadeó al notar la firmeza de la virilidad bajo su vientre. Tenía la piedra fría de la pared detrás y el fuego masculino al frente. Era todo tan desmesurado… tan absolutamente incontrolable…

Delicioso.

Permitido.

Ansiado.

Sus labios se buscaron con una urgencia feroz. No había lugar para la duda. No había palabras que bastaran. Solo ese contacto. Solo ellos. Julian la besaba como si quisiera calcar en su alma cada momento de deseo que había imaginado durante semanas. Ella le devolvía los besos con la misma vehemencia.

Las manos masculinas descendieron, algo torpes al principio, ansiosas después, hasta la falda de su vestido para alzárselo. Con un gesto seguro, le recorrió las caderas y alcanzó el borde de las enaguas. La acarició sin pedir permiso, como si el cuerpo de ella hubiese sido siempre suyo. Anastasia se arqueó contra su palma cuando él la tocó *ahí*.

—Oh, Julian…

Su voz era apenas un suspiro, una súplica ahogada. El placer, palpitante y cruel, nacía allí donde nadie antes la había tocado, y crecía como una llamarada en el centro de su feminidad.

Mientras él exploraba con maestría sus secretos, ella se aferró a su camisa y comenzó a desabotonarla sin pensar. Necesitaba verlo. Tocar esa piel curtida, caliente y vibrante. El pecho de Julian se

quedó desnudo bajo sus manos, era todo músculo salpicado de vello. Sentir a su mujer reclamándolo, no como a un amante al que despediría antes de que el sol despuntase, sino para toda la vida, hizo que él gruñese con fuerza.

—¿Estás bien? —inquirió ella asustada.

—En este momento, esposa… estoy tan condenadamente bien que podría volar.

No le dio tiempo a sonreír. Julian se inclinó para besar su garganta, su clavícula, el hueco entre sus pechos, dejando un reguero de fuego a su paso. Ella se colgó de sus hombros y cerró los ojos, completamente sometida a una oleada de sensaciones que no sabía que podía sentir.

Había dejado de ser la esposa escarnecida. Ya no era la dama burlada ni la cantante provocadora. En brazos de ese hombre, era simplemente… una mujer.

Julian necesitaba verla, así que cesó todas las acciones y se dispuso a cumplir su capricho. Cuando él le quitó el vestido con cuidado reverente, ella se quedó de pie, desnuda ante él. Tímida. Vulnerable. Jamás la había visto nadie así. Y pese a estar tan expuesta, no se cubrió. No podía.

Lo que estaba viviendo con Julian era especial, nuevo, muy diferente a lo que supuso aquella fatídica vez, porque Weston… No, no era el momento de pensar en ese patán que solo le trajo dolor, sin nada de placer, que no se tomó ni la molestia de desenvolverla como si fuese un regalo, tal y como acababa de hacer su marido. Julian le estaba haciendo el amor, Weston solo quiso arrebatarle la virtud. Lo comprendía por fin.

—Mírame —ordenó él, con la voz ronca debido al deseo. —Ella alzó la mirada—. No quiero que te escondas nunca de mí. —Le cogió los brazos con firmeza—. Eres perfecta. Llevo dos semanas soñando con este momento.

Cuando la tocó, cuando su palma caliente abarcó su pecho entero, el pezón se endureció de inmediato. Ella se estremeció ante el contacto, y sus piernas flaquearon.

—Me parece recordar que fuiste tú quien salió huyendo —dijo ella con un hilo de voz.

—Se acabó eso —replicó él con gravedad —. Nunca más volveré a huir de ti.

La pasión volvió a estallar como una tormenta contenida. Él se quitó la ropa bajo la atenta

y ávida mirada de su preciosa esposa. No quedaron más barreras. Cuerpo contra cuerpo. Piel contra piel. Un murmullo de placer se le escapó a ella cuando él la estrechó contra sí de nuevo.

El calor entre ellos era abrasador. La rigidez de su miembro pulsaba contra el vientre de Anastasia y el deseo le atravesaba la columna como un rayo. Cuando él descendió con la boca sobre sus pechos, acariciándolos primero con los labios y luego con la lengua, sintió que no podría resistir más.

—Julian… —gimió su nombre, apretándole la nuca, suplicando más sin saber qué pedía exactamente.

—Te deseo como no he deseado nunca nada. —Le besó la garganta, el pecho y el vientre. Su voz era pura urgencia contenida—. Y te juro, aquí y ahora, que desde este día, no habrá rincón de tu cuerpo, ni fragmento de tu alma, que no adore tal y como se merecen.

Anastasia soltó un sollozo tembloroso.

—Prométeme que no me dejarás sola nunca más.

Él la alzó en brazos y la llevó hasta la cama como si fuese lo más sagrado que había tocado en su vida La depositó allí con cuidado.

—Te lo juro por mi maldito corazón que por fin se siente liviano, Anastasia. Este granuja es solo tuyo.

Y cuando se colocó sobre ella, cuando sus cuerpos se tocaron sin ninguna barrera que pudiese separarlos, mientras ambos exploraban la pasión con una entrega absoluta, Julian comprendió que lo que estaba a punto de hacer no era solo deseo. Se trataba de algo más profundo. Más visceral.

Era perdón.

Era pertenencia.

Era amor, aunque aún ninguno lo supiera.

Julian volvió a besarla en la boca. Con cada caricia, su cuerpo hablaba en una lengua primitiva que ella entendía a la perfección. Las manos masculinas exploraban con reverencia, como si la estuviese memorizando. Anastasia se arqueó contra él, con los sentidos más despiertos que nunca, como

si su piel fuese un campo de batalla que por fin se rendía.

Cuando él descendió con sus dedos para volver a acariciar sus pliegues resbaladizos, Anastasia jadeó. El rubor le cubrió el rostro, pero no apartó la mirada, al igual que sucedió momentos antes cuando también la exploró contra la pared. Él se detuvo, solo un instante.

—Tranquila —susurró, rozándole la mejilla con la nariz—. Confía en mí.

Ella asintió.

Entonces los dedos de Julian acariciaron el centro de su ser con una ternura que desgarraba. Ella se estremeció, se dejó ir y, por instinto, se movió buscando más. Más de ese roce, más de ese calor, más de esa locura embriagadora que la arrastraba a un lugar donde nunca había estado. Esos dedos, sus besos… todo era perfecto, su cuerpo ardía, la necesidad la llenaba y….

—¡Julian…! —gritó, poseída por una nueva sensación que la desgarró por dentro. El clímax había llegado feroz, y Anastasia solo pensó en que no podría vivir sin lo que él le acababa de descubrir.

—No tienes idea de lo que significas para mí —murmuró él, antes de besarla con un ansia desesperada.

El instante se volvió eterno.

Colocó su virilidad en la entrada de Anastasia. Cuando por fin la penetró, lo hizo con lentitud, como si la ceremonia de poseerla fuese algo que no debía precipitarse. Ella dejó escapar un sonido contenido, no del todo doloroso, más bien mezcla de sorpresa, tensión y entrega absoluta. No le había dolido lo más mínimo, pero ella había temido que así hubiese sido.

—¿Estás bien? —susurró él, deteniéndose.

—Yo… no era virgen —confesó ella, con la voz rota por la vergüenza.

Julian la miró. Con ternura. Con calma. Con una comprensión que ella no esperaba. Jamás le diría lo que su padre le había confesado.

—Y yo tampoco era un hombre sin pecado, Anastasia. Pero contigo… soy otro.

Ella parpadeó. No por la frase, sino porque por un instante creyó ver en sus ojos algo parecido a la redención. Como si, a través de ella, él también estuviese aprendiendo a curarse.

Julian volvió a besarla en la garganta, con la urgencia de un devoto y la paciencia de un penitente. La recorrió como si fuese lo más sagrado que había tocado en su vida. Anastasia pensó que ese momento no era únicamente físico. Era la rendición completa de dos almas que se habían herido y por fin encontraban alivio el uno en el otro.

Había fuego y ternura. El sonido de la carne y el susurro de sus nombres en la penumbra.

Él le hizo el amor como si supiera que el mundo podía detenerse. Ella lo recibió como si, por fin, alguien la hubiese visto de verdad.

Julian trataba de ser gentil, pero la necesidad, la urgencia, las uñas de ella clavadas en su espalda… Los movimientos de él se volvieron más exigentes, más urgentes. Ella no se quejaba, así que necesitaba llevarla al límite.

—¡Síííííí…! —gritó, porque cuando se derramó en su interior, se sintió libre al fin. Una

libertad que no sabía que necesitaba para ser únicamente el hombre que Anastasia merecía.

Cuando todo terminó, cuando los cuerpos dejaron de temblar y la respiración volvió poco a poco a su ritmo, Julian se giró hacia ella. La abrazó como si no pensara dejarla escapar jamás.

—Prométeme —dijo él, acariciándole el cabello—, que si algún día me odias, seguirás recordando esta noche, este instante y encontrarás el modo de perdonarme. Porque aquí… soy solo tuyo y tú eres mía. Nunca te rindas conmigo, Anastasia.

Anastasia lo besó suavemente en la boca, y respondió:

—Lo prometo. Y tú prométeme que nunca te rendirás tampoco —insistió de nuevo.

—Ni aunque el infierno me reclame —juró él.

Se quedaron así, desnudos, entrelazados y en silencio. No había victoria, ni derrota. Solo ese milagro irrepetible de haberse encontrado, la esperanza de que, quizá, el amor también supiera abrirse camino en medio del caos.

—Eres mía —se reafirmó con un susurro firme. Necesitaba repetirlo una y otra vez. Nunca pensó en que pudiese sentirse tan posesivo. ¡Dios! Era una sensación nueva, desconocida y tan fantástica que Julian se sentía invencible. Ella se convirtió en su debilidad las últimas semanas, pero acababa de demostrarle que también podía ser su fuerza.

—Sí, Julian… soy tuya —respondió ella, con voz baja pero segura.

Él cerró los ojos un instante, como si esas palabras tuvieran el poder de quebrar todos los muros que lo habían protegido hasta entonces.

—Te ha gustado lo que hemos hecho, ¿verdad? —preguntó él, con la voz grave.

—Muchísimo. No creía que algo así pudiese ser posible. Yo… Ha sido maravilloso, Julian —susurró ella, temblorosa.

La sonrisa de él fue comedida. Al fin tenía la confirmación de que ella le había entregado su virtud a un bastardo, pero ese patán egoísta no sabía nada de mujeres o de su placer.

—Nadie te hará el amor así. Solo yo te tocaré, y te veré desnuda a partir de ahora.

—¿Julian?

—¿Sí, cariño? —El apelativo le salió solo. A ella le encantó y él lo había dicho con sinceridad.

—Una vez en la biblioteca…

—¿Qué?

—Yo… Me hablaste de unos besos que…

—¿Te muestras tímida ahora, Anastasia? No tienes necesidad. Te deseo libre, fogosa y necesitada cuando estemos en la cama. Habla sin miedo, te lo ruego.

—Dijiste que eras famoso por dar besos y que no eran precisamente en los labios, ¿lo recuerdas?

—¿Vas a mostrarte celosa ahora?

—No, porque ya has jurado que no habrá otra.

—Solo tú, sí. ¿Entonces qué quieres…? ¡Ah! —Él lo entendió al fin.

—¿Cuándo seré digna de tal muestra de… lujuria?

Él se rio con ligereza.

—Me has agotado por completo, cariño. Tu esposo necesita un momento de descanso, me niego a dejar de abrazarte para mostrarte lo que deseas. Duérmete y en cuanto recupere fuerzas, te prometo que te despertaré dándote ese beso tan especial.

Anastasia se enfurruñó, pero estaba agotada también, así que entre los brazos de su esposo, quien por fin la había reclamado, se durmió plácidamente.

Tres horas después, la dama se despertó. Más bien la habían despertado. Ocurrió justo cuando la lengua de Julian la acarició en el lugar más íntimo de su cuerpo. La dama creyó que se derretiría. Se arqueó, sus caderas se movieron solas, sus gemidos llenaron la estancia. Julian la saboreó con una devoción que rozaba lo reverente, la adoró con la boca hasta que alcanzó la cima con un grito ronco, temblando, vibrando por dentro y por fuera.

Y entonces, cuando aún no se había recuperado del todo, él la cubrió con su cuerpo y se deslizó dentro de ella con una embestida certera.

—Si pudiera, congelaría el tiempo en este instante. No he conocido mayor dicha que la que siento cuando estoy unido a ti. Que la de ser parte de ti. No voy a dejarte jamás.

—Yo tampoco sabría vivir sin ti… sin esto.

Así pues, hicieron el amor por segunda vez. No fue la última antes de que el sol volviese a brillar a la mañana siguiente.

Capítulo 12

Una cotidianeidad encantadora

Había transcurrido una semana desde aquella noche. Desde que Anastasia sintió, por primera vez, que ya no tenía que luchar contra el mundo, ni contra él, ni —más importante aún— contra sí misma.

La casa de Mayfair, que una vez se le antojó como una prisión fría, comenzaba a parecer un verdadero hogar. Las estancias eran más cálidas, menos suntuosas, y más suyas. Tal vez fuera porque su marido la dejó redecorarlo todo. O quizá porque Julian, sin palabras grandilocuentes, le había ido cediendo cada espacio. No solo en el dormitorio —donde sus cuerpos se buscaban con una ternura cada vez más espontánea y deliciosa—, sino también en el

comedor, en la biblioteca, en la sala de música e incluso en su propio despacho.

Anastasia se había acostumbrado a su presencia. A la forma en que él se inclinaba para rozarle el hombro cuando pasaba por al lado de su silla. A la manera en que le servía el té, justo como a ella le gustaba y sin tener que preguntárselo, con una cucharada de azúcar. A los silencios sin tensión. A las miradas cómplices que no necesitaban intérprete.

Estaba bien. Estaban bien juntos.

Esa noche, mientras la lluvia golpeaba suavemente los cristales de la salita dorada, Anastasia estaba leyendo junto al fuego cuando él apareció, con una baraja de cartas.

—Ayer me dijiste que detestas jugar, pero no te creo —le dijo con ese tono que entrelazaba la diversión con el reto y que tanto la desconcertaba.

—En verdad no lo detesto —admitió la dama—. Ocurre que no soy buena en ello. Nunca he aprendido bien.

—Entonces es hora de remediarlo —replicó él, y se sentó a su lado con tal naturalidad

que parecía que ambos habían estado juntos toda la vida.

Durante más de una hora, Julian le enseñó las reglas del *whist* con una paciencia que la desconcertó. No se burló de sus errores ni se impacientó con sus preguntas. No alzó la voz ni una sola vez. En cambio, le explicó cada jugada con calma, con esa voz baja que ya le resultaba tan familiar. En un momento, cuando ella se equivocó por tercera vez al ordenar sus bazas, él le cogió la mano con suavidad y le corrigió el gesto sin soltarla.

—Mira, aquí —dijo, colocando sus dedos sobre los de ella—. Así sabrás cuándo retirarte y cuándo insistir.

Lady Julian sintió una extraña presión en el pecho. Era felicidad.

Al final, perdió todas las partidas, pero se rio porque había ganado algo más valioso que un triunfo. Y cuando él recogió las cartas y las dejó sobre la mesa, no dijo nada más. Solo se inclinó, la besó en la frente, y añadió:

—Ahora ya sabes jugar. Pronto me derrotarás.

—¿Yo a ti? Eso es imposible, todo el mundo sabe que eres el mejor jugador de Londres.

Julian le sonrió.

—¿Te he contado cómo me gané mi falso título de cortesía?

Anastasia le devolvió la sonrisa llena de diversión.

—¿Supongo que será una historia épica? —indagó.

—Fue durante una partida muy importante. Tenía unos dieciocho años, una copa de brandy en la mano y un par de deudas que no podía permitirme pagar. Me enfrentaba a un duque… uno de esos tipos que creen que el mundo les pertenece por herencia. Lo desvalijé. Cada carta que sacaba, cada apuesta que aceptaba, lo hundía más. Cuando me puse en pie con su fortuna en el bolsillo, me miró a los ojos y me llamó «señor Taverham». Yo le corregí. Le dije que era: lord Julian. Dorian me copió la idea después. Nos pareció gracioso reírnos de todas esas normas sociales, eso sin olvidar que a mi padre le sentaría como un tiro en el pecho cuando escuchase a alguien referirse a sí a nosotros.

—Así que por eso soy *lady* Julian y nadie lo cuestiona.

—Desde entonces, el título me pertenece, aunque mi nacimiento diga lo contrario.

Se acostaron después e hicieron el amor hasta caer exhaustos.

Ella sentía que estaba jugando una partida distinta. Una donde él no hacía trampas. Una donde el tablero era su día a día y cada movimiento estaba lleno de intención. Julian no la presionaba, ni Anastasia a él. No se exigían demostraciones de amor. Simplemente estaban juntos, disfrutando de la mutua compañía que se ofrecían.

Unas noches atrás, cuando la hija de Grafton no lograba conciliar el sueño, su marido se había levantado con ella. Bajaron juntos a la cocina, en bata y descalzos, para compartir pan con miel a la luz de una vela. Otras veces, él la acompañaba a caminar por el invernadero interior que ella había ordenado restaurar. No hablaban siempre, pero se entendían.

La dama había encontrado consuelo en sus gestos, en su risa baja, en su modo despreocupado de ocupar el mundo sin intentar

dominarlo. Y Julian… él parecía estar descubriendo que la estabilidad no tenía por qué ser una condena como se imaginó que sería antes de casarse.

No era perfecto. Ninguno de los dos lo era. A veces Julian olvidaba detalles, o tenía una racha de silencio cuando algo le preocupaba debido a sus negocios y la hacía inquietarse. A veces ella levantaba demasiado la voz o se retiraba a sus aposentos cuando él tenía que trabajar y la ignoraba. Pero luego, al final del día, se encontraban.

La vida podía ser maravillosa. Y vaya que lo era…

***

Julian no se había dado cuenta de cuánto deseaba una vida tranquila… hasta que la tuvo.

No sucedió de golpe. No fue como encender un candelabro ni como una epifanía divina. Fue más bien como despertarse en un lugar desconocido y darse cuenta, sin saber exactamente

cómo o cuándo sucedió, de que el olor de las sábanas ya no era ajeno. De que los pasos que oía por la casa eran los de alguien que pertenecía a ella. De que las tazas en el aparador, el libro abandonado en la mesilla… todo eso ya no era una escenografía prestada. Era suyo. O mejor dicho, era de los dos.

Anastasia había invadido su vida con una calma feroz. No había exigido nada. No había reclamado promesas. Solo seguía a su lado. Y Julian, que había huido siempre de cualquier forma de rutina, descubría con asombro que se estaba aficionando a ella. Se despertaba por la mañana esperando oír su voz. Se encontraba sonriendo como un idiota cuando la veía con una taza de té en la mano, leyendo el periódico que él nunca tenía la paciencia de terminar. Se había acostumbrado a sus preguntas directas, a su modo de levantar una ceja cuando algo no le cuadraba, a esa mezcla tan suya de inteligencia aguda y encanto natural que desarmaba cualquier defensa.

Incluso había aprendido a disfrutar de los silencios compartidos. Ella no necesitaba llenar cada momento con conversación, y él se lo agradecía. A veces, por las tardes, mientras ella bordaba al lado de la ventana porque eso la relajaba, Julian se quedaba leyendo junto a la chimenea con las piernas

cruzadas y una copa de brandy intacta sobre la mesa. No se hablaban. No era necesario. Bastaba con saber que ella estaba allí. Que si alzaba la vista, la vería. Que si respiraba hondo, captaría su aroma a lavanda.

Una de las escenas que volvía a su mente en esos momentos en los que comprendía que era feliz, era casi absurda. Había llovido todo el día, tres días atrás. El cielo estuvo gris y Londres, encharcado, se antojaba más feo de lo habitual. Pero ella apareció en la biblioteca envuelta en una manta, descalza y con el cabello suelto. Llevaba un libro de ajedrez bajo el brazo.

—Enséñame —dijo sin más.

Julian, que no tenía el menor interés en jugar aquella tarde, dejó lo que estaba haciendo solo para complacerla. Le explicó con voz tranquila la apertura inglesa, cómo proteger al rey, cómo anticiparse al contrincante. Ella hizo trampas la mitad del tiempo. Y él, en lugar de corregirla, se lo permitió. Se rieron tanto con una jugada imposible que terminaron tirando todas las piezas y besándose sobre la alfombra. No llegaron a acabar la partida. Pero ese tablero, aún sin recoger, siguió allí al día siguiente, como un testigo mudo de que había comenzado algo entre ellos que iba más allá del placer o el deber.

Julian se sorprendía a sí mismo deseando volver a casa cada vez que salía para atender cualquier asunto.

Lo pensó esa misma mañana, mientras estaba en la oficina del administrador revisando papeles —una tarea que habría evitado en cualquier otra época. Se encontró mirando por la ventana, impaciente. No por la impaciencia en sí, sino por la necesidad creciente de saber qué estaría haciendo ella. Si habría salido a pasear con Ofelia. Si habría convencido finalmente al ama de llaves de que era necesario arreglar el invernadero de nuevo. Si estaría atendiendo su correspondencia con esa expresión tan concentrada y seria que al verla le daban ganas de besarle la nariz para que frunciera el ceño.

Sentía paz. Una paz que le costaba reconocer. No se había enamorado a lo largo de los años, ni había tenido verdaderos lazos con nadie. Ni tan siquiera con sus hermanos, pero con Anastasia… todo era distinto. Ella lo desafiaba. Lo ponía nervioso. Lo tocaba donde nadie más lo había hecho: en el punto exacto entre el deseo y el respeto.

Y no, no hablaban de amor. Ninguno había pronunciado aún esa palabra. Pero Julian lo vivía.

En cada gesto pequeño, cada vez que ella le preparaba su té, también sin preguntar. En la forma en que compartían el periódico por las mañanas y se peleaban por la sección de cotilleos, solo para luego reírse juntos. Anastasia lo completaba.

Aquel lugar, su casa, ya no era una simple posesión. Era un refugio.

Y Anastasia… Anastasia era su hogar. Aunque aún no se lo hubiese dicho, lo sabía con una certeza que le quemaba el pecho cada vez que la miraba.

***

La luz de la tarde caía suavemente sobre el salón de *lady* Ashbury, teñida por los visillos color marfil. La estancia olía a limón, a galletas recién horneadas y a confidencias, esas que solo las amigas verdaderas se permitían compartir cuando no había testigos que pudiesen tergiversarlas.

Ofelia Mabry, ataviada con un vestido de muselina azul pálido, tenía los pies recogidos bajo la falda y la espalda firmemente apoyada en el sillón, como si necesitase un punto de apoyo para no saltar al menor recuerdo desagradable. Desde que se había instalado en casa de Temperance, Ofelia respiraba con más libertad. Lejos del control de su padre y de las garras de Dorian Taverham, empezaba a reencontrarse consigo misma, aunque seguía refunfuñando cada vez que el nombre de ese diablo llamado Dorian aparecía en la conversación.

—No volveré jamás a ese antro de juego —apuntó con vehemencia *lady* Ofelia—. Poco me importa que lo hayan bautizado como El Paraíso, es un purgatorio de terciopelo rojo.

Temperance, que reía con una taza de porcelana entre las manos, la miró con ternura.

—No te obligaremos a regresar a ese lugar, Ofelia. Aquí estás a salvo. Mi esposo te protegerá y no habrá fuerza en Londres que te arrastre de nuevo a Saint Giles, ni a casa de lord Mabry.

—Si aparece ese tirano de Dorian Taverham por esa puerta —siguió Ofelia, señalando el umbral—, juro que le tiraré la tetera, con el agua

ardiendo, por encima. Me dejaste sola con él cuando desapareciste con tu esposo, Anastasia. ¿Sabes lo que me costó huir de allí?

—Lo siento. Pero te garantizo que si Dorian te permitió marcharte no fue porque tú huyeses, aunque lo creas así. Ese hermano Taverham… deberías tener mucho cuidado con él —le advirtió con suavidad Anastasia.

—¿Cuidado? ¡Ya lo tengo! ¿Qué le he hecho yo para que me deteste tanto? —se quejó. Ante esa frase Temperance y Anastasia intercambiaron una mirada cómplice de la que ella no se percató.

—Bueno, amiga mía, si pretendes abrasarlo con el té por sus crímenes, procura no acertar en el chaleco, suele usar terciopelo y ya sabemos que las manchas en ese tejido son imposibles de quitar.

Las tres se rieron.

Anastasia se inclinó para coger otra galleta. Estaba radiante. La felicidad había borrado las sombras de su rostro, y aunque seguía siendo la dama desafiante que había incendiado la noche londinense con sus canciones desde Saint Giles, en

esos momentos había en su mirada una luz más cálida, más profunda. Sus amigas eran conscientes de todo ello.

—Estás diferente —dijo Temperance, mirándola con perspicacia—. Más serena. Diría que por fin has dejado de luchar contra el mundo. Por cierto, has tardado mucho en venir a verme. Ah, y seguí de cerca las peripecias de tu esposo y las tuyas propias en el periódico. Como no me pediste intervención, di por supuesto que pensabas apañártelas sola. Me costó muchísimo que Sebastian se quedase al margen. Si se lo hubiese permitido, le habría dado su merecido a Julian por ser un mequetrefe sin escrúpulos.

—Ah, no, no —intervino Ofelia—. No hacía falta que Sebastian le atizase. Ya lo hizo Dorian por todos nosotros. —No se dio cuenta de que había hablado con demasiada familiaridad de ese hermano Taverham.

—¿Cómo has dicho? —se adelantó a la pregunta Temperance.

—Lo que habéis escuchado. Dorian se peleó con Julian en medio del club porque él se había casado con su amiga y se estaba portando como un imbécil.

—¿De dónde has sacado esa información? —inquirió de inmediato Anastasia, eso era nuevo.

—Dorian mismo se quejó de que había tenido que ser vuestro ángel de la guarda cuando Julian apareció para llevarte a casa la última noche. Tú misma lo escuchaste, lo que no sabes es que luego se jactó de haber hecho entrar en razón a su hermano mediano a base de varios puñetazos una semana atrás.

—¡Dios del cielo! —gimió Anastasia—. Yo no pretendía que mi esposo se pelease con sus hermanos por mi culpa.

—No te preocupes tanto —tomó la palabra Temperance—. Esos tres no necesitan mucha motivación para estar odiándose todo el tiempo. Sé de lo que hablo. Cuéntanos mejor por qué tienes ese brillo sublime en la mirada y sonríes como si fueses una debutante en su primera temporada.

Anastasia no respondió enseguida. Jugó con la cucharilla en su taza, luego alzó la mirada y asintió con lentitud.

—Porque soy feliz. Muy, muy feliz. Realmente feliz —remató la repetición.

Ofelia abrió los ojos, complacida.

—Lo sabía ¡Estás casada y eres feliz con lord Julian Taverham! ¡Con Julian!

—Con Julian, efectivamente —afirmó Anastasia, y una sonrisa le curvó los labios—. No sé cuándo sucedió. Tal vez fue la primera vez que me dejó ganar al *whist*, después de que enterrásemos el hacha de guerra, por supuesto. O la primera mañana que me llevó el desayuno a la cama sin decir una sola palabra. Se limitó a dejarlo sobre la mesilla y se marchó, como si entendiera que aún no estaba lista para levantarme de inmediato.

—Eso es amor —musitó Temperance, emocionada.

—Sí —dijo Anastasia, casi en un susurro —. Estoy enamorada de él. Y creo que no me asusta decirlo en voz alta, porque… porque no espero que me salve ni me prometa cuentos de hadas. Solo quiero seguir construyendo esto que tenemos, día a día. Es mío. Es real.

Ofelia se acercó y le agarró la mano con fuerza. Una señal de férrea amistad.

—Te lo mereces, Anastasia.

—Las tres lo merecemos —dijo Temperance, tras dejar su taza vacía sobre la mesa—. Por eso, tengo una idea. Vamos a dar una fiesta.

Anastasia la miró y arqueó una ceja.

—¿Una fiesta?

—Sí —afirmó la condesa de Ashbury con firmeza—. Será una gran fiesta en mi casa. Formal, elegante y con buena parte de la sociedad presente. Quiero que todos vean que el matrimonio de lord y *lady* Julian es fuerte, que el escándalo ha quedado atrás y que tú eres una esposa adorada, no una fugitiva de El Paraíso a la que su esposo mantiene en las mazmorras por sus transgresiones.

—¿Eso están diciendo de mí? —inquirió mortificada Anastasia.

Temperance asintió.

Ofelia rompió a reír y luego dijo:

—Eso será un espectáculo, que os vean enamorados…

—Un espectáculo, sí —concedió Temperance—. Pero uno bien dirigido. *Lady* Julian

será el centro, con lord Julian a su lado. Y esta vez —miró a Anastasia con cariño—, las cita será para aplaudir, no para juzgar.

Anastasia se quedó un momento en silencio, luego asintió despacio.

—Hagámoslo.

—No jugaréis a las casamenteras conmigo —las avisó Ofelia intuyendo que Anastasia solo sería la primera parte del plan de la fiesta—. He decidido convertirme en una molestia para ambas. Viviré seis meses con una y otros seis con la otra. Y por amor de Dios… Os lo ruego, no invitéis al tirano de Dorian Taverham…

Y así, entre sonrisas cómplices y el aroma del té, nació la idea que devolvería a *lady* Julian a los salones. Esta vez, no como un escándalo andante… sino como la protagonista indiscutible de una historia feliz escrita con orgullo.

En cuanto a Ofelia, quedaba esperar para ver si seguiría soltera o encontraría al fin el amor.

En Londres, durante un baile, cualquier cosa podía pasar. Bien lo sabían Anastasia y

Temperance…

Capítulo 13

Un baile… desconcertante

La mansión de los condes de Ashbury resplandecía esa tarde con una vitalidad casi primaveral, aunque aún quedaban rastros de la humedad del invierno en los jardines. Los lacayos iban y venían como piezas de un engranaje bien engrasado, colgando guirnaldas, puliendo candelabros y vigilando que cada alfombra estuviese bien alineada. Todo debía estar perfecto, pues se trataba del primer gran evento que *lady* Ashbury organizaba desde el nacimiento de su hija, y la anfitriona deseaba algo más que impresionar, dado que pretendía enviar un mensaje claro a toda la aristocracia.

Lady Julian Taverham y su esposo serían, sin lugar a duda, los protagonistas de la velada. La

reconciliación entre ambos, ese matrimonio improbable que muchos habían dado por muerto antes incluso de nacer, iba a ser celebrado bajo la luz de los salones, con música y exquisito champán para silenciar cada murmullo de maledicencia.

Una hora antes del inicio de la fiesta, el salón de baile estuvo dispuesto. Las orquídeas blancas se mezclaban con cintas en tonos granates, y la orquesta afinaba los instrumentos con la promesa de una noche memorable.

El duque de Grafton había llegado antes que el resto de los invitados, por lo que se encontraba ya en la biblioteca contigua al salón principal, sentado en un cómodo sillón con una copa de jerez en la mano, conversando con Sebastian, quien estaba de pie junto a la chimenea.

—Ha sido una buena idea —señaló el duque, tras ingerir un sorbo de licor—. El baile. Casi me hará olvidar que estaré rodeado de nobles con peinados absurdos y modales demasiado refinados, porque mi hija y su esposo tendrán toda mi atención. Confío en que todo salga bien y dejen de cuchichear sobre ellos.

Sebastian alzó una ceja.

—Mi esposa ha puesto mucho empeño. Se merece que todo salga mejor que perfecto y así será. Temperance no hace nunca nada si no logra su cometido.

—Ah, Temperance… —musitó Grafton con una sonrisa pícara—. Si todos los hombres tuviesen la suerte de casarse con una mujer que les dijera lo que tienen que hacer y, además, les hiciera creer que fue idea suya… el mundo sería más eficiente. Sé de lo que hablo. ¿Tú también, Ashbury?

—Algunos hemos aprendido a agradecer esa habilidad, sí —replicó Sebastian, sin pestañear.

—¿Qué opinas de Julian? ¿Se reformará? —preguntó el duque, girando la copa entre los dedos —. ¿Crees que sobrevivirá a su matrimonio con mi hija?

Sebastian se acercó al aparador para servirse él una copa de jerez.

—Sinceramente, no lo veía claro. Julian no es… convencional. Ya siendo pequeño le demostró a mi padre que tenía sus propios pensamientos y que no se doblegaría. Tampoco es predecible. Ha dejado el club, cierto que Dorian le retiró la membresía porque se pelearon… Ah, eso me recuerda que mi

hermano pequeño defendió el honor de su hija, Grafton.

—¿Eso hizo ese otro granuja que tu padre maldijo también en vida?

—Así fue. A golpe de puñetazo.

—Sois tres hermanos muy… peculiares.

—Julian ya no juega. No coquetea con todo lo que respira. Incluso… escucha a su mujer. Eso me ha dicho Temperance que le dijo Anastasia cuando la visitó hace un par de semanas.

—¿Escucha? —Grafton carraspeó—. ¿A mi hija?

—A ella. Y a sí mismo, me atrevería a decir. Le ha sentado bien enamorarse como un idiota. Esas últimas no son palabras de mi condesa, ella solo se limitó a decir que está segura de que ambos se han enamorado —puntualizó.

El duque se rio. Un sonido hondo, genuino.

—Te sorprendería saber cuántos grandes hombres han empezado por ahí. Aunque debo

reconocer que mi pequeña ha sido mucho más benévola con él de lo que me imaginaba.

—¿Benévola? ¿Anastasia?

—No se lo digas, pero la conozco mejor que ella misma. Si no se hubiese enamorado, lo habría hecho trizas por haberla dejado sola aquella primera semana. Y me habría llamado a mí para enterrar los restos.

—¿Y usted no pensó en intervenir? A mí Temperance me frenó más de una vez para que no sacudiese a Julian por ser un tonto.

—¿Yo? ¿Intervenir? ¡Por supuesto que no! —replicó con energía—. Yo intervengo cuando hay peligro real o cuando me lo piden. Tu hermano, por cierto, vino a hablar conmigo y le ofrecí consejo como si fuese mi propio hijo.

—¿Julian fue a buscar su consejo? —Estaba asombrado.

—Así ocurrió.

—¿Cómo un padre?

—No te sorprendas tanto, Sebastian —se permitió usar su nombre de pila—. Sé lo que es ser un joven libertino a punto de sufrir un ataque de apoplejía por una mujer. Y tú también lo sabes, aunque nunca fuiste un disoluto como Julian o como yo.

—Mi esposa se enamoró de mí porque siempre fui un perfecto caballero —presumió.

—Muchacho, las mujeres desean domesticarnos y debemos dejarnos. ¿Fui yo a pedirte cuentas a ti cuando tu esposa llegó a mi casa con los ojos enrojecidos después de vuestra boda?

—*Touché*. —Sebastian y Temperance también tuvieron sus propios problemas cuando su historia comenzó.

—Cuando nos enamoramos, el deseo de un hombre es ser digno de la mujer que ama.

—Me alegra ver que la sangre no ha llegado al río. Temperance insiste en que nunca vio a Anastasia tan feliz, ilusionada y enamorada.

—Bien, bien. Buenas noticias. Ya veremos cómo se comportan esta noche, con toda la alta sociedad espiándolos de frente.

—Tengo fe en ellos.

—Como debe ser, Sebastian. Como debe ser.

—Me alegra que Julian pueda estar comenzando a asentarse. Siempre he querido lo mejor para mis hermanos, aunque ellos no me han dejado nunca intervenir en sus vidas, tal y como a mí me hubiese gustado hacer.

—Tu padre… Siento que os haya tocado ese padre. Se lo dije a tu hermano, el mío también era satanás resucitado. Creo que fue por eso por lo que siempre os he tenido un especial afecto a Julian y a ti. Dorian no quiso pasearse entre los salones nobles y no he llegado a conocerlo bien, confío en que eso cambie dentro de poco.

—¿Piensa hacerse socio de su club y comenzará así a confraternizar con ese Taverham, Grafton? —inquirió sorprendido.

—No, el tiempo de ser un sinvergüenza y apostar ya pasó. No tendré que ir al club, sospecho que comenzaremos a verlo muy a menudo… —expuso enigmático.

—¿A qué se refiere? —A Sebastian le parecía que el duque hablaba en clave secreta.

—¿No te ha dicho nada tu mujer?

—¿Acerca de qué?

—Ah, me agrada tener más información que tú. He estado preocupado, al igual que tú por Ofelia.

—¿Qué tiene que ver la prima de mi condesa con nuestra conversación?

—Oh, muchacho, no pienso desvelarte la sorpresa. ¿Quieres apostar algo a que tu hermano pequeño asiste a la fiesta de tu condesa? Ya sé que te he dicho que hace años que no apuesto, pero la ocasión me parece fantástica para hacerlo.

—¿Dorian en una fiesta?

—Eso creo, sí.

—¿Dorian, en una fiesta, aquí en mi casa, cuando pregona frente a todo el que quiere escucharlo que me odia tanto o más que a mi padre?

—Sí. Eso mismo. Estoy convencido de que lo veremos. ¿Qué te parecen diez libras?

—Le he dicho que soy un perfecto caballero. No puedo apostar, cuando sé que ganaré con absoluta certeza.

—Dame el capricho, aunque así lo consideres, Sebastian. ¿Sí?

—Está bien, pero no diga que no se lo advertí cuando las pierda.

—Muy bien. Por cierto, ¿qué te parece que Julian vaya a ser el padre del próximo duque de Grafton?

—¿Perdone? —le salió un graznido.

—Ah, ya veo que hay muchos detalles que no sabes. Te los contaría todos, pero se nos ha hecho tarde y tendremos que arriesgarnos a salir —sugirió Grafton, cambiando por completo el rumbo de la conversación.

Sebastian no insistió en el asunto. Ya se enteraría de todo lo referente a Ofelia… ¿Ofelia con Dorian? ¿Era eso lo que había insinuado Grafton? No, seguro que no. Y en cuanto a lo otro, ¿Julian padre

de un duque? Eso sí que podía creérselo, averiguaría los pormenores en otro momento.

—Si mi esposa nos descubre escondidos aquí, temerá que conspiremos para escapar. Sabe que no me siento cómodo cuando debo sociabilizar.

—Lo estamos haciendo ahora tú y yo, lo haces muy bien. Bueno, vayamos a enfrentarnos al mundo, Sebastian. Y a las tías solteronas con exceso de encaje. ¡Maldita sea, cómo pican esos abanicos!

Juntos salieron de la biblioteca hacia la luz de los salones, sabiendo que esta vez, al menos por esa noche, no había motivo alguno para estar asustados.

***

La sala de baile comenzaba a llenarse de risas, de algún que otro cortejo, de sedas crujientes y perfumes delicados. Los músicos comenzaban a tocar desde el estrado, mientras las damas buscaban las columnas para apostarse estratégicamente y los caballeros se ajustaban sus guantes con fingida

indiferencia. Era el evento del mes, y *lady* Ashbury había orquestado cada detalle con la pulcritud de una estratega.

Lady Ofelia Mabry estaba sentada junto a uno de los ventanales, ligeramente apartada del bullicio, con un abanico cerrado entre los dedos y la mirada distraída en los reflejos de los candelabros. Llevaba un vestido de gasa marfil con bordados en hilo de plata, sencillo pero exquisito, y el cabello recogido en un moño tan perfecto como el gesto sereno que se había dibujado en su rostro. Nadie hubiese adivinado la tensión que se anudaba en su espalda ni el modo en que el corazón se le aceleraba cada vez que alguien entraba en la sala.

Y entonces, llegó él. Un hombre que la detestaba con todas sus fuerzas. No entendía el motivo por el que siempre se mostraba tan desagradable con ella. Allí donde Dorian Taverham era atento con Temperance, dulce con Anastasia, con ella era un… un… ¡un tonto! Sí. Eso era.

Dorian Taverham no era un hombre que pasase desapercibido, y menos en un lugar como ese. Llevaba un frac negro con solapas de raso, el chaleco de brocado gris oscuro y su expresión iba a medio camino entre el tedio y la amenaza. Era peligroso. Algunos hombres se apartaron al verlo, las

damas cuchichearon con deleite. No pertenecía a ese mundo, pero se movía por él con la soltura de quien podría comprarlo y prenderle fuego en el mismo gesto.

Mientras, los ojos de Dorian se movían con avidez por el salón. Buscaban y pronto encontraron lo que era de su interés.

Ofelia apartó de inmediato la vista de él, pero antes se había dado cuenta de que se acercaba hasta su posición. Era imposible no notarlo. La multitud parecía abrirse a su paso como si supiera que aquel no era un caballero dispuesto a bailar ni a sonreír. Ella decidió que no iba a huir. Se preparó para recibir su desprecio como siempre ocurría.

—*Lady* Ofelia —dijo él al detenerse frente a ella, con una inclinación escueta y sin traza de cordialidad.

—Lord Dorian —replicó ella sin alzar la voz, pero con la columna más recta que nunca.

—Así que aquí estás, cordero. Reapareciendo en sociedad como si no hubieses estado en un club de dudosa reputación.

—Consideré que mi paso por El Paraíso ya había finalizado, además la reputación de una dama está sobrevalorada.

—La reputación de una mujer de tu clase es lo único que realmente le pertenece. Y… te fuiste sin despedirte. Cualquiera diría que huiste de mí.

—Por supuesto que no hui de usted —rebatió ella, sin atender la otra verdad que él acababa de decir.

—¿Entonces por qué te marchaste a toda prisa?

—Usted no es nada mío, no tenemos relación alguna, y yo no tengo por qué rendirle cuentas, milord.

Dorian ladeó ligeramente la cabeza, con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Eres una de esas damas mimadas que no se toman la molestia de agradecer lo que los demás hacen por ellas. Lo pensé el año pasado en cuanto te vi.

En ese momento llegó hasta donde la pareja discutía un caballero que Dorian ya había visto

en los jardines de Vauxhall tratando de impresionar a Ofelia.

—*Milady*, milord —los saludó a ambos el recién llegado.

—Largo de aquí —le ladró el pequeño de los Taverham.

—¡Lord Dorian! —lo regañó ella por su salida de tono. No solo la acababa de insultar, sino que se había mostrado muy descortés con un hombre que le demostró interés en aquella fiesta nocturna.

—He dicho que fuera —insistió ese Taverham, así que el otro, conociendo la reputación de quien lo estaba increpando, le hizo una reverencia a Ofelia y se marchó de allí.

Ella se puso en pie en ese momento y miró con rabia a Dorian.

—Si yo soy una mimada ingrata, ¿usted qué es, milord?

Él agitó los hombros en un claro gesto de indiferencia.

—Un bastardo, te lo he dicho ya muchas veces.

Ofelia lo miró con frialdad.

—Oh, cuánto me gustaría ser un caballero para retarlo a duelo. ¿Qué derecho tiene a tratar así a las personas?

—No me disculparé por haber evitado que te exhibieses ante un idiota con pantalones ajustados. No cuando te ofrecí mi casa, contaste con mi protección y luego te fuiste sin mi permiso. Tengo derecho sobre ti.

—Hay en esa frase tantas cosas que puedo desmentir y reprocharle, que no sé por dónde empezar. ¡Ah, sí! ¡Yo no me exhibo! —le lanzó a la cara con rabia—. ¿Permiso para irme de un lugar en el que no quería estar y estuve únicamente para que mi mejor amiga tuviese compañía? De todos los déspotas insensibles que hay en Londres, no creo que haya uno más grande que usted. ¡No tiene ningún derecho sobre mí!

—Vamos, cordero, ¿de verdad crees que puedes ofenderme? A ti lo que te sucede es que soy el único hombre al que no has puesto de rodillas y es tu vanidad la que sufre cada vez que me ve.

—¡Oh, por Dios! Está bien, me niego a soportar más insultos. Si quiere pelea se la daré. Para sentirse ofendido, milord, uno debe tener algo de orgullo. El suyo está enterrado en algún sótano de Saint Giles. Eso sin olvidar que no es usted *lord* de nada, por si aún no se ha enterado, señor Taverham —le soltó ella con una sonrisa venenosa.

—¿Y qué importa? —replicó él, con descaro—. La mitad de Londres cree que soy lord Dorian. Y la otra mitad no se atreve a preguntarlo. —Inclinó apenas la cabeza. Sonrió. Fue una sonrisa peligrosa. Le gustaba verla enfadada. Era puro fuego —. Te has vuelto más afilada desde que dejaste mi casa sin despedirte —insistió.

—Y usted más patético si sigue contando los días que han pasado desde entonces.

—¿No crees que te debo una reprimenda por tratar así a tu anfitrión?

—¿Por haberme marchado? ¿Por no soportar sus órdenes, su vigilancia, sus amenazas veladas? No soy de su propiedad, lord Dorian.

—No, no lo eres —dijo él, dando un paso más hacia ella—. Eres un problema. Uno que no quiero dejar suelto entre aduladores de poca monta,

lo último que necesitas es creerte más hermosa, hacerte más altiva o cosechar más admiradores.

—¿Y quién le ha dado ese derecho? ¿Se ha vuelto mi tutor legal acaso? Soy mayor de edad. ¿O cree que porque alguna vez compartí su techo puede marcarme como a una de sus posesiones?

—No soy tan arrogante.

—Sí lo es. Eso y mucho más. El que siente su vanidad por los aires, milord, es usted, no yo.

Se miraron durante varios minutos. De modo un intenso. Ofelia no retrocedió, aunque su pierna le gritaba que se sentara porque estaba sintiendo un tirón que al final le hizo exclamar un pequeño quejido. Los ojos de él recorrieron su rostro con frialdad.

—¿Te duele la pierna? —soltó de pronto —. Una mujer de tu condición no debería estar en un baile.

Ella se negó a echarse a llorar. De todos los insultos que le había propiciado desde que lo conoció, ese era el más humillante.

—Gracias por recordármelo. Entre tanto caballero educado que no tiene el derecho a señalarlo, a veces olvido que soy una tullida.

—No lo he dicho como ofensa.

—Ah, ¿no? ¿Y qué sería entonces? ¿Un halago velado?

—Bailarías esta noche con el tipo equivocado y podrías hacerte más daño.

—Ojalá pudiera bailar aunque fuese con el equivocado —replicó ella, con una sonrisa que no alcanzó sus ojos—. Yo no bailo nunca.

—¿Y eso por qué? ¿Es otro intento tuyo de mantener el interés de esos estúpidos? ¿Una artimaña para hacerlos suspirar porque saben que nunca bailas y tienen la esperanza de que al final elijas a alguno?

Ella apretó los dientes.

—Me rindo. Lo confieso, no soy rival para un tipo como usted. Quería humillarme y lo ha conseguido. Adelante, ríase de la tullida que no ha bailado jamás, poco me importa lo que pueda pensar

un hombre que asegura que odia a sus hermanos con todas sus fuerzas.

—¿Quién te ha dicho que los odio? —No iba a hablar sobre lo otro que le había comentado, porque ni él mismo comprendía qué demonios hacía en un aburrido baile cuando en el club tenía tantas cosas que atender.

—¿No es cierto que los odia?

—¿Y qué te importa a ti mi relación con ellos?

—¿A mí? A mí no me importa nada que tenga que ver con usted, solo me limito a explicar la clase de hombre que es, porque yo hubiese dado la pierna entera por tener un solo hermano que me protegiera de…

—¿Que te protegiera de qué? —la azuzó.

—¿Qué le he hecho yo para que no pueda darme paz? Un caballero que no tolera a una dama, se limita a saludarla y la deja tranquila, no la mortifica. A veces incluso la evita.

—Yo no soy un caballero.

—Cierto, es un bastardo.

—Ah, ¡qué valiente! Al fin me has insultado. ¿Está permitido que una dama de tu clase maneje este tipo de palabras?

—¡Pero si es usted el que se refiere a sí mismo de ese modo tan grosero cuando viene a irritarme cada vez que nos vemos!

—Vengo a darte conversación para que no te aburras.

—¿Qué?

—Confiesa que lo que te molesta es que yo no me ponga de rodillas ante ti.

—¿Otra vez con eso? —Si tuviese una copa, aunque fuese de ratafía, se la echaría por encima. ¡Ese hombre la enervaba!

—Lo siento, cordero, acaba de entrar alguien a quien esperaba ver. Tendrás que buscar a otro para que te entretenga, mi noche a tu lado resultaría aburrida, en cambio, con ella… —Los ojos de Dorian se dirigieron hacia un lugar en el que había una dama con un escotado vestido verde que dejaba poco a la imaginación—. Será divertido encandilar a

una mujer que se lo merece. ¿O vas a ofrecerme una diversión que no podré rechazar? —inquirió en tono seductor.

Ella resopló. Dorian soltó una carcajada seca.

—Es usted un… un… un…

—Dilo otra vez —la retó—. Ambos sabemos que lo que te molesta de mí es que a los demás los haces sonreír sin esfuerzo y a mí no puedes controlarme porque no me rindo ante ti.

—¡Váyase a conquistar a su presa, se lo ruego! —pidió cansada.

—Me iré, pero no porque tú me lo ordenes, sino porque la dama es de índole celosa y, aunque no eres ni de lejos la mujer más hermosa de la fiesta, podría retirarme sus favores si no la adulo como se merece.

—¿Pero por qué sigue aquí? —Podría darle un empujón a ver si así la dejaba en paz de una vez.

—Está bien, te dejaré para que tus pretendientes puedan venir a probar suerte, de otro

modo tu vanidad se desinflaría. No debo preocuparme, eres tan arisca y altiva que ninguno te tomará en serio. —Acto seguido, se dio media vuelta y la dejó con la boca abierta.

Ofelia no lo entendía. ¿Qué le importaba a él si alguno de los caballeros presentes decidiese hacerle caso?

Apretó los dientes y se retorció las manos, imaginándose que era el cuello de Dorian Taverham lo que tenía entre los dedos.

—¿Ofelia? —Temperance llegó a su lado.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—No. No lo estoy. Odio con todas mis fuerzas a Dorian Taverham. ¿Cómo puede ser Sebastian tan perfecto y él tan… tan… tan…? —Maldito fuese él, porque solo le venía la mente la palabra bastardo y no quería volver a repetirla jamás.

—¿Te ha estado molestando?

—Lo ha hecho desde la primera vez que nos vimos en Hyde Park? ¿Por qué me trata así?

—De verdad que… ¿no lo sabes? —indagó Temperance. Ella tenía ciertas sospechas sobre los motivos que hacían que Dorian estuviese tan pendiente de su prima.

—¿El qué?

—Verás, Sebastian sostiene que hay caballeros que actúan de un modo… cuestionable con las mujeres a las que quieren impresionar.

—¿Ah, sí?

—Sí, Ofelia.

—No lo sabía, pero… ¿qué tiene que ver Dorian con eso?

Temperance suspiró.

—Nada en absoluto. Ven, quiero presentarte a un par de caballeros que Sebastian mismo ha aprobado para que te relaciones con ellos.

La mirada de Ofelia, por algún motivo que no entendía, buscó entre la multitud al hermano menor del esposo de su prima. Dorian había llegado junto a la mujer que pretendía conquistar. Ofelia lo

fulminó con la mirada, él le guiñó un ojo. ¡Le guiñó un ojo!

—Bárbaro despreciable, hijo de una mofeta sucia y maloliente…

—¿Ofelia? —la llamó Temperance cuando vio que ella estaba refunfuñando y no la seguía.

—Sí, vayamos, prima.

Mientras Temperance se disponía a ejercer de casamentera, Dorian examinaba a la mujer que le había dicho a Ofelia que sería su cita esa noche. No. No le agradaba nada, así que cuando la dama se apartó de él para comenzar a hablar con otro caballero que se veía muy interesado en llevársela a la cama, él no movió un dedo para reclamar su atención.

Sebastian llegó a su lado en ese momento.

—Me has hecho perder una apuesta.

—¿Desde cuándo apuestas, Ash?

—Desde que Grafton afirmó que estaba seguro de que vendrías esta noche y yo le dije que

jamás asistirías a un acontecimiento de este tipo. He perdido.

—Temperance me envió una invitación. No pienso ser cruel con la mujer que se casó contigo.

—¿Por qué motivo no lo serías, Dorian?

—Porque tu condesa te mantiene entretenido y al fin has dejado de venir a molestarme. Le debo gratitud eterna.

—Ya… No tiene nada que ver Ofelia para que hayas decidido aceptar la invitación.

—¿Quién? —preguntó fingiéndose perdido en la conversación.

—Esa mujer merece dulzura y ternura, Dorian. Un hombre que ha sufrido tanto como tú no puede…

—Un momento —lo detuvo—. Hemos decretado que te ocupas de tu esposa, de tu hija y de Melani. No de mí.

Sebastian no le hizo caso, siguió hablando, porque para eso era el hermano mayor y se ocupaba de quienes le importaban:

—No sé lo que le has dicho a Ofelia, Dorian, pero te he visto hablando con ella. También he observado las reacciones de la prima de Temperance. La estabas irritando.

—Esta fiesta está resultando tediosa, es hora de abandonarla

Sin más, Dorian Taverham se dio media vuelta y se marchó de la casa de los condes de Ashbury. Sebastian se quedó allí, resignado. Bueno, por lo menos uno de sus dos hermanos parecía estar alcanzando la felicidad.

Capítulo 14

Una pareja escandalosa

La sala principal de la residencia de los condes de Ashbury bullía de murmullos cuando las puertas dobles se abrieron para dar paso a la atracción de la noche. No fue un anuncio oficial ni una voz que reclamara atención. No hizo falta. Bastó con el leve crujido de las bisagras y el sonido elegante y pausado de unos pasos sobre el mármol pulido para que toda conversación descendiera de tono. Como si, de pronto, todos los asistentes supiesen que acababan de presenciar el motivo por el que se había organizado el baile.

Entraron juntos.

Lord y *lady* Julian.

Anastasia Taverham lucía un vestido color rubí, sin adornos superfluos. El tono profundo hacía resaltar su piel blanca y su porte era el de una mujer que ya no pedía permiso para caminar a paso firme entre la alta sociedad. Los hombros los llevaba al descubierto —una osadía en más de un sentido—, el cabello lo tenía recogido en una trenza que se entrelazaba como la corona de una guerrera, y en el rostro mostraba esa media sonrisa que no era del todo amable.

A su lado, Julian Taverham era la imagen perfecta del libertino reformado. Iba de negro, impecable, el pañuelo de la corbata era de un tono marfil, el chaleco lo llevaba ajustado con elegancia y el cabello tan domado como su expresión. No sonreía. Tampoco desafiaba. Su único gesto de afecto era la forma en que le ofrecía apoyo a su esposa, con los dedos cubriéndole ligeramente la muñeca, como si no estuviera dispuesto a soltarla ni aunque la tierra se abriera bajo sus pies.

Una corriente invisible recorrió la sala.

—Son ellos —murmuró una matrona al fondo, ocultando el rostro tras un abanico.

—Vaya, pues parece que no están a punto de separarse como decían las apuestas en White's… —añadió otra, disimulando poco su tono decepcionado.

—¿No fue ella la que cantó en el club del hermano menor de su esposo? —le susurró una debutante a su madre.

—Y con trajes rojos. ¡Como si fuera una actriz! —graznó otra viuda, entristecida porque al parecer el granuja impenitente ya no volvería a estar disponible.

—Pues yo creo que está espléndida —dijo un joven vizconde—. Nunca había visto a una mujer tan… llena de vida.

Julian y Anastasia no miraron a nadie. No alzaron el mentón con soberbia, ni buscaron ojos cómplices. Caminaron como si supieran que les pertenecía ese espacio. Como si hubieran cruzado un infierno juntos y no hubiese nada ni nadie que pudiera arrancarles la paz recién conquistada.

El duque de Grafton, que había salido de la sala de cartas al percibir el cambio repentino del ambiente, los vio avanzar desde uno de los extremos de la sala. Sus ojos, tan agudos como siempre, se

detuvieron en la expresión de su hija. No había sombra en ella. Ni rastro de duda. Lo sabía. Anastasia Taverham era una mujer amada. No por la sociedad, no por el protocolo, sino por su esposo.

Y Julian… ese granuja encantador de modales afilados y pasiones indomables… Julian parecía distinto. No domesticado. Pero sí dispuesto a todo por la mujer que llevaba del brazo.

El silencio continuó hasta que ellos se detuvieron bajo el arco floral del salón, frente a los anfitriones. Entonces, Julian asintió brevemente hacia Sebastian, que le devolvió el gesto sin sonreír. Temperance, en cambio, le dedicó a su amiga una mirada cálida. Anastasia se inclinó hacia ella y le susurró algo que solo la condesa oyó. Después, se giró hacia el resto del salón y tomó la iniciativa.

—Buenas noches —dijo con voz clara, suave, pero firme, porque nadie había dejado de contemplar a la pareja.

Lady Julian habló como si nada hubiera pasado. Como si no hubieran escandalizado a media Inglaterra, como si no hubiese habido una boda precipitada y discreta, un escándalo en la prensa, una noche de bodas inexistente y varias semanas de desaparición voluntaria.

Ella hablaba, y Londres escuchaba.

Julian simplemente la observó. Él comprendió que la guerra ya no era entre ellos, porque estaban del mismo lado.

El primer compás del vals se deslizó en el aire como un murmullo. La música comenzó a vibrar con una cadencia lenta, ondulante, de esas que parecían surgir de otro tiempo. Era un vals de los antiguos, de los que evocaban imperios y jardines lejanos, donde el amor aún era una promesa prohibida.

Anastasia no necesitó que Julian le ofreciera la mano. La de ella ya estaba en la suya.

Él solo le dio un leve apretón, suficiente para que ambos comenzaran a avanzar hacia el centro del salón, donde las miradas aún los seguían como una sombra muda. Comenzaron a bailar. La música parecía girar a su alrededor como una espiral invisible. Y con cada paso, con cada movimiento preciso de sus cuerpos, algo en ellos comenzaba a transformarse.

Anastasia se sentía ligera. No como una flor o una pluma, sino como una mujer que ya no necesitaba demostrar nada. Su vestido rojo rodaba

con cada giro como si quisiera incendiar el suelo bajo sus pies. Su melena recogida temblaba con cada cambio de dirección. Y en su rostro… en su mirada no había más que rendición orgullosa.

Julian la guiaba como si llevara toda la vida bailando ese vals con ella. Y tal vez así fuese. Su mano en la cintura de su esposa no se limitaba a sostenerla, la poseía con ternura. Los dedos en su mano no se limitaban a marcar el ritmo, la acariciaban como si danzar con ella fuera una forma de hablarle sin palabras.

—¿Todo Londres nos sigue observando? —susurró Anastasia mientras giraban.

—Todo Londres puede arder, cariño —respondió él.

Ella sonrió. Y él supo que, si el mundo se esfumase en ese instante a ella no le importaría en absoluto.

Las parejas a su alrededor habían empezado a moverse, aunque todas lo hacían con una cautela evidente. Nadie quería interponerse en ese vals. Nadie quería desviar la atención del espectáculo que ofrecían los Taverham. Pues eso era

ese baile: un espectáculo. Un escándalo hecho danza, y, sin embargo, allí estaban. Brillando.

En un momento, el ritmo del vals se aceleró. Julian giró a Anastasia con un ademán amplio y la recogió con un movimiento rápido y limpio. Ella se quedó atrapada entre sus brazos. El rostro de ambos, a escasos centímetros. Su respiración era un solo hilo. El mundo permanecía en suspenso.

—¿Estás bien? —inquirió él.

—Nunca he estado mejor.

—Sabes que esperan que hagamos algo del todo impropio, ¿verdad?

—¿Qué me importará a mí lo que ellos deseen?

—¿Y te importa lo que yo desee?

—Ya sabes que sí.

—Entonces, démosles algo de lo que hablar mañana, ¿quieres?

Anastasia se rio con franqueza. Todos la examinaron con mayor interés.

—Estoy en tus brazos, yo diría que a tu completa disposición.

Y entonces, sin avisar, sin protocolo, sin pedir permiso, Julian Taverham inclinó el rostro y besó a su esposa.

No fue un roce casto, tampoco una muestra de afecto contenida. Fue una declaración. Fue fuego, una promesa, una demostración. Fue la forma más hermosa de decir: «esta es mi mujer, y la amo». No con palabras, sino con los labios y el pecho abierto. Con todo lo que un hombre como él, que había sido criado en la oscuridad, podía ofrecer cuando al fin encontraba la luz.

El salón se quedó congelado.

Una mujer mayor se tapó la boca con el abanico. Un joven conde soltó una carcajada entre dientes. Un viejo dragón dejó caer su copa. Un violinista erró una nota.

Pero no importó. Porque al borde de la sala, de pie junto a una columna decorada con claveles, Temperance asintió y rompió en aplausos.

Sinceros. Altos. Conmovidos. La emoción se le marcaba en los ojos.

A su lado, Ofelia —fascinada y llena de admiración, también un poco celosa— no tardó en sumarse. Aplaudió con fuerza y con orgullo.

Uno a uno, otros comenzaron a imitarlas.

El aplauso no fue un gran estruendo. Fue un murmullo sonoro. Un reconocimiento. No a los modales, ni al deber. A la verdad. A la posibilidad del amor allí donde nadie apostaba por él.

Julian no se apartó de Anastasia.

Ella tenía las mejillas encendidas, los labios húmedos y los ojos, esos ojos que antes lo fulminaban al tiempo que condenaban, le brillaban en esos momentos con otra clase de fuego. Uno que él sí reconocía. El de una mujer amada y que amaba. El de una esposa feliz.

—¿Sabes qué acabas de hacer? —murmuró ella, sin aliento.

—Sí —dijo él, con la sonrisa torcida que siempre lo había definido—. Acabo de iniciar la segunda parte de nuestra historia. Pienso

protagonizarla como si fuera el héroe que mereces. ¿Me censuras?

—¿Censurarte? Podría comenzar a aplaudirte como el resto por tu osadía.

La pareja empezó a bailar de nuevo, aunque la música ya no sonaba y todos los pasos se habían detenido.

Lord y *lady* Julian giraban solos. Todo Londres entendió que el escándalo había terminado, que el matrimonio había superado las dificultades, y no había nada más aburrido que un hombre que amaba a su esposa, ni tan pasado de moda como que una mujer idolatrase a su marido, así que el revuelo sobre ellos no tardaría en concluir.

Lo que quedaría de ese escándalo que nació al amparo de una biblioteca sin iluminación, sería solo amor.

***

Los días transcurrían con una cadencia inesperadamente constante en la casa de los Taverham. Nada escandaloso sucedía ya, ninguna pelea estallaba, y nadie —al menos por el momento— se escapaba a medianoche para romper la porcelana en el salón a causa de una discusión. De acuerdo, Anastasia nunca había hecho algo semejante, pero pensó en hacerlo muchas veces durante la primera semana de su matrimonio.

La vida matrimonial entre Julian y Anastasia se había asentado con una normalidad casi doméstica, lo cual, para dos personas que nunca aspiraron a una existencia ordinaria, resultaba al mismo tiempo desconcertante y tranquilizador.

El desayuno se servía a la misma hora, entre una conversación templada. Ella tomaba el té con una cucharada de azúcar. Él, café negro y amargo como su humor matinal. Rara vez hablaban de nada importante en esas primeras horas del día. Julian solía leer el periódico —al menos los titulares— mientras Anastasia hojeaba libros de poesía o simplemente lo observaba fingiendo indiferencia, aunque en verdad lo contemplaba llena de satisfacción. ¿Cómo podía él seguir fascinándola cada vez que lo miraba?

Todo seguía sin ser perfecto, era… natural, Sí.

Algunas mañanas, sin embargo, el silencio se prolongaba más de lo necesario. No por hostilidad, sino por cierta sensación de estancamiento que ninguno se atrevía a mencionar. Había días en que Julian salía a cabalgar y volvía cubierto de polvo, con el ceño fruncido, como si el mundo exterior no fuese más que una réplica mal hecha de su propio fastidio. Otras veces, Anastasia se sumergía en el jardín con un sombrero demasiado grande y un libro que no abría, fingiendo interesarse por las buganvillas mientras su mente divagaba sobre la ociosidad de ser mujer.

No obstante, cuando caía la noche, todo el tedio acumulado durante el día parecía desvanecerse al cerrar la puerta de la alcoba. Oh, sí, las noches eran formidables, cargadas de un amor tan paciente, entregado y ardiente que… ¡Qué hombre! Allí, en la intimidad más estricta, la normalidad moría. Lo que los unía en la penumbra era de una naturaleza distinta. Ninguna rutina sobrevivía a sus manos o a su hambre compartida. En la cama, eran otros, más sinceros, sin reservas. Julian, que no creía merecer ternura, la encontraba en la piel de su esposa. Anastasia, que había jurado

no volver a confiar, se rendía ante su pasión con una mezcla desconcertante de abandono y desafío.

Una noche en particular, después de una jornada sin sobresaltos —ni invitados, ni cartas inesperadas, ni siquiera un comentario mordaz de la cocinera sobre el menú—, Anastasia se había reído al ver que Julian intentaba seguir enseñándole a jugar al *whist* en un pequeño salón que ambos utilizaban con asiduidad, con una paciencia tan absurda que le hizo sospechar que se estaba conteniendo a propósito. Él fingía ser metódico, explicándole con voz serena las reglas y estrategias, hasta que ella se cansó y comenzó a agacharse cada vez más el escote de su sencillo vestido.

Julian dejó caer las cartas sobre la mesa con fingida indignación.

—Sabía que eras peligrosa, pero no pensé que también serías deshonesta en el juego.

—¿Y qué esperabas? —respondió ella, acomodándose las faldas con teatralidad—. Soy la hija del duque de Grafton. Mi padre me enseñó que en esta vida no se sobrevive siendo justa, sino astuta.

—¿Tratas de seducirme?

—¿Necesitas una invitación para comprender que tu esposa se siente ansiosa?

—¿Eso es lo que haces? ¿Mandarme señales poco sutiles?

—¿Las quieres más sutiles?

—¿En qué estás pensando?

—¿Y si me arranco el vestido por completo?

—¡Dios, serás mi ruina, mujer! ¿Vamos a la cama?

—¿Por qué? ¿Tienes sueño, esposo? —se burló de él.

—Sabes lo que deseo ahora mismo de ti, Anastasia.

—¿Lo sé?

—¿A qué juegas, mujer? —preguntó con los dientes apretados, pues ella ya se había sacado por completo los pechos de los confines de la tela. Deberían darle una medalla por no haberse abalanzado sobre ella de inmediato. Suerte que era

un gran apostador y sabía contenerse hasta ganar la partida.

—Siempre me he preguntado cómo de salvaje podrías llegar a ser.

—¿Cómo has dicho?

—Eres atento y dulce en la cama.

—¿Te estás quejando de mis dotes como amante esposo? —inquirió perplejo.

—No, en absoluto, pero creo que no te he visto… —dejó la frase en el aire.

—¿No me has visto qué? —la presionó él. Oh, sí, sí. Sabía que estaba jugando con él y sentía curiosidad por saber lo que se proponía.

—Quiero volverte loco.

—¡Ya me vuelves loco! —le dijo.

—Pruébalo —lo retó.

—¿Debo suponer que quieres una seducción más atrevida? ¿Salvaje dijiste antes?

—¿Y si así fuese? —preguntó seductora.

—No creo que estés preparada para descubrir el motivo por el que fui un auténtico canalla antes de casarme contigo —apuntó convencido, porque seguro que su esposa se espantaría si se dejase llevar y le hiciese todo lo que le pasaba por la mente en esos momentos.

—Uhm… ¿Crees que soy una muñeca de porcelana, Julian?

—No sabes el peligro que estás corriendo, mujer, no tientes a un hombre que puede hacerte…

—¿Hacerme qué? —le tocó el turno a ella de azuzarlo.

—¿Quieres ver mi lado más oscuro? ¿Es eso lo que estás provocando?

—¿Tienes un lado oscuro? —preguntó falsamente sorprendida.

—Anastasia… —Su nombre fue un claro aviso.

—Quiero saberlo y verlo todo de ti, Julian. Todo. Aquí y ahora.

—No estás lista.

—Sí y he dicho que aquí y ahora.

—No, esposa mía.

—Pero… —comenzó a oponerse ella.

Él comprendió que no ganaría la discusión así que:

—Anastasia —dijo con voz baja, áspera y sedosa al mismo tiempo—. Esta es mi oferta. Aquí y ahora y… —Julian dejó la frase en suspenso.

—¿Y? —se impacientó ella, sabiendo que se había salido con la suya.

—Será aquí y ahora, como deseas, pero me darás y harás todo lo que te pida y como yo lo desee.

—¿Qué?

—¿No quieres ver mi lado más salvaje?

—Pero…

—¿Tienes miedo, *lady* Julian? —Esa mirada hambrienta que le lanzó a los pechos le provocó un gran cosquilleo. Ah, él había entrado en el juego y esperaba que se retirase, supuso ella.

—¿No podré negarme si algo me incomoda y…?

—No. Pienso hacer lo que me plazca contigo. ¿Lo tomas o lo dejas?

Anastasia lo supo al instante. Lo había provocado demasiado y era una novicia en cuestiones de… perversión. Estaba perdida. Lo veía en sus ojos, lo había empujado al abismo y si se atrevía a retirarse él nunca volvería a salir de esa ternura pasional que le ofrecía en la cama. Y Anastasia necesitaba conocerlo por completo. No quería pasar el resto de sus días creyendo que no le daba todo lo que él necesitaba en la intimidad.

—Acepto —dijo con seguridad.

Julian se levantó tan rápido que la asustó. La hizo ponerse de pie de inmediato. Al siguiente suspiro la había llevado hasta la pared más cercana. La espalda de ella se quedó pegada al torso

de él, por lo que no lo tenía enfrente, sino detrás. Los dos fuertes brazos de su marido se apoyaban a ambos lados de su cuerpo, para mantenerla cautiva. Estaba en una posición muy vulnerable. No le importó.

—¿Qué debería hacer contigo primero? ¿Probarte? Uhm… Sí, eso sería delicioso, ¿dónde?—susurró él, rozándole el pabellón de la oreja con los labios—. ¿Tienes alguna sugerencia de dónde podría comenzar a devorarte?

Anastasia le cogió la mano y se la llevó hasta su pecho desnudo, lugar en el que Julian colocó la palma. La posición era excitante, porque ella no podía verle el rostro, dado que la mantenía con la frente pegada al papel pintado de la pared.

—Me gusta mucho cuando me tocas aquí.

Él gruñó, la respiración se le volvió más rápida e impaciente. Comenzó a amasarle el seno que ella tan generosamente le ofrecía.

—Eres mi premio, uno que no esperé recibir pero que me pertenece—dijo con la voz cargada de anticipación—. Y lo único que va a importarte desde este instante es lo que yo quiera.

—Julian… —murmuró la dama, al tiempo que ladeaba el rostro para que sus labios quedasen a escasos centímetros de los suyos—… soy tu esposa, quiero darte todo lo que necesites siempre. Haz conmigo lo que precises.

Anastasia buscó a tientas la cintura de su marido, lo sentía detrás, pero cuando se pegó por completo a ella y percibió su hombría presionando el pliegue de sus nalgas…

—Dios santo, Julian, ¡haz algo más ya! —le exigió.

—No me digas lo que tengo que hacer. No olvides que ahora yo estoy al cargo. ¿Te ha quedado claro? —gruñó él—. Si decido darte placer, será porque así lo deseo. No porque tú me lo exijas.

—Dios… —murmuró llena de excitación. Si él quería que fuese su esclava, así sería—: Por supuesto —susurró la dama, sintiendo cómo la sangre empezaba a arderle bajo la piel. Anastasia comprendió que Julian tenía un nuevo poder sobre ella, uno que acababa de descubrir, porque no sabía que con esa fiereza pudiese hacer que lo desease todavía más de lo que ya lo hacía.

—¿Y si decido convertir el placer en un tormento, Anastasia? ¿O el castigo en el mayor de los placeres? ¿Seguirás mostrándote tan servicial cuando decida quitarte lo que deseas?

—Estoy a tu servicio —replicó Anastasia con un tono suave, que dejaba claro que se había rendido. Julian se tensó detrás de ella—. ¿He dicho algo que no debía?

—Tendrías que negarte. Un hombre no está seguro nunca de cuánta oscuridad lo envuelve y si me das todo el poder sobre ti…

Ahí estaba. Su Julian. No el libertino caído en desgracia al que la sociedad señalaba con el dedo, ni el hombre que se vestía de sarcasmo para no mostrar las heridas que portaba. No. Estaba con su protector. Ese era el hombre que le había dado besos suaves en la mejilla mientras creía que ella dormía. El que tenía el corazón latiendo tan fuerte como el suyo cuando se deseaban. El que escuchaba con interés fingido, pero genuino cariño, cuando ella le hablaba de vestidos o fiestas. Se había convertido en un amigo, en un compañero de vida.

Gracias a Dios, pensó Anastasia, no se había equivocado al confiar en él, porque de haberse

equivocado… aquello podría haberla destrozado: estaba completamente enamorada de él.

Inspiró despacio y se giró con cuidado. Se quedó mirando de frente a su marido. Le acarició la mejilla con ternura.

—Soy una mujer inteligente, ¿recuerdas? Yo confío en ti, porque me haces sentir segura, te lo daré todo y lo reclamaré todo de ti. Sé lo que hago.

—Anastasia, estoy tan roto que si dejo de controlarme, podría hacerte daño con una facilidad que ni imaginas y no hablo solo de dejarme llevar por el deseo físico. Cada día me levanto con el objetivo de ser lo que mereces.

—Cada día me levanto —le copió la fórmula— sabiendo que haces justo eso. No quiero tu fachada, quiero conocerte de verdad. No tienes que ir con cuidado conmigo. No pienso irme.

—Anastasia, no deberías tener tanta fe en mí, no la merezco, porque sé que podría volver a decepcionarte y yo…

—No, Julian. —Y, sin tiempo o contradecirla, acercó el rostro y lo besó. Fue un roce

tierno, suave, cargado de una promesa que no necesitaba palabras.

Él se apartó apenas lo justo para murmurar contra sus labios:

—Tanta fe —repitió— en que no sea tan oscuro como te digo… es un error. Por ti lo intentaré todo.

—Sé quién eres —susurró ella—. No somos un error, nuestro matrimonio no es un error.

Él aflojó el brazo que la había estado inmovilizando. Su mano se deslizó por su cintura, con lentitud hasta su vientre. La acarició con una suavidad que no parecía posible en un hombre como él. Ah, pero ya le había demostrado muchas veces cómo podía amarla y honrarla con su cuerpo. No debería sorprenderse, pero Julian siempre lo conseguía. Ese gesto sencillo la encendió como una llama.

—Mi lado egoísta quiere que te entregues a mí por completo. El protector insiste en que mantengas las distancias. Mi padre solía decirme que yo solo sabía causar decepción entre los que me rodeaban.

—Eso no es verdad.

—Tuve un amigo, hace años. Mi primo Jasper, él y yo éramos inseparables. Los dos pensaron que me conocían. Dado que eres la mejor amiga de Temperance, sabrás que le di su merecido a mi primo por cómo la había tratado cuando se casó con mi hermano mayor.

—Sí, ella me dijo que le atizaste. Dorian y tú fuisteis a verlo. Tengo entendido que salió de viaje el año pasado y no ha regresado todavía.

—Lo haces sonar como si fuese un héroe y no lo soy.

La forma en la que sus dedos trazaban pequeños círculos sobre su abdomen hacía que Anastasia tuviera que contener el aliento para no traicionarse.

—¿Qué ocurrió con el otro amigo que has mencionado? —se interesó.

—Solíamos apostar sobre quién seduciría a la mujer más ardiente de una fiesta. No nos importaban las consecuencias de nuestros actos. ¿Sabes lo que le hizo Jasper a la hermana de Temperance?

—Sí —respondió Anastasia. Ese hombre había seducido a la difunta hermana de *lady* Ashbury con la promesa del matrimonio, para luego dejarla embarazada y casarse con otra mujer por su elevada dote.

—Pues mi primo era el más sensato de los tres, así que te imaginarás en qué nos convertía en eso a mi amigo y a mí. En aquella época yo estaba tan borracho que los recuerdos están borrosos. Cometí crímenes que podrían hacer que me odiases de verdad.

Anastasia no se movió. Pero el temblor en su vientre ya no era solo por la historia. Era por el hombre que tenía delante, uno que, por lo visto, no se había redimido del todo aún.

—No eres el mismo ya.

—Una vez le hice creer a un hombre, con el que al día siguiente iba a apostarme una cuantiosa fortuna jugando a las cartas, que su esposa le había sido infiel. Lo hice porque él jugaba mejor que yo y necesitaba que no tuviese la mente en la partida.

—No eres el mismo —repitió.

—Gané, Anastasia. Lo gané y no sentí remordimiento alguno. Él la abandonó después, porque lo que supuse que fue una mentira, ocurrió en verdad.

—De eso no tuviste la culpa, fue de ella —lo defendió.

—Él no pudo seguir viviendo con la traición, porque la amaba con locura. Un mes después de abandonarla la mató y luego se pegó un tiro.

—No le pusiste el arma en las manos ni lo empujaste a hacerlo.

—No lo entiendes.

—¿El qué?

—No le he permitido a nadie entrar antes. Tú eres la primera persona que trata de conocerme, si quieres hacerlo sin ningún velo debo ser sincero. Pensé que ese hombre al que le mentí era un loco, no me imaginé que una mujer pudiese llevar a la locura a un hombre. Me aterra el poder que tú tienes sobre mí, tengo miedo de decepcionarte, y también temo que tú puedas decepcionarme.

—Pero eso es el amor, Julian. Es confianza, es mantener la serenidad cuando la ocasión lo exige.

—¿Me amas?

—¿No lo sabes aún? Estoy enamorada de ti. Sí, Julian, aquella noche en la que nuestras vidas se cruzaron, no fue solo el destino tejiendo los hilos. Tuviste razón hace algún tiempo cuando insinuaste que yo quería atraparte. Valoré los peligros que rodeaban mis ansias de que me dieses un beso de verdad y los mandé al infierno. Además, antes de que aquello sucediese, yo ya estaba embelesada contigo, aunque me negaba a reconocerlo. Te amo —le confesó con honestidad.

—No me subestimes nunca, protégete, Anastasia, y si no lo haces, será por tu cuenta y riesgo. No te merezco, pero eres mía. Vas a ver quién soy en verdad.

La besó. Anastasia gimió contra su boca y se aferró a su nuca. La mano de Julian ya había encontrado el camino hasta su feminidad. Sus caderas se arquearon buscando más, sin pudor, sin defensa. El placer comenzó a treparle por la columna como una hiedra encendida. Julian abandonó la boca

femenina y sus dientes empezaron a mordisquearle el lóbulo de la oreja. La provocaba sin tregua.

Los movimientos de esa malvada mano eran lentos, medidos, una caricia rítmica que oscilaba entre la dulzura y la crueldad, entre la devoción y el castigo, tal y como le había advertido que ocurriría. Sus dedos presionaban y giraban sobre ese punto tan certero que la volvía loca.

—Has permitido que te posea una y otra vez, Anastasia, pero nunca ha sido como lo será ahora. —La emoción hizo que separase más las piernas para facilitarle mejor la caricia que le dispensaba en el centro de su ser—. Te estoy advirtiendo de tu temeridad, y aun así, sigues abriéndote para mí, a pesar de saber que es posible que acabe decepcionándote… No soy ningún tonto, no te despreciaré nunca.

Ella jadeó. Sí, tenía razón. Anastasia acababa de confesarle que lo amaba, le había dicho que se lo daría todo, no le quedaba ni un pedazo de muralla rodeando su corazón. Julian era su esposo y ella confiaba en poder salvarlo, en que todos los problemas se hubiesen quedado en el pasado. Estaba apostando a que nada ni nadie podría separarlos nunca. Tampoco le permitiría a Julian apartarla.

—Date la vuelta de nuevo y apóyate contra la pared —ordenó él de pronto, su mano dejó de explorar los húmedos pliegues femeninos.

Ella obedeció. Notó la textura del papel pintado de nuevo. Apoyó la frente y las palmas de las manos.

—Muy bien… Eso es, ahora arquea un poco la espalda… así. Perfecta —le dijo cuando ella lo hizo. Acto seguido le levantó la falda y sin advertirle de lo que se proponía la penetró.

Se sintió llena, como si él ocupase todo su interior. No le dio tregua, comenzó a moverse sin tener en cuenta que ella…

—Julian —jadeó—, por favor. Es… eres … demasiado. Esto es… No puedo…

—Abre más las piernas y dame lo que necesito.

No osó quejarse más. Él estaba haciendo que la incomodidad inicial se transformase en un placer exquisito. No le daba tregua. Los movimientos eran constantes, la presión, desquiciante y el placer… insoportable.

El cuerpo femenino temblaba sin control y sus brazos se mantenían firmes porque seguían apoyados contra la pared. Era una lucha. Ella trataba de mantenerlo en su interior para buscar la satisfacción, mientras que su esposo seguía embistiendo con movimientos frenéticos.

Julian sabía bien lo que hacía. Quería mantenerla sobre el precipicio, torturándola, refrenándole la liberación mientras ella jadeaba sin contención. Se retiraba, luego volvía a introducirse hasta la base, y cada vez que ella acariciaba el placer en busca de la paz, él se la negaba.

Así, una y otra vez.

—Por favor… Por favor, Julian…

Estaba resultando tal y como él se lo había advertido. Las súplicas de ella no hacían mella en su coraza.

—Por fin lo entiendes, Anastasia —musitó cuando detuvo los envites. Ella figuraba con la cabeza echada hacia atrás, sollozaba su nombre y le suplicaba que le permitiese terminar—. ¿Y si te dejo así? ¿Y si vuelvo a servirme de tu cuerpo para llegar al clímax y no te permito liberarte? ¿Me crees capaz de hacerlo?

—Por amor de Dios, Julian… Por favor… —Anastasia lo sabía. La había despojado de su orgullo, de todo lo que pudiese evitar que le suplicase. No importaba. La necesidad era tan grande que no veía nada más que eso—. Te daré lo que me pidas, cualquier cosa, Julian, pero, por favor, por Dios, por favor…

Se inclinó sobre ella, la respiración de su esposo era áspera, también muy irregular. Se acercó a su oreja. Seguía enterrado en los más profundo de las entrañas de Anastasia

—¿Cualquier cosa? —murmuró con satisfacción—. ¿Estás segura de eso? —Ella asintió y un gemido impotente escapó de sus labios—. Dilo en alto.

—¡Te daré lo que sea! —gritó ella llena de frustración y lujuria.

—Recuerda la promesa que me acabas de hacer, porque haré que la mantengas siempre.

Fue entonces cuando las caderas de Julian comenzaron a balancearse, de un modo duro, saliendo y entrando con un ritmo metódico y certero. Llevó una mano hasta el botón del placer de Anastasia y comenzó a palparlo con toques más

sublimes. Era un músico que sabía que melodía debía interpretar.

Con la mano libre le sostuvo el cabello en un puño, pues su peinado se había deshecho tanto como Anastasia misma, y luego le colocó la boca en el cuello, lugar que lamió, mordió y succionó a fin de dejar su huella ahí. Quería marcarla.

Ahí fue cuando Anastasia se rompió en mil pedazos. Gritó su nombre, sollozó de placer y gimió sin contención. Sabiendo que su mujer había logrado alcanzar la ola del placer, Julian abandonó toda la disciplina y se dejó llevar. Cuatro vertiginosos embates más y se unió a ella, dejando su cálida semilla en su interior, como hacía cada vez que la poseía, aunque en esa ocasión nada fue igual que las anteriores.

Cuando los estremecimientos de Anastasia se disiparon, un brazo musculoso se envolvió alrededor de sus costillas y la apretó, a fin de dejarle claro a quién le pertenecía. Pensó que acabaría fusionándose con él.

A continuación salió de su interior y la giró. Se quedaron observándose el uno al otro. La dama vio preocupación en la mirada de su marido. Anastasia levantó el brazo y le acarició el pelo.

—¿Vas a pedirme disculpas, Julian?

—¿Necesito hacerlo, Anastasia?

Ella se quedó pensativa y de pronto lo miró con una brillante sonrisa.

—Uhm… No estoy segura, ¿por qué no lo repites y luego me haces la misma pregunta? Creo que necesito más información.

Julian se echó a reír, toda la tensión se disipó entre ambos, era esa risa suya tan rara, tan honda, que parecía brotar desde una grieta secreta. Y luego la arrastró por el pasillo, hasta que ambos cayeron sobre la cama, riendo como dos niños a punto de ser regañados por una institutriz invisible.

Iba a hacerle el amor de nuevo, pero con más calma y atención.

Esos eran los momentos que compartían. Sin grandes gestos, ni juramentos teatrales. Pequeñas hazañas llenas de significado: la forma en que ella le alcanzaba el pañuelo cuando estornudaba por culpa del polvo, la manera en que él le acariciaba el tobillo por debajo del vestido durante las comidas en la cama, las miradas compartidas cuando un

invitado decía una tontería, el roce de las manos en los pasillos o el silencio cómodo.

Y a partir de ese momento, también habría una pasión oscura y feroz entre los dos.

No mediaban entre ambos las promesas eternas dichas a viva voz, ni siquiera la certeza de que no volverían a herirse. Pero había una paz curiosa en saber que él confiaba en ella, en habitar el mismo espacio sin sentir que debían defenderlo constantemente. Por primera vez en sus vidas, ambos parecían haber encontrado un rincón en el que no necesitaban fingir ser otra cosa.

Y aun así, en el fondo ambos se preguntaban si su relación podría durar hasta la muerte. Anastasia lucharía con todas sus fuerzas para que así fuese. Julian necesitaba que alguien creyese en él y ella le demostraría que valía muchísimo.

Capítulo 15

Un pasado inolvidable

Aquella noche, decidieron salir porque ir a una fiesta ya no causaba tanta expectación y se sentían más cómodos mostrándose sin que hubiese tanto revuelo. El salón refulgía con la luz de los candelabros, el aroma del vino caro flotaba en el aire, y los abanicos de las damas se agitaban con una cadencia bien ensayada. El último vals acababa de terminar y las conversaciones se retomaban como un murmullo sutil. Era una velada de esas que quedaban grabadas por su elegancia y por las apariciones inesperadas. Anastasia conocía a la duquesa de Armill y por eso había insistido en acudir allí, porque era una buena amiga de su padre y sería amable con ambos.

Julian Taverham conversaba en esos momentos con dos condes y un barón sobre política. ¡Él estaba debatiendo sobre política! Y lo más asombroso era que sabía de lo que hablaba. ¡Quién iba a pensar que volvería al redil convertido en todo un caballero capaz de seguir ese tipo de conversaciones!

Fue entonces cuando una carcajada conocida, áspera, cargada de licor y arrogancia, le llegó desde la espalda.

—Julian, viejo granuja. Nunca me imaginé que ya estarías criando respetabilidad con la misma gracia con la que otros crían sabuesos. —La voz se impuso entre los murmullos como un cuervo entre ruiseñores.

Julian se giró, sorprendido.

—¡Weston! —exclamó con auténtica efusión—. ¡Maldito granuja tú también! Creí que estabas en el continente, apostando en ruletas francesas o enredado con alguna joven condesa viuda.

Weston Mans sonrió y Julian lo examinó. Estaba más delgado, pero se apreciaba igual de temerario que en su juventud. Llevaba una chaqueta

oscura que parecía más pensada para un duelo que para un baile, y lo rodeaba un aire de seguridad que irritaba por lo mucho que parecía disfrutar de su propio cinismo.

—Estuve unos años en París, hasta que hace poco decidí regresar a Londres. He oído que te has casado, nada menos que con *lady* Anastasia Doger. La hija de un duque… Todo un salto hacia la respetabilidad.

—*Lady* Julian, ahora. —Julian lo corrigió con media sonrisa, sin notar el leve estremecimiento de tensión en los labios de Weston.

—Ah, sí. *Lady* Julian para unos y la señora Taverham para otros… —apuntó con un tono que, en otros labios, habría sido el recuerdo de las viejas locuras que ambos cometían como eso de inventarse títulos. Pero en los de Weston era un zarpazo, aunque él no lo apreció.

—Deberías probar el sabor del matrimonio, te aseguro que no es amargo como supusimos.

Entonces Weston la divisó. Ahí estaba Anastasia, radiante, conversaba con una dama mayor que intentaba sin éxito no parecer impresionada por

el vestido rojo que llevaba esa noche. Weston se giró hacia Julian con una expresión casi admirativa.

—¿Podrías presentarme a la mujer que te tiene tan fascinado?

Julian accedió con una risa despreocupada.

—¿Quién mejor que un viejo amigo para conocer a la dueña de mi existencia? Será un placer, tal vez así se despierte la envidia en ti y comiences a sentir deseos de volver al redil.

Anastasia los vio venir. Y su cuerpo se tensó como si el aire del salón se hubiese convertido en veneno. El color pareció abandonarle el rostro por un segundo, pero fue solo eso, un segundo. Su voluntad era férrea.

—Cariño —dijo Julian con su voz más encantadora—, permíteme presentarte a Weston Mans, un viejo camarada de correrías, que parece decidido a corromper esta velada con su sola presencia. Tal vez tengas una amiga que se vea capaz de enmendarlo.

—Un placer, *milady* —dijo Weston, inclinándose. Pero sus ojos no sonreían. Era una

reverencia que se sentía como un recordatorio.

—Señor Mans —lo saludó con elegancia.

Julian, inconsciente de la tensión entre su mujer y su viejo amigo, charló un instante más, luego fue requerido por un vizconde para departir una cuestión sobre caballos. Weston no se movió del lado de Anastasia, era más, el propio Julian le pidió que cuidase de su esposa mientras él atendía el asunto. Desde que lord Julian había dejado las apuestas, necesitaba buscar negocios rentables y los caballos parecían serlo.

Ambos se quedaron solos.

—No te ves sorprendida de verme, Anastasia.

—Estoy sorprendida de que te atrevas a hablarme y de que te dirijas con esa familiaridad a mi esposo.

—Julian y yo siempre hemos sido muy cercanos, cierto que he pasado años lejos de él, pero hay cosas que no se olvidan.

—¿Qué quieres?

—Por el momento retomar el contacto con una vieja… amiga.

—Lo dudo mucho —rebatió ella.

—Es lo que hacemos. Aquí estamos los dos, retomando nuestra amistad en un salón abarrotado de reputaciones frágiles, y tú, junto a tu esposo, irradiando virtud… Es delicioso ver que parece que el escándalo se ha disipado.

Ella sostuvo su mirada. No iba a temblar. Tampoco cedería.

—¿Qué quieres? —insistió.

—Un baile. ¿O es que ya no recuerdas la finalidad de estas fiestas?

—No sería apropiado.

—Claro que lo es. Todo el mundo está mirándonos. Y si declinas bailar conmigo sin motivo aparente, levantarás sospechas. No querrás eso, ¿verdad?

La hija del duque lo supo en ese instante. No era una cortesía. Era una amenaza. Weston no había regresado a saludar. Estaba ahí para

desestabilizar. Para reclamar lo que, en su mente retorcida, le pertenecía por derecho o por revancha. Si Anastasia pudiese volver atrás en el tiempo…

Una música suave comenzó a sonar. Un *minué* que no exigía demasiada cercanía. Y aun así, sería estar demasiado cerca de un hombre del que haría bien en no fiarse.

—Será solo un baile —dijo ella con los labios apretados—. Después me dejarás en paz.

Weston la condujo con cortesía impecable. Nadie notó la tensión entre ambos. Nadie vio el modo en que ella evitaba su mirada o cómo él se inclinaba más de la cuenta para rozarle el oído.

—Estás magnífica. Tu esposo debe estar encantado. El rojo es, decididamente, tu color. Y, sin embargo… ¿crees que no sé la verdad?

—¿Qué verdad?

—Que sigues temblando cuando recuerdas lo que tuvimos. Que no me has olvidado. Que tienes miedo. ¿Qué sucedería con tu matrimonio si yo decidiera hablar?

—No te atreverías —le susurró, pálida.

—¿Y si lo hiciera? Podría decirle a Julian que no fui un pasatiempo para ti. Que fui el primero en tenerte. Que tu padre me pagó por apartarme, pero no por olvidar. O tal vez, simplemente, que te arrepientes. ¿Cómo crees que se tomaría eso tu encantador esposo? Por cierto, ¿cómo respondió él cuando se dio cuenta de que su esposa no era una gentil doncella pura?

—¿Cuánto quieres?

—Ah… ahí está esa furia que tan bien te ha sentado siempre. No te preocupes, preciosa. No quiero tu dinero. Tu padre me retiró la asignación, pero no necesito más fortuna de la que ya poseo.

—¿Entonces qué pretendes?

—¿Y si me hubiese arrepentido de mi decisión? ¿Y si no hubiese podido olvidarte?

—Te diría que eres un vil mentiroso.

—Estaba conmovido porque no te habías casado. Me rompiste el corazón cuando me enteré de que te había ganado un hombre que te merecía menos que yo.

—No conoces a Julian.

—Sí, sí que lo conozco, Anastasia.

—Él ha cambiado. No es el mismo amigo que conociste. ¿Sabes que le dio su merecido a Jasper por jugar con la esposa del hermano al que dice odiar con toda su fuerza?

—Ah, veo que recuerdas con gran acierto lo cercanos que éramos Julian, Jasper y yo.

—Mi esposo se arriesgó con Sebastian y tú estás al corriente de la relación tan horrible que tiene con Ash, ¿qué no hará por la mujer que ama?

—Dios santo… ¿Crees que él te ama?

—No lo creo, lo sé. —No dudó y eso le fastidió mucho al hombre con el que bailaba. Ella se dio cuenta y sonrió.

—Uhm… ¿y si no fuese así? ¿Podrías aceptar que volviésemos a construir lo que teníamos en el pasado?

—Antes preferiría arder en el infierno durante toda la eternidad.

—¡Una apuesta! Me gusta jugar, le enseñé un par de cosas a tu esposo hace años, dicen

que ha aprendido otras por su cuenta, aunque tengo entendido que ya ha dejado de apostar…

—¿Por qué haces esto?

—Tal vez sea aburrimiento, o tal vez sea por el recuerdo de un amor perdido.

—¿Amor perdido? Tú no me quisiste jamás.

—Me hieres, Anastasia.

—No, lo afirmo porque ahora sé lo que es el verdadero amor. Julian me ama tanto como yo a él, tú solo fuiste un bache en mi camino. Mi padre hizo bien en apartarte de mí —le escupió a la cara.

Él le sonrió con ternura. Falsa ternura.

—Eres tan ilusa… ¡Está bien! Acepto tu apuesta, *milady*. Y ahora el juego ha comenzado. Gane o pierda, recuerda que estaré ahí para recoger tus pedazos.

La música terminó. Weston la soltó, pero antes le dio un apretón que dolió. Ella no respondió ante sus últimas observaciones. Solo se giró y se marchó con la cabeza alta. No podía permitir que

Julian lo supiera. No todavía. No así. Tenía que hablarle sobre su pasado, porque había visto la determinación en los ojos de ese maldito de Weston Mans, y aunque no sabía lo que se proponía, nada bueno podría salir de allí.

Desde su posición, Weston sonrió.

***

La casa de Mayfair que Julian y Anastasia habían hecho su hogar se había vuelto silenciosa.

No era un silencio incómodo, ni de esos que nacían tras una pelea. Era peor. Era el tipo de silencio que se filtraba en las rendijas del alma cuando uno de los dos estaba pensando demasiado… y no lo decía.

Julian lo notaba, por ejemplo, en el modo en que Anastasia evitaba sus ojos durante el desayuno. En cómo le respondía con un seco «estoy bien», cuando él trataba de averiguar cuál era el problema. En su forma de pasar los dedos por el

borde de la taza sin probar el té, como si estuviese completamente ausente. Desde hacía varias semanas, su esposa parecía un espectro. Y no se atrevía a preguntarle si estaba preocupada por el modo en el que le había hecho el amor las últimas veces. Tal vez le hubiera molestado su exigencia, su dominación.

Así que esa mañana, mientras ella era un manojo de nervios y él sabía que a su esposa le preocupaba algo, decidió ser valiente.

—¿No vas a comer nada hoy tampoco? —preguntó con suavidad, al tiempo que dejaba el tenedor sobre el plato.

Anastasia negó con un leve movimiento de cabeza.

—No tengo apetito. El estómago…

—¿Otra vez? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Ha sido una mala noche, nada más.

Ella cada vez comía menos y la comida le sentaba peor. No sabía cómo ayudarla. No la presionó porque no quisiera saber lo que le sucedía, sino

porque ella seguiría sin decirle la verdad. Lo miraba como si ocultase un secreto. Sus mejillas estaban más pálidas, sus pasos eran más lentos y su humor… distante. A veces, ni siquiera recordaba en qué momento ella había empezado a replegarse sobre sí misma. Ya no se colgaba de su brazo al pasear. Ya no le leía al atardecer mientras él hacía ver que trabajaba en su correspondencia.

—¿Quieres que llame al médico? —propuso, en voz baja.

—No es necesario —replicó, casi en un susurro. Eran los nervios que le había provocado ese maldito de Weston.

Julian cerró los párpados por un momento, luego la observó desde su lado de la mesa. Los ojos de su mujer estaban clavados en el mantel bordado, sus manos, juntas y los labios, apretados. No tenía fiebre, pero algo en ella ardía. Julian no sabía lo que era, pero si hubiese podido leerle la mente hubiese sabido que era miedo.

—¿Anastasia? —Su voz adquirió otro tono, más grave—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Ella tardó demasiado en responder.

—No.

Solo se quedó allí, como si no pudiera decidir si levantarse y huir o decir la verdad.

Julian sí que se levantó. Rodeó la mesa y se agachó frente a ella.

—Dímelo, cuéntame lo que te sucede. —Sus dedos buscaron su barbilla, pero ella se apartó con delicadeza.

—No puedo —musitó, y esa frase se sintió como un cuchillo. No quería hablarle de su pasado, de cómo fue tan tonta como para lanzarse en los brazos del primer hombre que la embaucó.

Él frunció el ceño.

—¿Qué no puedes decirme?

Ella no respondió. Se levantó con torpeza y salió de la sala sin decir una palabra más. Estaba destrozada.

Julian se quedó solo. De pie, sintiendo como algo lo invadía, algo… extraño sordo, viscoso y venenoso. Las cosas no iban bien. Su esposa, su

altiva, valiente y caprichosa Anastasia, temblaba por dentro y no compartía el motivo.

Él tampoco llegaría a enterarse de que aquella mañana, como había sucedido tantas otras, al subir a su habitación volvería a inclinarse sobre el jarrón de porcelana para vaciar el contenido de su estómago. Su marido tampoco sabría que, mientras lo hacía, pensaba en su madre, en lo que Grafton siempre había esperado de ella, en su matrimonio recién salvado y en el caos que podría estallar si confesaba lo de Weston.

El amor no siempre bastaba, más cuando solo Anastasia le había confesado sus sentimientos y él no le había dicho que la correspondía. Y ella, aunque lo adoraba, no estaba segura de poder confesarse con Julian sin que la verdad volviese a abrir una gran brecha entre ambos. Rezaba cada noche, para que Weston Mans encontrase diversión en otro lado y se olvidase de ella, porque si la verdad saltase a la luz, no estaba segura de que Julian pudiese perdonarla.

Weston siempre había tenido poder sobre Anastasia dado que conocía su secreto, no lo había ejercido hasta ese momento, tal vez porque, como él mismo dijo, se sintió traicionado cuando ella decidió casarse. Oh, sí, sí, Weston Mans era capaz de

ser ese tipo de hombre egoísta a pesar de que fuera él quien la dejó atrás rompiéndole el corazón, así que temía que ese maldito villano pudiese haber vuelto del pasado con la intención de mandarla al infierno.

Capítulo 16

Un asunto complejo

El reloj marcaba las doce y cuarto cuando el mayordomo apareció en el umbral del despacho de Julian con una expresión solemne.

—Milord, el señor Weston Mans ha venido a saludarlo. Le he señalado que su visita no estaba prevista, pero insiste en que no se necesita cita previa entre amigos.

—Hazlo pasar —dijo con una voz llena de curiosidad.

Weston entró con paso seguro, como si esa casa le perteneciese. Iba impecablemente vestido, con el cabello bien peinado y el gesto relajado. Pero sus ojos, tan azules como fríos, eran

otra cosa. Julian lo notó de inmediato: aquella visita no era una cortesía. Tal vez necesitase dinero. Weston era esa clase de jugador, uno que se creía que era el mejor, y no sabía cuándo detenerse.

—Julian —saludó Weston, abriendo los brazos con fingida efusividad—. Ha pasado mucho tiempo desde nuestra última charla decente. ¿Me servirás una copa de ese brandy francés que solías esconder de Jasper, o también te despojaste de ese vicio en cuanto te casaste?

—Weston —respondió Julian, ofreciéndole una sonrisa—. Adelante, será un placer compartir contigo una copa, aunque no tengo lo que pides. Un poco de *whisky* es lo que puedo ofrecerte.

—¿Es escocés?

—El mejor.

—Lo acepto con gusto, amigo mío.

Sirvió dos copas. Brindaron y recordaron un par de anécdotas sobre el pasado. Todo resultaba muy correcto, en un ambiente fraternal que no anticipaba nada extraño.

—No puedo creerme que estés casado —afirmó Weston, con una sonrisa torcida—. ¿Felizmente casado? Aunque la palabra «felizmente» puede ser engañosa. Supongo que has tenido tus días buenos y tus… menos buenos.

—Te confieso que no es fácil vivir junto a una persona cuando no has tenido ningún referente sobre cómo hacer lo correcto o cómo comportarte cuando alguien te importa.

—¿Así que ella te importa?

—Me casé con ella, así que sí, creo que cuando un granuja como nosotros decide hacer algo tan permanente como dar el paso hacia el matrimonio, es porque esa dama merece la pena.

—Yo creía que fue porque te pescaron en la biblioteca con los pantalones bajados.

—Veo que has estado leyendo la prensa estos meses atrás.

—Un poco.

—Pues no fue nada tan indecoroso como lo dieron a entender.

—Mira, Julian, estoy aquí por la amistad que siempre nos ha unido. Yo… Tienes que comprender que la boda fue repentina, si yo hubiese podido avisarte antes, te juro por Dios, que lo habría hecho.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas los viejos tiempos, cuando las mujeres eran solo una diversión para los dos, tres, si contamos a Jasper?

—No debimos tratarlas así. Hacer apuestas sobre a quién seduciríamos y a quién no… No obramos bien, pero en verdad yo no sabía lo que hacía la mitad del tiempo en aquella época. El alcohol me embotaba los sentidos.

—Yo me enamoré una vez, Julian.

—¿Estuviste enamorado, amigo mío? —preguntó asombrado.

—Sí, pero ella no merecía a un tipo como yo. La amé con toda mi alma a pesar de que sabía que no se nos permitiría estar juntos.

—¿Qué ocurrió?

—Lo inevitable. Su padre me mandó llamar y yo, sabiendo que la apartaría de mí, traté de sacar el mayor partido posible

—¿Mayor partido? —Julian no lo entendió.

—Me dio dinero para que me esfumase y lo acepté. Si aquello iba a morir, decidí por lo menos que fuese lo más ventajoso posible.

La conversación entre ambos había transcurrido con una cortesía casi fraternal, esa que tenían derecho a mantener los hombres que alguna vez fueron aliados en los excesos. Todo estaba a punto de cambiar porque Julian no creía en las casualidades. El hermano de Sebastian observaba a Weston tras su copa de *whisky*, con esa media sonrisa que no le llegaba a los ojos y que usaba como máscara para no bajar la guardia.

Weston se dio cuenta del cambio de actitud de Julian, pero no se atrevió a decir nada más por el momento.

—Dime, entonces, amigo mío —apuntó, el esposo de Anastasia, mientras se inclinaba hacia el escritorio—. ¿Te ha traído a mi casa la nostalgia por

los tiempos de libertinaje compartido o has venido con algún pretexto especial?

Weston dejó la copa intacta sobre la mesa más próxima. No había probado el licor durante la conversación. Eso, en sí mismo, debió haber alertado a Julian.

—¿Nos quitamos ya las máscaras pues, Julian? Sé bien que tú te acabas de poner la tuya.

—Uhm… Verás, Grafton ha empezado a considerarme una especie de hijo… Claro, quiere asegurarse de que el padre del próximo duque que haya en su familia sea digno de tal encargo.

—¿Cómo has dicho?

—Bueno… No tiene herederos, al menos ninguno al que le gustaría ver tomando las riendas de todos sus privilegios y posesiones, así que usó su poder, fortuna e influencia para pedirle a la Corona una especie de dispensa. En fin, no te aburriré con los detalles, solo tienes que saber que mi hijo, el nieto de Grafton, llegará a ser duque. El padre de mi esposa quería asegurarse mi lealtad, hay mucho en juego, de tal modo que me contó una historia, sobre un tipo que sedujo a una dama inocente, a la que

luego dejó atrás a cambio de una buena suma de dinero.

—¿Y desde cuándo te ha importado a ti cómo actúen los hombres sin moralidad? ¿Olvidas que no moviste un dedo cuando tu primo hizo aquello con la hermana de la que al final se convirtió en *lady* Ashbury. Ah, no disculpa, he sabido que le diste su merecido a Jasper, después de… ¿Cuántos años, Julian?

—No soy el mismo. Ahora creo en la lealtad y se la ofrezco a quienes la merecen. Así pues, cuando me enteré de que Jasper quería hacerle daño a alguien que me importa, no pude ni quise quedarme de brazos cruzados. Pero centrémonos en lo importante aquí. ¿Sabes lo que le dije a Grafton cuando terminó de narrarme esa historia que te estaba contando sobre una dama inocente?

—¿Qué? ¿Qué le dijiste? —preguntó cansado.

—Aunque no me lo dijo, exigí saber el nombre del canalla para ir a retarlo a duelo. —Weston soltó una carcajada fresca. Al ver que él lo fulminaba con la mirada se puso serio de inmediato.

—He regresado a Londres por ella —dijo finalmente Weston. No tenía sentido fingir más. El secreto había sido desvelado.

Julian frunció el ceño.

—No, creo que no te he oído bien.

—He dicho lo que has escuchado. Estoy aquí por Anastasia.

El silencio que se abrió entre los dos fue brutal. Ambos ni tan siquiera escuchaban el tic-tac del reloj. Julian no respondió. Simplemente, lo miró. Entonces Weston siguió hablando, tranquilo, como si acabara de comentar que el clima había cambiado desde la última vez:

—Pensé que te merecías saber la verdad… Estoy convencido de que se casó contigo porque no me ha olvidado, creo que cuando tu esposa te mira no está viéndote a ti. Eras muy parecido a mí, solo te debe considerar una sombra del hombre al que tanto amó, al que se entregó con los ojos cerrados. Nos amamos, Julian. Es verdad que le rompí el corazón, pero te juro que no ha pasado ni un solo día sin que haya pensado en ella. Estoy dolido con Grafton, porque la apartó de mí con la excusa de que yo era un libertino y ha acabado

concediéndotela a ti, a un canalla peor. Te la dio, porque eres el segundo hijo de un conde y yo no tenía un título. Lo nuestro no fue un juego, ella era mía y yo suyo y después de verla la otra noche en la fiesta de la duquesa… Yo… he reunido el valor necesario para venir a verte porque la conocí bien, ella siempre ha tenido una vena retorcida y creo sinceramente que se ha casado contigo para castigarme a mí.

Fue un milagro que le hubiese permitido terminar su reflexión. Cada palabra fue como una cuchillada.

Weston le había ofrecido un relato muy característico, como si pretendiese salvarlo de las garras de su esposa, y lo había presentado con esa elegancia de los canallas que sabían cuándo retirar una carta de la mesa y cuándo dejarla caer.

Julian recordó entonces la tensión de Anastasia en las últimas semanas, sus silencios y las respuestas evasivas. Todo encajó en una sola imagen: Weston, su amigo Weston, el viejo compañero de vicios, conocía íntimamente a su mujer. Había sido alguien muy importante para ella, más que eso si le entregó su cuerpo. El hombre al que Grafton le pagó para que se esfumase y dejase a su hija tranquila era el maldito que tenían enfrente.

El mundo se volvió más denso. Más oscuro.

Y aun así, se obligó a mantenerse sereno.

—He atendido y escuchado cada palabra que has dicho. Lo cual es un milagro, porque hubiese deseado saltar sobre tu cuello y cortar el lugar exacto que haría que te desangrases en un segundo. He mostrado paciencia, clemencia más bien, por la relación que tuvimos en el pasado. Obviaré esa estúpida declaración que acabas de hacer sobre mi esposa.

—Julian, yo…

—Si no decides callarte —lo interrumpió —, me temo que me veré obligado a usar todas las armas de las que dispongo, y cuando digo armas, me refiero en especial a un par de pistolas de duelo. No será un enfrentamiento a primera sangre o aviso, será a muerte, porque me conoces bien y sabes que nunca hago o dejo nada a medias. Si tan enamorado estás de la mujer que es mía por derecho, puedes tentar a la suerte y hacer que te lance un desafío, o ya puestos, lanzarlo tú mismo. El que siga vivo después se llevará el premio, como en los viejos tiempos.

—¿Estarías dispuesto a morir por una mujer? ¿Por una que juró que jamás me olvidaría y que no amaría a nadie más? —Weston lo miró. Sonrió. No con burla, sino con un deje casi misericordioso.

Entonces Julian comprendió, con una claridad iluminadora que Weston no había ido a rogar por amor. Estaba ahí para herir, para recomponer su orgullo porque decidió echarse a un lado y esa decisión, muy probablemente, le habría estado royendo el alma. Su antiguo amigo pretendía reclamar algo que ya no le pertenecía, si es que alguna vez Anastasia fue en verdad suya. Y, lo más devastador de todo, era que había sembrado una duda, pues una pequeña parte de él… temía que Anastasia nunca hubiese dejado de amarle.

Y en ese momento, por primera vez en mucho tiempo, Julian sintió miedo. Miedo de haber sido solo el consuelo, el segundo plato. El marido de repuesto. Ya había sido una vez un repuesto —que resultó inútil— para su padre, no podría volver a pasar por algo así otra vez…

Y ese miedo lo enfureció. Dirigiría su ira donde debía estar en ese momento.

—¿Tú no morirías por lo que más amas? Porque si no te largas ahora mismo, comprobaremos si te preocupa más el amor que aseguras sentir por mi esposa o tu instinto de conservación?

Weston se levantó de inmediato.

—Esto no es un ataque. Vine a verte con la verdad en la mano, el duque nos separó. Y si me voy no es por cobardía. De los dos, tú tuviste un padre que te despreciaba, sí, pero que te enseñó a disparar, a cazar, así que si acepto tu desafío, no le serviré a ella de nada si estoy muerto. Ahora bien, antes de irme quiero que medites sobre lo que implica que una mujer como ella, de clase alta, a la que siempre se le ha ordenado proteger su corazón y virtud con su propia vida, le entregase sendos tesoros a un hombre que no llegó a prometerle matrimonio porque yo sabía que eso jamás estaría sobre la mesa.

Lord Julian no tuvo que despedirse de ese bastardo. Weston se marchó con prisa, pero Julian sabía que se fue satisfecho. Había sembrado la duda. Y con un hombre como Julian Taverham, eso era más que suficiente para dinamitar los cimientos de su seguridad.

Se quedó solo en el despacho y se acercó a la ventana, donde miraba la calle sin ver

realmente lo que tenía frente a sus ojos. Lo único que podía repetirse a sí mismo era: «¿Y si no la tengo? ¿Y si nunca la he tenido» La cabeza iba a estallarle, porque Julian jamás había valido nada, así que sería fácil pensar en que él hubiese captado la atención de Anastasia solo porque le recordaba a Weston Mans. Perdió a un libertino y al final otro se fijó en ella y la desposó. ¿Y si ese había sido su plan desde el principio, cobrarse lo que la dama creía que se le debía?

¡Maldición! ¿Por qué nunca nada le podía salir bien?

***

En el hogar de lord y *lady* Julian, el eco de los pasos de Anastasia resonaba en esos momentos en el mármol con alegría ligera. Había dejado el carruaje una calle antes, como hacía siempre que algo la emocionaba de verdad, para caminar el último tramo y dejar que el viento le acariciase el rostro. Llevaba una mano sobre el vientre, aún plano, pero para ella ya era sagrado.

El médico había confirmado sus sospechas: estaba embarazada. No solo eran los nervios por la aparición de Weston en el último baile al que habían asistido lo que le provocaba náuseas.

Un hijo. ¡El hijo de Julian! El de los dos.

Durante todo el camino, se imaginó la cara que pondría él. ¿Se entusiasmaría o se limitaría a ponerse las manos apoyadas en las caderas, fingiendo no emocionarse? ¡Ella misma estaba muerta de miedo!

—¿Dónde está lord Julian? —preguntó con una emoción apenas contenida

—*Milady* —la saludó el mayordomo—. Su esposo está en el despacho.

—Perfecto —respondió cantarina.

La puerta estaba entreabierta. Empujó con suavidad, sin imaginarse que al otro lado no la esperaría un abrazo, sino un vendaval.

Julian estaba de espaldas a la puerta, una mano la tenía apoyada en la repisa de la chimenea. Un vaso de brandy temblaba en la otra mano. El decantador estaba vacío. No se volvió

cuando ella entró. No dijo nada. Anastasia lo notó de inmediato. Algo no iba bien.

—¿Julian? —preguntó con voz clara.

Él no respondió. Solo se irguió, lentamente. Se dio la vuelta. Su rostro era granito puro.

—Has salido sin decirme nada.

Ella parpadeó, descolocada por el tono tan duro que usó.

—No sabía que necesitase tu permiso para salir de casa. —Sobraba decir que se puso de inmediato a la defensiva. El aspecto de él era… No era amable. Parecía que volvía a ser el granuja de antes.

—No lo necesitas, pero al menos podrías haber tenido la cortesía de no desaparecer toda la mañana sin decirme una palabra. Me alegra saber que no todos tus hábitos de soltera se han perdido tras convertirte en una Taverham.

Anastasia sintió cómo se le enfriaban las mejillas.

—¿Qué estás diciendo?

—Que esta casa no es una posada. Y que, aunque no te lo parezca, tengo derecho a saber por qué mi esposa sale a recorrer Londres sin avisarme.

—¡Por Dios, Julian! He ido a visitar a alguien. Un médico. —Hizo una pausa. No quería decirlo así, no con ese tono, pero su corazón ya estaba herido—. Iba a contártelo cuando me recibieras como un marido y no como un juez.

—¿Un médico? ¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

Ella abrió la boca, dudó. Algo en él, en su forma de mirarla, le cortó las alas. No quería que el anuncio de la noticia más feliz de sus vidas se viese empañada.

—No. Estoy perfectamente.

Él caminó despacio hasta el escritorio, apoyó ambas manos sobre la madera como si necesitara sostenerse.

Silencio.

Él la miraba de un modo… No había ira, pero tampoco afecto en su mirada. Era como si se hubiese vaciado por dentro. El corazón se le encogió apenas un segundo. Dio un paso más, notaba la tensión en el aire, una que no se explicaba por cansancio o fastidio. Era otra cosa. Algo más hondo. Más frío.

—¿Qué ocurre, Julian? —inquirió con preocupación genuina

—Ah, interesante pregunta. Responderé que: nada. ¿Reconoces la respuesta, Anastasia?

—Yo… No sé qué es lo que sucede, pero sé perfectamente que algo te está afectando. Y me gustaría que lo hablásemos porque tengo una noticia importante que darte.

—Más tarde —la interrumpió sin dureza, pero con firmeza—. Ahora no.

Ella lo observó, desconcertada. Algo en él se había quebrado, pero no sabía qué. Dio un paso hacia él, pero su marido retrocedió. Como si quisiera alejarla de su vida.

—Julian… —susurró su nombre como una plegaria.

—No tengo tiempo para charlas —añadió, girándose hacia la puerta—. Me voy al club.

—¿Vas al club…? —La voz de Anastasia se apagó. Lo siguió con la mirada, esperando que la atendiese al menos una vez más para ver si lograba sonsacarle el problema.

Pero no lo hizo.

Julian salió del despacho, cogió el abrigo que un criado le tendía, se caló los guantes con movimientos medidos y sin decir una palabra más, desapareció por el umbral.

La casa entera pareció encogerse a su alrededor. La noticia que bullía dentro de su pecho perdió su luz y quedó suspendida. Anastasia se abrazó a sí misma. No sabía qué acababa de suceder, pero sí era consciente de una cosa: fuera lo que fuese… la felicidad se le había escurrido entre los dedos.

***

El aire del club era denso, cargado del humo de cigarros y del aroma dulzón de licores fuertes. Como siempre. Julian empujó las puertas con una determinación que no sentía del todo propia. Aquel era su antiguo reino, pero no había olvidado que su hermano lo había vetado. Que le había cerrado la entrada como si fuera un delincuente.

Pero esa noche, no podía permitirse quedarse fuera. Necesitaba un refugio, un lugar conocido en el que resguardarse de su propia inseguridad.

El gorila de la entrada lo miró como si estuviese viendo a un fantasma.

—Milord, me temo que…

—¿Cuánto? —preguntó Julian, ya sacando una bolsa de monedas sin dejar que el tipo terminase. Había aprendido del mejor: su hermano Sebastian solía decir que, cuando un hombre de Dorian se mostraba problemático con él, bastaba con ser generoso.

El hombre miró la bolsa, la cogió y, sin decir palabra, le permitió la entrada.

Julian avanzó con pasos largos. No se molestó en quitarse el abrigo, ni en fingir una sonrisa. El salón principal del club estaba lleno, pero la mayoría fingió no reconocerlo. Las cosas habían cambiado. Él ya no era la atracción más brillante de El Paraíso.

Y entonces lo vio.

Dorian estaba en su rincón habitual, sobre un sofá de cuero verde, con la camisa medio abierta, el cabello lo llevaba más despeinado de lo habitual, portaba una copa en la mano y estaba entre dos bellezas rubias. Tenía los ojos entrecerrados, pero no tanto como para no notar la entrada de su hermano.

—Vaya, vaya… —murmuró en voz lo bastante alta para que todos lo oyeran—. El marido que ahora es un modelo ejemplar regresa al lugar del crimen. ¿Acaso pretendes suplir a tu esposa en mi escenario, Julian?

—¿Me has echado de menos? Diría que sí.

—¿Y tú te sentías solo, Julian?

—Tenía que ver a un canalla —replicó él —. Y como solo conozco a uno que merezca más el título que yo, aquí estoy.

Dorian se rio. Era una risa grave, ligeramente arrastrada por el licor, pero no vacía.

—Ya sabes que revoqué tu membresía, ¿eh?

—Ya lo solucioné en la entrada.

—¿Monedas o promesas? —preguntó Dorian con sorna.

—Monedas. Las promesas, últimamente, no me las creo ni yo. Además, Sebastian me advirtió de que si alguna vez me dejabas fuera, tus hombres tenían orden de cedernos el paso solo si éramos los suficientemente generosos.

Dorian chasqueó la lengua y le indicó con un gesto que se sentara. Julian lo hizo. Ninguno de los dos habló durante unos segundos. El silencio fue pesado, pero no incómodo. El soldado de la noche despidió a las dos mujeres que tenía cerca. Los dos se quedaron con cierta intimidad en medio del jolgorio.

—¿Estás borracho? —Su aliento olía a licor.

—Querría estarlo mucho más, Dorian.

—Uno viene aquí a beber, no a que se le pase la embriaguez. ¿Qué demonios te pasa ahora? La última vez que pregunté por ti, me dijeron que eras un príncipe encantado que bebía los vientos por su princesa.

—¿Esa cursilería te la dijo tu hermano Sebastian?

—No, fue Temperance, antes de marcharme de su fiesta.

—¿Estuviste en la fiesta?

—Unos minutos solo, no quiero hacer enfadar a la mujer de tu hermano. Me gusta Temperance, sobre todo porque cada vez que uso su nombre en presencia de Ash, él se pone verde.

—¿Y la mía, Dorian? ¿Qué opinas de mi mujer?

—Me gustaba lo suficiente como para ofrecerme a salvarla de ti.

—Cierto, cierto… le pediste matrimonio.

—No fue así del todo. Dime, ¿en qué lío te has metido esta vez? Anastasia no me parece la clase de mujer que perdone a un hombre dos veces —lo avisó Dorian.

—Esto de estar casado es una mierda.

—¿Sabe tu mujer que empleas esas palabras? No importa, una vez la escuché maldecir y te digo que hizo que me sonrojase.

—Mentiroso, no te sonrojarías ni aunque tu padre te viese copulando con cuatro mujeres.

—Últimamente prefiero hacerlo de una en una. Me hago mayor y es menos agotador.

—¿Y qué hacían esas dos manoseándote?

—¿Echas de menos los viejos tiempos, Julian? ¿Es por eso por lo que estás aquí? ¿Te has cansado de jugar al perfecto marido con la hija de Grafton?

—Ah, eso me recuerda que tenía que darte una noticia.

—Dispara —lo animó.

—¿Sabes que Grafton lo tiene todo previsto para que mi hijo, si alguna vez tengo uno, sea su heredero?

—¡No! —gritó enfadado.

—Sí. Seré el padre de un puñetero duque. ¿Qué te parece eso? ¿Sientes el poder de los celos ya? Padre agonizará en las entrañas del infierno cuando la noticia llegue allí.

—Tuve que haberla secuestrado y forzarla a casarse conmigo —dijo Dorian con enfado.

—Tú no sabrías qué hacer con una mujer respetable a la que tuvieses bajo tu protección durante el resto de tu vida.

—¿Y tú sí que sabes qué hacer, Julian?

—¿Yo? No. Incluso Sebastian es mejor en eso que yo.

—¿Envidias a tu hermano? —inquirió con asombro Dorian.

—He venido a beber más. Deja ya el interrogatorio. No estoy todavía lo suficientemente borracho.

—Dime antes qué te ha pasado.

Julian resopló. Se pasó una mano por el rostro.

—He metido la pata.

—Nada nuevo en ti. Como bien has dicho, ni tú ni yo somos Sebastian Taverham, lord Ashbury.

—¿Recuerdas a Weston Mans?

Dorian frunció el ceño.

—¿Debería?

—Hubo un tiempo, antes de incluir a Jasper como compañero de juergas, que Weston Mans era como un hermano para mí.

—Uhm… Creo que sé quién es. Lo trajiste una vez y el Pirata —ese era el anterior dueño de El Paraíso— lo echó a patadas por hacer trampas.

—Ese mismo.

—¿Qué quería?

—Me ha hecho una visita social solo para decirme que la sigue amando.

—¿A quién?

—¡A quién va a ser, Dorian!, ¡a Anastasia! Por lo visto, Weston fue un antiguo pretendiente de ella.

—No entiendo tu problema.

—¿No?

—No.

—Ella lo amó. Más que eso, le juró amor eterno.

—¿Eso es lo que te ha dicho él?

—Con más detalles.

—¿Y sigue respirando?

—Por poco.

—Creo que miente.

—No. Sé que no lo hace.

—¿Cómo lo sabes?

—Confía en mí, sé que me ha dicho la verdad cuando me ha contado su historia.

—Estoy convencido de que ese tipo es como tu primo Jasper, nunca fue tu amigo.

—No, no es mi amigo, pero no miente.

—Sí que lo hace. Solo está resentido.

—¡Maldita sea, Dorian! —gritó—. La hizo suya. Anastasia lo amó y por eso se entregó a él y si una palabra sobre esta conversación sale a la luz, te castraré como a un cerdo, ¿estamos?

Dorian suspiró.

—Repite el nombre de ese imbécil, Julian.

—Weston.

—Mierda… —susurró Dorian.

—¿Qué?

—Nada.

—Dime qué demonios sabes, Dorian.

Su hermano lo observó durante unos segundos. Luego bebió de su copa. Con calma.

—¿Quieres retarlo a duelo?

—Más que respirar —confesó Julian.

—Bien. Porque estaba empezando a aburrirme. Puedo acompañarte como padrino, si no decides morirte antes del amanecer. Eso sí, no esperes que dispare a nadie. El duelo es tuyo, aunque… —se quedó un momento pensativo—. Soy un bastardo, puedo dispararle por la espalda, nadie se extrañaría.

—Dime antes qué pasa con ese maldito Weston Mans. No creas que no sé que sabes algo relacionado con él y mi esposa.

—Solo tienes que creerme, ese gusano no significa nada para ella.

—Dime el motivo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te enfades más.

—Suéltalo de una maldita vez, Dorian, o te juro por Dios, que me pasaré el resto de mi vida dándote celos porque mi hijo será un duque. ¿Quieres escucharme presumir de tal hazaña hasta el día en el que muera? Me conoces, sabes que lo haría.

Dorian lo fulminó con la mirada. Julian podría hacerlo.

—¡Está bien! Cuando tu mujer desapareció, di con ella en los jardines de Vauxhall. Fui a vigilarla, a ella y esa locura llamada *lady* Ofelia. El tipo ese, Weston, se veía muy impresionado con tu esposa, pero claro no era el único, Anastasia vestida de roja es… —dio un par de silbidos muy groseros.

—Es mi mujer de la que hablas, la madre de un futuro duque.

—¡Está bien! —repitió—. Tienes que saber que él trató de que tu esposa lo besase y ella lo mandó al infierno.

—¿Se propasó con ella?

—No, llegué y le puse la navaja en la espalda. Tendrá una señal en la piel que le recordará el encuentro para siempre.

—¡Infierno!

—Vamos, Julian. Ella no quería nada de él. Si hubiese estado todavía loca por él, se habría lanzado a sus brazos. Yo, en caso de haber sido ella lo habría hecho solo para castigarte. En mi opinión, tu esposa desaprovechó una venganza perfecta.

—¡Eres una plaga, Dorian!

—Y bien que venís Sebastian y tú a verme cuando vuestras esposas os ponen contra las cuerdas.

—¿Sebastian la fastidia a menudo con Temperance? —preguntó ilusionado, le gustaba la idea de que su perfecto hermano no lo fuese tanto con su condesa.

—No, solo ocurrió aquella vez, cuando le dimos su merecido a Jasper por calumniar a Temperance.

—¡Podrías haberme mentido y decirme que tu perfecto hermano es más patán que yo!

—De acuerdo, Sebastian hace llorar todas las noches a su condesa.

—¡Dorian! —lo regañó.

—¿Qué vas a hacer con ese Weston?

—No lo he decidido aún. Pero empiezo a pensar que me gustaría más morir que vivir con esta maldita incertidumbre.

—Dramático como siempre —bufó Dorian—. ¿Qué pasa contigo, Julian? ¿Desde cuándo te importa lo que otros piensen? Anastasia es tuya y ha demostrado con creces que estaba dispuesta a luchar por ti.

—¿Eso hizo mi mujer?

—Ya te he dicho que yo me hubiese vengado de ti con algo más que venir a mi club a cantar vestido de rojo.

Julian lo miró con una sonrisa sardónica.

—¿Dejarías tus pechos cubiertos o descubiertos, milord?

—¿Quieres que vuelva a darte tu merecido, hermano? —lo amenazó Dorian.

—Gané la última pelea y lo sabes.

—Lo único que sé es que has ganado a una buena mujer.

—Debes estar muy borracho para decir algo semejante, Dorian.

—Sí, puede ser. Ve a casa y arregla las cosas con tu esposa. Tienes un aspecto horrible, peor que cuando Sebastian quiso pegarse un tiro porque Temperance dejó de hacerle caso.

—Eso no ocurrió como dices.

—¿No?

—No, Dorian.

—Yo lo recuerdo así. No te preocupes, no le diré a nadie que subiste a lo más alto de la escalera y quisiste tirarte por ella porque creíste que ibas a perder a tu mujer.

—Te odio, Dorian.

—Lo sé, pero no más que yo a ti, aunque… ¿vas a negar que la amas?

Julian lo miró. Se levantó y se sirvió una copa de la misma botella que tenía su hermano frente a él. Se la bebió de un trago. Luego otra. Y al final respondió:

—No, no puedo hacer eso.

Su hermano asintió con una media sonrisa.

—Bienvenido al club de los hombres que se enamoran sin tener un maldito plan. Me temo que no hay escapatoria. Y sí, probablemente tendrás que desafiar a alguien. Aunque te lo advierto, si el que recibe el tiro eres tú, me temo que tendré que retar al perfecto Sebastian solo por costumbre ¿eh?

—No te atreverías.

—¿No? —Dorian sonrió de lado—. No subestimes mi talento para empeorar las cosas. Soy un Taverham, el bastardo del difunto Ashbury al fin y al cabo.

Julian cerró los ojos por un instante. El eco de la conversación con Weston seguía latiendo dentro de él como un tambor. Pero por primera vez desde hacía horas, sentía que no estaba del todo solo. La información que le había dado su hermano hacía más llevadera su inseguridad.

—Gracias, Dorian.

—No me des las gracias, mequetrefe. Todavía estoy molesto contigo. Aunque si decides enfrentarte a Weston… Ah, entonces estaré orgulloso de acompañarte. Por fin actuarías como un verdadero hermano mío. Temerario, sin miedo a la muerte.

—¿Incluso si muero estarás orgulloso?

—No, entonces no, solo diré que eres un inútil inservible y vergonzoso.

—El padre de Sebastian te daría la razón, Dorian.

—Fue padre tuyo también, al único que negó fue a mí.

Julian se rio. Una risa cansada, sí, pero honesta. Y en esa risa, en ese *whisky* compartido y

en el olor cargado del club, supo que, aunque la batalla fuera suya, no la pelearía completamente solo.

—Saliste ganando, Dorian. Estuviste mejor con tu madre. Ashbury era…

—Vete a casa, limítate a escucharla y después hazle el amor hasta que olvide el motivo de su irritación. Mejor aún, procura no hacer enfadar a Ana, esa mujer no es rival para ti. Nunca ganarás ninguna batalla contra ella.

—¿Y para ti lo hubiese sido?

—No, Julian. Comienzo a pensar que ella te pertenecía incluso antes de que ninguno de los dos lo supieseis. Ese malnacido de Wester…

—Weston… —lo corrigió.

—Como se llame, la tuvo al alcance de su mano y ahora no soporta que sea feliz con otro, contigo, con el amigo que fue su contraparte en otros tiempos.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque sé de lo que hablo.

—¿Estás enamorado, Dorian? —Julian ya se había dado cuenta de que había dicho algo desconcertante cuando habló de los hombres enamorados que no tenían ningún plan, durante esa conversación. No le había dado mayor importancia, aunque…

—No, pero sé lo que es obsesionarse con una mujer que no te conviene.

—¿Quieres hablar sobre eso, hermano? —se ofreció Julian.

—¿Tienes miedo de regresar a tu casa y ver que tu esposa te ha vuelto a abandonar, Julian? ¿Es por eso por lo que no te vas?

—Maldito seas, Dorian Taverham, el bastardo, por conocerme tan bien.

Tras esa demoledora frase, Julian comenzó a avanzar hacia la puerta de salida. Las carcajadas lo persiguieron hasta que se desvaneció por las frías calles de Saint Giles.

Cuando llegó a su casa dispuesto a mantener una conversación sincera con Anastasia, descubrió que ella se había marchado.

¡No podía hacerle eso una segunda vez!

Capítulo 17

Un grito de auxilio

Cuando Anastasia salió de su casa, el cielo sobre Londres tenía ese color plomo que precedía a las lluvias largas, las que empapaban sin prisa. El carruaje de Anastasia se detuvo frente a la residencia de los condes de Ashbury poco antes del mediodía. Llevaba los guantes arrugados en el regazo y el corazón más descompuesto que su atuendo. Cuando la doncella abrió la puerta, no hubo anuncios, ni protocolo. Bastó con su mirada para que la hicieran pasar de inmediato.

Temperance estaba en el salón de las gardenias, un espacio íntimo decorado en marfil y azul. La chimenea, encendida, dejaba escapar una fragancia tenue a madera de sándalo. Sobre la mesa

baja, figuraba una tetera de porcelana que humeaba, junto a dos tazas que ya predecían la visita.

—Sabía que tarde o temprano vendrías a verme —dijo sin dramatismo *lady* Ashbury.

—¿Por qué?

—Porque cuando tuve mi primera reconciliación con Sebastian, todo se nos fue al garete tan rápido que no nos dio tiempo a comprender qué demonios había pasado. Supuse que algo similar te ocurriría a ti y como yo soy una mujer casada, vendrías a pedir mi opinión. ¿Qué te ha pasado, Anastasia?

Lady Julian se quedó de pie un segundo antes de hundirse en el sillón. No se quitó el sombrero ni se desabrochó el abrigo. Solo aceptó la taza que su amiga le tendía.

—No sé por dónde empezar —murmuró.

Temperance no alegó nada más. Le ofreció silencio, un regalo simple que solo daban las buenas amigas cuando entendían que el alma necesitaba espacio para desmenuzarse.

—Julian me odia.

—Un poco dramático, ¿no crees?

—Tengo la sospecha de que Weston Mans tiene algo que ver con el enfado tan monumental que tenía mi esposo antes de salir de casa sin apenas mirarme. Julian ha ido a refugiarse al club de su hermano… otra vez.

—¡Oh! —Temperance supo que la cosa era seria.

—Sí, eso es.

—¿Qué le ha dicho Mans? ¿Le ha contado que tú y él…?

—No sé de lo que hablaron, pero sé que ese maldito estúpido tiene la culpa de que mi esposo me odie. ¡Cielos, Temperance!, tuve que haberse lo contado yo misma, pero fui tan cobarde…

—No es cobardía, Anastasia. No te olvides, yo estuve en tus mismos zapatos. Creo que por es emotivo, Ofelia, tú y yo siempre nos hemos llevado tan bien, conocemos los secretos más oscuros las unas de las otras y no nos condenamos, nos ayudamos a seguir adelante. No olvides tampoco que el primo Jasper le hizo una visita a mi marido en cuanto supo que me había casado con Sebastian.

Supongo que el encuentro entre Weston y Julian habrá sido igualmente perjudicial.

—No debí haber permitido que el atractivo de Weston me nublase el juicio, porque si hubiese estado atenta hubiera visto lo que en verdad era. ¿Sabes que me dijo en el último baile en el que nos encontramos?

—Aventuro que algo desagradable.

—Oh, sí. Me miró a los ojos y me comentó que estaba aburrido y que por eso iba a centrar su atención en mí. Me arrepiento de que Dorian no le diese su merecido en Vauxhall, porque tuvo la audacia de buscarme allí para seducirme de nuevo. Si hubiese permitido que ese Taverham se ocupase de él en aquel momento, ahora no estaría hecha un mar de lágrimas.

—No estás llorando, Anastasia.

—¡Porque las reservo para esta noche! Ahora mismo la furia no me permite bajar la guardia.

—Esta noche podrías acabar durmiendo en los brazos de tu marido.

—No lo creo, tendrías que haberle visto la cara a Julian. Ha vuelto a alzar un muro y no me dejará entrar esta vez. Estoy convencida de que Weston lo ha envenenado contra mí.

—Seguro que lo habrá hecho. Tendrías que haber escuchado las cosas que Sebastian me escupió cuando Jasper le comentó todo lo relativo a mi pasado.

—¿Y qué hiciste?

—Me fui de su casa y acabé en la de tu padre, ¿lo has olvidado?

—No, claro que no. Lo que quiero saber es cómo lo arreglaste.

—Bueno, Dorian me secuestró y luego apareció Sebastian para disculparse. Podrías ver si el soldado de la noche se presta a hacer algo similar por ti.

—No, Dorian, querrá verme en Júpiter antes de volver a meterse en problemas con Julian. Ya me ayudó cuando me permitió exhibirme en su club.

—¡Todavía no puedo creer que eso ocurriese!

—Siempre has dicho que estaba loca, ¿por qué te sorprendes tanto?

—No, no, lo tuyo me pareció natural. Eres escandalosa, siempre te ha gustado serlo, me refería a Ofelia. ¡Tocó el piano en el club! ¿Cuándo crees que se dará cuenta de que tiene a sus pies a Dorian Taverham?

Anastasia suspiró.

—Creo que es mejor que nunca lo sepa, podría comenzar a hacerse ilusiones y si Julian es un infierno, creo que Dorian… Ella no sería rival para él.

—Supongo que lo que intuyes es factible. Sebastian siempre me ha parecido un perfecto caballero, pero también tuvo sus… desaciertos.

—Muy diplomática. ¿Qué piensas hacer con Julian?

Anastasia bajó la vista. El guante temblaba entre sus dedos

—Si lo supiera no habría venido corriendo a verte.

—Tienes que hablar con él.

—No sé si puedo hacerlo. No podría sobrevivir de nuevo a su desprecio e indiferencia, Temperance. Si lo hubieses visto cuando llegué a casa… solo se quedó callado. Me miró como si… como si no supiera quién era. Y luego se marchó al club. La última vez que anunció que tenía cosas importantes que hacer acabó allí, y no lo vi durante mucho tiempo.

—Quisiera decirte qué hacer de un modo muy detallado, no puedo porque no lo sé, pero solo se me ocurre que le ofrezcas una conversación tranquila y que controles tus impulsos, y hagas que los de él se serenen.

—No le he dicho que estoy embarazada —confesó de golpe. Su voz se quebró en esa última palabra, como si hubiese admitido algo demasiado íntimo para pronunciarse en voz alta.

El silencio se volvió más denso. Temperance se inclinó hacia ella.

—¿Estás segura?

Anastasia asintió con lentitud.

—Esta mañana mismo el galeno me lo ha confirmado. Y no he dejado de pensar… ¿cómo podría criar a un hijo junto a un hombre que creo que no confiará en mí nunca y es tan imprevisible? Le rogué que no se marchase cuando volviésemos a tener problemas, y a la menor ocasión… Ha salido corriendo.

—¿Y si no es Weston el problema?

—Sé que lo es. Estoy segura de ello.

—No seas injusta con él, Anastasia —replicó Temperance en tono suave pero firme—. Durante años pensé que era un jugador que estaba en la ruina y que solo se acercaba a las mujeres en busca de su fortuna.

—Estoy enamorada de él. Lo amo tanto que me duele.

—Lo sé. De otro modo no te habrías casado con él. Si no hubieses estado encaprichada de Julian, tampoco lo habrías seguido hasta aquella biblioteca. Me sentí estúpida cuando lo comprendí, porque no me había dado cuenta hasta que todo se te fue de las manos.

—Me conoces bien.

—Quiero pensar que tanto como tú a mí.

—Se lo confesé. Le dije que lo amaba.

—¿Y… qué pasó?

—Nada. No me ha dicho aún que me ama.

—Esos tres Taverham se demuestran que se importan cantando que se odian.

—¿Sebastian no te ha dicho nunca que te ama?

—No me lo dice tantas veces como me gustaría escucharlo. Ellos… Bueno, Anastasia, ellos nacieron y se criaron en un ambiente tan hostil que ni habiendo estado en Waterloo hubiesen tenido tantas secuelas. Creo que su padre hizo un buen trabajo tratando de destruirlos a los tres. El anterior conde aseguraba que Sebastian era su favorito, su perfecto heredero y, sin embargo, dudo mucho que alguna vez le demostrase afecto. Mi esposo resulta frío, pero he llegado a conocerlo y sé quién es, sé la clase de hombre que es. He logrado ver más allá de lo que muestra. Julian, no creo que sea tan diferente.

—Temperance, Julian es muy diferente de Sebastian.

—Pero padece el mismo dolor que mi esposo, solo que él lo sacó por otro lado.

—Estoy tan enamorada de Julian, que temo que no me ame con la misma intensidad, amiga mía.

—Quédate tranquila, debe amarte con toda su alma.

—¿Sí?

—Estoy segura de que así es.

—¿Por qué?

—Porque a veces, querida mía, tienes una lengua más afilada que las tijeras de mi modista y no ha huido al continente.

Anastasia soltó una risa ahogada.

—Eres malvada.

—Puede ser, pero sabes que tengo razón. Se casó contigo, algo debió sentir ya entonces

por ti.

—Tonterías. —La dama hizo un aspaviento para desechar la idea de inmediato—. Fue por obligación.

—Su padre trató de doblegar a Julian con todas sus fuerzas, Sebastian me lo dijo. Y si un hombre como ese no lo logró, no creo que nadie lo pudiese obligar a hacer nada que no desease. Regresa a casa y habla con él.

Anastasia tragó saliva y asintió. Dejó la taza sobre el platito con un leve tintineo.

—Lo amo… como una idiota. No veo más allá de Julian, no puedo imaginarme lo doloroso que sería no levantarme junto a él el resto de mis días. Y tengo tanto miedo de que no me perdone, de que no me quiera lo suficiente como para olvidarse de todo lo que le haya contado Weston… ¿Qué haré si lo pierdo, Temperance?

—No lo perderás —sentenció con sencillez.

—Ojalá tu seguridad fuese contagiosa.

—Todo se arreglará, no eres una mujer más en su vida. Eres su esposa, le darás pronto un hijo. Juntos lucharéis como hicimos Sebastian y yo. Lo conseguiréis.

Anastasia se cubrió los labios con la mano. Una lágrima resbaló por su mejilla, pero se la limpió con rapidez.

—Gracias. No sabía dónde más ir.

—Siempre podrás venir aquí. Pero ahora… ve a casa, amiga mía. Porque el amor no se salva solo. Hay que pelear por él. Y tú sabes pelear mejor que nadie que conozca.

Anastasia se levantó. Se arregló el sombrero, enderezó los hombros y se permitió una última mirada antes de salir. Estaba llena de gratitud.

Temblaba, pero al menos sabía en qué dirección debía caminar. Era crucial regresar a su hogar.

***

La casa estaba en la penumbra cuando Anastasia cruzó el umbral de la puerta principal. El mayordomo apenas la saludó con un leve gesto de cabeza. Había algo extraño en el ambiente, un silencio cargado, espeso, que no se rompía con el simple golpeteo de sus pasos. Dejó los guantes en la consola del vestíbulo, se deshizo del abrigo y preguntó:

—¿Ha regresado mi esposo? —Si no estuviese allí, tendría que ir en su búsqueda y si lo encontraba en el club rodeado de mujeres… Bien, habría un entierro pronto.

—Sí, *milady*.

El alivio que sintió Anastasia fue instantáneo.

—¿Dónde está?

—Se ha encerrado en la biblioteca, *milady*.

No necesitó más. Caminó con decisión, pero el corazón se le encogía a cada paso. Sabía que la conversación que tendría con Julian no sería sencilla. Llevaba demasiado tiempo preparándose para ella, aunque la había pospuesto por temor. Pero

nada, absolutamente nada, la preparó para lo que se encontró.

La puerta de la biblioteca se abrió con un leve crujido, apenas un susurro contra el silencio que pesaba en la estancia. Anastasia entró sin hacer ruido, conteniendo el aliento como si presintiera que algo, allí dentro, ya se había roto.

La habitación olía a humo y desesperación. A licor derramado y brasas agonizantes. La lámpara de aceite sobre el escritorio emitía una luz trémula, débil, suficiente para delinear los contornos de los muebles, los lomos de los libros en las estanterías y la figura encorvada de su marido, sentado en el suelo, junto al sillón que solía ocupar para leer por las tardes.

No vestía con el cuidado habitual. El chaleco lo tenía desabrochado, la camisa arrugada y las mangas arremangadas como si hubiese perdido la voluntad de parecer lo que era: un caballero. Su cabello, totalmente despeinado, le caía sobre la frente en un gesto que, en otras circunstancias, habría enternecido a Anastasia. Pero no esa noche.

Lo primero que notó fue el vaso de cristal a medio llenar que sostenía en su mano izquierda. Luego vio la botella vacía en el suelo,

volcada de lado. Y después, al mirarlo bien, lo vio a él. A Julian. Pero no identificaba al hombre que la había llevado al límite mientras le hacía el amor con tiranía, tampoco tenía ante sí al esposo que la miraba dormir como si contemplara un milagro que no se atrevía a despertar. No. Lo que vio fue al niño abandonado por un padre que nunca lo valoró y una madre que no pudo abrazarlo. El que temía no ser suficiente. El que no había podido ser amado y por eso no sabía cómo sostener el amor cuando lo tenía entre las manos.

Estaba borracho. No en el sentido vulgar de la palabra, no como los hombres tambaleantes de las tabernas. Su embriaguez era más triste. Más callada. Era un hundimiento, no una explosión. Estaba bebiendo para no pensar o para pensar demasiado. Tenía la mirada clavada en las llamas, pero sus ojos no veían. Y aun así, no estaban vacíos. Estaban llenos. Repletos de sombras, de culpa, de ese dolor contenido que solo brotaba cuando uno creía que ya no lo observaba nadie.

Anastasia se quedó un momento en el umbral, paralizada por el vértigo de ese cuadro. Porque no lo había visto así nunca. Ni cuando discutieron por primera vez. Ni siquiera cuando descubrió su identidad en aquella biblioteca y lo

condenó a casarse. Esa noche, Julian parecía haber cruzado un abismo invisible, uno del que quizá no regresaría del mismo modo. Ella se asustó.

Y aun así, con el corazón en un puño, con la noticia de su embarazo latiendo bajo sus costillas como una verdad no compartida, dio un paso al frente. Uno solo. Porque aunque todo en ella gritaba que debía consolarlo, abrazarlo, decirle que estaba ahí, que tenían que luchar, también sabía que los hombres como Julian necesitaban primero ser vistos, reconocidos en su miseria. No por compasión, sino por amor verdadero. Y Anastasia, si él se lo permitía, lo salvaría. Estaba allí para eso. Para verlo. Para sostener su caída. Para decirle, con palabras y gestos que no hacía falta derrumbarse del todo para que alguien lo amase.

Ella ya lo amaba con todo su corazón porque él valía la pena.

—Julian…

Él alzó la mirada. Sus ojos estaban enrojecidos, las mejillas sombreadas por una barba incipiente y la boca torcida en una mueca de amargura.

Un momento antes de que la voz de su esposa susurrase su nombre, había notado un cambio sutil en la estancia. De pronto, la habitación había dejado de estar vacía y lo supo sin mirar. Fue como un temblor en la espalda, una punzada sorda en el pecho. Como si algo cálido y potente hubiera irrumpido en la niebla de alcohol que lo envolvía.

Ella lo llamó. Tardó unos segundos en levantar la cabeza. Le pesaba. No por el *whisky*, sino por la vergüenza. Y porque temía que aquello que estuviese allí, de pie, tan quieto, tan callado, no fuese más que un espejismo. Que su imaginación, traicionera como siempre, le hubiese pintado el contorno de ella para que al menos una última vez pudiera verla antes de rendirse del todo.

Pero la escuchó, levantó la mirada y no era un espejismo.

Estaba allí.

Anastasia.

Con su abrigo puesto, los guantes en una mano, los ojos demasiado grandes y brillantes como para fingir que no lo veía hecho pedazos en el suelo.

El corazón le dio un vuelco. No el de los románticos, sino como el que sentían los cobardes. El de los hombres que no sabían si debían alegrarse de que la mujer a la que temían haber perdido estuviese frente a ellos, o temblar porque en su rostro no leía aún la sentencia. Por dentro era un hervidero. Estaba lleno de rabia. De miedo. De ese dolor agudo que solo sentía cuando la idea de perderla se le colaba entre los recovecos de su alma.

No era digno de sostenerle la mirada a una mujer así, fuerte, valiente, poderosa, pero tampoco podía apartarla.

Ella estaba allí. Entera. Inmaculada. Y él… él era un deshecho de sí mismo. Un montón de orgullo mal digerido, de celos envueltos en silencio, de palabras no dichas que se le habían atrancado como el veneno en la garganta.

Ella no se había ido. Eso era lo peor. O lo mejor. ¿Qué importaba? Lo único que sabía era que la presencia de Anastasia le hacía daño porque lo obligaba a enfrentarse a su propio desastre. A todo lo que había pensado, temido, creído… y que, en ese momento, comenzaba a resquebrajarse. Ella no se veía enfadada. Ni vengativa. Solo lo miraba con una ternura que le dolía más que el desprecio.

Y entonces lo comprendió: lo único que había querido, desde que Weston pisó esa casa y le clavó sus palabras como estacas, era saber si todavía la tenía.

Y allí estaba ella, mirándolo como si jamás se hubiese ido. Él, tan borracho como estaba, tan desnudo en medio de su propio derrumbe, sintió por primera vez en todo el maldito día… que aún podía salvarse. Porque mientras ella estuviese allí, tal vez todavía había algo de Julian Taverham que mereciese la pena salvar.

—Así que has vuelto —murmuró él—. Creí que no lo harías.

Anastasia cruzó la habitación con pasos cautelosos. Se agachó junto a él, sin tocarlo aún.

—¿Pensabas que te había abandonado?

—Sí —confesó con sinceridad.

—¡Por el amor de Dios! —susurró, con dolor—. Todas mis cosas estaban en mi habitación, Julian. ¿Qué clase de mujer abandonaría su hogar y dejaría atrás su ropa, sus libros… hasta su cepillo de pelo?

—¿Por qué estás aquí? —murmuró él, con la voz ronca, apagada, sin rastro de altivez.

—Porque esta es mi casa —respondió ella, tranquila, con un hilo de voz que no temblaba—. Porque tú eres mi marido.

Julian se llevó una mano al cabello, lo revolvió con desesperación. Se rio, fue una risa rota, seca.

—¿Tu marido? —repitió como si le costase creerlo—. No, yo no sé cómo serlo.

Ella frunció el ceño, dolida.

—¿Qué estás diciendo?

—Que soy un idiota. Que lo he sido desde el momento en que creí que podría estar a tu altura —susurró. Se incorporó, tambaleándose—. No sabes… no tienes idea de lo que ha sido imaginarte con él. Escuchar de su boca que te entregaste a él… que lo amaste…

Ahí acababa de tener la confirmación sobre sus sospechas. Weston Mans había ido a hablar con él para arrebatarles la felicidad. No. ¡No! No le

permitiría ganar. Ese villano fue su pasado, Julian era su presente y su futuro.

—Julian… —empezó, pero él levantó la mano para detenerla.

—Déjame hablar, por favor. No sé si podré hacerlo sobrio alguna vez. Así que… ahora que tengo el valor, déjame que te lo explique todo.

—Dime lo que debas.

Ella se quedó quieta. Iba a escucharlo con atención.

—Cuando Weston me dijo que tú… que lo habías amado, que fuiste suya… fue como si me estuviese muriendo por dentro. Como si me arrancasen de cuajo el único fragmento de dicha que tenía en esta vida. Me destruyó, Anastasia. Si bien entiendo que tenías derecho a tu pasado… maldita sea… yo hubiese necesitado que me mirases a los ojos y que fueses tú quien lo compartiese conmigo, no él. Me enteré por ese bastardo que vino a restregármelo a la cara solo para comprobar si te seguiría amando después de escucharlo.

—Te confesé que yo no era una mujer virginal, Julian, y creí entender que eso no nos

separaría —le dijo con suavidad

Se pasó la mano por la cara. Estaba más pálido que nunca.

—No me importaba cuando era un hombre sin rostro, ahora no puedo dejar de pensar en que él te tuvo y que se burló de mí porque me ocultaste que fue uno de mis mejores amigos… Me reencontré con él y le ofrecí mi mejor sonrisa cuando tuve que haberle dado un puñetazo.

—Es solo uno, un único hombre. ¿Cuántas mujeres saben el modo en el que actúas en la intimidad? ¿Cuántas han acariciado tu cuerpo y te han visto sin ropa? ¿Crees que no sé lo que sientes? En las últimas fiestas en las que hemos estado me he topado con más de una mujer que me miraba con suspicacia y yo sabía el motivo. No deben ser pocas las que no podrán olvidar esos besos… tan especiales que sabes dar en… ya sabes dónde.

—Soy un hombre, es diferente, Anastasia.

—¿Son diferentes los celos que yo pueda sentir a los tuyos? Uno solo, Julian. Estuve con un hombre con el que pensé que podría pasar toda la vida y del que comprendí, cuando tú me hiciste el

amor, que él no sabía nada sobre dar placer. Fue rápido y doloroso. Insignificante en verdad, ahora lo veo claro. En cambio, tú estuviste con todas esas mujeres para complacerlas, para que te complacieran.

—¿Sigues enamorada de él? —preguntó porque ella tenía razón y no quería debatir el otro asunto.

—Esa pregunta me ofende, Julian. Más cuando sabes que te amo.

—¿Me amas todavía?

—Esa pregunta es todavía más ofensiva que la anterior. Más cuando me has escuchado decírtelo alto y claro y ya deberías conocerme lo suficiente como para darte cuenta de que no soy una mujer voluble.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Pudiste haberme dicho que fue uno de mis mejores amigos quien te arruinó. ¿O acaso no sabías que Mans y yo fuimos durante años uña y carne?

—Sí, Julian, tienes razón, debí habértelo contado en cuanto él apareció porque sabía que sembraría el caos a su paso como ha hecho siempre.

Y sí, también sabía la relación que tuviste con él antes de casarnos.

—¿Por qué me elegiste para darte un beso? ¿Es porque te recuerdo a él? ¿Fue porque querías estar cerca de él a través de mí una última vez, Anastasia?

—No. Quería que me besases porque llevaba años pensando en cómo sería ser besada por ti, así que tramé un plan para que aquella odiosa viuda llegase más tarde a vuestra cita. No por él, Mans no tiene nada que ver contigo. Por su culpa detesté con todas mis fuerzas a los libertinos.

—Pero te casaste con uno.

—Me casé con un hombre que huía de su pasado, pero tú no eres mala persona. Supe que eras muy diferente a él cuando te enfadaste porque te presenté aquella estúpida lista. Un hombre sin alma ni corazón, al que le diese igual todo, no se habría molestado. Sabía muy bien lo que hacía cuando te acepté, te confesaré que me costó dar el paso porque estaba muerta de miedo.

—¿Tenías miedo de mí? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Temía que me rompieses el corazón, Julian, porque enamorarme de ti, a pesar de todo lo que hemos pasado, fue muy fácil. No me lo has dicho, pero tengo que saberlo para evaluar mis opciones.

—¿El qué?

—¿Me amas tú a mí?

Julian se rio con amargura.

—¿Amarte? —La miró por fin. Directamente. Con los ojos rojos, húmedos, brillantes por la bebida y el dolor—. No, no te amo, Anastasia, lo que siento por ti no se puede definir. No sé respirar si no estás. No sé dormir si no me abrazas. No puedo pensar si no te tengo cerca. Y no sé quién demonios era antes de que tú llegases a mi vida. Me has dado paz. Me has dado un hogar. Me has dado un futuro. Y hoy… cuando creí que te habías marchado, me quedé sin nada. Sin ti, Anastasia, yo no soy nadie.

Ella rompió a llorar en silencio. Dio un paso hacia él, pero Julian se apartó con torpeza, tropezando con la alfombra.

—No puedes decirme algo así, tan hermoso y poético y luego impedir que te abrace,

Julian.

—No… espera. Tengo que decirlo todo. Porque si no lo hago ahora, no podré jamás.

—Julian… No hacen falta más palabras.

—Sí, es necesario que me escuches. He sentido miedo. Miedo de que nunca hayas dejado de amarle. De que yo hubiese sido solo el hombre con el que te casaste para vengarte del que de verdad te importaba. Y dolía. Sigue doliendo tanto, que me ha hecho desear romper cosas, pegarme con él, con el mundo entero. ¿Sabes por qué me fui esta noche al club? Porque me sentía demasiado pequeño para ti. Demasiado sucio. Porque Weston me hizo sentir como si tú lo hubieses amado más de lo que jamás podrías quererme a mí. Y eso… eso sabía que no podría soportarlo. ¿Qué soy yo si no un hombre al que le dijeron toda su vida que no servía para nada? ¿Qué podría ofrecerle yo a una mujer como tú?

Anastasia se acercó entonces, ignorando su intento de alejarla. Puso las manos en su rostro y lo obligó a sostener su mirada:

—Mírame, Julian Taverham. Mírame bien —le ordenó con firmeza—. Si pensase por un segundo que tú serías el sustituto de alguien en mi

corazón, nunca me habría casado contigo. Weston fue un error. Un hombre al que creí amar cuando era joven y tonta. No quise ver quién era en realidad, pero a ti te veo. Tú, en cambio…, tú me has hecho sentir segura. Conoces lo peor de mí, porque sabes que no podré ser dócil ni tranquila nunca y te quedaste y luchaste por mí. Me besaste y me regalaste el beso perfecto. ¿Cómo podría haberte dejado atrás después de aquello? No te presioné en aquella biblioteca porque pensé que no querrías acabar ligado a mí. Te he entregado todo lo que tengo y todo lo que soy. Y sí, debí haberte dicho que fue Mans, pero tenía miedo —insistió—. Miedo de perder esto que hay entre nosotros. De perderte a ti. No me atreví a poner a prueba los cimientos de nuestro matrimonio por si no lograbas perdonarme.

Julian cerró los ojos. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. No las apartó. No hizo ademán de esconderse. Lloraba de emoción. El corazón le latía con fuerza. Había encontrado a la mujer indicada, a la que nunca pensó que acabaría encontrando. Ella era todo lo que un hombre podría desear y más.

—Tú eres mi hogar —murmuró él—. Y si no te tengo, me vuelvo un animal. Uno furioso, que bebe para olvidar, que sale a la calle buscando a

alguien a quien culpar… cuando la única culpa es mía por no confiar en ti. Por no saber cómo se ama sin miedo. Te amo, Anastasia.

Ella lo abrazó. Lo sostuvo con una delicadeza feroz, como si pudiese recomponerlo con la sola fuerza de su ternura.

—Me tienes, Julian. Desde que pronuncié mis votos fui tuya y nunca dejaré de rendirme. Solo espero que tú tampoco lo hagas —susurró contra su pecho—. No me había ido, Julian, solo fui a buscar consejo de una buena amiga que estuvo antes en mis zapatos. Ella me recomendó venir a hablar contigo y abrirte mi corazón.

—¿Temperance? —inquirió él.

—Sí. No me iré nunca mientras me quieras a tu lado. Pero si alguna vez lo temes de nuevo… búscame. Búscame antes de refugiarte en el licor porque no estaré lejos.

Él apoyó la barbilla en su cabeza. Hundido y redimido, así era.

—Lo siento… —murmuró—. Te juro por Dios que lo siento. Te dije que no volvería a huir, pero no sé hacer otra cosa, Anastasia. Cuando mi padre

me presionaba yo solo… necesitaba escapar. Tú eres diferente, lo sé y trataré de quedarme y pelear cuando surjan más inconvenientes, porque nuestro amor es fuerte y cuando estás a mi lado me siento completo, invencible.

—Entonces perdóname y perdónate a ti mismo —dijo ella—. Seamos felices a pesar de nuestro pasado.

Y Julian sintió que había una salida. Que, aunque Weston hubiese removido su mundo, su hogar seguía allí, firme y siempre dispuesto a cobijarlo.

—Estoy contigo, Anastasia. Siempre. ¿Recuerdas aquel primer día, cuando te mostré a la bestia que a veces quiero ser cuando te hago el amor?

—¿Cómo podría olvidarlo? Me hiciste rogar hasta caer rendida y… me encantó tanto como para permitirte repetirlo cada vez que lo necesitases.

Él mostró una sonrisa tenue.

—Me hiciste una promesa.

—Sí. Te dije que te daría todo lo que quisieras.

—Entonces prométeme que serás mía siempre, en esta vida y en todas las que pueda haber. Y no será una promesa vacía, será irrevocable y sincera.

—Tienes mi promesa, esposo, pero ¿qué me darás a cambio de tal juramento eterno, Julian?

—Lo que quieras.

—Entonces te pido que recuerdes cada día la fortaleza de nuestro amor. No vuelvas a huir.

—Así será, aunque… Si no seguías enamorada de Mans, y tampoco te asustaste al ver la ferocidad con la que a veces necesito poseerte…, ¿por qué me has mantenido apartado estos días pasados?

—Ven, subamos, amor mío, porque quiero que esta noche durmamos abrazados a nuestro futuro.

Sin decir más, ella lo condujo hacia la escalera, como quien guiaba a otra persona de la oscuridad a la luz.

Subieron en silencio, muy juntos, sin soltarse de la mano. En el dormitorio, ella se despojó con cuidado del sombrero, del abrigo, de todo el peso de la incertidumbre. Julian la observó sin moverse, con una expresión que era una mezcla de agotamiento y reverencia, como si no creyese merecer el milagro de tenerla allí, de que lo amase.

—¿Quieres que me bañe? —preguntó en un susurro ronco, al verla acercarse.

—Solo quiero que estés conmigo —respondió ella con voz baja, acariciándole la mandíbula, áspera por la barba que comenzaba a aparecer—. Así. Tal como estás.

Él hundió el rostro en el hueco de su cuello, respirando el perfume que siempre le calmaba los demonios. Permanecieron así unos segundos, latiendo juntos. Hasta que ella se apartó, le cogió la mano y lo acompañó para que se sentase en el borde de la cama.

—Hay algo que tengo que decirte —mencionó, de pronto. Él alzó la vista, se puso en alerta—. Algo que debería haberte dicho esta mañana, cuando llegué tan feliz… antes de que me recibieras como si fuese un espía francés.

Julian frunció el ceño, arrepentido.

—Lo sé, me porté como un imbécil.

—Sí —admitió ella con una sonrisa débil —. Pero también eres mi imbécil, así que me temo que tendrás que vivir con las consecuencias.

Él le besó la palma de la mano. Era un gesto lleno de humildad, de súplica, de amor.

—Dime qué es eso tan importante, Anastasia. Estoy preparado para lo que sea. Mientras no me digas que te vas… —tragó saliva—, podré soportarlo.

Ella negó con la cabeza al tiempo que le sonreía con dulzura.

—No me voy —dijo. Entonces se colocó una mano sobre su propio vientre, todavía plano bajo la tela—. Más bien nos quedaremos contigo para siempre. Los tres estaremos siempre juntos.

Julian parpadeó. No comprendió de inmediato la afirmación.

—¿Cómo?

—Estoy embarazada.

Hubo un silencio. Un segundo. Luego otro. Y después, como si las palabras se abrieran paso a través de su alma, Julian inspiró con fuerza.

—¿Estás embarazada? —repitió, con la voz quebrada.

Ella asintió, sonriendo entre lágrimas.

—Sí. Fui al médico esta mañana. Me ha confirmado las sospechas. Estoy en estado de buena esperanza desde hace dos meses, más o menos. Por eso he estado un poco distante, y de ahí que el estómago no lo sintiese mío.

Él no supo qué hacer al principio. Se puso de pie, luego volvió a sentarse. Se pasó una mano por el rostro, después por el cabello. Se inclinó hacia ella como un hombre al borde de un ataque de alegría.

—Un hijo… —murmuró—. ¿Vamos a tener un hijo? —le preguntó, dado que todavía no selo podía creer.

—Tú y yo —confirmó ella—. El granuja y la escandalosa hija de Grafton. Quién lo diría, ¿no?

Julian la abrazó con fuerza, con una fuerza temblorosa, desbordada. Apoyó la frente contra la de ella.

—Gracias —susurró—. Gracias por no haberte rendido conmigo. Gracias por seguir aquí. Seré el mejor de los padres, porque con el mío aprendí todo lo que no se debía hacer, así que… lo amaré, Anastasia. Amaré a nuestro hijo con todo mi corazón.

—¿Y si es una niña?

—Tu padre podría desilusionarse un poco, pero me encantaría que fuese una niña, porque así tendré la excusa perfecta para poder seguir haciéndote el amor cuando se me antoje.

Ella le acarició el rostro con infinita ternura.

—¿Mi padre te explicó que nuestro hijo será un duque algún día?

—Sí. Es una gran responsabilidad, pero contigo a mi lado lo haremos bien.

—Gracias, amor mío, porque has estado a la altura de las circunstancias. Me amas, me has

perdonado y te entusiasma la idea de ser padre. Eres el hombre que me imaginé que serías.

—¿No estás defraudada conmigo porque soy un tonto?

—No, claro que no.

—Entonces, gracias a ti… por elegirme para aquel beso que tanto me conmovió y por quedarte.

Y en ese momento, mientras el mundo seguía girando fuera de esas paredes, mientras Londres dormía, pecaba o soñaba, Julian Taverham sintió por primera vez en su vida que lo tenía todo.

Absolutamente todo.

Hicieron el amor para sellar la reconciliación. El acto resultó ser una comunión para ambos.

Capítulo 18

La venganza, mejor fría

La niebla londinense lamía los adoquines cuando un carruaje negro y sobrio se detuvo frente al club El Paraíso. El cochero bajó con diligencia, abrió la portezuela y se apartó sin decir una palabra. De su interior descendió un caballero de gran altura, envuelto en una capa gris oscuro con cuello alto y ribetes de terciopelo. Llevaba el bastón como un rey portaba el cetro: no lo necesitaba, pero le confería presencia.

El duque de Grafton no era un hombre que pasara desapercibido. Su rostro, cincelado en autoridad, se mantenía inexpresivo, pero sus ojos escudriñaban como cuchillas. Caminó con paso firme hacia la entrada principal del club, donde el custodio

de la puerta —un gorila enorme con rostro de boxeador retirado— se interpuso por puro instinto.

—Lo siento, caballero. Este club requiere… —empezó a decir, antes de mirar directamente al recién llegado.

El silencio fue abrupto.

Grafton alzó una ceja. Ligeramente.

—¿Sabes quién soy, muchacho?

El hombre de Dorian tardó apenas un segundo en reaccionar. No por falta de educación, sino por sorpresa. Luego, como si sus rodillas recordaran su lugar en el mundo, se enderezó de golpe.

—Su Gracia… mil perdones —balbuceó, apartándose a toda velocidad—. No tenía idea de que… no sabía que… Por favor, adelante.

El padre de Anastasia no respondió. Ni agradeció. Solo caminó, dejando tras de sí el olor tenue de cuero caro, decisión y desprecio controlado. La puerta se abrió sola antes de que su bastón siquiera rozase el marco. Había entrado al infierno… sin pedir permiso.

La música de fondo, lejana y lasciva, apenas alcanzaba a amortiguar el estrépito habitual de El Paraíso. El murmullo de las apuestas, las carcajadas disimuladas y el tintinear de los vasos estaban a la orden del día. Dorian Taverham, reclinado en su diván preferido, con un cigarro puro a medio terminar en una mano y una sonrisa burlona en los labios, dejó que el humo del cigarro se elevara con languidez hacia el techo. No esperaba sorpresas esa noche. Había visto demasiado, oído de todo, y sus ojos cansados se mantenían abiertos más por costumbre que por interés.

Hasta que vio los problemas de frente.

Era la silueta inconfundible, impecable, de un hombre que no tenía nada que hacer en un lugar como aquel, al menos no a sus años ya… No caminaba con arrogancia, sino con la certeza silenciosa de quien sabía que no necesitaba imponer respeto, pues ya lo encarnaba. Los miembros del club se apartaron con discreción, como si la presencia de aquel hombre exigiera espacio.

Dorian entornó los ojos y alzó una ceja.

Su Gracia, el duque de Grafton, cruzaba el salón de El Paraíso con la misma naturalidad con la que otros traspasarían con miedo un campo de

batalla. Iba directo hacia él. No con prisa, no de modo amenazante, sino con una decisión absoluta. Como un halcón que había avistado a su presa, o un general que había reconocido a otro entre las trincheras del vicio.

Dorian colocó el cigarro apoyado en el borde de un cuenco de porcelana. No sonrió. Solo dejó que el respeto se impusiera en su interior, el respeto que se tenía a los hombres que no necesitaban gritar para ser escuchados, ni golpear para provocar miedo. Porque si había algo que sabía Dorian Taverham, soldado de la noche y príncipe bastardo de los bajos fondos, era identificar a un depredador cuando lo tenía delante.

Y Grafton, esa noche, lo era.

—Esto ha cambiado poco desde que lo dirigía El Pirata —indicó el duque, mientras pasaba la yema del dedo por el respaldo raído de un sillón tapizado en terciopelo—. Aunque juraría que antes olía diferente.

—Es un refinamiento moderno, Su Gracia, pero sigue siendo lo mismo de siempre: vicio.

—Yo lo llamo decadencia. ¿Y te pareció bien permitir que mi hija residiese durante una

semana en el corazón del vicio, muchacho?

Dorian lo miró con una sonrisa ladeada.

—Si la hubiese dejado suelta por los jardines de Vauxhall, o incluso por los elegantes salones de cualquier mascarada, mi hermano Julian seguiría batiéndose en duelo con todos los que querían llevársela a la cama —explicó sin inmutarse —. Aquí estuvo segura. Una mujer cuando se enfada es peligrosa, su hija es como un incendio capaz de arrasarlo todo a su paso. El esposo que le buscó debería estar preocupado por su supervivencia.

Grafton se irguió, no para mostrar enfado, sino para exudar orgullo.

—El hombre de la puerta me pareció demasiado joven para recordar los años en los que yo correteaba como si este tugurio me perteneciera. Cómo puede haberme reconocido, me pregunto.

—Confieso que le di una descripción muy clara sobre el hombre al que había esperado ver llegar a mi casa hace meses.

—¿Te refieres a cuando tu hermano decidió que estaba mejor aquí que en su casa con su nueva esposa, mi hija?

—Así es. No le tenía por un hombre que se quedase de brazos cruzados. Me sorprendió.

—¿Y crees que me conoces bien, muchacho?

—A su hija. Ella me dio un retrato muy fiel de la clase de hombre que es usted, no obstante, cuando creí que vendría para rebanarle el pescuezo a Julian, no tuve en cuenta que su hija sola se bastaría para hacer entrar en vereda a su flamante esposo. Usted, Su Gracia, también conoce muy bien a Ana.

—Hablas de ella con demasiada confianza. ¿Tu hermano está de acuerdo con que te tomes tantas libertades?

—Teniendo en cuenta que es mi hermana por matrimonio, la trataré como me parezca, si la dama lo aprueba. La esposa de Ashbury es condesa y siempre me referiré a ella por su nombre de pila, independientemente de si estoy en público o en privado. ¿Quiere seguir con el interrogatorio sobre banalidades, Su Gracia, o me hará el favor de sentarse y decirme si ha venido a mi casa por nostalgia, insomnio u otra cuestión más interesante?

Grafton se rio, porque Dorian había mirado hacia el lugar donde había un trío de mujeres muy sugerentes.

—Eres demasiado joven y pecador como para comprender que cuando un hombre pierde al amor de su vida, nada ni nadie puede reemplazarlo.

—Amor, ¿eh? ¿Quién habla de amor? La lujuria es el lenguaje universal de todo hombre.

—Ah, acabas de confirmar que no tienes ni idea de las bondades del amor. La lujuria por sí sola no es suficiente. Solo te diré que no hay nada mejor en este mundo que el amor. No pienso soltarte un discurso con el que te limpiarás las posaderas, los escuché cuando tenía tu edad y los deseché con la misma facilidad que lo harías tú. Habrá un día en que reconocerás mis palabras como si fuesen los diez mandamientos del Creador escritos en piedra. Hablemos de asuntos de… negocios.

—Puesto que mi hermano no está aquí, y doy por hecho que tampoco ha venido a mi casa para llevarse a una mujer o más a la cama, ¿debo suponer que quiere apostar?

—No, quiero venganza.

Dorian alzó una ceja, mitad sorprendido y mitad divertido.

—Ah, venganza… eso sí que lo entiendo. Es también una lengua universal como la lujuria. ¿Quién ha cometido la imprudencia de ofender al duque de Grafton? ¿Se burlaron de sus zapatos? ¿O fue de alguno de sus chalecos? ¿Un traje mal cortado quizá?

—No insultes mi inteligencia, muchacho. Si fuese una cuestión baladí no habría venido a averiguar si eres tan fiero como me han hecho creer que eres. Además, todo el mundo sabe que soy el epítome del buen gusto, nadie se burlaría de mis atuendos —adujo con orgullo.

—Fiero, ¿eh?

—Bastardo, si lo prefieres. A tu padre le agradaba más ese calificativo para referirse a ti.

Dorian se rio con ligereza. El duque se sentó en ese instante.

—Es cierto, al viejo demonio le encantaba darme esa calificación. Lo consulté con un médico, un tipo al que le gustaban las mujeres tanto como su trabajo. Un respetado miembro de la

comunidad que cuando atravesaba las puertas de El Paraíso se volvía… salvaje.

—¿Qué le consultaste? ¿Has contraído alguna enfermedad de las llamadas vergonzosas?

—He matado a hombres por insultarme menos, Su Gracia. Sabe que se pasó de la raya cuando me llamó bastardo. No tiente su suerte.

—Les he dado tirones de orejas a hombres más peligrosos y mayores que tú, por tratarme con la misma maldita condescendencia que tú. No tientes tú la tuya.

Ambos se quedaron mirándose durante un minuto. Al final, Dorian relajó su postura y le dijo:

—*Touché*. Está bien, cuenta con mi respeto. Le estaba explicando que le pregunté a un médico si el hecho de que mi madre hubiese sido corrompida por un indeseable, habría hecho que la identidad de mi padre hubiese estado en discusión.

—Claro que no habría duda posible. La esposa de tu padre ya estaba encinta cuando eso ya ocurrió.

—Sí, así me lo explicó el galeno.

—No busques justificaciones sobre el comportamiento de tu padre. El anterior Ashbury era un extremista, desterró a tu madre porque consideró que se echó a perder, te llamó bastardo porque supo que no podría mirarte a la cara sin poder olvidar lo que sucedió. Era de esos hombres que no veían más allá de sus narices. Ahora hablemos del presente. Deja que el hombre que te dio la vida descanse en paz o se pudra en el infierno, elige lo que más te contente. Necesito que me atiendas.

—Tiene toda mi atención, Su Gracia.

—Soy perfectamente capaz de ocuparme de un hombre que me irrite. Lo que necesito es… creatividad. Sí, esa es la palabra.

—¿Creatividad? ¿Cómo un artista con un lienzo?

—Tú eres el artista en este caso. El pasado ha regresado para atormentar a mi hija.

—¿A su hija?

—Sí. Se trata de un cabo suelto que confiaba en que acabaría enredándose en otro lado. Es un indeseable que ha vuelto y cree que puede desestabilizarla. A ella. A su matrimonio. A mi nieto.

Dorian se inclinó hacia delante.

—¿Su nieto? —indagó con interés.

—¿Vas a volver a insultar mi inteligencia, muchacho?

—¿Tiene espías en casa de su hija? —preguntó lleno de diversión y reconocimiento.

—En cuanto supe que tu hermano estuvo encerrado en una biblioteca con mi hija, mandé a un lacayo a pedirle trabajo al mayordomo de tu hermano. Sé lo que sucede en esa casa antes incluso de que Julian se entere.

Dorian soltó una gran carcajada.

—Está bien. Las cartas sobre la mesa. Sé que se refiere a Winston Mansell.

—Weston Mans —lo corrigió—. ¿Qué sabes tú sobre ese hombre, muchacho?

—Que es un bastardo como yo, aunque todavía no me supera. Mi hermano pretende darle su merecido. —No iba a decirle que estaba al corriente de que se aprovechó de Anastasia sin el beneficio del matrimonio.

—Ya sé que lo ha retado a duelo.

—Tendría que triplicarle el sueldo al espía que trabaja en casa de Julian, si está al tanto de eso, porque mi hermano me lo dijo hace apenas un par de días. Y tengo entendido que no ha salido de su casa desde que regresó para hacer las paces con Ana, otra vez, más que para contármelo. Me atrevo a decir que si todo sigue así, cada vez que se peleen, el vientre de su hija se redondeará. Conociendo a mi hermano, él la hará enfadar casi a diario, Su Gracia.

—Te contó tu hermano que sería el padre de un duque, por lo que veo.

—Lo crea o no, vino a mí para pedirme consejo cuando se volvió a disgustar con su esposa.

—¿Y qué le dijiste para ayudarlo a resolver sus problemas conyugales?

—Fue una conversación tediosa y poco sustancial, pero creo que comprendió que para tener a una mujer contenta hay que escucharla y mostrarle lo que es la lujuria. Confío en que no se moleste conmigo, porque estamos hablando de su hija.

—Olvídate de eso ahora. ¿Qué propones hacer con Weston Mans? No pienso darle ni un

penique más para que desaparezca. Si hubiese sido listo no habría vuelto a tentar esa suerte que he decretado que ya se le ha terminado.

—¿Quiere matarlo? ¿Ser juez, jurado y verdugo? ¿Voy por un par de palas y lo enterramos en una zanja a las afueras de la ciudad? —bromeó.

Grafton se paró un momento para valorar el plan. No era mala idea, pero… No, no le convencía.

—Demasiado fácil, y con poca penitencia. Ese estúpido pudo haber seguido su camino, fui más que generoso con él a lo largo de los años. Lo estuve sobornando para que se mantuviese lejos de mi hija hasta que ella se casó con tu hermano. Ha colmado mi paciencia y merece que tú seas más creativo en tu plan para acabar con él. Contra todo pronóstico, Julian se las ha arreglado para que ella no solo se enamore de él, sino que mi pequeña me ha confesado que no puede vivir sin él.

—Así que la dama salió de su casa en algún momento mientras perpetuaba la reconciliación con mi hermano —observó Dorian—. Lo del duelo no se lo dijo el espía que tiene a sueldo, su hija lo ha averiguado y ha ido a pedirle que intervenga porque Julian está decidido a hacer lo correcto, así que no

descansará hasta que vea que se ha hecho justicia con el primer amor de su hija, y Ana tiene miedo de perder a su esposo.

—Anastasia vino a verme esta mañana. No debería estar sorprendido por el modo de actuar de Julian, vi la determinación en su rostro cuando le hablé de que hubo un hombre que se interesó por mi hija y le hizo daño.

—Mi hermano me ha pedido que sea su segundo. Ashbury también estará allí.

—¿Todo el mundo sabe el motivo por el que Julian pretende batirse en duelo con ese maldito canalla? —inquirió irritado, porque quería proteger la reputación de su hija. Se imaginaba que quien se enterase del enfrentamiento sacaría sus propias conclusiones, pues un caballero no retaba a otro porque en el pasado su contrincante le hubiese solo *roto* el corazón a su mujer.

—No lo sé. Por lo que a mí respecta, Julian considera que un hombre está molestando a su mujer y quiere poner fin a esa molestia.

—¿Y Sebastian está conforme con el duelo?

—No. Él no aprueba las barbaridades honorables, más cuando pueden costarle la vida a un hermano al que tanto odia. Le gusta ser más sutil y dejar las pistolas a un lado. Sin embargo, si Temperance fuese el centro de la discusión, Ash ya habría terminado con el problema del modo en el que fuese, honorable o no.

—¿Lo mismo que yo pretendo?

—Exactamente de igual modo.

—Bien. ¿Qué vamos a hacer con ese tipo?

—¿Qué le parecería embarcarlo, amordazado y sin ninguna pertenencia, rumbo a Australia?

—Me gusta, sigue hablando, tu creatividad al fin me persuade. Ver a Mans deportado como un convicto en dirección a la colonia de Australia para que pague allí por sus crímenes… Me apasiona la idea.

—Bien, entonces, Su Gracia, está todo dicho.

—Todo dicho, pero no hecho. ¿Cómo lo hacemos?

—Todo dicho y hecho, Su Gracia, regrese a su casa y piense en las cosas con las que sueñan los abuelos cuando un nieto está al caer.

—¿Cómo dices, muchacho?

—Lo que ha oído.

—No. Dímelo como si dudases ahora de mi inteligencia.

—Usted sabe lo que he querido decirle.

—Quiero escucharlo, dame, pues, el capricho.

Dorian suspiró. No solo tenía que cargar con las interferencias de sus malditos hermanos, sino que también se veía implicado en sus malditos matrimonios. Y por si eso no fuese suficiente castigo para él, se le acercaba el padre de Ana para obligarlo a confesar sus crímenes. Suerte que Grafton le agradaba. ¿Quién iba a pensar que un duque sería tan bastardo como él?

—Mans salió anoche, contra su voluntad, como un polizón en uno de los barcos que llevaba a un buen grupo de asesinos, maleantes y demás hacia ultramar. El favor no me costó más que quemar un par de pagarés de un alto mando de la cárcel de Newgate.

—¿Lo sabe Julian?

—No, ni lo sabrá nunca. Dentro de tres días nos presentaremos todos los implicados en el lugar y hora acordados. El rival no hará acto de presencia, solo asistirán sus padrinos, y nadie sabrá el motivo, aunque Julian, tan vanidoso como jamás admitirá ser, se crecerá y dirá que su antiguo amigo se defecó en los pantalones debido a su gran maestría con las pistolas y que por eso huyó.

Grafton afirmó con la cabeza.

—Me preocupa que esto salpique la reputación de mi hija de nuevo. En su condición no quiero que sufra o algo pueda ponerla en peligro.

—Hemos acordado tácitamente que tanto usted como yo conocemos bastante a Anastasia. La mujer que no tuvo ningún problema en residir y cantar en mi club, aunque también era cierto que ella estaba en mi casa en calidad de hermana

por matrimonio y eso debería darle algo de legitimidad a su acción. Bien, ahora estará encantada de presumir ante toda la sociedad de que Mans le ofreció un acuerdo indecoroso que ella no pensaba aceptar, por supuesto, y que aunque trató de ocultarle la obsesión que ese tipo sentía por ella a su marido, Julian acabó enterándose, por lo que tuvo que desafiar al villano a fin de que toda la sociedad supiera que no habrá nunca un esposo más enamorado de su mujer. El caballero en cuestión mandará así también un mensaje de que su esposa es suya y de nadie más.

—¿Eso está además de pensado, dicho y hecho ya? —inquirió el duque con aprobación.

—Sí.

—¿Saldrá mañana así escrito en los periódicos? —conjeturó.

—No. Se redactará en *The Times* después del duelo.

Grafton cabeceó un par de veces.

—Fantástico, fantástico… Tal vez no debí habérsela entregado tan pronto a tu hermano, tú parece que también la habrías cuidado bien.

—Está mejor con Julian de lo que jamás hubiese estado conmigo. Yo no tendría la paciencia para soltarle las cursilerías que mi hermano le dice.

—¿Insinúas que Julian le recita poesía?

—Seguro que si a ella se le antoja que lo haga, él lo hará.

Grafton soltó un par de carcajadas de lo más sinceras porque él sabía que así sería.

—Supongo que ya no podré llamarte nunca más «muchacho» de modo despectivo, ¿no crees, Dorian? —Quedaba claro que el duque le estaba dando el reconocimiento que se merecía.

—Haga lo que le plazca. A mí no me ofende quien quiere, sino quien puede, y ahora mismo nadie tiene semejante poder sobre mí.

—Bien, como es temprano y todo el trabajo que pensaba que tendría esta noche está hecho, ¿qué tal si muestras hospitalidad y mandas que me sirvan tu mejor *whisky*? No me des agua con licor, soy un duque habituado a lo mejor, así que mi paladar lo detectaría de inmediato.

—Desde luego. —Dorian levantó un par de dedos y enseguida le sirvieron lo requerido.

—Ahora haz que aquellas tres damas que no dejaban de mirarme se acerquen.

Dorian abrió los ojos con sorpresa.

—Entendí que para un hombre que había encontrado y perdido el amor, todo le estaba prohibido.

—Desde luego que sí. No me mires como si fuese a desnudarlas aquí mismo y a darte una lección sobre cómo fornicar, para ello necesitaría que hubiese cinco y no tres. —Dorian sonrió, aunque sabía que Grafton no mentía, dado que había escuchado algunas cosas muy curiosas sobre él—. Un poco de *whisky* requiere una compañía adecuada, y aunque me has dejado gratamente sorprendido, convendrás conmigo en que ellas me harían pasar el rato mucho mejor que tú.

Dorian comenzó a reírse sin contención. Las mujeres se acercaron y se sentaron con los caballeros. Aquella noche hubo compañerismo, buena conversación y demasiado *whisky*, pero el duque de Grafton no rompió su promesa de amor eterno. Eso,

sí, se divirtió mucho aprendiendo un par de cosas sobre la nueva… decadencia que ofrecía El Paraíso.

Epílogo

Donde empieza el futuro

Residencia campestre de los Taverham, meses después.

Los cerezos estaban en flor, y el aire olía a tierra mojada y a esperanza. En una de las galerías acristaladas que daba al jardín, una mecedora crujía suavemente mientras el niño dormía plácidamente en brazos de su madre. Anastasia Taverham, despeinada y gloriosamente feliz, observaba la carita dormida de su hijo como si fuera todo lo que jamás había soñado… porque lo era.

—Tiene tu ceño —susurró.

—Dios nos ampare —consideró Julian, acercándose con una sonrisa fatigada y un botón de

la camisa desabrochado. Se inclinó a fin de besar la frente del pequeño—. Y tu boca. La vida será complicada para él. Y para mí, cuando comience a pedir cosas y no tenga la voluntad de negarle nada, como hago con su madre.

—¿Tienes miedo de tu propio hijo, milord? —preguntó ella con burla.

—Temo más a su madre. Tú eres capaz de defender una causa con más fiereza que cualquier parlamentario. Ya me veo indefenso ante mi propio hijo y la madre que lo alumbró. ¡Qué será de mí!

Ella se rio con ligereza. Ese sonido era la música más hermosa que Julian escuchaba cada día.

—¿Sabes lo que temo yo? —preguntó Anastasia, al tiempo que giraba la cabeza para mirarlo con esos ojos suyos de color avellana, capaces de someter ciudades enteras.

—¿Que no vuelva a tocarte en semanas porque ese pequeño tirano llora cuando intento acercarme a su madre? Creo que considera que eres más suya que mía.

—¿Puedo ser vuestra?

—Lo eres. Para siempre. ¿Qué es lo que te preocupa, cariño?

—Me aterra perderos a ambos. Quedarme de nuevo con lo que tenía antes de ti, antes de él —dijo, mirando a su hijo—. No quiero perder lo que tengo —insistió—. Entiendo tan bien el sufrimiento de mi padre ahora, Julian. Comprendo también por qué se negó a abrirse al amor de nuevo después de que mi madre falleciese.

Julian se arrodilló junto a la mecedora. Apoyó la cabeza sobre el regazo de su esposa y cerró los ojos. Ella le colocó una mano en la cabeza.

—Mi vida empezó contigo. Todo lo anterior fue ruido. Esto… esto es música y haremos que la orquesta suene hasta que seamos unos ancianos decrépitos de los que nuestros hijos se avergonzarán debido a nuestra devoción constante.

—¿Cuántos hijos, amor mío?

—Los que tú quieras darme. Ahora mismo pienso disfrutar de ese pequeño trozo de cielo, no tengo prisa por el momento.

Se quedaron así un instante. Luego ella susurró:

—¿Quieres llevarlo tú a la cuna?

—¿No se despertará?

—Probablemente. Pero si eres rápido…

—Jamás he sido rápido en nada, Anastasia —alegó con cierta picardía que ella entendió de inmediato—. Ni planeo serlo, pero supongo que trataré de no despertarlo. Lo dejaré en su habitación y le diré a una doncella que se quede con él por si se despierta para que tú puedas descansar.

Ella sonrió y le tendió el niño con sumo cuidado. Julian lo cogió entre sus brazos como si portara un tesoro, y lo era.

Cuando salió de la galería, Anastasia se recostó un instante, respiró hondo y pensó en lo lejos que habían llegado, en las bibliotecas oscuras, en los clubes del pecado, en las interferencias esquivadas y los silencios llenos de heridas. En todo lo que habían sido y dejado atrás. Y todo lo que por fin eran: una verdadera familia feliz.

Unos minutos después, Julian regresó.

—¿Has olvidado algo, amor mío? Creía que tenías asuntos importantes que atender con tu administrador —se interesó ella.

—Sí, he olvidado algo —susurró él, y la besó con ternura en la frente. Se quedó de pie, a su lado, contemplándola con admiración—. A la mujer que convirtió a un libertino en esposo, y que cambió su infierno personal por un hogar. Hoy no trabajaré, holgazaneará porque puedo permitírmelo.

Anastasia le sonrió.

—Han pasado unos días ya desde que nació nuestro pequeño.

—Sé lo que vas a insinuar y te diré que me he adelantado a tu petición. Ya he avisado a tu padre para que venga lo antes posible a conocer a su heredero. No tardará demasiado en llegar. ¿Sabes que se ha aficionado a ir al club de Dorian?

—¿De verdad? ¿Mi padre? —Eso fue una verdadera sorpresa.

—Mi hermano le ha cedido mis antiguos aposentos, esos que una vez tú misma usurpaste, a tu padre.

—¿El duque ha vuelto a las andadas a sus años? —preguntó asombrada y escéptica.

—No. Dorian dice que solo conversa con los demás miembros del club y que disfruta de las copas en buena compañía.

—¿Dorian se ha cansado de tenerlo en el club?

—En absoluto. Sorpresivamente no me ha comentado nada al respecto y eso solo puede significar una cosa. Creo que le gusta ser muy amigo de un duque.

—Déjame adivinar… te ha dicho que el viejo diablo debe estar retorciéndose en el infierno, no solo debido a las llamas que lo devoran, sino también porque está viendo que un duque importante lo ha cobijado bajo su ala.

Julian soltó una gran carcajada.

—Lo conoces bien. Aunque mi hermano considera que es él quien tiene cobijado bajo su ala a tu padre.

—Dorian es predecible, además de muy arrogante. Grafton no lo llamará hijo como a ti,

¿verdad? —Intuía que eso le molestaría muchísimo a su marido.

—No. Mi hermano pequeño me lo hubiese echado a la cara de inmediato. Tu padre parece serme fiel en ese aspecto.

—Soy una mujer muy agradecida, amor mío. Tengo el mejor de los padres, un esposo amoroso que me consiente y un hijo maravilloso… Y pensar que cuando me hablaste de presentarte a un duelo con aquel villano pensé en estrangularte con mis propias manos…

—Dudaste de mi palabra, te dije que el bastardo era además un cobarde y que no se presentaría. ¿No me creíste y qué pasó?

—Ah, Julian, has cambiado, pero mantienes todavía la misma arrogancia de siempre. Sí, sí, me diste tu palabra de que él huiría como el gallina que era y así resultó. No volveré a dudar de tu intuición, ¿satisfecho?

—Sí, supongo que sí. Aunque sé que estás siendo condescendiente no me importa. Gané un duelo por la mujer que amo sin ni siquiera despeinarme.

—Sé un buen chico, Julian. Lleva a tu esposa, que está agotada, a la cama y échate a mi lado mientras me cuentas un par de historias sobre lo magnífico que eres.

—¿Para que puedas conciliar el sueño? ¿Tanto te aburre la cháchara de tu leal esposo? —se burló un poco.

—Para que pueda dormirme abrazada al hombre que amo mientras escucho su maravillosa voz. ¿Qué mejor cura para después de un parto que fue tan largo?

—Siento que tuvieses que… —Fue horrible no poder hacer nada para calmar su sufrimiento.

—Ya ha pasado. Temperance me dijo que lo olvidaría todo en cuanto viese al bebé y así ha sido.

—Ven con tu esposo, ese que fue nombrado mejor marido de la temporada en *The Times*, por defender el honor de su mujer frente a un buitre malintencionado. Confieso que fue una crónica perfecta. Sebastian se puso celosísimo cuando saqué el asunto en nuestro último encuentro. Me dijo que me odiaba tres veces seguidas.

Julian se agachó ante ella, para apoyar una rodilla en el suelo pulido, y deslizó una mano bajo sus piernas y la otra detrás de su espalda. Anastasia le sonrió. Entonces la levantó y comenzó a caminar con ella en brazos.

—Los Taverham sois extraños. Y tú serás orgulloso hasta el día en que te mueras.

—Pero me quieres igualmente, ¿no?

—No cambiaría nada de ti ahora mismo, Julian. Eres el esposo ideal, el padre perfecto, incluso Grafton te adora como si fueses su propio hijo.

—Me alegra saberlo.

—Me siento especial cuando me llevas en volandas —susurró.

—Te lo mereces y a mí me encanta cargarte en mis poderosos y grandes brazos —respondió él.

La sostenía como si no pesara más que una pluma, con un aire de protector feroz y amante paciente que había aprendido a dominar desde que supo que tenía algo que perder. La llevó por el pasillo

silencioso hasta su habitación. El mundo parecía haberse detenido, contenido en esa caminata íntima.

Al llegar al lecho, la depositó con cuidado allí. Anastasia se acomodó entre los pliegues de lino con una exhalación de alivio, sin apartar la mirada de él.

Julian se quitó la chaqueta, los zapatos, y se recostó junto a ella sin romper el silencio. No la besó, no la tocó enseguida, solo alzó su brazo y esperó. Ella entendió la invitación y se acomodó contra su pecho, con su pierna enredada con la de él y la cabeza se cobijó bajo su barbilla.

El corazón de Julian latía firme y tranquilo, como una campana de iglesia que marcaba la hora exacta de un milagro.

—Te amo —murmuró ella.

Él le acarició el cabello lentamente, las palabras íntimas y sinceras ya no le costaba decirlas como antaño. No necesitaba estar medio ebrio para corresponder como se merecía a las muestras de afecto de su esposa.

—Y yo a ti, cariño. Te amo. No hay paraíso más real que este.

Y así, con el sol cayendo tras los cristales, sin más testigos que el susurro del viento y el recuerdo de todo lo vivido, se dejaron llevar por la paz de saber que, al fin, la arpía de lengua afilada y el ogro del pantano, habían conseguido su final feliz.

El duque de Grafton llegó al día siguiente. Subió los peldaños de la entrada principal con la misma determinación con la que había escalado posiciones en la Cámara de los Lores debido a su inteligencia y audacia, pero algo en sus gestos era diferente, pues había una pausa contenida, una especie de reverencia íntima que no se asociaba fácilmente con aquel hombre de acero. Cuando cruzó el umbral del salón principal y escuchó el primer llanto suave procedente del piso superior, su semblante impenetrable cambió por otro. Uno cargado de emoción. El mayordomo le indicó el camino y él asintió sin hablar.

Un nuevo tesoro, tan esperado y ansiado… Lo encontró en brazos de Anastasia, dormido, con los puñitos cerrados sobre el pecho y una expresión tan apacible que enternecería a un hombre sin corazón. Julian, de pie tras su esposa, no dijo nada. Grafton se acercó y, sin pedir permiso —como el imponente duque que era—, extendió los brazos. Anastasia se lo confió con una gran sonrisa

en los labios. El abuelo lo sostuvo con cuidado, sin vacilar, como si lo hubiese hecho cada día. Observó con satisfacción los rasgos de su heredero, desde la curva de la nariz, la firmeza del mentón hasta el pliegue entre las cejas.

—George Julian Doger-Taverham, marqués de Moreton, futuro duque de Grafton — susurró con voz firme.

El orgulloso abuelo buscó la silla más próxima y se sentó en ella con su tesoro en los brazos. Pensó en todo lo que le enseñaría a su nieto, como a dominar los salones, a mirar por encima del hombro a quien lo mereciera, a no temblar jamás ante los débiles o los villanos, y, por descontado, a proteger con fiereza lo que uno más amaba. Tal y como había hecho él con Anastasia.

Fin.

Hablemos de la **trilogía**

«Casarse con un conde»

Un acuerdo desesperante

(Hermanos Taverham nº 1)

Link: https://mybook.to/OsUAh



Bienvenidas a esta nueva serie ligera de Verónica Mengual protagonizada por los Hermanos Taverham *que, a cada cual más maravilloso, arrogante y malvado, hará suspirar a las lectoras que aman el romance histórico ambientado en el Londres del siglo XIX.*

El **conde de Ashbury**, **Sebastian Taverham**, acaba de tomar posesión de su título y tiene que cumplir con las obligaciones que ello conlleva. Tiene treinta y cinco años, y está más que preparado para ponerse al timón, no obstante, cuando su administrador le explica que las arcas familiares están vacías y que los prestamistas no tardarán en llamar a la puerta de su casa, Ash -tal y como lo llaman sus allegados- no tiene otra opción que navegar por las aguas infestadas de tiburones del mercado matrimonial para buscar, lo antes posible, a una dama con la suficiente fortuna como para sacarlo del atolladero.

La señorita **Temperance Miller** no ha llegado a los veinticinco años sorteando a molestos pretendientes para caer en la trampa que intenta tenderle ese pícaro que malgastará toda la herencia que le legó su padre. No piensa casarse con ese petimetre, de tal modo que, cuando le ofrecen un

acuerdo de lo más ventajoso para librarse de la condena, decide aceptarlo sin pensárselo dos veces.

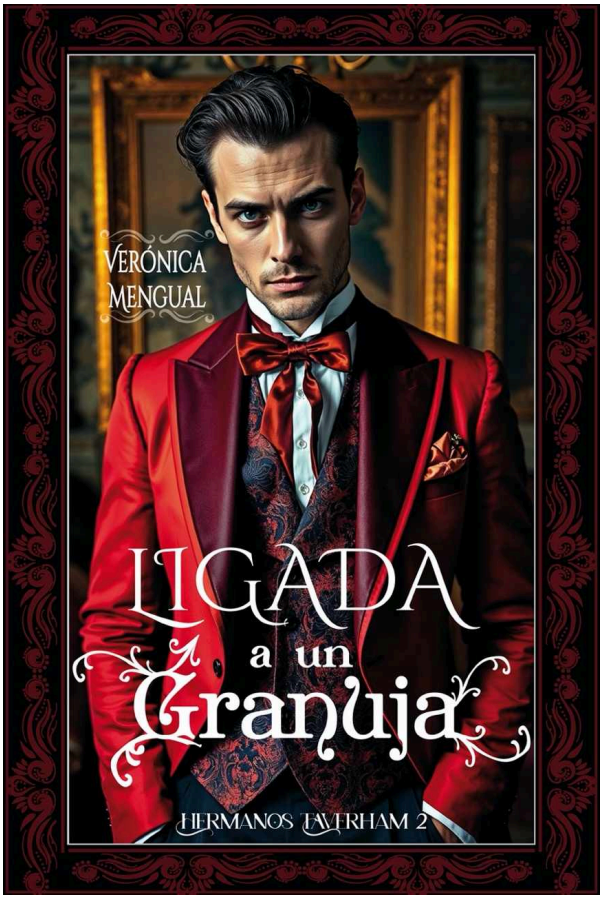
Casarse con un conde mortalmente apuesto y seductor que le ofrece cierta libertad, resulta más adecuado que acabar ligada a un patán insensible. Aunque los planes nunca salen bien y los acuerdos no siempre son fáciles de cumplir…

«Ligada a un granuja»

Una trampa del destino

(Hermanos Taverham nº 2)

Link: https://mybook.to/XHWeAe



En medio de una concurrida fiesta de la alta sociedad, **lord Julian Taverham** tiene una cita clandestina en la biblioteca con una experimentada viuda a la que lleva cuatro largos meses tratando de seducir. Ansioso por el devenir de su *tête à tête,* se presenta en el lugar acordado a la hora indicada, hasta ahí todo correcto. No obstante, la muchacha que le ruega con desesperación que la bese, no es ni de lejos la mujer con la que él pensaba reunirse.

Lady Anastasia Doger, la hija del duque de Grafton, no podía creerse su buena fortuna. ¡Estaba entre los poderosos brazos del pecaminoso hermano Taverham! Así que, allí, al amparo de las sombras, con el silencio como único testigo de un encuentro inesperado, decide ser valiente y reclamar lo que siempre quiso.

Él, como el pícaro que es, no puede negarse un momento de satisfacción, pues, ¿qué mal podría provocar un simple beso? El drama que se avecina es imprevisible. Uno no anda besándose con la hija de un duque sin que se desate una furiosa tormenta.

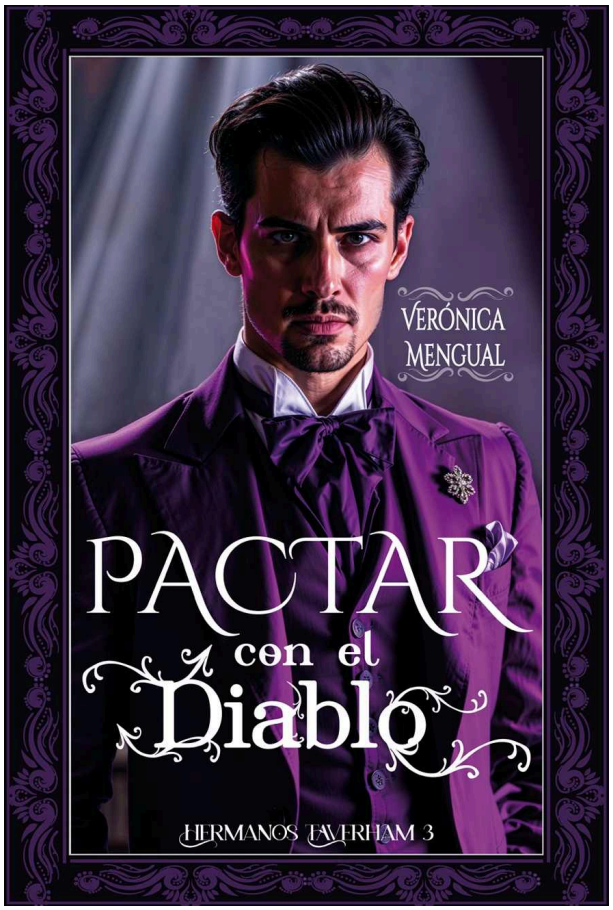
¿Qué sucederá entre **lord Julian** y **lady Anastasia**? Nada bueno si no logran salir del entuerto en el que se han metido.

«Pactar con el diablo»

Una obsesión desesperada

(Hermanos Taverham nº 3)

Link: https://mybook.to/Zfjh3



Dorian Taverham ha sobrevivido a su estigma como hijo ilegítimo de un conde. No se puede quejar, o tal vez sí, porque el precio que ha pagado para poder seguir adelante ha oscurecido su alma, tanto como para acabar siendo un diablo.

El **Ángel Negro de St. Giles** no tiene sentimientos tiernos ni tampoco hay ni un gramo de azúcar corriendo por sus venas, ¡se pegaría un tiro si así fuese! Aunque, a pesar de saber que la luz no es para un tipo como él, no puede evitar prestarle atención a una joya de incalculable valor que podría poner todo su mundo del revés si se lo permitiese.

Cuando **lady Ofelia Mabry** comprende que los planes que su padre tiene para ella no son los que había supuesto, es demasiado tarde para escapar de un destino cruel. Lo que ella no esperaba, mientras ese desconocido le ofrecía un pacto inaceptable, era que acabaría vendiendo su alma para no poder recuperarla nunca.

Un hombre duro y arrogante, hecho a sí mismo. Una mujer que ha sido criada para ser esposa y madre… El choque de sus clases sociales y convicciones provocará un auténtico terremoto en esta última novela de la serie los Hermanos Taverham *de Verónica Mengual.*

Aclaración sobre los Taverham

Mis queridísimas bellas y fieles lectoras:

Vamos por el ecuador de esta trilogía que está compuesta, como siempre, de historias independientes publicadas en exclusiva en Amazon. Ya os avancé que la trama salió de un sueño. Vi a tres hermanos muy diferentes entre sí, con el único anhelo de encontrar la felicidad, aunque ni ellos mismos supieran o quisieran reconocer que el amor era lo único capaz de recomponer sus almas.

Me apetecía crear unas historias un poco más ligeras, pero nunca renunciaremos al pequeño drama, el gran amor y algún que otro giro. Con Julian me ha quedado un poco más intensa de lo que yo creía, porque ese granuja es bastante torpe y Anastasia me salió una mujer de armas tomar. Espero haberos entretenido.

En fin, me repito una vez más: seguimos con la serie porque siempre me apoyáis.

Llegados a este punto, solo queda recordaros, de nuevo, y no me canso de decíroslo, que os amo mucho, mucho, muchísimo, no lo olvidéis.

Así que, por favor, y con mucha humildad, os vuelvo a pedir que me sigáis con *Pactar con el diablo*. Ya sabéis que adoro a los hombres oscuros y Dorian será un auténtico bastardo, de duro corazón, pero ya estamos viendo que, aunque no quiera admitirlo, se quedó fascinado con esa mimada altiva de la alta sociedad. Lógicamente él ve a Ofelia solo a través de un prisma muy pequeño, por lo que no tiene ni idea de lo que ella ha podido vivir, en especial con su padre. Confío en que os estremezcáis con ese Taverham y lo améis, porque lo que pretendo hacer con él… será un patán de primera. Y, sí, lo haré lo mejor que pueda y sepa, tenéis mi palabra.

En cuanto acabe con él, quiero ponerme con el hijo de York, Gabriel. Había pensado en hacer algo también con la casamentera que apareció en *No quiero, lord Harding*, que sé que os encantó. A ver qué se me ocurre. Si queréis darme ideas sobre lo que os gustaría encontrar, tenéis vía libre para mandarme privados a través de las redes y exigirme

esto y aquello. Me hacéis tremendamente feliz cuando esto sucede.

Y ahora, por otro lado, quería recordaros que es muy importante para las escritoras que dejéis la valoración, y si es con una pequeña reseña, sería fantástico. En fin, mil gracias por seguirme y apoyar mi locura *escritoril*.

Dejo de escribir esta madrugada para ponerme mañana por la mañana con lord Dorian Taverham. Sé que me repito hasta la saciedad, pero es que así de contenta me tenéis, escribiendo como una esclava para vosotras, porque os adoro.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y que no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Hermanos Taverham

1) Casarse con un conde

2) Ligada a un granuja

3) Pactar con el diablo

Serie Corazones Rotos

1) Seduciendo a un caballero

2) Corrompiendo a un lord

3) Sanando a un canalla

4) No quiero, lord Harding

5) Enamorando a un disoluto

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti

2) A un beso de ti

3) A una caricia de ti

4) A un abrazo de ti

5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline

3) Una institutriz para el vizconde Portman

4) Una Navidad para los duques de York

5) Una prometida para el duque de Phenton

6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)

2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse

3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada

3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):

1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1